

MEG CABOT

ABANDONADA



se

Lectulandia

El Mito de Perséfone, oscuramente reimaginado...

Ella no cayó en su mundo. Fue llevada. Con diecisiete años de edad, Pierce sabe lo que nos sucede cuando morimos. Así es como ella conoce a John Hayden, el misterioso desconocido que la ha devuelto a su normal vida —o al menos a la vida que Pierce conocía antes del accidente— algo casi imposible. Aunque ella pensó haber escapado de él, comenzando en una nueva escuela en un lugar completamente nuevo, resulta que estaba equivocada. Él la encuentra. ¿Qué quiere John de ella? Pierce cree saberlo... del mismo modo que sabe que él no es un ángel guardián, y que su mundo oscuro no es exactamente el cielo. Pero tampoco puede mantenerse alejada de él, especialmente porque siempre está ahí cuando menos se lo espera, pero precisamente cuando más lo necesita. Pero si se dejar caer más, podría encontrarse de nuevo en el lugar que más teme. Y cuando Pierce descubre la terrible verdad, es exactamente adonde John la lleva: Al Inframundo.

Lectulandia

Meg Cabot

Abandonada

Abandonada - 1

ePub r1.0

Titivillus 26.05.18

Título original: *Abandon*

Meg Cabot, 2011

Traducción: Victoria Martín Santamarta

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Él mismo la perseguirá por todas las ciudades
hasta que la hunda de nuevo en el Infierno,
de donde al principio la sacó la envidia.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

En un abrir y cerrar de ojos, todo puede cambiar. Todo.

Uno.

Dos.

Tres.

Abre los ojos.

Hay una chica riéndose con sus amigos.

De repente, un cráter desgarró la tierra. De entre las grietas, aparece un hombre apostado en una carroza negra, esculpida en el foso de las tinieblas, conducida por sementales con cascos de acero y ojos de fuego.

Antes de que nadie pueda lanzar el primer grito de alarma, mucho antes de que la chica eche a correr, el galope atronador de los cascos la alcanza.

La chica ya no ríe. Está gritando.

Es demasiado tarde. El hombre se asoma desde su carruaje negro para agarrarla de la cintura, levantarla del suelo y meterla de nuevo en el cráter con él.

La vida, tal como ella la conocía, no volverá a ser la misma.

No os preocupéis por la chica. Solo es un personaje de la mitología. Se llama Perséfone y fue secuestrada por Hades, dios de los muertos, y conducida hacia los infiernos. Este mito les sirvió a los griegos para explicar el paso de las estaciones.

Pero ¿qué me ha pasado a mí? Esto no es un mito.

Hace un par de días, si me hubieseis dicho que existe una chica que se ve obligada a vivir con un joven en un siniestro palacio seis meses al año, me habría echado a reír. ¿Diríais que esta chica tiene algún problema? Os voy a decir quién tiene problemas: yo. Mucho más graves que Perséfone.

Sobre todo ahora, después de lo que pasó la otra noche en el cementerio. Lo que pasó de verdad, quiero decir.

La policía cree que lo sabe. Como en la escuela. Como todo el mundo en esta isla. Crean que tienen una teoría.

Yo sí lo sé.

¿A quién le importa lo que le pasó a Perséfone? Comparado con lo mío, no es nada.

Perséfone tuvo suerte, de verdad. Porque su madre apareció para mediar.
A mí nadie viene a rescatarme.
Así que te doy un consejo: haz lo que hazas, no cierras los ojos.

*A la manera en que las hojas de otoño
van cayendo una tras otra,
hasta que las ramas dejan en la tierra
todos sus despojos.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Yo estuve una vez muerta.

Nadie sabe exactamente durante cuánto tiempo. Estuve muerta más de una hora.

Entré en hipotermia. Gracias a eso —y a los desfibriladores, después de hacerme entrar en calor y de meterme una dosis bestial de epinefrina—, volví a la vida.

Al menos, eso es lo que dijeron los médicos. Yo tengo otra explicación sobre el porqué sigo aquí.

Pero he decidido no compartirla con nadie.

«¿Viste una luz?».

Es lo primero que todos me preguntaron cuando supieron que me habían reanimado. Es lo primero que me preguntó Alex, mi primo de diecisiete años, aquella noche en la fiesta en casa de mi madre.

—¿Viste una luz?

Tan pronto como pronunció esas palabras, su padre, el tío Chris, le dio una colleja.

—Auu —se lamentó Alex, frotándose la nuca—. ¿Qué pasa? ¿No le puedo preguntar si ha visto una luz?

—No seas maleducado —le respondió el tío Chris, severo—. No se le pregunta eso a la gente que ha muerto.

Le di un sorbo a mi agua con gas. Mi madre había colgado, sin consultarme antes, una enorme pancarta con el lema: «Bienvenida a Isla Huesos, Pierce». ¿Y qué le iba a decir? Se la veía tan contenta. Había invitado a amigos y conocidos de toda la vida, además de a toda la familia, ninguno de los cuales había salido nunca de allí —exceptuando a mamá y a su hermano pequeño, el tío Chris—, de esa isla de tres kilómetros por seis en la costa del sur de Florida, donde habían nacido.

Aunque el tío Chris no había salido de Isla Huesos para ir a la universidad, casarse y tener hijos, como mamá.

—Pero ya hace casi dos años del accidente —replicó Alex—. Ya no está tan afectada. —Me miró—. Pierce —continuó, con sarcasmo—, ¿sigues igual de afectada después de dos años de que murieras y volvieras a la vida?

Me esforcé por sonreír.

—Ya estoy bien —mentí.

—Ves —le respondió Alex a su padre, antes de volverse hacia mí—. ¿Viste una luz sí o no?

Respiré profundamente y cité una frase que había leído en internet.

—Prácticamente todos los que han sufrido una ECM aseguran haber visto algo, una especie de luz.

—¿Qué es una ECM? —preguntó el tío Chris, rascándose la cabeza por debajo de su gorra de béisbol de los «Isla Huesos Bait and Tackle».

—Experiencia cercana a la muerte —respondí.

Mi madre me había comprado un vestido blanco de verano —expresamente para la fiesta— que me picaba por todas partes. Me apretaba el pecho. Tocaba aguantarse: no era muy fino comenzar a rascarse delante de la gente por mucho que el tío Chris y Alex fueran de la familia.

—Ah —respondió el tío Chris—. Claro, ECM.

Según había leído, los que habían sufrido una ECM podían presentar cambios de personalidad y dificultades para reajustarse a la vida después... mmm... de la muerte. Había gente de creencia pentecostal que se había asociado a un club de moteros o exmoteros que habían ido directos a la iglesia a bautizarse.

Pensé que, de momento, me estaba yendo bastante bien, considerando todo lo que había pasado.

Sin embargo, cuando volví a repasar los informes que mi antigua escuela había presentado a mis padres con tal de que buscaran una «opción educativa alternativa» para mí —que es una manera educada de decir que me echaban después del «incidente» de la primavera pasada—, me di cuenta de que en la Escuela Femenina Westport iban en otra dirección:

«Pierce tiene tendencia a aislarse y a veces se separa del grupo. Cuando decide prestar atención, tiende a hipercentrarse, pero no en el objeto de la clase. Datos extraídos del resultado de los test de TOVA y Wechsler».

Este informe en particular lo escribieron justo en el semestre que siguió al accidente —más de un año antes del «incidente»—, cuando había cosas más importantes que los deberes en las que pensar. Los muy idiotas no me dejaron actuar en la obra de teatro del instituto —y me había tocado el papel de Blancanieves. ¿Cómo se le ocurrió darme ese papel a mi profesora de teatro? Está claro: era fácil identificarme con la pobre y moribunda de la escuela.

No pude evitarlo en su momento. Porque, además de haber muerto, he nacido rica y princesita, gracias a papá —jefe ejecutivo del proveedor más importante de productos y servicios de lubricantes, gasolina y material militar—. Jefazo supremo, últimamente ha salido bastante en la prensa —sobre todo en estos días—. El físico tampoco ayuda y doy bastante el pego, gracias a mamá, pues he heredado su fina estructura ósea, espesa melena negra y grandes ojos negros.

Por desgracia, también he heredado su gran corazón y eso me suele causar problemas.

—Entonces ¿qué había al final del túnel? —continuó Alex—. ¿Viste esa luz, que todo el mundo explica?

—Tu prima no vio ninguna luz —le contestó su padre, con gesto serio debajo de su visera—. Si la hubiese visto, hoy no estaría aquí. Deja de agobiarla.

—No pasa nada —intervine, sonriendo al tío Chris—. No me importa que me haga preguntas. —Claro que me molestaba, pero prefería mil veces pasar el rato en el jardín con Alex y el tío Chris que verme obligada a estar con gente que no conocía. Volviéndome hacia Alex, añadí—: Algunos dicen que han visto una luz al final del túnel. Nadie sabe precisar exactamente cómo es; cada uno tiene su teoría.

—Dime una.

Un trueno retumbó en la distancia. No fue muy fuerte. Los de casa no se enteraron, y mucho menos con el ruido de las risotadas y el borboteo de la fuente de la piscina y la música de los altavoces de dentro y fuera, que obedecían a un diseño peculiar con forma de roca.

Yo sí lo oí. Llegó la vibración después del relámpago... no era el típico relámpago sin estruendo de Florida del Sur, aunque fuesen las ocho de la noche de un mes de septiembre e hiciera un calor tremendo como si estuviésemos en Connecticut un mediodía de julio. Había tormenta en el mar y estaba viniendo hacia aquí.

—No sé —respondí. Pensé en más cosas que había leído—. Algunos piensan que la luz marca el camino hacia una dimensión espiritual diferente, a la que solo pueden acceder los muertos.

Alex sonrió con impaciencia.

—Guau. Las Puertas del Señor —añadió.

—Puede —le respondí, encogiéndome de hombros—. Pero la ciencia dice que las luces son una alucinación provocada por los neurotransmisores del cerebro, que se van fundiendo al ritmo que van muriendo.

El tío Chris tenía la mirada ensombrecida.

—Prefiero la explicación de Alex —dijo—. Lo de las Puertas del Señor.

No quería poner triste al tío Chris.

—Nadie sabe de verdad qué pasa cuando morimos —concluí, rápidamente.

—Excepto tú —matizó Alex.

Me sentía más incómoda que nunca en mi ajustado vestido de verano. Porque lo que vi cuando estuve muerta no fue ninguna luz.

Ni se le acercaba.

No me gustaba mentirle al tío Chris. Sabía que no entrañaba nada bueno hablar de eso; sobre todo con el esfuerzo que había puesto mi madre en que la fiesta saliera a la perfección... la fiesta y todo lo demás a partir de ese momento. No quería decepcionarla. Se había dejado la piel en el proceso, comprando esa casa valorada en millones de dólares y pagando un vuelo exclusivo a su amiga interiorista de Nueva

York para que viniese a decorarla. Pagaba una cuota a un jardinero ecologista que había sembrado en el jardín plantas autóctonas, como los árboles *ylang-ylang* y los jazmines nocturnos, para que el aire se viera envuelto en una fragancia única.

Incluso me había comprado una bicicleta playera con cesta y timbre —todavía no me había sacado el carnet de conducir—; había pintado mi habitación de un verde lavanda y me había apuntado al mismo instituto donde ella había asistido veinte años antes.

—Vas a estar muy a gusto aquí, Pierce —me dijo—. Ya verás. Aquí empezaremos de nuevo. Todo va a ir muy bien, lo sé.

Pero yo tenía algunas razones para pensar que no sería así.

Intenté quedarme con lo más importante. Mi madre estaba contenta. Para la fiesta, incluso había contratado a cocineros profesionales para preparar y servir el cóctel de gambas, los buñuelos de caracoles de mar y las brochetas de pollo. Había dispuesto una flotilla de velas con olor a limón para ahuyentar a los mosquitos; había encendido la fuente de la piscina y había dejado abiertas todas las cristaleras de casa.

—Corre una brisa muy agradable —continuó, sin querer advertir los enormes nubarrones negros que poblaban el cielo nocturno.

A ella misma se le escapaba —a conciencia— el hecho de que, en realidad, se había mudado a Isla Huesos para proseguir su investigación sobre sus queridísimas espátulas rosadas —una especie de flamencos rosas con pico aplanado en forma de espátula— después de que hubiesen sido prácticamente arrasadas tras uno de los peores desastres medioambientales de Estados Unidos. ¡Ah, sí! También había que tener en cuenta que su querida e inteligente hija, también amante de los animales, había muerto y había vuelto a la vida un tanto magullada. Y por ese motivo, el matrimonio de sus padres había hecho aguas. Los trámites del divorcio arrancaron mientras yo estaba todavía en el hospital, cuando mi madre le dio puerta a mi padre por «dejar que me ahogara». Papá se fue a vivir al ático que tiene junto a la oficina, en Manhattan, sin ni siquiera pensar que, un año y medio más tarde, lo seguiría llamando casa.

—Yo prefiero perdonar y olvidar, Pierce —me decía papá cada vez que hablábamos—. No voy a poner ningún impedimento en que te mudes. Tu madre debería aprender a hacer lo mismo.

Para mí, los verbos «perdonar» y «olvidar» no tienen mucho sentido. Perdonar nos ayuda a dejar de machacarnos con un tema, que no suele ser muy sano —solo tienes que ver a mis padres.

Pero, si olvidamos, no aprendemos de nuestros errores. Y eso puede ser letal. Lo sé mejor que nadie.

¿Perdonar? Claro que sí, papá.

Pero ¿olvidar?

Por mucho que lo intente, no puedo.

Porque existe alguien que no me deja.

No culpo a mamá por haberme hecho regresar a la isla donde ella nació y se crio, aunque haga un calor del infierno, esté sacudida por huracanes y custodiada por nubes de una extraña y misteriosa química, del mismo modo que la caja de Pandora, que propagó todos los males del mundo.

Pero si alguien me llega a explicar a tiempo que el nombre Isla Huesos — acuñado por los conquistadores españoles— se refiere precisamente a eso —huesos humanos—, jamás habría aceptado la nueva decisión de mamá de «empezar de nuevo en Isla Huesos».

Sobre todo porque es difícil empezar de nuevo en el mismo lugar en el que has conocido a la persona que sigue apareciendo una y otra vez para arruinar tu vida.

No se lo podía explicar por nada del mundo a mamá. Se supone que el hecho de haber estado ya una vez en Isla Huesos tenía que ser nuestro gran secreto (no era un secreto oscuro, sino un secretillo entre chicas, como siempre decía mamá).

Por eso mi padre no puede ni ver a la familia de mi madre, porque piensa —no sin razón— que está llena de tarados y delincuentes, que no es precisamente el entorno más favorable para su hija única. Le prometí a mamá que nunca diría nada sobre el viaje que habíamos hecho hasta aquí para asistir al funeral de su padre cuando yo tenía siete años.

Se lo he prometido. ¿Qué sabía yo? Nunca se lo dije a nadie...

... Sobre todo lo que ocurrió después; tras el funeral, en el cementerio. La verdad es que nunca pensé que tendría que explicárselo a nadie, desde que la abuela lo supo todo.

Las abuelas nunca quieren que pase nada malo. Mucho menos a sus nietas.

Así que no conocía a nadie en la fiesta de mamá excepto a mamá, Alex y la abuela, los mismos que se sentaron a mi lado en el banco durante el funeral por el abuelo. Eso fue hace una década, cuando el tío Chris seguía en prisión.

El tío Chris no se estaba adaptando muy bien a la vida en sociedad.

No sabía exactamente qué hacer cada vez que se le acercaba uno de los camareros a llenarle la copa de champán. En lugar de responder «No, gracias», el tío Chris se ponía a gritar «¡Mountain Dew!»^[1] y apartaba el brazo bruscamente, regando el suelo de la terraza con champán.

—No bebo —decía el tío Chris, volviendo a ser comedido—. Solo me gusta el Mountain Dew.

—Lo siento mucho, señor —respondía el camarero, mirando, patidifuso, hacia el charco de Veuve Clicquot que se había formado a sus pies.

Decidí que me caía bien el tío Chris, por mucho que mi padre me hubiese advertido que era un hombre que se había embarcado en un camino hacia el infierno y la venganza después de su salida de prisión.

Lo único que le he visto hacer desde que vivo en Isla Huesos —donde ahora vive con la abuela, quien crio a Alex en su ausencia, pues su madre se fue de casa cuando él aún era un bebé, justo después de que Chris empezara a cumplir condena en la

cárcel— ha sido sentarse delante de la tele y tragarse obsesivamente el Canal del Tiempo, dando sorbos a su Mountain Dew.

El tío Chris también me daba un poco de miedo: tenía la mirada más triste que había visto nunca.

Tenía que procurar no pensar en él. Del mismo modo que tenía que olvidarme del capítulo sobre mi muerte.

Pero algunos me lo estaban poniendo bastante difícil.

—La experiencia es distinta —añadí lentamente, mirando al tío Chris— para cada individuo que ha muerto y ha vuelto a la vida.

Me fue muy bien que en ese mismo momento la abuela estuviera bajando las escaleras del porche trasero, repiqueteando con cierto tembleque con sus tacones pequeñitos. A diferencia de Alex y el tío Chris, se había arreglado un montón y se había puesto un vestido *beige* vaporoso con bufanda de seda cosida por ella.

—Aquí estás, Pierce —dijo, con una voz que simulaba cierto enfado—. ¿Qué haces aquí fuera? La gente de dentro te quiere conocer. Anda, ven; dile hola al Padre Michaels...

—Ah, mira —intervino Alex, entusiasmado—. A lo mejor el Padre sabe algo.

—¿Saber qué? —respondió la abuela, extrañada.

—La luz que vio Pierce cuando estuvo muerta —respondió Alex—. Creo que eran las Puertas del Señor. Pero Pierce dice que no, que según los científicos... ¿qué decían los científicos, Pierce?

Tragué saliva.

—Que es una alucinación —continué—. La ciencia dice que se han obtenido los mismos resultados en personas que no se estaban muriendo, y utilizaron para eso drogas y electrodos en sus cerebros. Algunos vieron esa luz.

—¿A eso os dedicáis? —dijo la abuela, con gesto asombrado—, ¿a cometer blasfemia?

Después de morir y regresar a la vida, mis notas en la escuela cayeron en picado. La tutora de la Escuela Femenina Westport, la señora Keeler, recomendó a mis padres que buscaran un apoyo fuera de la escuela para que me motivara a estudiar. «A muchos estudiantes que fracasan en la escuela les va muy bien luego en la vida cuando descubren lo que les motiva», les aseguró a mis padres.

Sí, por fin encontré algo fuera de la escuela que me motivaba. Una motivación que fue la causante de que me dieran la patada en la Escuela Femenina Westport y acabase aquí en Isla Huesos, lugar que algunos consideran el Paraíso.

Estoy segura de que la gente que lo considera el Paraíso no conoce a mi abuela.

—No —le respondió Alex, con una sonrisa—. Blasfemia sería decir que la luz viene de entre las piernas de su madre mientras pasa a mejor vida. Aunque claro, según los hindúes, eso no sería blasfemia.

La abuela puso cara de haberse comido un limón.

—Alexander Cabrero —dijo, amenazante—. Tú no eres hindú y yo, te recuerdo,

soy la señora que paga las cuotas de ese cacharro de vehículo que llamas coche. Si quieres que siga pagando, deberías empezar a ser un poco más respetuoso.

—Lo siento, señora —murmuró Alex, mientras contemplaba el charquito de champán en el suelo, a lo que su padre respondió haciendo exactamente lo mismo mientras se quitaba la gorra de béisbol.

La abuela desvió la mirada hacia mí, intentando suavizar su expresión.

—Bueno, Pierce —dijo—, ¿por qué no entras y saludas al Padre Michaels? No te acordarás de él, claro, porque eras muy pequeña, pero estuvo en el funeral por el abuelo. Él se acuerda mucho de ti y no estaría mal que hablaras con él para unirte a nuestra parroquia.

—Es que... —respondí—. No me encuentro muy bien. —No lo había planeado. El calor empezaba a ser insoportable. Necesitaba desabrocharme el vestido—. Necesito un poco de aire.

—Luego entras —respondió la abuela, con gesto asombrado, de nuevo—. Han puesto el aire acondicionado. O debería estar encendido, si tu madre no hubiese abierto todas las cristaleras...

—¿Y ahora qué he hecho, madre? —Mamá apareció del porche trasero y levantó de la bandeja uno de los cócteles de gambas que iba repartiendo el camarero—. Aquí estás, Pierce. Te estaba buscando... —Me examinó el rostro y añadió—: Cariño, ¿estás bien?

—Dice que necesita un poco de aire —intervino la abuela, sin modificar su expresión de asombro—, pero ya lleva un buen rato fuera. ¿Qué le pasa a esta chica? ¿Se ha tomado la medicación hoy? Deb, ¿estás segura de que Pierce está preparada para volver al colegio? Ya la conoces. A lo mejor...

—Ella está bien, madre —le cortó mamá. Volviéndose hacia mí, me dijo—: Pierce...

Levanté la cabeza. Los ojos de mamá eran más oscuros de lo habitual en la luz del porche. Estaba muy guapa y joven con sus tejanos blancos y su camiseta de tirantes vaporosa de seda. Estaba preciosa. Todo iba bien. Todo iba a salir muy bien.

—Me tengo que ir —resolví, intentando esconder el sollozo de pánico que notaba en mi garganta.

—Sí, cariño. Vete —dijo mamá, agachando la cabeza para palparme la frente con la mano y descartar la fiebre. Olía como siempre: una mezcla de su perfume y del típico olor a mamá. Me acarició el hombro con su larga melena negra mientras me daba un beso—. Vete sin problemas, pero acuérdate de encender los faros de la bici.

—¿Qué? —La voz de la abuela sonó incrédula—. ¿Y la dejas irse así, sin más, con la bici? En medio de una fiesta. De su fiesta.

Mamá la ignoraba.

—No te pares —me dijo solo a mí—. No bajes de la bici.

Me di la vuelta para decir una palabra a Alex y al tío Chris, que me miraban perplejos, y me dirigí directamente hacia el jardín lateral, donde tenía la bici

aparcada. No miré atrás.

—¡Ah! ¡Pierce! —me llamó mi madre.

Me puse tensa de repente. ¿Y si la abuela la había obligado a cambiar de opinión?

Solo me quería decir:

—No tardes. Va a haber tormenta.

*Mientras me precipitaba así hacia abajo,
ofreciose ante mi vista una imagen.
Al verla en medio de aquel desierto, grité:
—¡Compadécete de mí, quien quiera que seas,
sombra y hombre verdadero!*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Todo el mundo se aferra al pensamiento de que hay algo más —algo muy grande— que les espera al otro lado. Paraíso. Valhalla. Cielo. Su próxima —con un poco de suerte, menos horrible— vida.

He visto lo que hay. No es el Paraíso. Al menos, no de momento.

Es una verdad que cargo en solitario, porque nada bueno les ha pasado a las personas con las que la he compartido.

Así que muchas veces me voy para evitar decir —o hacer— algo de lo que me pueda arrepentir. Porque, si no, pasan cosas malas.

Él.

Mamá lo entendió. No lo de él, por supuesto —no sabe nada—, sino lo de mi necesidad de escapar. Por eso no se opuso a que me fuera.

Mientras descendía por la colina en bici, notaba la brisa en mi pelo y me refrescaba al instante. No dejaba de pensar en la abuela.

«¿Un hombre? ¿Qué hombre?».

Eso es lo que me había dicho el otro día en su casa, cuando me levanté del sofá, después de estar un rato sentada viendo el Canal del Tiempo con el tío Chris, y la seguí hasta la cocina para hablar del funeral del abuelo... en concreto, de lo que había pasado en el cementerio justo después.

—Ya lo sabes —le dije—. Ya te hablé de ese hombre. El hombre del pájaro.

Nunca habíamos tenido ocasión de volver a hablar del tema. Y había pasado tiempo. Aparte de ser un secreto ese día —un secreto entre chicas, entre mamá y yo—, la abuela y yo no habíamos vuelto a estar juntas, gracias a papá.

Los años transcurrieron y lo que había pasado esa tarde en el cementerio empezó a parecerse más a un sueño. No podía haber sucedido. Era imposible.

Entonces, fallecí.

Me di cuenta de que lo que había visto aquel día en el cementerio no solo no era un sueño, sino que era la cosa más importante que me había sucedido en la vida. Bueno, eso y mi parada cardiorrespiratoria.

—Venga, sal a jugar un rato —me había dicho la abuela—. Mamá ahora está ocupada. Voy a buscarte en cuanto acabemos.

La abuela y mamá estaban en el despacho del sacristán después del funeral, firmando los últimos papeles para la tumba del abuelo.

Quizá siempre he sido un poco inquieta. Creo que derramé algo encima del escritorio del sacristán. No me sorprendería. Igual que mi primo Alex, que también había estado allí, me costaba bastante concentrarme.

A diferencia de Alex, no fueron tan estrictos conmigo. Yo era una niña y las niñas no se meten en problemas.

Recuerdo a mamá leyendo los papeles y ayudando a la abuela a rellenarlos. Me sonreía, con sus ojos llenos de lágrimas.

—Sí, cariño —me dijo—. Ve un ratito fuera. No te alejes mucho. Enseguida voy.

No me alejé. Desde entonces, escucho más a mi madre.

Vi una paloma a unos diez metros del despacho del sacristán. Caminaba cojeando entre las tumbas; arrastraba una pluma por detrás, rota. Rápidamente corrí hacia ella para cogerla, pues sabía que, si regresaba junto a mi madre con la paloma, la intentaría salvar. Le apasionaban las aves.

Pero todo se torció sin remedio. La paloma se asustó e intentó volar, sin éxito. Intentó dar un salto hasta una lápida, pero se chocó contra la piedra y ahí se quedó. Corrí a socorrerla y me di cuenta de que estaba muerta.

Naturalmente, empecé a llorar. Ya me sentía bastante triste, teniendo en cuenta que acababa de asistir al funeral de un abuelo al que nunca conocí y que me habían echado del despacho del sacristán por portarme mal. Y ahora esto.

Entonces vi a ese hombre acercándose. Para una alumna de primaria como yo, era alto como una torre, un gigante ante mis ojos, aunque se arrodillara delante de mí y me preguntara por qué lloraba.

Ahora que lo recuerdo, él era un adolescente; todavía no era un hombre. Pero tan alto y vestido de negro, parecía mucho más adulto.

—Solo quería ayudarla —respondí, con congoja, mientras señalaba a la paloma—. Estaba herida y entonces la he asustado y le he hecho más daño. Está muerta. Lo he hecho sin querer.

—Claro que sí, lo has hecho sin querer —respondió, acercando la mano para coger su frágil cuerpo.

—No quiero ir al infierno —sollocé.

—¿Quién ha dicho que vas a ir al infierno? —exclamó, con sorpresa.

—Es donde van los asesinos —le expliqué, entre lágrimas—. Lo dice mi abuela.

—Tú no eres ninguna asesina —me aseguró—. Y me parece que es un poco pronto para preocuparte por lo que pasará cuando te mueras.

No estaba bien hablar con extraños. Mis padres me lo habían enseñado.

Pero ese extraño parecía bastante simpático. Y mi madre estaba muy cerca, en el despacho. Yo no corría peligro.

—¿Le buscamos un ataúd? —sugerí, señalando al pájaro. Tenía la cabeza llena de frases que había oído esa tarde en el funeral—. Cuando morimos, nos meten en un ataúd y no nos vuelven a ver más.

—No a todos —me respondió el extraño, con parquedad—. No a todos. Y sí, podemos buscarle un ataúd. O la puedo revivir. ¿Qué te parece?

—Tú no la puedes revivir —le dije, tan desconcertada por la respuesta que me olvidé de mi llanto. Él seguía acariciando el pájaro, totalmente muerto. La cabeza le caía encima de sus dedos. Tenía el cuello roto—. Nadie lo puede hacer.

—Yo sí —me dijo—. Si tú quieres.

—Sí, por favor —susurré.

A continuación, pasó la mano por encima del pájaro. Un segundo después, el animal levantó la cabeza y, con un súbito revoloteo, empezó a batir las alas y despegó de su mano, volando con fuerza en el cielo azul.

Estaba tan emocionada, que grité:

—¡Hazlo otra vez!

—No puedo —me respondió, poniéndose de pie—. Se ha ido.

Pensé en su respuesta, me acerqué a él y le cogí de la mano, estirándole.

—¿Puedes revivir a mi abuelo? Mira, lo han puesto ahí...

Señalé hacia la tumba al otro lado del cementerio.

Me dijo, en tono suave:

—No. Lo siento.

—Pero mi mamá se pondría tan contenta. Y mi abuela. Por favor. Solo es un momentito...

—No —me repitió. Empezaba a ponerse serio. Se volvió a arrodillar delante de mí—. ¿Cómo te llamas?

—Pierce —respondí—. Pero...

—Escúchame, Pierce —me dijo. Tenía los ojos del mismo color que las cuchillas de mis patines de hielo cuando vivía en Connecticut—. Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti, pero es mejor dejarlo como está. Tu abuela y tu madre se asustarían un poco si lo volvieran a ver después de haberlo enterrado, ¿entiendes?

No lo había pensado. Quizá tenía razón.

En ese momento, la abuela salió a buscarme. El hombre la vio. Tenía que haberla visto —y ella a él—, porque se intercambiaron un «buenas tardes». Justo después, el hombre dio media vuelta, me dijo adiós y se fue.

—Pierce —me dijo la abuela, acercándose a mí—. ¿Lo conoces?

—No —respondí.

Y le hablé sobre él y la cosa increíble que acababa de hacer.

—¿Te ha caído bien? —me preguntó, cuando acabé de explicárselo todo, casi sin aliento.

—No sé —respondí, descolocada con la pregunta.

¡Había resucitado a un pájaro! Pero se había negado a hacer lo mismo con el

abuelo, lo que era un problema.

La abuela sonrió por primera vez en ese día.

—Ya lo sabrás —me respondió.

Entonces, me cogió de la mano y me hizo caminar hacia el coche, donde nos esperaban Alex y mamá.

Recuerdo que miré hacia atrás. No vi rastro del hombre; tan solo las flores rojo escarlata de las ramas negras retorcidas de las acacias rojas que caían a modo de baldaquín por encima de nuestras cabezas, en una explosión de fuegos artificiales rojos contra el límpido cielo azul...

Y ahora, como me dicen aquellos a los que he contado lo que he visto al morir —no una luz, sino un hombre—, mi abuela insistía en que me lo había imaginado todo.

—Cómo va a haber un hombre en el cementerio que resucita a los pájaros —me dijo el otro día en la cocina, sacudiendo la cabeza—. ¿De dónde has sacado eso? Mira, Pierce. Estoy muy preocupada por ti. Siempre imaginando cosas... y, desde el accidente, me han contado que estás peor que nunca. Y no te pienses que vas a pasar de puntillas poniéndote guapa y aquí no se entera nadie. A tu madre también le gusta estar guapa, pero tiene dos dedos de frente. Y mira lo que le ha pasado. Todo va bien, todo se consiente hasta que el señor marqués deja a su hija ahogars...

—Abuela —le interrumpí, intentando mantener la voz serena—. ¿Cómo puedes decir que el hombre no estaba cuando tú misma me preguntaste si...?

—Espero, de verdad, que te vaya bien en este nuevo colegio, Pierce —me cortó—. Porque tuviste algunos problemas en el último, ¿no? —Me dejó una bandeja de bocadillos encima del brazo—. Ahora llévasela a tu tío, que se está muriendo de hambre. No ha probado bocado desde el desayuno.

Ese día salí de su casa —después de servir la bandeja de bocadillos, cómo no— y cogí mi bicicleta para regresar. Tenía el mismo presentimiento de que algo malo iba a pasar. Siempre pasaba algo horrible cuando me enfadaba, algo que no podía controlar. Era mejor irme antes de que todo fuese a peor.

Antes de que él apareciese.

Me hallaba de nuevo, igual que ese día, subida en la bici. Esta vez, pedaleaba sin rumbo. Necesitaba escapar de mi abuela. De sus preguntas. Del parloteo de la fiesta. Del chorro de la fuente contra el agua de la piscina... de esa piscina.

A diferencia del «incidente» en el colegio el año pasado, el accidente fue mi culpa. Me tropecé con mi propia bufanda y me di un golpe en la cabeza, justo antes de caer en la piscina de la casa en Connecticut.

Estaba intentando rescatar a un pájaro herido... sí, otra vez.

El pájaro sobrevivió, sin la ayuda del extraño del cementerio de Isla Huesos.

Yo no tuve tanta suerte.

La temperatura del agua fue tan intensa como el golpe en la nuca. Enseguida se caló mi ropa de invierno —botas y abrigo—, pesando tanto sobre mis piernas y brazos que no podía ni chapotear como un perro —mucho menos nadar—. La

pesadísima cubierta de lona de la piscina, que papá se había olvidado de atar, me empujaba hacia abajo y me constreñía, estrujándome como una pitón.

Estaba demasiado lejos de la escalera para intentar llegar nadando, y la ropa y la cubierta me hundían cada vez más. Si hubiese llegado a alcanzar la escalera, igualmente no habría tenido fuerzas para subir.

Luché con todas mis fuerzas. Es increíble lo que una niña de quince años, con un hematoma subdural, es capaz de hacer con tal de salvar su vida.

Mi padre estaba atendiendo una videoconferencia en su estudio en ese momento, al otro extremo de la casa. Había olvidado que mi madre estaba en la biblioteca, acabando su tesis sobre los hábitos de reproducción de las espátulas rosadas, y que yo no estaba en casa de mi mejor amiga Hannah ni en el centro de recuperación de animales, donde asistía como voluntaria, y que era el día libre de la asistenta.

También se había olvidado de comentar que los soportes metálicos de la cubierta de lona se habían oxidado después del invierno.

Tampoco se podría haber evitado —al menos para mí— si papá hubiese recordado alguna de estas cosas o si no hubiese estado al teléfono. De nada servía gritar para pedir ayuda. Ahogarse no tiene nada que ver con lo que vemos en las películas. Aun con el cráneo contusionado, supe que me había metido en un buen problema; el peso de toda el agua que había tragado como acto reflejo tras el impacto del frío —febrero en Nueva Inglaterra— había empujado mi cuerpo hacia el fondo de la piscina, como una roca.

Tras el dolor y el pánico inicial, todo se volvió muy tranquilo. Solo oía los latidos de mi corazón y el borboteo del agua subiendo por mi garganta... sensaciones que se iban diluyendo, cada vez más.

No supe en ese momento que eso era porque me estaba muriendo.

El sol de la tarde se filtraba entre las hojas que cubrían la piscina, dibujando bonitas formas en el fondo. Me acordé del reflejo del sol en las vidrieras de colores de la iglesia el día del funeral de mi abuelo. Aunque se supone que no podía hablar sobre eso, nunca olvidaré ese día y cómo habían llorado mi abuela y mi madre durante todo el funeral...

Recordaba muy bien cómo mi abuela me agarraba con fuerza de la mano y me hacía caminar por el cementerio y cómo las flores de las ramas de las acacias rojas miraban hacia el cielo cristalino por encima de nuestras cabezas...

... rojas como las borlas de mi bufanda, enroscada en mi cara mientras me ahogaba en el fondo de la piscina.

Quizá por eso, cuando volví a ver esa imagen después de escapar en bici de la fiesta —no las borlas, sino las flores de las acacias—, frené en seco.

Me di cuenta de que había llegado al cementerio, donde mis piernas me habían llevado instintivamente.

Era consciente de que no era la primera vez, y sabía por qué.

Me he dado más de una vuelta por el cementerio desde que llegué a Isla Huesos

—mi madre lo incluyó en la pequeña «guía turística» que elaboró a mi llegada. Porque, precisamente, al estar todos los féretros metidos en sepulcros y mausoleos por encima del suelo, el cementerio se había convertido en uno de los atractivos turísticos de la isla. Resulta que si entierras a los muertos en una zona geográfica tradicionalmente arrasada por huracanes, los esqueletos saltan de debajo de la tierra. Entonces te encuentras con tus seres queridos colgando de los árboles o de las vallas o incluso en la playa, como una peli de terror.

—Por ese motivo —me explicó mi madre—, los conquistadores españoles que descubrieron esta isla hace quinientos años la bautizaron Isla Huesos. Al llegar aquí, vieron que estaba cubierta de huesos humanos, seguramente por una tormenta que había arrancado un cementerio indígena.

Me había paseado varias veces por el cementerio desde mi llegada a Isla Huesos, pero nunca encontraba el árbol que había visto aquel día cuando tenía siete años. Hasta la noche de la fiesta.

Eso me incitó a hacerlo.

«No tardes —me había dicho mi madre—. Va a haber tormenta».

Y me encontraba delante de la acacia roja, viendo la tormenta venir, que no era como mamá había descrito.

Era mucho peor.

El suelo estaba cubierto de flores. Secas y marchitas, se dispersaban alrededor de mis pies formando una alfombra roja, susurrándose las unas a las otras mientras el viento las sacudía y las esparcía por el camino adoquinado.

El mausoleo cercano al árbol se conservaba igual que el día del funeral de mi abuelo. El yeso dejaba zonas de ladrillo desnudo, rojo como las flores de mis pies.

La diferencia es que ahora podía leer claramente unas letras esculpidas en bloque en la puerta adornada con volutas de hierro forjado que daba entrada al panteón.

No había fecha. Solo un nombre.

HAYDEN.

Con siete años, no me había fijado en el nombre. Tenía otras cosas en la cabeza. Tantas veces como había recorrido el cementerio, sin darme cuenta del árbol hasta esa noche.

«Te lo has imaginado, Pierce».

No solo me lo había dicho la abuela el otro día en la cocina, sino todos los psiquiatras que mis pobres padres habían tenido que pagar después del accidente. Eran incapaces de creerse lo que leían en los informes de la escuela: su querida niña tenía un rendimiento muy por debajo de la media.

Es muy habitual entre pacientes que han perdido actividad eléctrica en el corazón o el cerebro durante un intervalo de tiempo, pues después explican que han tenido alucinaciones durante el lapso de tiempo en que han estado muertos.

Pero era vital para mi salud mental —según me dijeron los médicos— que lo interpretara como un sueño.

Sí, muy realista. Pero ¿qué tenía que ver todo lo que había leído en el colegio o visto en la televisión o presenciado años antes —aunque nunca les he explicado lo que pasó en el funeral de mi abuelo— con la secuencia que tuve en mi experiencia cercana a la muerte?

Eso era importante tenerlo en cuenta, del mismo modo que, mientras estaba ocurriendo, yo había sido capaz de controlar mis propias acciones. Se conoce como sueño lúcido. Si lo que me hubiese pasado hubiese sido real, no habría podido escapar de mi captor.

¡No tenía nada por lo que preocuparme! No venía a por mí. Porque era producto de mi imaginación.

Me sentaba delante del psiquiatra de turno y asentía. Tenían razón. Claro que sí.

Pero, por dentro, me sentía...

... lo sentía por ellos.

Porque los médicos y psiquiatras tenían las paredes tan llenas de títulos y diplomas, de las mismísimas universidades de Ivy League, donde mis padres me querían enviar y, sin embargo, para su desesperación, lo tenían tan difícil conmigo.

Y lo que era más triste: mis padres no eran capaces de verlo; de ver que no me interesaban ni los títulos ni los diplomas.

Y los psicólogos seguían sin tener ni idea de lo que estaban hablando.

Porque yo tenía pruebas. Siempre las había tenido. Plantada delante del mausoleo, al lado de la acacia roja, me desabroché un par de botones del vestido de verano que me había puesto por obligación en la fiesta y apreté los dedos. Me lo podría haber quitado delante de las narices del psiquiatra y haberle dicho:

«¿Qué le parece esto? ¿Sueño lúcido, también?».

Pero nunca me atreví. Dejaba que la ropa me siguiera apretando.

Porque —a pesar de que no me creían— al menos me habían intentado ayudar. Eran buena gente.

No quería que les pasara nada malo.

Y me había dado cuenta de que la gente que se interesaba en exceso por mi collar acababa bastante mal.

Así que, después de eso, nunca más se lo he vuelto a enseñar a nadie. Ni a la abuela cuando me dijo eso en la cocina. Tampoco habría cambiado nada.

Cuando me situé delante del mausoleo, en el mismo punto en que nos habíamos conocido, supe de repente que quizá yo era la única que tenía el poder de atraer lo malo.

Porque yo misma había regresado. No solo de entre los muertos; sino que me hallaba de nuevo en el lugar donde todo había empezado.

¿Qué seguía haciendo allí? ¿Estaba tan loca como todo el mundo en Connecticut se empeñaba en decir? Estaba sola en un cementerio en plena noche. Tenía que salir de ahí. Salir corriendo. Se me estaban erizando todos los pelos del cuerpo; me pedían que huyera.

Pero ya era demasiado tarde. Porque alguien venía a mi encuentro, aplastando los pétalos secos mientras se acercaba.

Huesos. Así sonaban las hojas al resquebrajarse. Pequeños huesos deshechos.

Dios mío, ¿por qué me había contado esa historia mi madre? ¿Por qué no tenía una madre normal, que explica historias normales sobre hadas madrinas y zapatos de cristal, en lugar de historias sobre esqueletos humanos desparramados por las playas?

No hizo falta que me diera la vuelta para saber quién era. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía.

El grito que lancé cuando por fin me giré y vi su cara fue tan espantoso que estuve a punto de despertar a los muertos.

*De improviso se me presentó, figurándoseme que venía contra mí,
erguida la cabeza y rabiosa de hambre;
como que hasta el aire pareció que se estremecía de verle.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Se quedó mudo, como yo.

—¿Qué haces aquí?

Su voz sonó como el colofón del trueno amenazante que pude oír tras los relámpagos que hacían resplandecer las palmeras. Un poco más arriba, las nubes grisáceas chocaban entre sí.

Intenté decir algo, pero de mi boca solo salió aire.

Bueno, tampoco era tan sorprendente, pues una parte de mí —desde que oí las palabras «Isla Huesos» en boca de mi madre— sabía que ese momento iba a llegar. Supongo que, por algún extraño motivo, supe que iba a dar la talla. Si no, ¿por qué mi cabeza me había ordenado pedalear sin parar hasta el cementerio?

No había sido mi cabeza, sino mi corazón. La aguja de diez centímetros que me clavaron en el corazón consiguió que volviera a latir.

Pero eso no significaba que no siguiera roto.

Lo volví a intentar, después de aclararme la garganta. Solo deseaba que no notase el temblor de mis piernas por debajo del vestido.

—Mmm, lo siento —dije—. Por el grito. Me has asustado. No quer..., no era mi intención.

»Me acabo de mudar aquí con mi madre. —Dije esto último en forma de suspiro—. Aquí, a Isla Huesos. Quiere que aquí cambiemos de aires porque... bueno, ya sabes.

Mi voz se apagó. No me gustaba volver a hablar de lo que me había pasado en mi anterior escuela en Westport.

¿Y qué sentido tenía contárselo? Él había estado allí.

Se limitó a contemplarme. Quedaba claro, por su expresión, que no se alegraba de verme.

Era de entender: le acababa de gritar en la oreja. Es una reacción que no acaba de gustar a las personas —sobre todo a los chicos, supongo.

—Yo no tengo la culpa —continué.

El corazón me latía tan fuerte que ya no oía al viento agitar las palmeras, ni a los grillos que habitaban en las acacias rojas, ocultos entre las tumbas que dibujaban

sombras a nuestro alrededor.

—Mi madre quiere salvar a los pájaros. ¿Qué voy a hacerle?

Mi voz sonaba extraña y lejana. Tampoco era tan raro: dudo mucho que ninguna chica pudiese hablar como si nada con alguien como él, con esa mirada penetrante. Era altísimo —medía metro noventa y cinco o dos metros, casi medio metro más que yo—, con unos brazos y hombros enormes, de jugador de fútbol americano —y ese tema lo dominaba, pues de pequeña había sucumbido a innumerables partidos al lado de mi padre en su afán por aprovechar el tiempo conmigo y llevarme a sitios—, lástima que no hubiese psicólogo que pudiese con mi padre, debido a sus problemillas de actitud.

Sus tejanos negros, camiseta negra ceñida, botas negras y nudillos surcados de cicatrices daban a entender que no buscaba caerte simpático. Incluso su pelo, que caía, descuidado, en espesos bucles castaños alrededor de su cara y cuello, desprendía un halo siniestro mirases por donde mirases.

Sus ojos eran otra cosa. Grises como las nubes que nos custodiaban, resplandecían con un cálido brillo muy difícil de olvidar... y creedme: lo había intentado.

Pero el brillo no le acompañaba ahora. Sus ojos estaban apagados, imperturbables como agujeros de bala. Casi parecían... muertos.

Quería saber qué le podría haber pasado para provocar ese cambio. Yo no tenía la culpa. No era ese tipo de chica.

Su voz no estaba marchita; estaba llena de sarcasmo.

—Me refiero —matizó— a qué estás haciendo ahora, esta noche. En el cementerio. A estas horas.

Tragué saliva.

Pues claro que lo sabía. Sabía perfectamente qué estaba haciendo en Isla Huesos. Al parecer, él siempre sabía exactamente dónde estaba y qué estaba haciendo. Había visto mi avión aterrizar. Me había observado mientras recogía las maletas de la cinta, mientras mamá me ayudaba a cargarlas en el carro. Me preguntaba si también había presenciado el momento de subirlas al maletero y cómo nos había costado a mamá y a mí meterlas en su todoterreno híbrido porque pesaban un montón. Ya podría haberse acercado a ayudarnos.

Podía sentir la rabia saliendo de su cuerpo a borbotones.

Era consciente de que le había hecho daño una vez (pero fue en defensa propia; él me hizo daño primero. La detención ilegal es un delito. Lo he buscado).

Pero, dado que al menos ha aparecido dos veces desde entonces para salvarme la vida —al menos eso creo—, supongo que a estas alturas ya me ha perdonado.

Sus ojos seguían sin mostrar el más mínimo rastro de calidez; mucho menos remordimiento, por lo que me había hecho. Supongo que de nuevo yo volvía a equivocarme.

—Mira —le dije, con una voz teñida de desdén. No tenía derecho a ser tan

maleducado. Y por supuesto: me había asustado y yo había gritado de miedo. ¿Y por qué, sabiendo que yo vivía en la isla, no se había presentado antes para saludar? No es que me hiciese ilusión, porque cada vez que aparecía, algo se torcía. Aun así...—, estaba por aquí y quería estar segura de que las cosas entre nosotros... —Me estaba metiendo en un laberinto. ¿Por qué no había hecho caso a mi madre y me había bajado de la bici?—. De que no hay rencores.

Seguía observándome.

—No hay rencores —repitió.

—Bien —respondí. La conversación era mucho más patética de lo que había imaginado. Y eso que yo tenía fama de imaginar cosas raras—. Ya he superado lo que me hiciste. Y quiero asegurarme de que has entendido que... lo que te hice... lo que pasó cuando... bueno ya sabes... Cuando me largué. Que no fue nada personal.

—Ya. Lo entiendo —me respondió. Su voz era tan gélida como su mirada—. Fuiste rotunda y directa. Tomaste una decisión y actuaste. —Se encogió de hombros y se cruzó de brazos—. Sin prever las consecuencias.

Contusionada por sus palabras —«Fuiste rotunda y directa. Tomaste una decisión y actuaste»—, tenía ganas de llorar.

Ay, Dios. ¿Me iba a poner a llorar delante de él? Y mamá quería que todo saliese perfecto. Pues esto no estaba yendo nada bien.

—Tenía quince años —le respondí, intentando no sentirme atrapada. Me había repetido muchas veces esta conversación en la cabeza; la tenía que tener más que dominada. El problema era, cómo no, que la conversación con él en mi cabeza nunca tenía nada que ver con la realidad—. ¿Quién está preparado para ese compromiso a los quince?

—¿A los diecisiete años te va mejor? —me preguntó, tajante.

Aterrorizada, espeté:

—¿Qué? ¡No!

—Bueno —continuó—, para alguien que sigue quejándose de que no está preparada para morir, es una interesante manera de demostrarlo.

Miré directamente a esos ojos temibles.

—Qué quieres decir.

—Pues que cualquier persona que valora mínimamente su vida no se dedica a pasear de noche por los cementerios. Estoy hablando de ti, para más detalles.

En todo el perímetro de siete hectáreas del cementerio de Isla Huesos no había guardias ni cámaras vigilándonos. El sacristán acababa su jornada y volvía a su casa puntual a las seis de la tarde, como él mismo me había dicho con toda la impertinencia del mundo una noche mientras me estaba echando y me clavaba una bronca por usar «un lugar destinado a la veneración como destino de ocio» antes de cerrarme la puerta del cementerio.

Así que, si decidía volver a llevarme con él a su mundo —que, al parecer, tenía todo el poder para hacerlo—, a no ser que hubiese un borracho durmiendo en una

tumba con los suficientes reflejos para llamar al teléfono de urgencias, nadie vendría a rescatarme.

«Buenas noches. Se cumple hoy el décimo aniversario de la misteriosa desaparición de la adolescente de diecisiete años Pierce Oliviera, que desapareció sin dejar rastro en Isla Huesos, al sur de Florida, cuando al parecer había salido a dar una vuelta en bici una cálida noche del mes de septiembre...».

—¿Me estás amenazando? —le solté, con las manos en las caderas, intentando mostrar más valentía de la que sentía. Porque lo que sentía era auténtico pánico.

No me había dado cuenta de que se había ido acercando —había olvidado su sutil maña de sigiloso acercamiento felino. Esta vez, las flores secas de las acacias rojas no habían crujido debajo de sus botas con suela de acero— solo hasta que lo tuve a quince centímetros de mí.

Cada vez que se acercaba, me latía más fuerte el corazón. No solo porque me aterraba lo que quisiese hacer conmigo, sino porque notaba al instante todas esas cosas de él que lo hacían tan increíblemente atractivo. De cerca, sus ojos claros eran el extremo opuesto a los míos... solo que los míos tenían un trazo marrón, con puntos ámbar y miel —como él mismo me dijo un día, en un momento muy dulce.

Aunque tampoco es un gran piropero, pues la miel y el ámbar son sustancias pegajosas que atrapan a las pulgas.

Sus ojos eran todo lo contrario: flecos de acero, uno de los metales más duros de la tierra.

Y eran difíciles de evitar, a centímetros de su cara.

—¿Amenazándote? —repetió, bajando la vista—. ¿Con qué? ¿Qué podría hacerte? No estás muerta. Sigues viva.

Aguanté la respiración e intenté calmarme. De repente se hizo evidente lo que estaba a punto de pasar:

Iba a besarme...

... o, según mi corazón advirtió, triste y apesadumbrado, quizá no.

Había olvidado el objeto de su interés. No me miraba a los ojos, sino un poco más abajo... entre los botones de mi vestido, que había conseguido desabrocharme. Me habría gustado pensar que yo le atraía, y tenía algún motivo para pensar que sí.

Pero esa noche lo que le interesaba era lo que colgaba de una cadena de oro, justo en ese recoveco, y que no me había quitado desde el día en que fallecí.

Se supone que protegía contra el mal. Al menos, eso es lo que él me había dicho cuando me lo dio.

Pero esa noche no estaba funcionando muy bien —de hecho, nunca había funcionado bien, por lo que mi mente alcanzaba a recordar.

Cuando me vi delante de él en el cementerio, notando su suave respiración contra mi mejilla, me di cuenta de que nunca le había pedido permiso para traérmelo a este mundo. Tampoco lo había robado: él mismo me lo había regalado.

Pero estaba segura de que era un regalo con condiciones, y una de las condiciones

era quedarme con él en su mundo, y...

Bueno, eso no había pasado.

«Sin prever las consecuencias», acababa de decir.

Sentí un pinchazo en el estómago mientras me cruzaba de brazos para esconder la piedra y todo lo que tuviese que ver con mi vestido.

—Todavía lo llevas —dijo, entre susurros.

Su voz ya no era atronadora. Hablaba como el primer día que nos conocimos, dulce y atento.

—Claro que sí —le dije, extrañada por su sorpresa.

Pero ¿qué se pensaba? ¿Que lo echaría a un vertedero en cuanto me alejase de él?

Me mordí el labio. Se supone que no tenía por qué seguir llevando ningún elemento que me recordase al día de mi muerte... o a él. A lo mejor era un poco tonta por no haberlo lanzado al mar, como la viejecita del *Titanic*. Cualquiera chica lo habría hecho. O lo habría vendido, teniendo en cuenta lo que me habían explicado que valía.

¿Por qué no había hecho nada de eso? Nada. Yo no sentía nada por él; tenía que estar loca para eso, después de lo que me había hecho. Por nada del mundo quería que pensase que lo llevaba por eso.

Pero ¿por qué me sentía un poco incómoda con la idea de tener que devolvérselo? Tendría que sentirme aliviada.

Con cierta reticencia, me quité el collar. El diamante redondo, poliédrico, del tamaño de una uva grande, ahora estaba gris como las nubes y había salido de su caparazón, intentando crear un destello en esa noche de tormenta. Las nubes todavía no habían conseguido tapar la luna.

Cuando vio lo que estaba haciendo, reaccionó como si viera a alguien abrir los postigos de su casa antes de un huracán. La serena cautela de su cara desapareció al instante. Incluso un brillo empezaba a acudir a esos ojos impertérritos.

Tenía motivos para sorprenderse de que aún lo llevara. ¿Quién tiene ganas de llevar encima un recuerdo de su muerte? Esta vez necesitaba de verdad un psicólogo para explicarle todo.

Pero ¿qué bien me hacía? Se supone que me ayudaba. Pero no me había ayudado.

—Mmm —respondí, dubitativa. «Hazlo», dijo la voz de mi madre, en mi cabeza. Aunque ella tampoco sabía de dónde había sacado ese collar. Si se lo explicaba, solo iba a conseguir convencerla de que estaba para que me encerrasen, como todo el mundo decía—. ¿Quieres que te lo devuelva?

Me había costado un mundo preguntárselo. Pero había llegado el momento. Había que empezar de nuevo.

Tanto tiempo escondiéndolo debajo de la camisa y resulta que estaba protegiendo a los demás.

Si era sincera conmigo misma, lo había estado ocultando porque le había cogido un apego que rayaba en lo ridículo, desde el primer momento en que lo contemplé, después de que me lo regalara.

Pero tampoco quería que llegaran las consecuencias. Para mí no. Ni para él. Ni para nadie.

Se me enredó la cadena en el pelo mientras me lo intentaba quitar. Intentaba hacerlo de la manera más fría y eficaz, porque en la Escuela Femenina Westport —de donde me echaron, y a mucha honra— solo saben tratar a los demás con frialdad y eficacia. Por eso escogió esta escuela mi padre, desde párvulos hasta el último curso, porque sus clientes le habían hablado bien de la institución y no quería que acabase como él.

Desde luego, la situación no tenía buena pinta.

«Hazlo».

Le tendí el collar bruscamente, mechón de pelo incluido.

—Muy bien —sentencié, cabreada conmigo misma por seguir sintiendo el temblor en mi voz. Y en mis dedos. ¿Él era capaz de verlo, o de ver mis lágrimas, a la luz de la luna?—. Aquí lo tienes. No tendría que haberlo llevado. Lo siento por las... consecuencias que esto haya causado. Pero todo fue tan frenético... bueno, tú ya lo sabes —añadí, en un intento por aderezarlo con un poco de humor—. Al menos ahora ya no hará falta que me sigas a todas partes.

Parecía que había invertido tiempo en encontrar lo peor que podía hacer y decir. En un instante, los postigos medio abiertos de cuando me vio con el collar se cerraron con un portazo ensordecedor.

Me agarró el colgante con rabia y exclamó:

—¿Seguirte? ¿Así lo defines?

Me quedé boquiabierta, perpleja por su reacción. Para haber intentado ser fría y eficaz, o incluso graciosa, era demasiado.

—Te lo di... —Lo agitó delante de mis narices, con una voz grave que me azotaba como la lluvia que ya podía oler contra los manglares al otro lado de la orilla — porque pensé que había quedado claro: ofrece protección contra el mal a quien lo lleva, garantía que, según me parece, necesitas más que nunca, pues, cada vez que te veo, resulta que corres peligro de muerte. Pero, como está claro que no me quieres ni a mí ni a este objeto en tu vida, vaya por delante esta sugerencia: deja de venir aquí. Y no lo lles más.

Justo después de su última frase, se dio media vuelta y lo tiró al suelo —mi precioso collar— con toda su fuerza. Salió despedido por la oscuridad y aterrizó en algún lugar del oscuro y vasto cementerio de siete hectáreas de Isla Huesos.

No tenía por qué sentirme como si hubiese arrojado al suelo también mi corazón.

Pero así me sentía.

*En todas partes manda, pero allí impera.
Allí tiene su corte, allí su excelso trono:
¡dichoso aquel a quien elige para su reino!*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

La siguiente vez que lo vi desde aquel día en el cementerio con la abuela, yo estaba muerta.

Por supuesto, dije lo primero que diría cualquiera que se despierta después de haberse dado un golpe tremendo en la cabeza, haberse ahogado y haber fallecido.

—¿Dónde estoy?

Porque ya no estaba en el fondo de la piscina, aunque seguía llevando la misma ropa. Estaba empapada, pegada a mi cuerpo como una fría segunda piel. No estaba en la camilla de un hospital ni en la ambulancia.

Me hallaba en medio de una enorme caverna subterránea que parecía no acabar nunca, a lo largo de la orilla de un lago de ondas concéntricas.

No estaba sola.

—¿Nombre?

Una torre de hombre, vestido de negro, se volvió hacia mí después de oír «¿Dónde estoy?», alzando una tableta digital resplandeciente que sostenía en la mano.

Estaba demasiado asustada para decir otra cosa que no fuera mi nombre.

—Acabas de llegar —dijo, introduciendo mi nombre.

Miré hacia donde él estaba mirando. Me di cuenta de que estábamos embutidos entre miles de personas —la mayoría gente mayor, pero también había algunos de mi edad, o incluso más jóvenes—, todos tan desgraciados como yo.

No estaban empapados o contusionados por un golpe en la cabeza.

Pero estaban allí, como yo, siguiendo las órdenes que lanzaban dos tipos enormes vestidos de negro, formando dos filas. Tenían la misma pinta que los gorilas que solían describir las mayores del colegio cuando cogían el tren para irse a las discotecas de Nueva York a intentar colarse y les pedían el DNI —calvos, cachas, vestidos de cuero negro y llenos de tatuajes. En otras palabras: supercafres.

A diferencia de mi mejor amiga, Hannah, nunca he tenido la valentía de intentar colarme en una disco al ser menor de edad. No tengo DNI falso. Ni siquiera recordaba dónde había puesto el mío.

Así que no tuve narices para desobedecer al hombre que tenía delante de mí. Las

filas se encaminaban hacia el lago, de donde sobresalían dos muelles. Una de las filas era larguísima y la otra un poco más corta. El hombre me señalaba la corta.

—Ponte en tu fila —gruñó. Era una orden.

Corrí sin decir palabra hasta el final de la cola, demasiado asustada para pronunciar sonido alguno.

En ese momento, me di cuenta de que, delante de mí, tenía a una viejecita menuda y encantadora. Le di un golpecito en el hombro y le pregunté.

—Perdóneme, señora...

Se volvió hacia mí. Tenía la cara más arrugada que jamás había visto. Debía de tener unos cien años.

—Sí, guapa. ¡Ay, mírate! ¡Estás empapada!

—Estoy bien —mentí.

Empezaba a tiritar y los dientes me castañeteaban.

—Quería preguntarle... ¿usted sabe dónde estamos?

—Sí, claro —me respondió, con una gran sonrisa—. Estamos a punto de subir al barco.

No sabía qué responder a eso. ¿Era un sueño? Si estaba soñando, ¿cómo era posible que fuese capaz de escurrir la bufanda y sentir cada gota entre mis dedos?

—¿Adónde va el barco? —pregunté.

—Ah, no lo sé —me respondió la ancianita, con otra sonrisa—. Aquí nadie nos explica nada. Pero estoy segura de que debe de ser un lugar maravilloso. Porque mira cómo todo el mundo quiere pasarse a nuestra fila.

Señaló la larga cola de gente, a unos diez metros de nosotros.

Era verdad. La gente de la otra fila, a quienes les habían indicado lo mismo que a nosotros, estaba luchando por escapar de su fila y unirse a la nuestra. Los hombres calvos y tatuados, con chaquetas de cuero negro, les retenían como si fuesen guardias de seguridad en un concierto de *rock*.

—Eh —exclamó el chico que estaba detrás de mí. Era mayor que yo, pero más joven que la mujer. Tenía unos veinte años—. ¿Tienes cobertura? —Levantó su móvil hacia mí—. Yo no.

Me palpé los bolsillos del abrigo. Vacíos. Claro que no llevaba el móvil encima: era un sueño.

—Lo siento —respondí—. No...

Entonces lo vi. El hombre alto vestido de negro —botas, guantes, chaqueta de piel— avanzando a medio galope hacia el tumulto de gente de la fila larga.

Lo reconocí al instante, aunque hubiesen pasado años. Una ola de alivio recorrió mi cuerpo. Por fin una voz familiar.

Quizá por eso no dudé ni un momento —ni cuando vi que todo el mundo se apartaba para dejarlo pasar— y me escabullí de mi fila para correr hacia él.

—Ay guapa, yo no lo haría si fuese tú —exclamó la anciana al verme huir.

—No pasa nada —respondí, girando la cabeza—, ¡lo conozco!

—Está loca —oí cómo decía el chico de detrás de mí. Todavía no era consciente de la cantidad de veces que oiría eso en adelante—. Está buscando que la maten.

Ellos no lo entendían. Yo tampoco.

No en ese momento.

«A alguna gente le asustan los caballos», pensé mientras corría hacia él por la arena. Por eso tenían tanto miedo —no como yo.

No había caballo que se pareciese al de mi mejor amiga Hannah, Bárbaro, cuya pachorra infinita —evitaba las vallas para no saltarlas— tenía que ser la razón de que Hannah prefiriese salir con los del equipo de básquet de la escuela, irse al centro comercial a esperar encontrarse con alguno de los amigos de su hermano mayor o incluso irse a la disco en lugar de pasar ratos en el establo. Su nombre, Bárbaro, empezaba a hacernos mucha gracia. De bárbaro no tenía nada.

Este caballo, en cambio, parecía desafiarte con la mirada. Daba miedo de solo acercarse.

Supongo que por eso se espantó de mi reacción.

Lo único que dije fue «ey», en un intento por captar la atención de su jinete mientras vociferaba a todo el mundo que se mantuviese en su fila —una orden que obedecieron al instante por su tono implacable.

No podía creer cómo el hombre tan dulce que había conocido —el mismo que había resucitado a un pájaro después del funeral por mi abuelo— podía hablar en un tono tan brutal. Me quedé paralizada de miedo...

Lo segundo que vi fueron unos cascos negros de acero, blandiendo el aire a centímetros de mi cabeza, mientras el caballo alzaba las patas del suelo y resoplaba salvajemente.

Entonces escondí la cabeza, temiendo por mi vida, y me tapé la cara con las manos. Segundos después, los enormes cascos cayeron como losas contra el suelo, esparciendo tierra por todos lados mientras yo me protegía.

Justo después, el trueno más ensordecedor que he oído nunca hizo vibrar la caverna. No estaba segura de si era un trueno de verdad o el ruido de un caballo cayendo contra la arena, después de que una de las patas le resbalara.

Se oyó un grito humano. Cuando levanté la cabeza de donde yacía agazapada, en un intento por no ser asesinada, me di cuenta de que el grito procedía del jinete. Le estaba gritando al caballo, Alastor —tan cerca como estaba de mí—, y golpeando con sus botas los estribos mientras el caballo volvía a tomar tierra.

Fue en ese momento cuando me percaté —con un sobresalto que traspasó todo mi cuerpo como la reacción del caballo— de que no estaba en medio de ninguna pesadilla. Si estuviese teniendo una pesadilla, ya me habría despertado. Y no estaría masticando arena.

Y el hombre que conocí el día del funeral de mi abuelo no se habría puesto a mi lado, mirándome con ojos de hielo, sin mostrar el mínimo rastro de simpatía... de humanidad.

De repente supe que había algo —aparte de esa horrible voz— diferente en él. No es que él fuese diferente...

Yo era la que había cambiado.

Ya no tenía siete años.

Pero él se conservaba exactamente igual que aquel día en el cementerio. Pelo negro. Ojos brillantes. Alto como una torre —aunque ahora no parecía tan gigantesco como entonces.

¿Cómo podía ser, si habían pasado años desde la última vez que lo vi?

—¿Estás bien? —me preguntó, en un tono aún peor (severo y autoritario, más áspero que el trueno que acababa de retumbar en la caverna).

—Cr... creo que sí —respondí, reprimiendo las ganas de levantarme de un salto y correr.

Tenía un nudo en la garganta. Me incorporé y fui a cogerle de la mano, dejándole que me ayudara a levantar. Tenía la piel seca y cálida, reconfortante al tacto con lo empapada que estaba yo.

—¿Y tú? —Me lanzó una mirada incrédula, examinándome detenidamente con sus ojos cristalinos.

—¿Que si yo estoy bien? —me increpó—. Has estado a punto de acabar aplastada, ¿y me preguntas si yo estoy bien?

—¿Te ha arrollado? —pregunté, lanzando miradas nerviosas a su caballo, que seguía caminando a unos metros de mí mientras un guardia le sostenía, medio sueltas, las riendas. Tenía que ser mitad Clydesdale, mitad bestia asesina.

Pero a su dueño le importaban un bledo las heridas que le hubiese podido causar el animal en el transcurso del accidente que yo había provocado.

—Estoy bien —espetó—. Pero tienes que aprender a seguir las normas. ¿Qué entiendes por quédate en la cola?

Me soltó de la mano y me cogió del antebrazo.

Lo siguiente que recuerdo fue verme arrastrada por él hacia mi fila. Pero no era mi fila.

Era la otra fila.

Intenté decir algo. Pronuncié unas palabras. El aturdimiento empezaba a extinguirse. Solo podía observar. Sus ojos eran del color de las estrellas ninja que un militar y cliente japonés de mi padre le había regalado una vez. Cuando mi padre abrió la caja delante de mí, el color de las aspas me trajo un sutil recuerdo.

Ahora ya sabía de qué. De él.

—No se te ocurra tocarlas —me advirtió mi padre. Como si me muriera de ganas.

De vez en cuando sentía el impulso de querer abrir uno de los cajones donde mi padre las guardaba y lanzarlas contra el tronco de un árbol del jardín. Mi padre entonces tenía que sacarlas con alicates, de lo fuerte que se habían hundido. Un día, decidió guardarlas en su despacho y cerrarlo con llave —pero sí, él también salía de vez en cuando con ellas para lanzarlas contra algún árbol e intentar clavarlas tan

fuerte como yo. Para su consternación, nunca fue capaz.

Ahora, por primera vez, volvía a sentir ese impulso por tocar las estrellas ninja de papá, por mucho que me hubiese dicho que no lo hiciera.

—No me mires así —me reprendió mi captor—. No va a funcionar. Llevo aquí mucho tiempo. Me conozco todos los trucos. Y ganarme con esos enormes ojos marrones no me va a ablandar, te lo garantizo.

Pestañeé varias veces. ¿Me estaba hablando a mí? Estaba claro que era la única persona arrastrándose por ahí.

¿Trucos? ¿De qué estaba hablando?

Todavía no sé cómo fui capaz de articular esas palabras o decir una frase entera bajo esa mirada desafiante.

Pero supongo que, cuando estás completamente empapada, desesperada, asustada y sola, te das cuenta de que no tienes nada que perder.

—N-no te entiendo —balbuceé. No podía controlar mi voz del mismo modo que no podía controlar mis dedos—. No estoy intentando ningún truco. No quería poner nervioso a tu caballo y siento mucho que te haya hecho daño. Pero necesito hablar contigo...

—Demasiado tarde —dijo, imperturbable, mirando hacia el frente—. Y, por hoy, ya he oído suficientes excusas. Una vez tomo una decisión, no hago excepciones... ni siquiera con niñas como tú.

—Ya lo entiendo —le dije, aunque seguía sin tener ni idea de lo que estaba hablando. ¿Qué decisión? ¿A qué niñas se refería? Imaginaba que tenía una pinta totalmente penosa, chorreando agua por todos lados. Seguro que llevaba el pelo enmarañado como una rata. ¿A qué se refería?—. Pero lo único que...

La otra fila —la ruidosa— se estaba acercando a mí. No me gustaba un pelo lo que pasaba en esa fila. No veía a ninguna ancianita, a nadie que buscara su móvil.

El sonido de una sirena precipitó la situación. Un *ferry* enorme, tan grande como el que tomaron mis padres un verano para ir a la isla de Martha's Vineyard, con espacio para acoger a quinientas personas con coches, avanzaba en dirección al muelle más cercano a la fila que en un principio me correspondía.

Una impaciencia creciente empezó a alimentar un barullo que se extendía por toda la caverna. El alboroto se hacía insoportable. Una persona de la fila ruidosa se abrió paso y se cruzó en nuestro camino, chocando contra mí, que estuve a punto de perder el equilibrio. Mi captor me sostuvo con el brazo para evitar mi caída.

—¡Yo le cambio el sitio si esta niña viene aquí! —gritó un hombre de la fila.

Uno de los guardias lo atrapó antes de que se alejara demasiado de su fila y lo devolvió, a rastras, a su sitio, entre gritos y pataleos.

—¡Pero no es justo! —chilló—. ¡Por qué no me puedo quedar su sitio!

El desconocido del cementerio, que había estado mirando la escena, bajó la vista hacia mí.

—¿De dónde vienes? —me preguntó, con aire de sospecha.

—Eso es lo que he intentado explicarte —le dije, con los ojos empañados en lágrimas—. ¿No te acuerdas de mí?

Sacudió la cabeza. Empezó a soltarme del brazo.

—Soy yo —dije. No me gustaba nada que, cada vez que nos viésemos, yo acabase llorando. Al menos podía servir para que hiciese memoria—. Del cementerio de Isla Huesos, el día del funeral de mi abuelo. Resucitaste a un pájaro...

La expresión de su rostro cambió al instante y se borró el rastro severo de sus ojos grisáceos. De repente, se volvieron tan tiernos como la primera vez que lo conocí.

—¿Eres tú?

Su voz estaba cambiando. Ahora sonaba humana.

—Sí —le respondí, sonriendo y sin dejar de llorar. Había conseguido acercarme a él. A lo mejor (no estaba del todo segura) todo iba a salir bien a partir de ese momento—. Soy yo.

—Pierce —dijo. Supe exactamente el momento en el que el recuerdo penetró en su cerebro—. Te llamas... Pierce.

Asentí. No paraba de llorar. Me sequé la cara con las manos.

—Pierce Oliviera.

Mi nombre en sus labios sonaba tan bien en ese horrible lugar... El sentimiento de sentirme tan lejana a todo, tan asustada por todo, era tan espantoso que apenas podía describirlo. Tuve que aguantarme las ganas de lanzarme a sus brazos. Después de todo, ya no tenía siete años. Y él ya no tenía pinta de ser el tío que toda sobrina quiere tener, haciendo truquitos con palomas.

Por eso prefería guardar distancia.

—Supongo que ha habido una equivocación —dije, cuando me soltó por fin y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar su tableta, como todos los guardias. Estaba buscando mi nombre—. Qué alegría haberte encontrado. A mí no me toca estar aquí. No es por ofender, pero este sitio... —Se me escaparon las palabras antes de que pudiera detenerlas—, sea lo que sea, es horrible. ¿Eres tú el jefe o algo?

Me daba la impresión de que sí, pero eso no significaba que no pudiese soltarle a la cara lo que me repugnaba su trabajo de jefecito —es un mal hábito que he adquirido de mi padre, que no tiene reparos en devolver una botella de vino u obsequio si no le gusta, venga de quien venga.

—Porque no le iría mal una reparación —continué, mientras él seguía leyendo la tableta—. No hay ningún cartel que indique dónde estamos o a qué hora llega el siguiente barco, porque me parece a mí que no cabemos todos en este y aquí hace mucho frío y aquí no hay recepción de ningún tipo y... —Avancé un paso hacia él para que los demás guardias no pudiesen oírme, aunque estaba segura de que, con todo el barullo, las protestas y el ruido del ancla al ancorarse en el muelle, yo estaba a salvo—. ¿Qué pasa con esos guardias? Son unos mal educados.

—Lo siento —dijo. Volvió a guardarse la tableta en el bolsillo, se quitó la chaqueta y me envolvió con ella, agarrándome del cuello—. ¿Mejor ahora?

Desconcertada al ver que no me estaba haciendo caso, me empecé a sentir, al menos, mucho mejor. Su chaqueta pesaba una tonelada y estaba muy caliente por el contacto con su cuerpo. Asentí mientras él seguía cogiéndome del cuello.

Era una sensación rara, estar tan cerca de él. Ya no era el tío que toda sobrina quiere tener. Era un chico mucho más cercano a mi edad.

Un hombre cargado de sensualidad.

Empecé a pensar si habría sido buena idea quedarme en mi fila. La gente avanzaba hacia el barco que parecía, de cerca, bastante confortable.

—Pero no soy solo yo —continué, más tranquila—. Aquí todo el mundo está fatal. Tienen frío, están mojados. —Señalé hacia la fila de gente que no esperaba a ningún barco—. ¿Qué pasa con ellos?

Miró hacia donde yo señalaba y volvió a mirarme. Seguía sujetando el cuello de su chaqueta, manteniéndola firme encima de mis hombros.

—No te preocupes por ellos —me respondió. Su expresión se había vuelto a endurecer y su mirada gris se volvió sombría, como si no le gustase hablar de este tema—. Va a venir otro barco a por ellos.

—Bueno, igualmente no se merecen ese trato —dije, con un gesto de dolor cuando vi a un guardia reduciendo a un hombre que intentaba escapar—. No han hecho nada...

Se acercó más a mí, tapándome la visión para que no viera lo que estaba pasando delante del *ferry*.

—¿Quieres ir a otro lugar? —preguntó—. ¿Lejos de aquí? ¿A un lugar más seguro?

—Ah —respondí, sintiendo un gran alivio. Por fin supe que había habido un error y que lo iban a enmendar. Volvía a casa—. Sí, por favor.

Y entonces pestañeé. Porque es lo que hacen los seres humanos, sobre todo después de haber llorado.

Pero, cuando volví a abrir los ojos, no estaba en casa. Tampoco estaba en la orilla del lago.

Y esa pesadilla, que había deseado con todas mis fuerzas que acabara, resultó ser tan solo el principio.

*Y él me contestó, al contemplar mis lágrimas:
«A ti te conviene emprender otro rumbo,
si quieres salir de este lugar salvaje;
porque esa fiera que ha ocasionado tus gritos,
a nadie deja pasar por su camino».*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

No estaba en casa, ni a orillas del lago. Estaba en una habitación grande, elegante.

No había caballos. No había guardias. No había arena alrededor del lago. Toda aquella gente —la gente que esperaba en las filas— había desaparecido.

El viento continuaba soplando y agitaba suavemente las largas y sedosas cortinas blancas, que colgaban de los elegantes arcos.

Solo fui capaz de reconocer el viento. Todo lo demás —la cama, contra la pared, vestida de blanco, con un gran baldaquín negro, las sillas en forma de trono en torno a la extensa mesa de banquete delante de la enorme chimenea, los antiguos tapices decorativos con escenas medievales que colgaban de aquí y de allá, en la suave y blanca pared de mármol, incluso el diván blanco en el que estaba sentada— era algo totalmente nuevo para mí.

Era un sueño. Tenía que ser un sueño.

Sin embargo, todo —el arroyo del agua de la fuente del jardín, más allá de los arcos, la suavidad de la alfombra de pelo en mis pies, el olor a leña quemada de la chimenea— parecía tan real. Tan real como todo lo que había pasado segundos antes.

Lo más real de todo era él, sentado a mi lado en el diván.

—¿Te encuentras mejor ahora?

Su voz ya no sonaba castigadora, sino cálida, como el tacto de mis pies al aterrizar rápidamente en la alfombra.

Eso es lo que hice en cuanto abrió la boca.

¿Qué estaba pasando? Levanté una mano temblorosa para apartarme la melena —por fin seca— de la cara y percibí un destello de algo blanco. Miré hacia abajo.

Ya no llevaba su chaqueta, ni mis ropas frías y mojadas. Llevaba una especie de vestido-camisón. No era un camisón de hospital. Era ceñido de arriba, con una falda amplia que casi arrastraba por el suelo. Me recordaba a los visos de las doncellas de los tapices.

No habría quedado mal en el baile anual de mujeres de la alta sociedad de la Escuela Femenina Westport.

Tenía que ser un sueño, de verdad.

Pero, si era un sueño, ¿cómo podía notar los salvajes latidos de mi corazón?

Se levantó del sofá al mismo tiempo que yo. Se quedó mirándome, con una expresión en su cara que solo podía traducirse como preocupación.

—¿No es lo que querías? —preguntó—. Ahora estás seca y has entrado en calor. Dijiste que querías salir de ahí.

Lo miré, boquiabierta, incapaz de articular palabra.

Una alumna de secundaria como yo acababa de aterrizar en la habitación de un chico de dieciocho o diecinueve años.

¿Él era capaz de ver lo inconcebible que era todo?

—Aquí estás segura —me intentó tranquilizar.

Pensaba que en el jardín de mi casa era donde podía estar más segura. Resulta que no.

—No entiendo —dije, por fin, cuando recobré la voz. Sonaba más patética que nunca. Tenía que sentarme. Estaba segura de que me había dado un golpe o algo—. ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde estamos? ¿Quién eres?

Supongo que, al oírme hablar, enseguida pensó que me encontraba bien, porque salió disparado hacia la mesa.

—John. ¿No te lo dije la última vez? Pensaba que te lo había dicho.

¿John? ¿Se llamaba John?

Me tenía que haber dado un golpe muy fuerte y tenía amnesia o algo. O estaba en una fiesta de disfraces —por eso llevaba ese vestido—, y este chico era un amigo del hermano de Hannah y me había despistado.

Pero nada de eso justificaba lo que había pasado ese día en el cementerio con la abuela.

«John. Me llamo John».

—¿C... cómo lo has hecho? —le pregunté, con un hilillo de voz—. Hace un minuto estábamos en el lago y ahora...

—Ah. —Se encogió de hombros—. Ventajas del oficio, supongo. —Sacó una silla en forma de trono—. Estarás cansada. ¿Te quieres sentar? Seguro que tienes hambre.

Hasta que no lo dijo no me di cuenta. Miré hacia el montoncito de melocotones tiernos, manzanas crujientes y uvas relucientes en los brillantes fruteros de plata; el agua fresca y cristalina de las copas, con el rastro frío de la condensación. Bueno, lo tenía un poco difícil para sentirme cómoda, porque encima me estaba mareando.

Mi padre ya me había advertido sobre situaciones como esta. A lo mejor esta en concreto no, pero siempre me decía que no aceptara comida o bebida de extraños.

Sobre todo extraños jóvenes. Aunque los conociera de antes.

—¿Del oficio? —pregunté, sin moverme. Mis pensamientos continuaban yendo a un ritmo muy lento. Porque, desde luego, todo estaba pasando demasiado rápido—. ¿Qué oficio? No lo entiendo. Todavía no me has dicho dónde estoy de verdad. Y

quién era toda esa gente.

—Ah, ¿los de ahí? —Sus ojos grisáceos, al posarse en mí, ya no eran sombríos ni gélidos. Estaban cargados de... culpabilidad. Era la única palabra que me vino a la mente al contemplarlos—. Siento mucho lo que ha pasado. La acusación que te he lanzado. No tengo excusa. Es que nunca he conocido a una chica como tú. Al menos, que yo recuerde.

—¿Una chica como yo? —repetí, recordando cómo me había arrastrado a la otra fila, con qué dureza me había mirado—. ¿Qué quieres decir?

—Nada —respondió rápidamente—. Quiero decir que no conozco muy a menudo a chicas de tu... naturaleza.

—¿Qué significa «de mi naturaleza»? —le pregunté. Me seguía temblando la voz. Me estaba poniendo histérica: lo sabía, por mucho que ya no estuviera mojada en el lago y hubiese entrado en calor en esa habitación—. No me conoces de nada. Tenía siete años la última vez que nos vimos. Ni siquiera me has reconocido cuando te he dicho quién soy, e incluso así me has tenido que buscar en tu maquineta. ¿Qué decía sobre mí esa...?

—Pues una frase bonita para ti —respondió, dejando de lado la silla donde quería que me sentase. Caminó hacia mí, con las manos hacia arriba, como si estuviese calmando a un poni—. Y no has cambiado tanto como dices. Sigues teniendo los mismos ojos enormes. Cálidos. Como la miel.

Sus ojos, que yo no podía dejar de mirar, eran como el cristal de los frutereros.

—Tú sí que has cambiado.

Lo mío no era una frase bonita y él lo supo enseguida. Lo tenía que saber, pues, a cada paso que daba, yo retrocedía más y más... hasta que choqué contra el diván. Ya no tenía escapatoria y me encontré mirando hacia él, con el corazón en un puño. ¿En qué lío me había metido? Nunca jamás le tendría que haber dejado que me sacara de la playa.

—Yo diría que —continuó, tan cerca de mí que podía notar la temperatura de su cuerpo— no he cambiado nada. Ni tú. Sigues desviviéndote por los demás. La última vez que te vi, me pediste que le devolviera la vida a un pájaro. Y pedías por tu abuelo. Y ahora aquí, preocupándote por los demás. «Tienen frío, están mojados. No se merecen ese trato». Eso es lo que has dicho. Me has preguntado cómo estaba yo. Eso es lo que querías saber cuando el caballo ha estado a punto de arrollarte. Que si estaba bien. ¿Quieres saber cuántas veces me lo han preguntado desde que vine aquí?

Tragué saliva. Su cara estaba a centímetros de la mía. El olor a leña quemada era muy fuerte. No sabía si venía de él o de la chimenea. Quizá de los dos.

—No lo sé —respondí.

—Nunca —dijo—. Y llevo bastante tiempo haciendo esto. Siempre hay alguien que dice: «Estoy mojado». «Tengo frío». Y nadie se preocupa nunca de mi salud. Solo tú. Tú te preocupas por los pájaros, por los caballos. Por la gente. Y por eso —se acercó más aún—, supongo que los tuyos se deben de preocupar mucho por ti.

Durante un instante, pensé que iba a besarme. Estaba casi segura. Sus labios estuvieron tan cerca de los míos... y estiró el brazo musculoso como si fuera a envolverme en él.

Hay gente que se enamora a primera vista. Tenía razón acerca de mi percepción sobre él: no dejaba indiferente. Los mechones negros salpicaban su rostro, en contraste con esos ojos tan claros. No era simplemente guapo, pero, si te lo encontrabas dondequiera que fuese, te resultaba imposible dejar de mirarlo.

Al menos, a mí me resultaba imposible.

Y no me besó. Estiró el brazo para coger algo encima de una estantería. Una cajita de madera. Me levantó una de las manos y dijo:

—Ven, siéntate conmigo. Un momento.

El corazón me seguía latiendo con fuerza desde el momento en que pensé que iba a besarme. No es que quisiera que me besase; si ni siquiera quería sentarme con él. Sencillamente, no quería parecer mal educada. Sobre todo, porque había empezado a conducirme hacia la mesa.

¿Qué podía hacer? Era muy brusco rechazarle y él no me había hecho daño en ningún momento —solo me había gritado por provocar que su caballo resbalara y se lesionara y salirme de la cola que me habían asignado. Y estaba claro que él era el encargado de ese lugar, aunque yo seguía sin saber dónde estábamos. Yo era la huésped y tenía que hacer lo que él dijese.

Acepté la silla que me ofrecía y, con la máxima suavidad posible, le dije:

—Mira, has sido muy amable, y espero de verdad que todo te vaya muy bien en este, eh, trabajo, o lo que sea que haces. Muchas gracias por invitarme a... —¿Qué hora era? No tenía ni idea. No había relojes en ese espacio y a través de las delicadas cortinas se filtraba una luz rosácea, como en el lago. La caverna entera estaba recubierta de una lámina rosácea. ¿Era la hora de comer?, ¿de cenar? No tenía ni idea — tomar algo. Me encantaría quedarme, pero...

Mientras hablaba, puso la cajita delante de mí y abrió la tapa.

Ahí estaba.

Mi voz se apagó mientras lo contemplaba. Y no soy ninguna experta en joyas.

Pero eso no tenía parangón.

—¿Te gusta? —preguntó. Parecía como... nervioso, de alguna manera. Y eso, teniendo en cuenta lo seguro de sí mismo (casi diría autoritario) que parecía, era poco habitual—. No te lo quedes si no te sientes cómoda o no te gusta.

La piedra rebotó con un suave golpe contra mi esternón.

Asentí a su pregunta; no podía hacer otra cosa. Me quedé sin habla, paralizada de puro deseo.

Porque —por supuesto—, él había dado la vuelta a la silla para ponerme el collar por detrás.

Nunca en la vida había visto una cosa tan preciosa. La piedra vestía el color de una nube de tormenta... grisácea en los lados, azul intenso en el medio; casi negra.

Completamente opuesta al blanco brillante de los solitarios o al azul fosforescente de los zafiros de Tiffany que llevaban mis compañeras de clase.

¡Qué gris! Las estaba oyendo a todas. El gris es Pierce total.

—Qué bien te queda —me dijo, muy escuetamente, con voz áspera otra vez—. Nunca pensé... es que nunca pensé que serías tú precisamente; que querrías venir aquí conmigo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando. Contra el blanco canesú de mi vestido, la piedra era del mismo color que el estrecho de Long Island en un día de tormenta. Me recordaba al paisaje que veía desde mi ventana.

—¿Entiendes de diamantes y colores? —me preguntó. Sacudí la cabeza, enmudecida por la belleza del colgante. Asintió y continuó—. Existen todos los colores que te puedas imaginar. Rosa, amarillo, rojo, verde, negro, gris... pero son muy difíciles de encontrar. El tono azul, como este, es el máspreciado. El hombre siempre ha matado por encontrar diamantes azules. Este tipo de piedras están enterradas en la corteza terrestre y son casi imposibles de encontrar. Solo hay dos o tres parecidos a este, pero no tan grandes.

Desde detrás de la silla, levantó la piedra pesada y la sostuvo en el aire.

Todavía no era consciente de qué me estaba pasando. Pero, de entre todo lo que me había pasado —golpearme en la cabeza, pelear con todas mis fuerzas para no ahogarme en la piscina, despertar y encontrarme en un mundo extraño de un cielo rosa encapotado de piedra, encontrarme con un hombre que ya había conocido cuando tenía siete años y que no solo tenía la habilidad de resucitar a los pájaros, sino que, además, podía transportar mágicamente a las chicas de un lugar a otro— esto último es lo que me sacó de mis casillas: acababa de invadir mi espacio personal como si tuviese derecho a hacerlo.

Sé que no notó el súbito acceso de calor a mis mejillas.

Siguió hablando como si nada.

Era más que probable que, acostumbrado a hablar únicamente con caballos, gorilas de discoteca tatuados y niñas de siete años, no se estuviese enterando de nada.

Y eso no me estaba sentando nada bien.

—He leído que este diamante tiene propiedades especiales —afirmó—. Protege del mal a quien lo lleva; incluso ayuda a detectarlo, lo que va muy bien, porque el verdadero mal siempre va disfrazado. A veces nuestros mejores amigos esconden oscuras intenciones. Y seguimos sin tener ninguna sospecha... hasta que es demasiado tarde. —Hablaba con cierto tono amargo, como si tuviese experiencia en el tema—. He pensado —continuó, en un tono completamente distinto. Incluso parecía un poco jocososo— que eres la persona que más se merece llevarlo.

Seguía sin tener ni idea de qué estaba hablando.

Lo único que sabía era que esa piedra que él sostenía con dedos inmóviles hacía cosas raras... había pasado del riguroso negro al atigrado terso y aterciopelado de un cachorro de gato, pasando por toda la escala de grises.

Todo estaba yendo demasiado rápido para mí. Nunca había ido al cine con un chico, y eso que Hannah había hecho verdaderos esfuerzos por atraer la atención de los amigos de su hermano, incluyéndome a mí en su práctica.

Y ahora estaba en la habitación de ese chico impresionante, y me acababa de regalar ese collar, y no sabía dónde estaba mi ropa.

Me escabullí por debajo de su brazo y, dando un salto de la silla, le solté:

—Bueno John, muchas gracias por todo, pero me tengo que ir ya. Mi madre me estará buscando, seguro. Y estará muy preocupada. Ya sabes cómo son las madres. Si me indicas cómo llegar a casa desde aquí, por favor.

Una parte de mí sabía que no servía de nada. Pero tenía que intentarlo. Seguro que había una parada de taxis cerca. Mi padre siempre decía que daba igual dónde estuviese; si llamaba a un taxi, él lo pagaría. Aunque estuviese en Nueva Jersey.

—Y así —sentencié—, ya puedes volver a tus cosas... a eso que tú haces.

Mi voz fue menguando mientras observaba cómo su rostro pasaba de la sutil jocosidad a la rotunda seriedad.

—Qué —demandé. No me gustaba su cara—. ¿Pasa algo malo?

—Lo siento —me dijo, frunciendo el ceño—. Pierce, pensaba que lo sabías.

Entonces oí cómo su voz relataba todo lo que había pasado: que me resbalé y me di un golpe en la cabeza, justo antes de caer y ahogarme en la piscina y que por eso tenía la ropa mojada y...

Muerta. Eso es lo único que oí. Estaba muerta.

En ese momento dejé de escuchar.

Supongo que, de alguna manera, ya lo sabía. Pero escucharlo de él —muerta. Estaba muerta— fue el mayor impacto. Más fuerte que el golpe en la cabeza; que el azote gélido del agua; que el yacer en el fondo de la piscina, sabiendo que mi padre nunca llegaría a tiempo para rescatarme, y que había muerto por un pájaro. ¡Por un pájaro!

Un pájaro que no estaba muerto, sino que se había quedado entumecido por el frío, porque salió volando en cuanto me golpeé contra la capota de la piscina. Lo observé mientras me ahogaba.

Muerta. Estaba muerta.

Ahora entendía tantas cosas. Por eso no funcionaban los teléfonos móviles. Estaban muertos.

Como todos nosotros.

Me quedé helada. De pies a cabeza. Como si continuara en el fondo de esa piscina, agarrotada por un agua gélida.

Solo tenía quince años. Un par de horas antes, había estado hablando por teléfono con Hannah. Habíamos quedado para ir al centro comercial a ver una peli. La había convencido para que le pidiese a su madre que nos llevara en coche al establo para ver a Bárbaro antes de la peli...

¡Mamá! Mi madre no sabía dónde estaba. Tenía que saberlo.

—Escuch... —Mi lengua y labios eran lo único que no tenía congelado—. Gracias —le dije, interrumpiendo lo que estaba diciendo, porque John seguía hablando, aunque yo no escuchaba. ¿Se podía entender algo de lo que decía? Parecía nervioso, otra vez—. Gracias por todo. Pero me tengo que ir. Adiós.

Di media vuelta y empecé a caminar en dirección a las cortinas de seda, hacia el jardín. Dio un rápido paso al frente, impidiéndome seguir.

—Ya sé que es un poco desconcertante —dijo—, pero no se pueden hacer así las cosas. Una vez aquí, ya no te puedes ir.

Negué con la cabeza.

—Pero me tengo que ir. Tengo que decirle a mi madre que estoy bien, aparte del tema de estar muerta —añadí.

No sabía cómo le iba a sentar esa noticia.

—Tu madre está bien —me aseguró, posando sus manos sobre mis hombros desnudos y guiándome hacia la habitación—. Y ya te lo he dicho. No te puedes ir. Siéntate otra vez: te irá bien. Has sufrido un *shock*.

—Cómo que no me puedo ir. —Lo busqué con la cara para que me respondiera. De repente, ya no me sentía cansada—. ¿Y toda esa gente del lago? Se iban también, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Sí. A su destino final.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Su justa recompensa —respondió, con cierta acritud.

—¿Allí es donde les lleva el barco? —pregunté—. ¿Y yo me tenía que subir a ese?, ¿al que partía?

Me quedé en silencio mientras leía su expresión, más serio que nunca.

—Al que ya ha partido, quieres decir —respondió.

El eco de su voz retumbó en la habitación. O me lo imaginé.

—Espera un momento. ¿Qué?

—El barco se ha ido —continuó—. Te pregunté si querías ir a otro sitio, y me suplicaste que sí. El barco se ha ido. Me escogiste a mí, en lugar del barco, y aquí es donde debes quedarte. Tienes mala cara. Siéntate, por favor. ¿Quieres comer algo? ¿Quieres algo de beber? ¿Un té caliente?

Se oyó el estallido de un trueno. Un trueno en mi cabeza.

De repente, volvía a estar helada de frío, aunque me hallaba delante de las llamas de la enorme chimenea.

—¿Me estás diciendo que me tengo que quedar aquí contigo para siempre porque me has hecho perder el barco? —espeté.

Era tan alto que tenía que levantar la cabeza para mirarle. Al ver el músculo tenso de su mejilla y su fuerte mandíbula, volví a sentirme aterrorizada como en el lago.

Pero incluso en ese momento, a pesar de la dureza en su rostro, vi tristeza en esos ojos plateados...

Lo que no sirvió de gran ayuda para detener las lágrimas ni mi pulso acelerado.

—¿Y el otro barco? —pregunté. Mi voz sonó estridente—. El de la gente que esperaba en la otra fila...

—No quieras saberlo —respondió secamente—. ¿Por qué crees que todos querían subirse al tuyo?

No podía creerme que pudiera pasarme algo semejante.

—Vamos a ver —dije, intentando mantener la calma, aunque el corazón me martilleaba en el pecho—. Como no me he subido al barco, eso quiere decir que no he llegado a mi destino final, ¿no? Y tú sabes resucitar a las personas. Lo hiciste con el pájaro. Y lo harás conmigo. Me devolverás a la vida. Tienes que hacerlo, porque la has liado y mucho, haciéndome perder ese barco. Venga John, hazlo ahora.

Mantuvo una expresión firme, con ojos tristes.

—No puedo —respondió.

—¿No puedes? —contesté, con congoja—, ¿o no hay más opción?

Desvió la mirada.

—No hay más opción —respondió.

Sentía el corazón como si me lo hubiesen estrujado contra la capota de esa piscina.

—Por qué no.

—Porque... —Parecía que se lo estuviese pensando— va contra las normas.

—¿No haces tú las normas? —pregunté.

Era horroroso. Lo más horroroso que me había pasado en la vida. Aparte de morirme.

—No —respondió. Se veía que estaba intentando mantener su genio a raya. Pero no lo consiguió, igual que yo no conseguí vencer mis lágrimas. Se oyó un trueno en la distancia. Esta vez era real—. Yo no.

—Entonces, ¿quién?

Su silueta empezó a disolverse delante de mí. Él continuaba en el mismo lugar, pero las lágrimas empezaban a resbalarme por la cara. Me las limpié furiosamente.

—No lo sé —añadió. Parecía cansado—. ¿Queda claro? ¿Crees que me gusta hacer esto? ¿Crees que no me gustaría irme de aquí y ver a mi madre? Pero yo tampoco puedo.

La melancolía que le causaba pensar en su madre no ayudaba a solventar la situación ni mis lágrimas. No se me había pasado por la cabeza que pudiese tener una madre. Pero claro que la tenía. Como todo el mundo.

—Por qué no.

—Por los Furias —respondió con un tono de voz átono, como si eso lo explicara todo—. Créeme, cuando se infringen las normas, se encargan de imponer los peores castigos; mucho peores de lo que te puedas imaginar. Y no solo por ir contra las normas, sino por lo que les venga en gana... —Se interrumpió y me miró. Bajó la mirada y sacudió la cabeza—. Bueno, tú confía en mí. Por eso te he dado el collar. Te

advierde cuando hay algún Furia cerca. Así sabrás si estás haciendo algo que te expone al peligro, aunque sea sin querer.

Volvió a levantar la vista y tenía unos ojos brillantes. Mucho más que las estrellas ninja de papá. Tenía una voz tierna.

—Pierce, te prometo que enseguida lo verás. No se está tan mal aquí. Puedes tener todo lo que quieras. Toda la comodidad de tu casa...

Era lo peor que podía decir. Toda la comodidad de mi casa... y la ausencia de mis seres queridos.

Ya no tenía frío. Me estaba deshaciendo. Las lágrimas empezaron a resbalar por mi rostro tan deprisa que todo, todo —incluso él— desapareció delante de mi cara.

—Lo siento. —Escondí el rostro entre las manos. Era terrible. Estaba muerta y, encima, ¿tenía que aguantar esa tortura?—. No me puedo quedar aquí. No puedo.

—No... —El trueno sonaba como si estuviera encima de nuestras cabezas—, no llores.

Se levantó en cuanto lo dijo y posó la mano en mi hombro —para consolarme, supongo—, pero di un salto y me retiré bruscamente al notar su tacto, apartándome como si me quemara y retrocediendo hasta la chimenea, donde me derrumbé.

¿Para siempre? ¿Tenía que quedarme allí, atrapada con él, para siempre?

¿Y por qué? ¿Porque así estaba escrito en una ley arbitraria?, ¿de algo que se llamaba Furia? Tenía que ser una broma. Ya me estaba imaginando lo que diría mi padre. «¡No sabe usted con quién está hablando!», seguro que bramaría.

Estaba entumecida por dentro, pero notaba el calor de las llamas contra mi nuca. ¿Cómo podía estar muerta, si seguía sintiendo? ¿Cómo?

Segundos después, John estaba a mi lado y me decía:

—Toma. Bebe esto. Te sentirás mejor.

Me puso una taza en las manos.

Pero yo no podía beber.

Se sentó a mi lado en el suelo, enfrente de la chimenea. Tras unos momentos, volví a oír que hablaba de nuevo.

—Ya sé que ahora lo ves todo negro, pero te sentirás mejor. Te lo prometo. Muy pronto, no ahora, pero después de un tiempo, lo verás todo distinto. Al menos, no lo verás tan mal. No quiero decir que te dará todo igual, pero no estarás sola. Eso es lo más importante. Esta ha sido la peor parte. Estar sola durante tanto tiempo.

¿De qué me estaba hablando? Levanté la vista, aún nublada y la paseé por la habitación, hasta fijarla en la cama. En ese momento me di cuenta de lo enorme que era. Para dos, en realidad.

Ay, Dios.

«En invierno, no te acerques a la piscina, Pierce. Aunque tenga la capota, no es segura».

Ese era el precio que había tenido que pagar por no escuchar a mi madre.

Nunca pensé que fuese tan alto.

No podía ser coincidencia que, justo en ese momento, me percatara de que, detrás de la cama, a través de uno de los arcos de la habitación, la puerta había quedado abierta. Un poco más allá, se percibía un largo pasillo iluminado por elegantes candelabros, apuntalado por dos escaleras de piedra. Una subía.

La otra bajaba.

De repente supe que antes no lo había visto porque no había llevado el colgante. Él mismo había dicho que el diamante protegía del mal a quien lo llevaba.

Y estaba funcionando.

Solo había una pregunta en mi cabeza: ¿Cuál era la escalera más rápida para salir de ahí?

Tenía que tomar esa decisión lo más pronto posible.

—Bueno —respondí, consciente de que, si no lo distraía de alguna manera, nunca podría escapar de ahí—, supongo que tienes razón. No he parado de decir tonterías...

Me examinó de arriba abajo, algo perplejo por mi cambio repentino de actitud.

—¿De verdad?, ¿lo dices... lo dices en serio?

—Claro —respondí.

No sé cómo, logré esbozar una sonrisa forzada.

Levanté la taza como si fuese a beber.

Entonces hizo algo que nunca antes había hecho conmigo. Algo terrible. Algo que demostraba que, por mucho que me hubiese dicho que conocía tan bien mi naturaleza, en realidad no me conocía de nada.

Me sonrió.

Y yo hice algo que, incluso hoy cuando lo recuerdo, se me encoge el corazón. Algo que me persigue en los sueños. Algo que no puedo creer que hiciera y que, a día de hoy, me arrepiento de haber hecho.

Pero no podía hacer otra cosa. La manera en que la cama estaba dispuesta; la manera de sentarse a mi lado... ¿acaso tenía otra opción?

Pero, cada vez que recuerdo esa sonrisa, mi corazón se rompe un poco.

Yo era tan joven y estaba tan asustada. No sabía qué hacer.

Así que hice lo primero que pensé. Lo que —seguro— mi padre —e incluso mi madre y la Escuela Femenina Westport— me habrían dicho que hiciera.

Le tiré la taza de té caliente a la cara.

Y eché a correr.

*Así mi espíritu, azorado aún, retrocedió para ver aquel lugar
de donde no salió jamás alma viviente.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Me decidí por la escalera que bajaba, pensando que me conduciría hasta el lago. Aún recuerdo, como si fuese ayer, los fuertes latidos de mi corazón, que se acrecentaban a cada paso, hasta que sentí que el corazón me iba a explotar.

Eso —según me aseguraron los psiquiatras más tarde— era la epinefrina.

Lo siguiente que vi fue la cara de mi madre. Su expresión cambió de la agonía y el tormento a la salvaje y exaltada esperanza mientras yo respondía como un robot a las preguntas del médico en la sala de urgencias.

Sí, sabía cómo me llamaba. Sabía cómo se llamaba mi madre, en qué año estábamos y cuántos dedos me extendía el médico.

Estaba viva. Había conseguido salir de ahí; de ese lugar fuese lo que fuese.

Escapar de él.

Todo lo que sucedió después ocurrió en una extraña nebulosa. La intervención quirúrgica por el fuerte hematoma. La recuperación. Los médicos. Los psicólogos.

El divorcio.

Porque, por supuesto, papá no fue quien me salvó, al final. Fue mamá. Volvió a casa de la biblioteca y comenzó a llamarme. Entonces miró a su alrededor y descubrió dónde había caído, lanzándose inmediatamente al fondo de la piscina para sacarme. Sus labios se volvieron azules de intentar insuflarme vida y luchar por revivir mi cuerpo congelado durante los doce minutos que tardaron los sanitarios en llegar. Fue su pelo mojado que caía, como estalactitas, por mi rostro.

Mi padre no supo lo que había pasado hasta que no escuchó la ambulancia desde su despacho. Seguía ocupado con la videoconferencia.

—¡Menos mal que el agua de la piscina estaba tan fría! —dice siempre papá—. Si no, no estarías viva hoy. Era la única manera de reanimar tu corazón, haciéndote recuperar primero la temperatura.

Tiene razón, la verdad. Gracias a la temperatura casi gélida del agua, me pudieron recuperar por completo.

Era mi «estado» psicológico el que necesitaba una verdadera inspección. Sobre todo cuando, el día en que me dieron el alta en el hospital después de la operación, mi madre me preguntó, mientras firmaba los papeles:

—Cariño, tenía que preguntártelo. ¿De dónde has sacado esto?

Y dejó caer el collar encima de mi regazo.

El collar. El mismo que él me había regalado.

—¿De dónde lo has cogido? —pregunté, guardándomelo en el puño, con la esperanza de que en mi cara no se reflejara el horror que sentía.

—Estaba con tus pertenencias mientras te preparaban para operarte —dijo—, después de reanimarte. Lo llevabas debajo del abrigo. Estuve a punto de decirles que se habían equivocado y que no era tuyo, porque no te lo había visto nunca. ¿Es tuyo o te lo ha prestado Hannah?

—Ah, mmm, no... Es un regalo.

¿Cómo podía ser posible? ¿Cómo podía haber viajado conmigo? Sobre todo cuando todos y cada uno de los médicos a quienes había explicado lo que había visto mientras estaba muerta —neurólogo, traumatólogo y todos los médicos que habían entrado en la habitación a visitarme— me habían asegurado que había sido, tan solo, una horrible pesadilla...

Pero eso demostraba que no había sido un sueño. Demostraba que...

—¿Un regalo? —Mamá estaba distraída con tantos formularios.

Papá siempre se encargaba de eso, pero mamá le había prohibido la entrada en el hospital. Estaba tan cabreada con él que no podía ni verlo; de hecho, aunque yo no lo sabía en ese momento, ya le había echado de casa.

—¿De quién? —preguntó mamá, girando los papeles con gesto mecánico.

Tuve los suficientes reflejos para responder hábilmente y no sé si fue por influencia del collar o porque ya sabía cuál era la mejor respuesta, en detrimento de la verdad.

—Un amigo —resolví, mientras observaba los reflejos azul grisáceos de la piedra. Estaba demasiado absorta para decir nada más.

Significaba que era real. Era todo real. Él era real.

Gracias a Dios que no le dije la verdad a mamá. Gracias a Dios que ella ya tenía bastantes cosas en la cabeza y que nunca más me volvió a preguntar por el collar. Gracias a Dios que, a partir de aquel día, empecé a llevar el diamante escondido debajo de las camisetas, absorbida por mis «sueños lúcidos» y la existencia de ese collar sin querer compartirlo con nadie...

Bueno, a Hannah sí se lo conté en cuanto volví al colegio. Pero incluso esta confesión se reveló como el peor de mis errores; tanto, que aprendí a mantener la boca cerrada.

Pero no fue tan grave como el error que cometí una semana o dos más tarde, cuando mamá fue «retenida cautelarmente» por parte de los abogados de papá para que no pudiese venir a buscarme a una consulta externa y se me antojó merodear por la joyería que estaba en el mismo edificio que el médico tenía su consulta mientras la esperaba. Mientras contemplaba, ausente, los cuarzos grises que estaban a la venta, me saqué sin darme cuenta el collar de debajo de la camisa y empecé a jugar con él. El hombre de detrás del mostrador lo observó y empezó a comentar lo bonito que era.

Súbitamente avergonzada, intenté volver a esconderlo, pero ya era demasiado tarde. Me pidió que se lo enseñara, pues lo quería ver más de cerca, mientras repetía que nunca había visto una piedra tan original.

¿Qué podía hacer yo? Le dejé que la mirara, mientras mantenía la cadena bien agarrada, como siempre. No me lo había vuelto a quitar desde que mamá me lo devolvió. No sé por qué. La piedra me fascinaba. Nunca tenía el mismo color: cambiaba constantemente. Mientras el dependiente la sostenía, cambió de plata claro a púrpura plomizo intenso.

Lo siguiente que alcancé a entender fueron las palabras del propio dependiente, diciéndome que se lo iba a enseñar a su jefe, que estaba en la trastienda, comiendo.

Que le iba a encantar.

No sé qué se me pasó por la cabeza en esos momentos... ni por qué me entró esa urgencia repentina de querer echar a correr.

Tendría que haber escuchado a mi instinto. Tendría que haber visto lo que la piedra intentaba decirme.

Y fui incapaz.

El dependiente desapareció y salió el jefe de la tienda, limpiándose la boca con una servilleta. Fue cuando vi el coche de mi madre frenando en la calle de enfrente.

—Bueno —dije, sintiendo una ráfaga de alivio por todo mi cuerpo. Ahora tenía una excusa para irme—, ya tengo el coche aquí. Tengo que irme. Lo siento...

Pero el viejo joyero ya tenía agarrado el collar con la mano... así que estaba atrapada, empotrada contra el mostrador de cristal y sostenida por la cadena de oro.

En ese momento, varias cosas se sucedieron a la vez.

La mirada del joyero se volvió fría al clavarse en la piedra. Cuanto más se acercaba, más nerviosa me ponía yo... y más oscuro se volvía el diamante en su interior.

Mi interior se estaba deshaciendo.

Aunque no podía girar la cabeza porque el joyero me tenía literalmente retenida del cuello, podría jurar que lo vi, por el rabillo del ojo, enfrente del escaparate, mirándonos a través de la ventana.

—Vamos a ver, niña... ¿Tú sabes lo que llevas colgado? —espetó, justo antes de caer en un discurso de vicioso-decadente de los diamantes—. Es un exquisito azulón grisáceo. Y, si no me equivoco, debe de valer entre cincuenta y setenta y cinco millones de dólares, quizá incluso más si se estudia su origen, porque se parece increíblemente a otro que he visto antes.

¿Qué podía decirle? La piedra se acababa de volver de color ébano. Estiré suavemente el cuello, para intentar soltarme.

Pero solo conseguí que me agarrara la cadena con más fuerza, convirtiéndome en su prisionera.

—Lo siento —repetí—, me tengo que...

—No deberías andar por la calle con una pieza así —me interrumpió el joyero—.

Tiene que estar en una caja fuerte. Tengo el derecho a confiscártela, por tu propia seguridad. ¿De dónde la has sacado? ¿Tus padres saben que la llevas?

Solo había pasado un mes desde el accidente. Todo el mundo en el colegio me trataba de una manera diferente porque había empezado a hacer cosas raras después de volver de entre los muertos. Ya no me interesaban nada los centros comerciales; ya no participaba en las asociaciones en defensa de los animales como antes. Le había dicho a Hannah, con toda convicción, que la protegería «del mal» (me estaba refiriendo al collar, claro, pero ella no lo había entendido). En poco tiempo, perdería también mi papel de protagonista en Blancanieves.

Estaba empezando a cavar mi propia tumba.

Aun así, de alguna manera conseguí plantar cara al joyero y explicarle, con cierto tartamudeo, que el collar era una herencia familiar, muchas gracias por su interés. Y que mi madre, por cierto, me estaba esperando en el coche y que me iba con ella. Sin embargo, me aterrorizaba más la posibilidad de salir de la tienda y toparme con él que el hecho de quedarme dentro con ese joyero insufrible.

Entonces oí el tintineo de la campanilla de la tienda justo detrás de mí, indicándome que alguien entraba.

El corazón me dio un vuelco. No, por favor. No.

—No te creo —contestó el joyero, rotundamente—. De hecho, por si lo quieres saber, mi dependiente está ahora mismo en la trastienda llamando a la policía. Están de camino. Así que dile a tu madre, si es que de verdad te está esperando afuera, cosa que dudo, porque lo habrás robado, que entre aquí y se quede con nosotros si algo le importas y verá cómo te llevan detenida por robo.

Se equivocaba, porque mi madre nunca llegó a verse en esa situación. John intervino antes.

Las paredes de la tienda se volvieron rojas.

—Discúlpeme —dijo John, con voz grave; una voz que sonaba completamente fuera de lugar en esa tiendecita fina y exclusiva.

Él mismo parecía fuera de contexto en un lugar así, con una altura tan imponente, con esos tejanos y chaqueta de piel.

Pensé que me iba a desmayar. ¿A santo de qué aparecía allí? ¿Había venido para llevarme de vuelta, por infringir las normas? ¿Por eso se había vuelto negra la piedra?, ¿para avisarme?

El joyero levantó la vista hacia él, irritado.

—Espere un momento. Ahora sale el dependiente —le respondió.

—No, gracias —insistió John, como si estuviese rechazando un plato de guisantes—. Deje a la chica.

El joyero abrió un poco los ojos, pero no me soltó.

—Perdóneme —contestó el joyero, con tono indignado—, pero ¿es usted familiar de esta joven? Porque resulta...

En ese instante, John —sin acritud, ni cabreo, ni nada que se le pareciese—

avanzó hacia el mostrador y sostuvo la mano del joyero como si fuese a tomarle el pulso, la misma mano con que me retenía en su tienda.

Pero John no le iba a tomar el pulso. Iba a hacer otras cosas.

El joyero soltó un tímido jadeo. Su boca se abrió de par en par. Parte de la frialdad se disipó de sus ojos. En su lugar, apareció el miedo.

No sabía —entonces— lo que iba a hacer John. Mi mente seguía procesando el porqué estaba allí.

Pero yo misma reconocí, con mucha más clarividencia que el joyero, la peligrosa tensión en su mandíbula; su rígida mirada.

Y la ansiedad que había surcado mi cuerpo ya no tenía nada que ver con correr peligro.

—John —dije. Conseguí soltar los dedos agarrotados del viejo joyero y empecé a retroceder desde el mostrador. No podía quitar los ojos de la cara del joyero. Se había quedado blanco—. Por favor, no hagas lo que vas a hacer. Sea lo que sea. No pasa nada.

Algo pasaba. Estaba claro que algo pasaba.

Y resultó que había acertado con mis palabras, pues John —después de lanzarme una mirada furiosa mientras sopesaba la validez de mi respuesta— liberó la muñeca del joyero.

En cuanto lo hizo, el hombre mayor respiró quejosamente y dio varios pasos atrás, agarrándose el pecho.

No fue el único. Yo también me tuve que agarrar el pecho después de la lacerante mirada de reproche que John me lanzó segundos después... justo antes de que apareciera el dependiente desde la trastienda y dijera:

—Señor Curry, ya está, la policía está de camino. ¡Ay, Dios mío!

Entonces —cobarde como soy— giré sobre mí misma y salí corriendo de la tienda, sin mirar atrás, escuchando el violento tintineo de la campanita detrás de mí.

¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme ahí a figurar, hasta que apareciese la poli?

Seguí corriendo sin parar hasta el coche de mamá.

—Pierce —dijo mamá, colgando su móvil y mirándome sorprendida mientras yo me desplomaba, temblando, sobre el asiento del copiloto—. Por fin. Te estaba llamando. ¿Te has olvidado otra vez el móvil? No me lo cogías. ¿Dónde...?

—Arranca —dije, jadeando—. Arranca.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta el médico nuevo? La madre de Jennifer McNamara dice que...

—No, nada, nada. Vámonos.

Pasé las siguientes horas agónicas temiendo que la policía —o él— llamara a nuestra puerta. Seguro que alguien había visto el coche donde me había metido y había tomado nota de la matrícula. ¿Y si había cámaras de seguridad en la tienda del señor Curry?

Pero la policía nunca llamó.

John tampoco.

Repasaba la prensa cada día, leía la crónica de sucesos y nunca encontré ninguna noticia referente al joyero.

La respuesta llegó la siguiente ocasión en que me acerqué a ese barrio. De la persiana de la joyería colgaba un cartel de «Se alquila». Pregunté a la vendedora de la tienda de ropa de al lado y me dijo que le habían contado que el señor Curry se estaba recuperando de un ataque al corazón y que se había mudado... le parecía que a Florida. Le sonaba que tenía nietos allí.

Y que menos mal, porque no había nadie en el edificio que aguantase a ese viejo cascarrabias, y que, bueno, así al menos podrían poner una zapatería decente en el bloque, y que ese vestido me quedaría de lujo. ¿Por qué no me lo probaba?

Por lo que pude entender, en el momento en que la policía llegó, el dependiente de la joyería estaba tan ocupado intentando reanimar al señor Curry que lo que menos le importaba era explicarles que habían llamado la atención a una joven por poseer un collar robado.

Sin mencionar que había entrado un chico vestido con chaqueta de cuero y que había desaparecido misteriosamente.

Quizá por eso no volví a enseñar a nadie mi collar.

Fue un poco duro no volver a sentirme así... bueno, a sentirme como me sentía cuando John me miraba. Quizá protegiéndome. O excediéndose con su protección.

Sobre todo después de lo que pasó en el colegio con Hannah y el señor Mueller.

Lo que nunca he podido saber es el porqué. ¿Por qué se involucraba tanto? Si yo había huido de él.

Y ahora que él había tirado el collar al laberinto de tumbas a ras de suelo que conformaban el cementerio de Isla Huesos, yo ya sabía que no era porque lo quisiese recuperar.

Tendría que haberme puesto a buscarlo. Pero no lo hice.

Porque, cuando levantó el brazo para arrojar el collar, fui consciente —como se esperaría de alguien a quien echan de la Escuela Femenina Westport— de que había metido la pata hasta el fondo.

Ya no era un tema que me preocupase. Por supuesto que no. Él acababa de ser testigo, arrojando el collar a una distancia equivalente a un campo de fútbol. Pero yo había empezado a dejar las cosas claras a los demás. Formaba parte del propósito de «cambio de aires» que mamá y yo nos habíamos planteado en esa isla.

Y dejar las cosas claras era saber qué estaba pasando. Él había empezado todo esto. Él había acudido a mí. La primera vez, al menos.

Así que no podía salir a buscar el collar. Tenía que quedarme. No tenía más opción.

Y por eso, esa noche en el cementerio, me encaré a él y le dije:

—¿Qué te ha pasado en el brazo?

*¡Ah! ¡Cuán penoso es referir lo horrible
y áspero de aquella cerrada selva,
y recordar el pavor que puso en mi pensamiento!*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Me miró fijamente como si estuviese loca. En realidad, ¿por qué iba a pensar diferente al resto?

—¿Qué?

Estaba bastante cabreado. Señal inequívoca era el movimiento de su pecho, que subía y bajaba como si acabase de correr.

Tendría que haberme pensado dos veces lo que hice a continuación: saqué un dedo y lo recorrí por la cicatriz que acababa de descubrir, rastreando el lateral de su brazo y desapareciendo por el interior de su manga negra.

Tendría que haberme callado antes de decir:

—Esta es nueva.

Pero no me callé.

Apartó bruscamente el brazo como si mi dedo fuese un cable pelado y le hubiese dado un calambre.

—Déjalo —dijo, mirándose la cicatriz—. No es nada.

—A mí no me parece que no sea nada —contesté, preocupada. Empezaba a entender algunas cosas y eso no me gustaba en absoluto—. ¿Es una secuela?

Entornó los ojos. Notaba el calor de su cuerpo; ese aroma que reconocía tan bien —una especie de mezcla de leña quemada y una esencia que me recordaba al otoño.

—No soy un pajarito —dijo, con voz cavernosa—. No hace falta que me ayudes, ni tú ni nadie. ¿Ya sabe tu madre dónde estás?

Era muy curioso que se acordara de mi madre, porque justamente en ese momento estaba escuchando su voz en mi cabeza, insistiéndome en que le dijera lo que no me atreví a decirle la última vez que lo vi, ese día fatídico en la escuela... no me concedió la oportunidad de hablar. Se fue antes de que pudiera decir nada.

Bueno, tampoco tenía más alternativa. La policía estaba de camino. Otra vez.

Mi madre no sabía nada de él. Se ceñía, en cambio, a lo que decían todos los psicólogos (y mi abuela también, según supe después): que él no era real.

Pero si mamá hubiese sabido todo lo que yo sabía sobre él, también habría querido que se lo dijese. Necesitaba decírselo, en ese momento más que nunca, porque estaba claro que mi impresión inicial sobre él no distaba tanto de la realidad.

Él era salvaje como un animal, como la paloma que había encontrado, necesitado de ayuda, aunque no lo reconociese.

Aunque estaba condenada a hacerle más daño si intentaba ayudarle, no podía menos que intentarlo.

Así que le dije, por fin, lo que le tendría que haber dicho hace mucho tiempo:

—Lo siento.

Me escrutó con la mirada.

—¿Perdón? —dijo.

—Lo siento —repetí, en voz más alta—. Por lo que te dije el día en que fallecí. Por todas las consecuencias que has tenido que... asumir.

En lugar de responderme, continuó examinándome desde su altura como si yo fuese la única con un trastorno de personalidad. ¿A quién se le ocurre regalar un collar a una chica —encima, una piedra que cambia de color como el mismísimo cielo; gris como una mañana de febrero o negra como la noche cerrada— y luego lo deja tirado por un cementerio después de que ella se lo intente devolver educadamente porque tiene miedo de que él tenga que sufrir las consecuencias por su culpa?

¿Y por qué yo era la única que se disculpaba? No habría estado mal oír de su parte un «lo siento».

Porque el primer día que lo conocí fue horrible.

Y sí, me había compensado un poco más tarde haciendo lo que hizo por mí en la joyería y después, en la escuela con el señor Mueller.

Pero igualmente, yo había perdido muchas cosas. Sí, había recuperado mi vida, pero ¿y todo lo que se había quedado en el camino? Como el matrimonio de mis padres, o Hannah. No llevaba ni un año en la escuela después de salir del hospital cuando mi mejor amiga, Hannah Chang, me dio la espalda por decirle, entre otras cosas, que salir al centro comercial para intentar encontrarnos con algún amigo de su hermano, pasar de cuidar a Bárbaro o jugar a «vamos a aguantar la respiración en el cementerio para que los espíritus no posean nuestras almas» era hacer el tonto.

Y es cierto. A los quince años ya éramos un poco mayores para eso.

Y yo misma había rematado el tema facilitándole esta lucrativa información: «No temas por el mal, Hannah. Yo lo veo y te protegeré de él».

No me extraña que me dijese que estaba loca. Todo el mundo empezó a llamarme así en la escuela a partir de ese momento.

No se les puede echar la culpa. ¿Cómo llamaríais a alguien que asegura que ve el mal y que tiene la habilidad de proteger a los demás? Sobre todo, cuando después fracasa estrepitosamente en el intento.

Sabía que Hannah me llamaba «loca», pero en realidad estaba muy preocupada por mí. Seguro que pensaba que había vuelto del accidente y de mi hospitalización en un estado... mentalmente inestable.

Hannah me dijo más tarde que lo sentía y supe que lo decía de corazón. «Los

amigos a veces se distancian», me dijo. Igual que le había pasado con Bárbaro. Según dijo, ya no tenía tiempo para caballos. Le preocupaban otras cosas, como el básquet. O los chicos.

Le dije que no pasaba nada. Y entonces me encerré tanto en la urna de cristal que me había construido que ya no me preocupaba de nada más —ni de ella, ni de mi compromiso de protegerla del mal, ni del hecho de que todo el mundo me tachara de loca.

Tuvo que pasar un año para darme cuenta del lío en el que me había metido.

Y ya era demasiado tarde para Hannah, por desgracia.

Sabía que era un error culpar a John. En los cuentos de hadas, las princesas esperan a que el príncipe guaperas las salve. En la vida real, tienen que romper la urna y salvarse ellas mismas.

¿Y en qué cuento de hadas encaja John como príncipe galán? Porque era exactamente lo contrario a un galán. Era el Príncipe de las Sombras.

Quizá, por eso... no podía evitar ser tan asombroso.

Del mismo modo que yo no podía evitar ser como era, o reaccionar ante él como reaccionaba, a mis quince años.

—No tiene nada que ver con disculparme —le dije, pensando al mismo tiempo cómo era posible que, ahora que era más adulta, seguía sin encontrar las palabras adecuadas—, por lo que pasó en la joyería o la primavera pasada, en mi antigua escuela.

Ahora ya no me miraba ladeando la cabeza; en su lugar, arqueaba su negra ceja, lo que no facilitaba las cosas. Su expresión era imposible de interpretar.

—No tiene nada que ver con eso —continué, mientras él guardaba silencio—. No es que no esté agradecida, que estoy muy agradecida. Lo siento y en su momento no te di las gracias. Todo se volvió un poco frenético... cuando te fuiste.

«Frenético» era una palabra muy vaga para describir la tormenta que John despertó el día en que apareció en la Escuela Femenina Westport.

—Y por eso —continuó él—, tú y tu madre habéis venido aquí. Para empezar de nuevo.

—Claro —dije—. Así que ya no te necesito en mi nuevo colegio. Y, para que lo sepas, la historia de Westport la tenía totalmente controlada antes de que aparecieras.

Arqueó las cejas.

—Es así —insistí—. No hacía falta que me ayudaras. Con la cámara, ya...

Extendió la mano, rápido como un borrón ante mis ojos, justo cuando pronuncié la palabra «cámara». Antes de que me diese cuenta, me tenía agarrada del brazo, sin hacerme daño —ni tampoco caricias—, guiándome hacia él.

El gesto ensombrecido que amenazaba con poseer esos ojos finalmente explotó durante unos segundos.

—¿Qué cámara? —preguntó.

—La cámara —dije, por lo bajo, empezando a arrepentirme de haber abierto la

boca— que metí dentro de la mochila...

Decir que se quedó sorprendido es quedarme muy muy corta.

—¿Me estás diciendo que lo tenías todo amañado? —preguntó—. Lo que pasó ese día con tu profesor, ¿lo hiciste a propósito? ¿Lo condicionaste para hacerte eso?

Quizá me había perdido la pista. Si hubiese estado pendiente, ya lo habría sabido de antemano.

—Bueno, pues, sí —respondí, con la boca seca. Antes de darle tiempo a estallar, porque lo vi claramente, añadí, a renglón seguido—: Era la única manera de reunir pruebas para llamar al señor Mueller por su nombre, porque nadie se creía que él y Hannah...

Me quedé sin voz, porque, cuando levanté la vista para mirarlo, contemplé unos labios prietos y duros... como mi cuerpo el día en que me escurrí de este mundo.

Sabía que la conversación no estaba yendo bien. Todo iba de mal en peor.

—Pero nunca pensé que la cosa se pondría tan fea —dije, rápidamente—. Asumí todas las consecuencias de lo que pasó después...

Me apretó el brazo con más fuerza.

—¿Cómo pudiste ser capaz de exponerte a ese peligro? —me soltó—. Y por una tontería así. ¿Te has parado a pensar lo que te podría haber pasado?

Sí, en cierto modo, había pensado en ello. Pero en su momento no tenía ni idea, ni me molestaba en pensarlo. Intentando quitar hierro, le contesté:

—Bueno, tampoco era tan...

—No tendrías que haber estado ahí —dijo, hablando entre dientes—. Y ahora, tampoco tendrías que estar aquí.

Instantes después, me estaba arrastrando fuera del mausoleo.

—Las puertas del cementerio se cierran de noche —murmuró.

Las acacias rojas crujieron por debajo de sus pesadas botas negras.

Su voz llegaba a mí desde lejos. Era verdad que, en una ocasión, conseguí escapar de él y de la muerte. Pero eso había sido gracias a los desfibriladores y al chute de epinefrina del mundo real... o eso decían los médicos. Mi huida no había tenido nada que ver con nada que hubiese hecho en su mundo; todos me insistían. Porque su mundo no era real.

Pero yo sabía más que nadie que sí era real.

—¿Cómo has conseguido entrar aquí? La verja mide más de dos metros y tiene pinchos —masculló.

No quería decirle nada más para no hacerlo enfadar... no quería decirle que tampoco había sido tan difícil escalar, después de empujar y subirme a uno de esos enormes contenedores verdes tan típicos de Isla Huesos.

Y tampoco tenía la culpa de que la familia de Dolores Sánchez, «Devota Esposa de Rodrigo», hubiese decidido erigir su mausoleo tan cerca de la verja, proporcionándome una pista de aterrizaje perfecta.

¿Lo ponía más al borde del cabreo si le decía que, aunque la policía hubiese

entendido la filmación —que no habían entendido nada—, él no corría ningún riesgo porque no tenían manera de localizarlo para interrogarle? La policía de Westport no sabía dónde vivía. Creo que nadie lo sabía, aparte de mí.

Seguía teniendo algunas preguntas para él. ¿Cómo había intuido que tenía que aparecer aquel día delante del señor Mueller, cuando yo lo necesitaba? ¿Había sido por influjo del collar, como me dijo ese día, sacudiéndomelo delante de la cara? ¿Ocurrió de la misma manera esa otra vez, con el joyero?

¿Y por qué se preocupaba tanto por mí, si me tenía tanta rabia después de lo que le había hecho?

Tampoco era el mejor momento para iniciar un debate; ni siquiera comentarlo.

—No tengo la culpa de nada de eso, ya lo sabes —añadí, mientras él me arrastraba tan rápido que pensé que iba a perder las chanclas. Aunque tenía otros temores más profundos.

—¿Ah, no? —me dijo, girando la cabeza para mirarme—. ¿Cómo puede ser que nada de esto sea culpa tuya?

—Qué culpa tengo yo de haber muerto —contravine—. Y después se me presentó la oportunidad de no seguir muerta y la cogí. No fue nada personal. No tenía nada que ver contigo.

Se volvió hacia mí y me miró fijamente.

—Muy bien —dijo.

—Pero ¿qué pasa ahora? —tercié, dolida por su tono—. Te lo he dicho, estaba muerta de miedo. No quería perjudicarte. Por eso he venido aquí esta noche, para disculparme. Me gustaría que quedásemos como amigos, ayudarte. Te he devuelto el collar. Ya no sé qué más puedo hacer.

—Te voy a decir lo que puedes hacer —espetó, interrumpiéndome en seco. Ahora me tenía cogida de los dos hombros, pero no para besarme, sino para guiarme y mirarme mejor—. Irte y dejarme en paz.

Las lágrimas asaltaron de nuevo mi rostro. ¿Eso es lo que quería?, ¿que me alejara de él?

Resultó que estaba viviendo una pesadilla mucho peor que mi propia muerte. Y seguía respirando, así que eso quería decir algo.

—Eso me gustaría —respondí. Lo único que oía, por encima de su voz seria y reprochadora, era el pesado latido de mi corazón, retumbando en mis oídos—. Pero, cada vez que lo intento, vas y apareces como un... como un...

—¿Como un qué? —imprecó.

Me estaba provocando para que se lo dijera.

«No», la voz interna de mi madre me estaba previniendo. «No lo digas».

—Gilipollas.

Lo sabía. Sabía que, en el instante en que saliera de mi boca, sería la palabra menos sabia o delicada. Sobre todo después de haberme intentado contener. Porque íbamos a tener que vivir en la misma isla juntos, y él me había salvado la vida

después de todo, al menos aquel día con el señor Mueller.

Bueno, quizá no me había salvado la vida. Pero había salvado algo, igualmente.

Y, en medio de mi intento de disculpa, había acabado empeorando las cosas.

Como si todavía no fuese bastante delirante, después de vomitarle el insulto, levanté la mano y la planté encima de la cicatriz del brazo derecho que acababa de ver.

Era mi sino. Meter la pata.

Y así culminó mi estropicio final de la noche.

Su boca se retorció en un gesto de dolor bastante desagradable, que demostró que yo tenía razón en una cosa:

Nunca sería el príncipe guaperas de nadie.

—Pues no te preocupes más por eso —sentenció, sacudiéndose mi brazo como si fuese veneno—, porque no me vas a ver más después de esta noche.

Me di cuenta de varias cosas. La primera, que sus ojos ya no eran seres inertes. Estaban vivos como cables eléctricos, e igual de peligrosos.

La segunda llegó un poco más despacio, mientras miraba a los dedos que sostenían mi brazo agarrado; dedos salpicados por retazos negros de mi pelo, suelto y desatado. Dedos que se estaban escurriendo.

Y sus manos no eran las manos suaves y tersas de cualquier persona de nuestra edad, que solo las usa para escribir mensajes o para mover el mando de la consola.

Las manos de John habían conocido el trabajo —duro y arduo.

Eran las manos de alguien que había peleado.

Pero no solo era un luchador, y lo supe cuando me agarró.

Era las manos de alguien que había matado.

Tendría que haberlo sabido ya. Pero no lo acabé de entender hasta esa noche.

Y para entonces, por supuesto, ya era tarde. Demasiado tarde.

*Hallábame a la mitad de la carrera de nuestra vida,
cuando me vi en medio de una oscura selva,
fuera de todo camino recto.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Cuando llegué a casa, mamá me dijo:

—¡Cariño! Menos mal que no te ha cogido la tormenta. ¿Qué tal el paseo en bici?

—Bien —le respondí, mientras le daba la espalda y cerraba la puerta con llave.

Corrí el candado de dentro y eché el cerrojo.

Activé la alarma e introduje nuestro código. El código que siempre usábamos eran nuestras iniciales más los años en que el equipo de gimnasia de la universidad de mamá ganó el campeonato de la asociación nacional de deporte NCAA. Mamá estaba llevando bastante bien la frustración de que seguramente yo pasase de ir a la universidad —por no hablar de la facultad donde ella y papá se conocieron.

—Cariño... —dijo mamá, con cara de curiosidad—. ¿Qué haces?

—Seguridad —respondí.

El corazón seguía rebotando en las paredes de mi pecho. Desde que me había subido a la bici, había pedaleado sin parar hasta casa. No había encadenado la bici ni había apagado los faros y solo lo supe cuando levanté la cortina de la ventana del recibidor, para ver si me había seguido.

—La seguridad es lo primero.

—Escucha, cariño —me dijo mamá, desactivando la alarma y volviendo a introducir el código—. Todavía tenemos invitados en casa. ¿Qué tal si esperamos a que se vayan para poner la alarma? ¿Te parece bien?

Asentí, mirando de reojo por la ventana. De ninguna manera iba a salir a apagar los faros de la bici. Podían quedarse parpadeando toda la noche, me daba igual. Si se fundían, compraría unos nuevos. Merecía la pena. Y si me la robaban, ¡pues nada! Mi padre me compraría una nueva. Al fin y al cabo, era todo por su culpa. Eso es lo que pensaba mamá.

Por nada del mundo saldría afuera.

—¡Cariño! —repitió mamá—. ¿Estás bien?

—Sí, claro, mamá —respondí, dejando caer la cortina—. ¿Qué tal tu fiesta? ¿Lo pasas bien?

—También es tu fiesta, cariño —dijo, sonriendo—. Sí, lo estoy pasando muy bien. Estoy tan contenta de volver a ver a todo el mundo. Creo que incluso tu tío

Chris se lo ha pasado bien...

—Genial, mamá —la interrumpí—. Estoy muy cansada. Me voy a ir a dormir.

En realidad, lo que quería era taparme debajo de las sábanas y no volver a salir nunca más.

—Vaya —respondió mamá, algo decepcionada—. Al menos, di buenas noches a la gente. El tío Chris quería verte antes de volver a casa con la abuela y Alex. Y me parece que Alex todavía quería darte algún consejo más sobre mañana en el colegio. Es majo, en el fondo.

Solo pensar que al día siguiente tendría que ir a un colegio nuevo, me entraban ganas de morderme todas las uñas de los pies. Pero mamá ya se había encargado de hacerme una manicura completa —manos y pies—, así que más me valía tenerlas bien lejos de mis dientes.

—Sabes qué —contesté—, es que estoy hecha polvo. Creo que son los nervios de la fiesta y eso. Dile a Alex que muchas gracias y que nos vemos mañana, que venga a buscarme para ir al colegio. Buenas noches, mamá.

Salí directa hacia las escaleras antes de que pudiese decirme nada.

Él había echado abajo la puerta del cementerio.

Había destrozado la cerradura con un golpe seco y atormentado con esas enormes botas negras. Forzó y abrió las puertas y me dio un empujón por detrás.

—Vete —me desafió en un resuello cavernoso—. ¿Me has oído, Pierce? Vete y no vuelvas más. No te conviene pasearte por aquí, a menos que quieras acabar muerta. Para siempre.

La descarga cegadora de un relámpago irradió luz sobre las nubes justo después de que sentenciara esas palabras y el estruendo de un trueno que se sucedió al instante sofocó el chirrido de las puertas cuando salí de allí.

Sin mirar atrás, corrí hasta donde había aparcado la bici, sintiéndome aliviada de poder escapar.

Debajo de la ducha, mientras dejaba que el agua rociara mi cuerpo, tan caliente que quemaba, me hacía muchas preguntas:

¿De verdad había ocurrido todo eso? ¿Cómo podía ser? Esa verja de hierro era imposible de derribar —las puertas del cementerio de Isla Huesos eran enormes, altas, con espacio para dejar pasar a los coches fúnebres y con gruesas y sólidas barras. Nadie podía abrir esas puertas metálicas.

Nadie que viviese en este mundo.

No quería pensar en eso.

No podía pensar en otra cosa.

¿Había estado con él... lo había visto... lo había tocado... y me había tocado? Me miré los brazos desnudos, justo donde sus dedos se habían enganchado. Increíble, no me había dejado ninguna marca, aunque minutos antes habría jurado que me había hundido los dedos hasta el hueso.

Ni siquiera llevaba puesto el collar, para demostrarme a mí misma que todo eso

había ocurrido de verdad. Lo acababa de perder —para siempre, como él había dicho — porque nunca más iba a pisar ese cementerio. A lo mejor se lo encontraba un turista y lo acababa vendiendo por internet.

Salí de la ducha y me envolví en la toalla grande y blanca que la decoradora de mamá había escogido. Sacudí la cabeza; me daba todo igual. Ya sabía lo que había visto, lo que había sentido. No tenía una joya para demostrarlo, ni ante mí ni ante nadie.

Verlo esa noche no hizo más que empeorar las cosas. Mis disculpas por lo que le había hecho ese día se convirtieron en una enorme, hinchada, colorida y vacía piñata en el quinto cumpleaños de una niña.

Por otra parte, él no se había disculpado en ningún momento, así que, ¿por qué me seguía preocupando? Los tíos eran todos unos idiotas, al menos por lo que había visto hasta el momento. Mamá desde luego lo creía a pies juntillas, y con esa motivación me había facturado con ella destino Isla Huesos, para instalarnos aquí. Porque había más cosas que papá había dejado morir por negligencia, aparte de a mí misma.

—¿Isla Huesos, Deb? ¿Lo dices en serio? —Oí como mi padre le había dicho a mamá cuando me dejó en casa después de haber salido a comer juntos (en régimen de visitas, por supuesto, que yo ni entro ni salgo). Ellos no sabían que yo estaba al otro lado de la puerta, escuchando. Sabía que no estaba bien espiar, pero ¿había otra manera de enterarme de las cosas?—. ¿Crees que es la mejor opción para lo que nos recomendó la mediadora?, ¿un lugar mejor adaptado a sus necesidades?

—Lo que está claro es que será mejor que Connecticut —resolvió mamá.

—No pongas al profesor en mi contra, Deb —dijo papá, a la defensiva—. A eso te has dedicado. Creo que también la has condicionado para que vaya a sus tutorías y...

—Basta ya —zanjó mamá. Ahora ella se defendía—. Me la llevo a su casa. Y punto.

—Ya, claro. A salvar los pájaros.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió mamá, muy tensa.

—No vas a cambiar nada, Deb —contraatacó papá—. Te vas a quedar con las ganas. Además, yo diría que te mudas allí porque él está otra vez disponible.

Esto acabó de cabrear a mamá.

—Pues yo diría que ahora mismo tienes cosas mucho más importantes que hacer que buscar el estado civil de mis ex por internet.

—Me gusta investigar sus hábitos de cortejo —añadió papá—, igual que tú con las espátulas rosadas.

—Las espátulas rosadas —terció mamá— ya no tienen esos hábitos. Porque se están muriendo. Gracias a ti.

—¡Por Dios, Deborah! ¿Crees que lo hice también a propósito?

—Entre otras cosas, que todavía recuerdo, como esa fuga de petróleo —respondió

mamá—. Se podría haber evitado a tiempo si te hubiese importado.

Ughh.

Pero papá tenía pocas armas para defenderse y acababa siempre apareciendo en televisión. La empresa de papá era la responsable, además, de la bajada en picado de cientos de economías locales del Golfo, incluida Isla Huesos. Los turistas no querían encontrarse manchas de petróleo mientras practicaban esquí náutico. Las novias no querían mancharse de alquitrán mientras posaban para las fotos. Los aficionados a la pesca ya no querían pescar en aguas donde la vida marina había sido diezmada como consecuencia de la desidia de la empresa de papá, que había utilizado dispersantes químicos con tanta dejadez.

—No hay ningún riesgo. Es totalmente seguro —decía siempre papá, preguntado por la prensa—. ¡Han pasado todas las pruebas!

Pero cuando un periodista tuvo la idea de ofrecerle en vivo y en directo un cóctel de gambas pescadas en aguas afectadas por los vertidos de su empresa y le invitó a comérselo delante de todos, papá se puso rojo de vergüenza y arguyó enseguida que lo tenía prohibido por el médico; que tenía colesterol.

Papá nunca tuvo colesterol.

Empecé a preguntarme quién era ese hombre que papá había mencionado. Pero no me gustaba marear a mamá con temas turbios, pues ya tenía suficiente con las espátulas rosadas, la mudanza, el tío Chris y yo misma.

Por ese motivo, cuando miré a través de la cortina de mi habitación antes de irme a la cama y creí haber visto a un hombre al lado de la piscina, decidí no preguntarle nada.

Todos los invitados se habían marchado ya, y mamá se había ido a dormir hacía un rato. La tormenta, mientras tanto, descargaba con todo el furor y la luz se acababa de ir, como siempre pasaba en Isla Huesos, tan lejana al continente.

Así que el sistema de seguridad también se había desconectado.

La lluvia caía en columnas de agua. Nuestra piscina pequeña del jardín, con forma de riñón, estaba a punto de desbordarse y el viento azotaba las palmeras como si fuesen papeles de periódico.

El resplandor de un relámpago iluminó completamente el negro jardín en lo que duró un segundo. Habría jurado que vi a John de frente, mirándome.

No podía ser otra persona. ¿Quién iba a atreverse a entrar?

Papá finalmente accedió a que me mudara con la condición de que mamá buscara para mí un itinerario educativo adaptado a mis «necesidades especiales» y comprara una casa en una comunidad privada —sabía que así perturbaría los ideales progresistas de mamá.

El Delfín era la única comunidad privada de Isla Huesos, vigilada por un guardia de seguridad apostado en la puerta veinticuatro horas al día, supervisando interiores y exteriores.

Los muros que rodeaban nuestra casa medían tres metros. No había forma

humana de saltarlos sin una escalera.

Ni los muros ni los guardias podían detener a alguien como John.

¿Y por qué se molestaba en quedarse allí fuera, calado por la lluvia, cuando él mismo me había dicho que lo dejara en paz? Dejando aparte que yo misma le había llamado gilipollas a la cara.

¿Por qué me había molestado en disculparme? Se había pasado. ¿Por qué no podía odiarlo, como yo quería?

John era uno de los pájaros de mamá: una cosa salvaje. No iba a cambiar. Jamás iba a conseguir acercarme a él. Como habría dicho papá: ¿para qué perder tiempo?

Además, ya había contravenido «las normas» —como John había anunciado con tanto misterio— al escaparme corriendo. Estaba segura de que todavía me esperaba un castigo que él estaba urdiendo... o de esos Furias de los que me había hablado. No se puede escapar a la muerte. Ya había leído bastante sobre eso después del accidente. La muerte viene a por ti, tarde o temprano.

Un nuevo relámpago volvió a iluminar el jardín, y ya no vi nada. Quizá nunca había estado allí. Quizá me estaba sugestionando, creyéndome mis propios fantasmas, como todo el mundo me insistía.

Dejé caer la cortina y me fui a la cama. Menuda tontería. Se supone que tenía que estar contenta. Había devuelto el collar que me habían regalado bajo falsas promesas y había dicho todo lo que tenía que decir. Me había desfogado y estaba empezando de cero aquí, con mamá.

¡Él había aceptado mis disculpas! Con reniegos, pero las había aceptado. Estaba pasando a otro tema, como ilustraba el hecho de haber lanzado el collar un par de metros por el cementerio y haberme pedido que lo dejara en paz.

Y poco más tarde, cuando miré por la ventana del lavabo para ver si mi bici seguía ahí y vi que estaba encadenada y con los faros apagados, me repetí a mí misma que tenía que haber sido mi tío Chris o incluso Alex, al irse de la fiesta. Era imposible que hubiese sido John. ¿En qué cabeza cabía que hiciese algo por mí, cuando él mismo había dejado muy claro que no me soportaba y que no quería volverme a ver?

¿Por qué me sentía tan mal en la cama? No tenía el tema cerrado; me sentía... agonía era la única palabra que lo describía. Desde que había aterrizado en esa isla, era lo único que sentía, con una presión que caía sobre mi cuello, como si fuese a pasar algo. Algo malo.

¡Pero ya había pasado algo malo! Lo había visto a él. ¡Tema zanjado!

Así que, ¿por qué llegó el desvelo? No era culpa de la tormenta. Casi parecía como si —pero no podía ser, porque era absurdo— añorara el peso familiar de ese colgante en mi cuello.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no empezaba a cumplir de una vez el propósito de mamá de cambiar de aires?

A la mañana siguiente, entré en el coche de Alex dándole las gracias, y me preguntó por qué.

—Por mi bici —respondí—. ¿No la ataste cuando te fuiste ayer? Y me apagaste los faros.

—Mmm, no —respondió—. Cuando me fui, creo que acababas de llegar, porque tu madre dijo que estabas arriba, en la habitación. Y por cierto, gracias por decir «buenas noches». ¡Ah! Y por largarte así, sin más, y dejarme con la abuela. Qué detalle por tu parte. Tu bici ya estaba encadenada y los faros apagados. Pensaba que lo habías hecho tú.

—No —respondí, sintiendo un frío al instante. Y eso que el coche de Alex (o cacharro, según la abuela), tenía el aire acondicionado estropeado y que teníamos que bajar las ventanillas para no achicharrarnos con los treinta y cinco grados de fuera—. Yo no.

—Ah —dijo—. Qué raro. Aunque no es lo único raro.

Empezó a pitar a unos turistas que se paseaban tranquilamente en medio del cruce, haciendo fotos a una enorme higuera de bengala.

—¡Ehhh, hola! ¡Pero qué se piensan todos estos, que estamos en Disneyland! ¡Que hay gente que vive aquí! —continuó pitando.

—¿Qué es lo que te parece raro? —le pregunté, mientras los turistas arrancaban a correr, casi barridos por el coche.

No quería oír su respuesta.

Sí y no.

—Ehh. Pues que en la entrada de casa había un montón de flores de acacia por el suelo. Y eso fue antes de la tormenta, así que no pudieron llegar allí arrastradas por el viento. Es un poco raro, porque en tu calle no hay ni una acacia. ¿Cómo llegaron ahí? ... Buff. —Encendió la radio—. ¿Tienes ganas de entrar?

Tragué saliva.

—No.

*No sé con certeza cómo entré en aquel sitio;
tan trastornado me tenía el sueño
cuando abandoné la senda que me guiaba.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto I

Mamá me matriculó en Nuevos Horizontes, un programa académico especial de prestigio nacional (fue el único que le gustaba a papá. Si no, se decantaba ahora y ya por un internado en Suiza), integrado en el Instituto de Secundaria de Isla Huesos.

Nuevos Horizontes era el sitio ideal para alumnos conflictivos: chicos como Alex, cuyo padre acababa de cumplir condena en la cárcel y cuya madre llevaba desaparecida en combate desde que él era un bebé, obligado entonces a vivir con la abuela, quien regentaba la única tienda de lanas en la isla, Tejemanejes. Sí, era tan deprimente como sonaba.

Nuevos Horizontes también tenía cabida para chicas como yo, que habían muerto y habían resucitado con un poco de chulería.

No te imaginas lo que te espera. Has llegado a Nuevos Horizontes: vengas de donde vengas, te vamos a curar (no era su eslogan oficial).

—Parece muy buen colegio —no paró de repetir mamá durante todo el verano—. Vas a tener asignaturas troncales, como todo el mundo, pero además tendrás la ayuda de los educadores sociales, que saben mucho de comportamiento cognitivo y asesoramiento psicológico. De verdad, saben lo que hacen, Pierce. No te habría apuntado si no supiese que te van a ayudar.

«Vaya», pensé, sin querer matizar que el Instituto de Secundaria Isla Huesos no me habría aceptado si no hubiese entrado antes en Nuevos Horizontes, después de lo que pasó con el señor Mueller.

Sea como fuere, entre un internado en Suiza para niños problemáticos y esto, ¿qué iba a decir? ¡Sí a Nuevos Horizontes!

Al menos, los educadores de Nuevos Horizontes —sobre todo Jade, a quien me habían asignado— eran muy agradables y me habían recibido a las mil maravillas pese a saber lo que le había hecho —supuestamente, claro— a un profesor en mi colegio anterior. Jade nunca se ponía nerviosa cuando hablábamos en las tutorías iniciales; sonreía mucho y me miraba a los ojos, incluso me ofrecía tiras de regaliz rojo del tarro de su escritorio. Me di cuenta, también, de que el collar no cambiaba de color cuando estaba en el despacho de Jade. Se quedaba de un tono gris claro... del mismo color que un viejo galgo retirado.

Cuando llegué el primer día al que era el único Instituto de Secundaria de Isla Huesos, al que acudían cientos de estudiantes en autobús desde las islas cercanas — hay unas mil setecientas frente a la costa de Florida, como me explicó mamá un día con algo de resquemor mientras hablaba de la empresa de papá y detallaba sus diferentes maneras de ir destrozando el ecosistema de estas islas—, no me sentí tranquila. No hacía falta mirar el color del collar para comprobarlo (aunque, en cualquier caso, ya no lo tenía).

Se me hacía demasiado grande, pese a las explicaciones y el tacto de Jade. Nunca había visto tantos alumnos —sobre todo chicos— apelotonados en tantos edificios... cuatro pabellones enormes que conectaban con una terraza central pavimentada — Jade me explicó que lo llamaban El Patio— provista con mesas de pícnic a la sombra.

Según me había dicho Jade, se supone que allí iba a comer cada día. La cafetería estaba por fuera.

Era completamente absurdo para mí, por mucho que Jade me lo hubiera explicado un montón de veces.

Solo los de bachillerato podían salir del campus a la hora del patio. Yo tenía edad para hacer bachillerato, pero ¿cómo iba a salir del campus? No tenía carnet de coche y el estado de Connecticut había acordado, junto con mi neurólogo, que no era nada conveniente que yo cogiera un coche.

Busqué por internet el modelo de examen de conducir del estado de Florida después de que Jade me animara y resultó que tenía más preguntas que el de Connecticut. Era imposible.

Alex me había dicho de camino al colegio:

—Nos vemos en El Patio a la hora del almuerzo. Vamos a comer una hamburguesa.

Llegó la hora de comer y, por supuesto, no lo encontré. No me había especificado en qué lugar quedar: típico de Alex, aunque olvidarme de preguntar también era típico de mí.

Cogí frutos secos, una bolsa de patatas, dos sodas con cafeína y unas galletas de la máquina. Me refugié en la biblioteca a comer. Me pareció lo más sensato. Fue allí donde encontré a Jade.

—Pierce —me dijo, mientras sacaba la silla del cubículo de estudio de al lado y se sentaba—. Te estaba buscando.

—Aquí estoy —respondí, tontamente. Claro que estaba ahí. Me saqué los auriculares—. ¿Qué tal?

—Bien —respondió ella—. ¿Qué tal tú? No vas a la cafetería a comer.

—Hoy no —le dije—. Mañana, quizá.

¿Qué le iba a decir?, ¿que ya no llevaba el collar para protegerme? Tampoco necesitaba sus poderes protectores, la verdad.

Lo que pasa es que no estaba segura de si los necesitaba o no.

—Ya. Te entiendo. Fantástico —respondió Jade. Lucía siempre una melena negra

y collares y pulseras de piel. En su muñeca se podía leer con elaborada escritura la frase tatuada «Reina entre las ruinas»—. Pero si necesitas hablar, quizá de lo que pasó esa vez en tu otra escuela con el profesor o de tu amiga que murió... cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Sabía muy bien dónde encontrarla. Las oficinas de Nuevos Horizontes estaban ubicadas en el Pabellón D, justo donde estaban mis clases. De lujo.

Y... ¿en serio lo dices, Jade?, ¿de cualquier cosa? ¿Te explico mi encuentro con aquel chico ayer en el cementerio? ¿Podemos hablar de él? Porque ya me he topado con él otras veces; precisamente también el día en que «pasó eso con el profesor». Cuando «mi amiga» murió. O cuando quise saber el porqué de su muerte.

Y él envió a un profesor al hospital.

—Gracias —le respondí, sin mencionar nada—. Lo tendré en cuenta.

Jade me obsequió con una mirada simpática, a medio camino entre una sonrisa y un ademán testarudo.

—Eh —añadió, acercando su mano para tocarme—. Escúchame bien: no tienes la culpa de nada de lo que pasó en el otro colegio.

Me sobresalté al notar su tacto. Y no solo porque la bibliotecaria nos estaba lanzando miradas hostiles desde el otro lado de la sala... aunque estoy segura de que no se enteró de que estábamos teniendo una conversación en medio de la biblioteca y que yo, además, la estaba usando de comedor.

—Vale —respondí—. Sí, lo sé.

¿Estaba hablando en serio?

Jade asintió.

—Bien —añadió—. Recuérdalo, entonces. De momento, intenta disfrutar, ¿de acuerdo? Ya sé que has pasado por una mala racha, pero ahora te tienes que relajar. Estamos en el instituto, nada más.

Conseguí esbozar una sonrisa.

—Vale —respondí. Quizá era Jade la que estaba loca, y no yo. Ella misma y todos sus compañeros no paraban de repetirnos que no había que hacer caso a las palabras «loco» o «normal». Eran palabras que no resultaban «terapéuticamente beneficiosas»—. Lo intentaré.

—Bueno, genial. Me ha encantado hablar contigo. —Jade se levantó de la silla—. Quedan cinco minutos para que suene la campana. Pásate por mi despacho después de las clases, que tengo regaliz de ese que te gusta. El rojo. ¡Ah! Y hay asamblea en el auditorio, hoy a las dos. No te la pierdas. Va a ser espectacular.

Me guiñó el ojo y se fue. A diferencia de «loco» o «normal», «espectacular» era una palabra que les encantaba a los educadores de Nuevos Horizontes. Sobre todo a Jade. «Reina entre las ruinas».

Estaba claro que mi experiencia en el Instituto de Secundaria de Isla Huesos iba a ser «o nadas o te ahogas».

Ya sabía lo que era ahogarme.

Así que decidí nadar.

Cuando llegué al auditorio donde se había convocado la asamblea, el barullo era ya imponente. Era una sala enorme con dos mil asientos repletos de gente que se saludaba después de todo un verano sin verse: las chicas, con largas uñas esmaltadas —estilo totalmente desfasado en el norte... o eso se cotilleaba en la Escuela Femenina Westport, antes de que me echaran—, pegando gritos y abrazándose. Los chicos, con pañuelos en la cabeza, chocaban puños y manos, saludándose a lo bruto, casi con agresividad. Todos hablaban a la vez en un volumen tan alto, que estuve tentada de ponerme los auriculares otra vez para no volverme loca, tanto si es beneficioso como si no el uso de esta palabra.

Pero sabía que no podía. Me había prometido a mí misma que me abriría a los demás. Si me volvía más sociable, quizá podría evitar la pérdida de otra amiga.

Porque había fracasado con la anterior.

Nunca se sabe. En Isla Huesos tenía muchas más ventajas que en Connecticut. Al menos aquí no era invisible, como al final en mi vieja escuela. Reparé precisamente en ello porque en ese momento un chico con camisa blanca me estaba aguantando la puerta del auditorio.

Me costaba entender que yo hubiese atraído su atención.

—Tú primero —me dijo, educadamente.

No sabía qué era lo que más me descolocaba: el hecho de que él fuera la primera persona que me había hablado en todo el día —aparte de Jade— o el hecho de que fuese un chico tan prudente y seductor a la vez: alto, ojos azules, risueño y cálido, mostrando unos perfectos dientes blancos; piel morena del sol —y no de ningún salón de estética—, igual que los reflejos rubios de su pelo castaño rojizo.

Todo ello aderezado con unos pantalones cortos caquis y una camiseta blanca que remarcaba sus bíceps.

Impresionante.

Seguro que practicaba deporte de vela. Esos bíceps —y el tono de su piel— no eran de pasear en barco.

—Gracias —dije, sin sonreír.

Justo en ese momento, la corriente de aire oceánica arrastró mi hoja rosa con el horario de clase que me sobresalía del bolso y la mandó a volar.

—Espera —dijo, separándose de la puerta—, que te lo cojo.

—No hace falta —le respondí.

Quería que me dejase. Era como una cafetería al aire libre: raro de entender.

Pero fue inútil. Ya me había recogido el horario, que había aterrizado sobre el contenedor de la basura marcado con el rótulo «Solo latas y botellas».

—Pierce Oliviera —dijo, mirando mi horario mientras me lo devolvía. Soltó una risita—. Pabellón D, ¿no?

No tenía ni idea de qué me estaba hablando y supongo que se notaba por mi cara, porque él corrió enseguida a explicarse alegremente:

—Nada, nada. No te preocupes. —Sonaba muy raro, recién salida de mi conversación con Jade, que también había aprovechado para decirme que me lo tomara con calma. No soportaba que la gente me dijera eso—. Nuevos Horizontes, ¿no?

Lo miré fijamente. ¿Cómo lo sabía? ¿Llevaba una insignia o algo? Me había arreglado a conciencia esa mañana; era mi primer día en un instituto público, es decir, mi primer día sin uniforme... mi primer día de colegio en que podía ponerme lo que me diera la gana. ¿Qué le había hecho yo a nadie?

—Todos los del Pabellón D están en Nuevos Horizontes —me explicó—. No es algo malo. Nuevos Horizontes es muy bueno; tengo un montón de amigos que lo están haciendo y es un buen programa. Es gen...

Me acerqué a él, le arrebaté el horario y me lo guardé en el bolso. Me estaba poniendo nerviosa. La gente atractiva siempre me ponía muy nerviosa y no sabía qué hacer.

Quizá era porque la gente atractiva siempre tendía a ser muy sociable y la gente sociable me asustaba. ¿Por qué llevaban una ropa tan perfecta? Como él, que vestía una camisa blanca impoluta. ¿Por qué no tenía ni una mancha? No era normal. Lo único bueno de no tener que llevar uniforme —al menos, por el momento— era que podía ponerme camisetas negras que disimulaban las manchas.

John jamás vestía de blanco. Me gustaba.

¡Que no! No podía volver a pensar en él.

—Tiene tela mi historial —le comenté al chico.

Tarde o temprano, todo el mundo lo iba a saber. Mejor explicarlo cuanto antes.

—Bueno, tampoco pasa nada —me respondió, cegándome con su reluciente dentadura—. Lo importante es que sigas siendo Pierce Oliviera, ¿no?

—Claro —le respondí, sonriendo por imitación. Jade me aconsejó que, si en algún momento no sabía cómo reaccionar frente a algo, una buena salida era mimetizar los comportamientos de la gente de mi alrededor—. Supongo que sí.

«¿Sigues siendo Pierce Oliviera?». ¿Qué quería decir? ¿Era una reacción engreída de «Eres pariente de Zack Oliviera»?

O «¿El hermano de tu madre ha estado en prisión tanto tiempo?».

O «¿La chica que le hizo eso a un profesor?».

No sabía qué pensar. Quizá era una mezcla de todas esas preguntas. O quizá ninguna. Solo pensaba que ojalá que John no me hubiese tirado el collar.

No, no pensaba en eso. Era un gilipollas. Agua pasada. Yo me encaminaba hacia nuevos horizontes.

Señalé hacia la puerta del auditorio.

—¿Vas a pas...?

—Ah, sí. Claro.

Apoyó la mano y volvió a abrir la puerta. Un tremendo alboroto nos envolvió.

—Gracias —dije, y me aparté de él.

«Ahí lo tienes», pensé. Eso es lo que Jade llamaría interacción positiva. Espectacular.

Pero en el fondo, no. Porque, cuando volví a mirar al chico de la camisa blanca una vez dentro de la sala, me devolvió la mirada y me sonrió. Se reunió con sus colegas y todos me sonrieron. Dos chicas con pelo liso recién planchado —milagro milagroso para estar en el sur de Florida— me empezaron a lanzar miradas de desprecio. Tecleaban sus móviles con esas largas uñas blancas, en una coreografía simultánea de alto nivel.

—¿Pabellón D? ¡P-Dante! —me soltó una de ellas, con retintín. Como si fuese un insulto.

¿Qué pasaba con el Pabellón D, que estaban todos obsesionados?

Con miedo a padecer un ataque de pánico —sentía unos horribles pinchazos en la nuca—, recorrí el auditorio con la mirada, incapaz de encontrar a Alex. Solo reconocí a una chica entre el público, que iba conmigo a clase de economía. Había coincidido con ella en el despacho de Nuevos Horizontes, mientras ella entraba a su sesión de tutoría con su educador. Me acordaba de ella porque... bueno, era difícil de olvidar. Además, cada vez que la tenía cerca, mi collar se volvía de color púrpura. No sabía qué significaba, pero ella estaba sentada en el último asiento de la fila, rodeada de sillas vacías.

—¿Está ocupado este asiento? —pregunté mientras me acercaba a ella.

Me ignoró. Tardé unos segundos en saber que llevaba puestos los auriculares, aunque habría sido difícil de adivinarlo enseguida dada su encrespada melena de pelo negro rizado, con mechones lilas disparados sin orden.

Levantó la vista de la pantalla de su móvil cuando le di un golpecito en el hombro y dijo: «Ah, perdona», mientras cambiaba de postura para dejarme pasar.

—Gracias —le dije, y me dejé caer en el asiento de al lado.

Tendría que haber previsto cómo iba a ir la sesión. No solo por la noche anterior —aunque seguía sin creerme lo que había pasado y mucho menos después del comentario de Alex sobre las flores de acacia. La tormenta las había arrastrado casi todas cuando me desperté por la mañana— sino también después de llegar al nuevo instituto y comprobar que yo era la única chica que no llevaba minifalda. Mi falda —tal y como mamá y yo habíamos leído en el *dossier* de estudiante del Instituto de Secundaria de Isla Huesos, sección ropa— me debía llegar a ras de las rodillas, tal y como especificaba el libreto.

¿Cómo iba a saber que todo el mundo pasaba de las normas de vestuario —sobre todo la de «cinturas al aire» y «pantalones de tiro bajo o caídos»—, cuando todavía no conocía a nadie de mi misma edad en Isla Huesos? Una semana antes de empezar el colegio, cuando no merodeaba por el cementerio con la esperanza de encontrarme con John, pasaba las tardes en casa de la abuela, sentada en el sofá frente al televisor con Alex y su padre.

Y Alex —típica respuesta de hombre— se había limitado a decir «Ah, no sé.

Ropa normal» cuando mamá y yo le preguntamos por las normas de vestimenta.

La chica sentada a mi lado —con *piercings* en el labio y en la ceja— volvió a mirar su móvil mientras yo me sentaba. Podía parecer maleducado mirar lo que ella estaba mirando, pero para mí no. Desde fuera parecía que estaba fisgoneando... pero es que no tenía teléfono móvil.

Porque Tim, jefe de estudios de Nuevos Horizontes, me lo quitó antes del inicio de las clases. Me dijo que lo recuperaría cada día cuando acabasen las clases, justificando que, así, «me centraría mejor e interactuaría más» si no estaba pendiente de internet.

No tenía ganas de discutir. Sabía, por lo que me había pasado el año anterior en la escuela, que tenía razón.

El día que me incorporé a la escuela después del accidente le había asegurado a mi mejor amiga que yo misma la protegería del mal.

Pero le había fallado. En lugar de eso, herida por el hecho de que me había llamado «loca», confundida por lo que había hecho John en la joyería y preocupada porque regresara y lo hiciese otra vez, decidí encerrarme en mi urna de cristal y esperar a que viniese mi príncipe a rescatarme.

No hice caso del mal. No de ese mal del que todo el mundo habla; ese que protagoniza historias de miedo y fantasmas y películas de terror.

El mal que rondaba por los pasillos de la Escuela Femenina Westport, en busca de la víctima más dulce e inocente.

Cuando me di cuenta de que no había ningún príncipe guaperas para mí —de que se había acabado todo, de que nunca había habido nada—, ya era demasiado tarde.

Hannah estaba muerta.

Y, abocada a un destino diferente al mío: nunca más iba a volver.

*Ahuyentó el profundo sueño que embargaba
mi mente un fuerte trueno,
con lo que desperté sobresaltado como hombre
que vuelve por fuerza en sí.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto IV

En el fondo, le estoy agradecida al profesor Mueller, que empezó en la Escuela Femenina Westport el año pasado, cuando yo iba a secundaria. Él me proporcionó una cosa que pensaba que nunca tendría: el interés, más allá de lo académico, de «interactuar», lo mismo que la señora Keeler había recomendado a mis padres después del accidente.

El señor Mueller se metió rápidamente en el bolsillo tanto al cuerpo de estudiantes como a los padres. La Escuela Femenina Westport lo escogió como entrenador de baloncesto y fue capaz de llevar al equipo a las finales estatales.

Por si no fuese suficiente, montó unas tutorías especiales después de clase para sus alumnos «predilectos»... incluso para algunos como yo, acostumbrados a someternos a «clases alternativas» por lo que me habían diagnosticado como trastorno de déficit de atención por hiperactividad o, básicamente, desatención.

Desde luego, solo por ser el único profesor joven y guapo —por no comentar su cuerpo atlético— de una escuela femenina de secundaria, tenía todo el terreno ganado.

Pero sus tutorías especiales también ayudaban.

Parecía que yo era la única en toda la escuela que desconfiaba del señor Mueller y de sus intenciones desde el principio. Quizá fue así porque recordaba la frase de mi padre: «Piensa mal y acertarás». Nadie se sacrifica tanto por amor al arte, sobre todo si lo único que recibe a cambio son las tartas caseras de las mamás agradecidas.

Un día se me cayó una miga de galleta en la rodilla. El señor Mueller estaba apoyado en mi pupitre, ayudándome con un problema de álgebra durante la clase. Fue entonces cuando empecé a olerme algo raro en él, aparte de lo atractivo y fantástico que era y de su excesiva disposición de tiempo para el alumnado.

—Ups —dijo el señor Mueller, apretando con su dedo la miga contra mi rodilla desnuda. Levantó el dedo, se lo llevó a la boca y se metió la miga. Me sonrió y dijo —: ¡Vaya!, lo siento.

Quizá una chica que no hubiese muerto y que no hubiese huido del acoso de un extraño y molesto tío larguirucho de ojos plateados que la intenta forzar para que viva

con él habría pensado, sencillamente, «Sí que le gustan las galletas a este hombre».

Yo, en cambio, sentí un calambre de alerta.

Y no en plan emocionada, pensando «¡Me ha tocado!». Había muchas en mi clase que suspiraban por él, pero a mí no me gustaba ni un pelo el señor Mueller y no quería que me tocara. Por supuesto, no quería que volviese a meter los dedos en ninguna miga más.

Todo se desveló aquella tarde cuando volví a casa.

«El señor Mueller le ha tocado la rodilla a Pierce Oliviera y se ha chupado el dedo. ¡¡Qué fuerte!!».

Esto fue seguido por miles de comentarios en las redes sociales donde colgaron este, con frases como «Qué suerte tiene, la tía» o «¿Qué ha hecho para ganárselo?» o «¿Alguien sabe quién es Pierce Oliviera?».

Estos comentarios empezaron a perforar mi urna de cristal. Me sentía muy incómoda, no solo porque removían cosas desagradables (ya llevaba un tiempo evitando cualquier visita al despacho de orientación pedagógica), sino porque un día o dos después, el mismo señor Mueller se lanzó a proponerme —delante de todo el mundo— que fuese a verle a su tutoría privada.

El tema se puso al rojo vivo.

«El señor Mueller le ha pedido a Pierce Oliviera que lo vaya a ver a su tutoría privada. ¡Qué suerte tiene! ¡Con lo bueno que está!».

—No te entiendo —me dijo mamá—. El profesor Mueller me dijo en la reunión de padres que se había ofrecido para hacerte de tutor porque llevas un tiempo con rendimiento bajo y le dijiste que no. ¿Por qué?

—Ya tengo tutores —respondí.

Y era cierto. Papá se había asegurado de que tuviese casi un tutor por cada asignatura. Aunque eso no sirve de mucho. Se necesitan tutores para atender a los tutores.

—Pero el señor Mueller es un profesor muy majo —me dijo mamá.

Tendría que haberle dicho algo. «Mamá —tendría que haber dicho—, el señor Mueller no tiene nada de majo».

El problema era que no me creería. Que ese hombre me hubiese puesto los pelos de punta no era garantía de nada.

Sobre todo porque mamá no era la única que pensaba que el señor Mueller era un regalito del cielo para la Escuela Femenina Westport. Todo el plantel de madres obsequiaba al profesor con notitas y pasteles caseros, para expresarle el aprecio que le tenían, y así la temporada de baloncesto se hacía larga, larga.

El señor Mueller se regodeaba siempre en el placer cuando veía estos obsequios encima de su mesa y decía, con cierto tono de regaño —aunque estaba claro que estaba encantadísimo—: «¡Chicas, no hacía falta!».

Hasta que mi ex mejor amiga, Hannah Chang —que había engordado bastante durante todo el verano que pasamos sin hablar y que se había convertido en la estrella

femenina del equipo de baloncesto de la Escuela Femenina Westport y en una de las mayores entusiastas de sus sesiones privadas de tutoría—, le dejó una notita en la mesa que le hizo fruncir el ceño.

Lo sabía porque Hannah se sentaba al pupitre de delante y la vi escribir la nota y dejársela en la mesa durante la hora de estudio. Incluso vi cómo el señor Mueller la abría.

Pero no se estaba regodeando en el placer.

En un primer momento, no pensé mal. Hannah dejaba siempre notas en la mesa del profesor Mueller. Estaban muy elaboradas, decoradas con pegatinas de corazoncitos y cuidadosamente plegadas. El día de mi cumpleaños, Hannah me dejó una nota en mi pupitre, con un tipo de papel muy especial con dibujos de caballos. Me la encontré al sentarme a la mesa.

«¡Felicidades, Pierce!», me había escrito Hannah con graciosas letras en cursiva. Había hecho un dibujo de una magdalena danzarina con una vela. «¡Para ti! Con cariño, Hannah».

Aunque llevaba un tiempo desconectada del mundo en esos momentos —mi lema era: «¿Qué sentido tiene todo? Si vamos a morir todos y no podremos decidir nuestro barco»—, no podía evitar que me afectara. Hannah no había tratado a su caballo Bárbaro como se merecía.

Pero Hannah prestaba mucha atención a las personas. Y, como se preocupaba, hacía que la gente se preocupara por ella.

Me parecía haber oído eso antes en algún sitio.

Más allá de eso y, a pesar de haberme llamado «loca» en el último año de secundaria, seguía apreciando a Hannah Chang.

Por eso siempre me sentiré culpable de lo que le pasó.

Estaba desayunando con mi madre el día después de que Hannah le dejara la nota al señor Mueller. Mamá estaba leyendo el periódico local y soltó un chillido brusco, tapándose la boca con la mano.

—¡Mamá! —La miré extrañada mientras sostenía mi té de hierbas. El neurólogo me había desaconsejado la cafeína porque me provocaba pesadillas e insomnio. Mamá siempre bromeaba diciendo que, si mi padre dejaba algún día la cafeína, le haría un favor al mundo y dejaría de estropearlo—. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió, dejando caer el diario. Pero algo pasaba, porque estaba pálida.

—Mamá —insistí—. Qué pasa. Dime.

—Es... —Quedaba claro que le estaba costando un montón explicármelo.

Era obvio, también, que sabía que debía decírmelo.

—Que aquí pone que una chica llamada Hannah Chang ha muerto de una sobredosis esta noche —dijo mamá, sosteniendo el diario—. Pero seguro que no es la misma Hannah Chang...

Me atraganté y empecé a toser. Seguía tosiendo cuando le dije:

—Déjame ver.

«Joven del barrio hallada muerta bajo sospecha de sobredosis», rezaba el titular de la portada del diario del barrio. Una Hannah sonriente, vestida con uniforme de escuela, me sonreía desde la foto.

Mamá llevaba un par de años sin ver a Hannah desde mi encierro personal que siguió al accidente. Hannah había cambiado mucho en ese período de tiempo.

—Es ella —resolví, sintiendo una fuerte presión en el pecho—. Es Hannah.

—Es imposible que haya sido intencionado —murmuró mi madre, acariciándome el pelo mientras yo observaba la foto—. El artículo dice que ha sido a causa de los tranquilizantes. A lo mejor se tomó uno y estaba tan adormilada que se le olvidó y se tomó más. Estoy segura de que no quería suicidarse.

Y yo estaba segura de que sí. Chicas como Hannah Chang no se atiboraban de tranquilizantes por descuido.

—Gracias, mamá —le dije, abrazándola muy brevemente mientras me levantaba de la silla—. Me tengo que ir ya o llegaré tarde.

—Pierce —me dijo mamá, mirándome inquieta—. ¿Estás bien? ¿Seguro que no te quieres quedar hoy en casa? Ya sé que tú y Hannah os habíais distanciado desde... el accidente. Pero seguáis siendo buenas amigas...

—Ya lo sé —respondí, mecánicamente—. Estoy bien.

Me metí en el garaje y cogí la bici para ir al colegio. Papá me había comprado una BMW plegable para mi cumpleaños, con la idea de que me activara un poco y me animara a estudiar para el examen teórico de coche.

Por supuesto, no sirvió de nada. Hice el examen de conducir *online* cuarenta y dos veces. Suspendí todas.

Porque no estaba bien. A muchos niveles.

Ni sus dibujos de caballitos ni las pegatinas de corazón ni el éxito de saberse la mejor jugadora de baloncesto y recordar todos los cumpleaños o jugar a aguantar la respiración en el cementerio para que los espíritus malos no poseyeran nuestras almas... nada de eso lograba ocultar lo que subyacía debajo, y es que ella tampoco estaba bien.

Pero había conseguido que me lo tragara. Hasta tal punto, que Hannah había ignorado el hecho de que, en toda esa época sentada delante de mí, algo malo había estado ocurriendo en su vida, algo tan horroroso que la había empujado a consumir un tarro de pastillas para convertirse para siempre en una princesa durmiente. Para siempre.

¿Cómo podía haber dejado que eso pasara?

Cuando llegué a la escuela, todo el mundo sabía lo que había pasado. Todos hablaban de ella como si hubiese sido su mejor amiga; su compañera de pupitre. Todo el mundo especulaba sobre lo que había pasado. Los murmullos se volvían gritos para mí. Siempre entraba en el pasillo con los auriculares puestos para aislarme del ruido, pues ya tenía suficiente con el que había en mi cabeza.

Ese día me los quitó. Necesitaba escuchar, me dije a mí misma. Se lo debía en parte a Hannah. Necesitaba saber qué había pasado.

Lo único que oía eran las mismas preguntas incesantes de todo el mundo, las mismas que yo también me hacía: ¿Cómo una chica tan alegre y dulce como Hannah Chang ha sido capaz de llegar a casa del colegio y meterse una sobredosis?

¿Y dónde estaba ahora?, me preguntaba. ¿Estaría bien? ¿Habría tenido suerte y le había tocado el barco bueno, el que conducía a las personas a un lugar mejor? ¿O estaba aguardando en la otra cola, empapada y muerta de frío, para que se la llevara el otro barco en esa playa horrible?

No lo supe en ese momento y me di cuenta de que nunca lo sabría.

Pero sí había algo que podía llegar a saber:

El porqué.

Aquel día, por primera vez en más de un año, en lugar de ponerme los auriculares y encerrarme en mi urna entre clase y clase, pasando de todo, me uní a los grupos de chafardeo que se formaban frente a las máquinas expendedoras del gimnasio.

Metí unas monedas y compré la bebida con más cafeína, desoyendo las recomendaciones del neurólogo. Decidí que había llegado el momento de dejar de pasar miedo y pasar a dar miedo, como papá.

Abrí la soda y le di el primer trago mientras escuchaba los comentarios y especulaciones sobre la muerte de Hannah.

Me bebí otra soda de camino a la clase —sin auriculares— mientras intentaba recopilar en mi mente todos los detalles de la última hora en que había visto a Hannah viva. ¿Estaba enfadada por algo?, ¿triste? Y, lo más importante: ¿qué le había escrito en esa nota al profesor Mueller; la nota que le había dejado en su mesa, la nota que le había hecho fruncir el ceño?

Corazones. Recordaba eso. La hoja en la que había escrito unas palabras para el profesor Mueller estaba llena de corazones.

Y de amor. Creí recordar la palabra «amor».

«Por qué». ¿Era eso lo que había leído? ¿Por qué no prestaba atención a las cosas que de verdad importaban?

«No». ¿Había visto esta palabra en su nota? Es igual. Si no, no importa, Pierce. Sigues estando loca, como dice todo el mundo.

Cuando llegué a clase, no pude mirar su pupitre; ni la cara blanca y triste del señor Mueller. Relacionarme con los demás me hacía sentir vulnerable. Llevaba un año aislada y ahora veía el porqué: ser sociable era agotador. ¿Cómo lo conseguían los demás cada día?

Me senté lentamente en la silla, sin mirar más que a mis pies, para no toparme con la visión del pupitre vacío de Hannah.

Así fue como atisé un par de zapatos. Eran los mocasines negros del profesor Mueller, con sendas borlas.

—Pierce —me dijo en voz baja—. ¿Puedo hablar contigo? Tengo que pedirte un

favor importante.

Intentando olvidar la visión de sus zapatos —porque era ridículo despistarme con una imagen así—, levanté la vista para mirarle.

—Dígame, señor Mueller —contesté.

—Habrás oído la desgraciada noticia de Hannah Chang —dijo.

—Sí —respondí—. Claro.

—Bueno, en dirección están muy preocupados por si se crea un precedente —se lanzó a explicar, en tono informal. Como si fuésemos compañeros. Como si fuésemos iguales. Como si fuese el profesor más aclamado porque nunca hablaba como un superior—. Muchas veces, cuando un estudiante se suicida, le empieza a rondar la misma idea por la cabeza a los demás... Ya has visto cómo han llevado flores a su taquilla.

Había pasado por la taquilla de Hannah antes de llegar a clase. Estaba llena de ramos de flores y cartas y peluches. Peluches de caballos, sobre todo.

—Sí —respondí, tragando saliva con dificultad.

—En la sala de profesores hemos decidido que no va a haber ninguna ceremonia en su memoria ni nada parecido —continuó el profesor Mueller—. Es la mejor manera de no idolatrar su muerte. Quieren que sigamos como si no hubiese pasado nada.

Como si no hubiese pasado nada. Asentí. Me di cuenta de que el profesor Mueller había decidido no afeitarse esa mañana. Se estaba dejando perilla. Se parecía a ese médico tan guapo que salía en la serie de televisión. De pronto me vino a la mente que ese médico llevaba los mismos zapatos con borlas. ¿Por qué no dejaba de pensar en borlas?

—Me tendrías que hacer un favor —continuó, con su tono de «somos muy buenos amigos»—. ¿Podrías cambiarte de sitio? No me gusta dejar el pupitre vacío de Hannah. Parece que estemos homenajeándola y aplaudiendo lo que ha hecho. Y no podemos ir por ese camino, ¿verdad?

Lo miré a él y a su falsa perilla. Decidí que la próxima vez que volviese a mi ciudad a comer con papá dentro de su horario de visitas dictado por el juez iba a abrir su armario, sacar todos sus zapatos con borlas y donarlos al albergue del barrio. Incluso los Prada. No quería volver a ver zapatos con borlas.

—Por supuesto, señor Mueller —le contesté, forzando una sonrisa—. Me siento en el pupitre de Hannah.

«Aunque no lleve ni veinticuatro horas muerta y sea una manera de hacer como si nunca hubiese existido».

Me levanté de mi silla y me senté en la de Hannah. Ya me lo temía: era como meterme en el féretro de otra persona.

—Gracias —dijo el señor Mueller, con una sonrisa torcida que desprendía alivio—. Gracias por ser tan comprensiva, Pierce.

Era muy curioso que él lo dijera. Porque, en el momento en que tomé asiento en

el pupitre de Hannah, empecé a entender muchas cosas. Bajé la vista para mirar el diamante que colgaba de mi cuello, por dentro de mi blusa, y se había vuelto negro como el día de la joyería.

De pronto recordé todas las palabras que había visto en la nota de Hannah dirigida al profesor Mueller. Letra por letra.

Quizá fue porque estaba sentada en su silla. Quizá fue por efecto de la cafeína. Quizá fue por el collar.

No lo sé.

Pero, de repente, lo entendí todo.

Bueno, casi todo. Desde luego, tuve bien claro por qué el señor Mueller me había resultado siempre tan repulsivo.

—Seguro... —Tragué saliva—, que usted sabe por qué lo ha hecho, ¿no, señor Mueller?

El profesor Mueller, de camino hacia su mesa de espaldas a mí, se paró en seco. El timbre sonó, pero todo el mundo ya había empezado a hablar y a moverse. Nadie me oyó ni me prestó atención.

«Ahí está la clave», pensé. Empecé a darme cuenta, una vez salida de mi urna, encaminada hacia un nuevo despertar, de que la gente en realidad no está atenta, ¿no es así?

Así que yo era igual de culpable que los demás.

—¿Por qué lo ha hecho? —El señor Mueller dio media vuelta y me miró con unos intensos ojos marrones. Seguía sonriendo con gesto amigable—. No, por supuesto. Supongo que era un poco... problemática.

Problemática. Claro. Si de verdad pensaba que Hannah era problemática, más valía que echase a correr.

Porque yo estaba a punto de convertirme en el mayor de sus problemas.

—Pero le dejó una nota ayer —le dije, abriendo bien los ojos, como inocente—. La vi. Y vi cómo la leía.

Lo observé detenidamente. Todo dependía de cómo reaccionara.

—Ah, eso —contestó. Mantuvo la misma expresión—. Nada importante. —Se encogió de hombros—. Ya conocías a Hannah. Siempre dejando notitas graciosas; ojalá esta no hubiese sido la última. Tendría que haberla guardado y la tiré al contenedor de papel. —Apuntó hacia la papelera azul cerca de su mesa. «Solo papel», se podía leer. Desde donde yo estaba, pude comprobar que estaba vacía—. Ahora estará de camino a una planta de reciclaje de Nueva Jersey. Vaya.

Se dirigió hacia el principio del aula para atender la clase. Cuando llegó al lugar donde tendría que estar escrito el nombre de Hannah, pasó de largo rápidamente, como si nunca hubiese existido ese pupitre.

Y nadie dijo una palabra.

Ni siquiera yo.

Bueno, no dije nada en ese momento.

*Yo, horrorizado, exclamé:
—Maestro, ¿qué es lo que oigo, qué gente es esa que tan poseída
parece de dolor?*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

La chica sentada a mi lado en el auditorio del Instituto de Secundaria Isla Huesos estaba mirando su página de Facebook. Hizo un gesto de hastío, apagó el teléfono y se reclinó en la silla, murmurando algo en español. Mi nivel de español está muy por debajo de la media, pero me sé todos los tacos.

—En mi antiguo colegio —dije, aunque ella no me hubiese hablado— me escribieron que yo tenía culo de morsa.

La chica me miró bruscamente, como si me viese por primera vez. Llevaba los ojos pintados con raya negra y rímel en las pestañas y lucía unas estrellitas plateadas en las esquinas. El Instituto de Secundaria Isla Huesos también ofrecía clases de cosmética. Quizá era alumna.

—¿Qué? —respondió, un poco confusa.

—Por internet. —Señalé hacia su móvil—. En mi antiguo colegio también me llamaban «zorra».

No quise mencionar otras cosas peores que me decían, después de lo que pasó con el profesor Mueller.

Frunció el ceño. No pude descifrar si era buena o mala señal.

—¿Ah, sí? —dijo—. Bueno, a mí también me llaman zorra. Por esto.

Señaló hacia sus pechos. No se podía negar que eran enormes. Llevaba una camiseta negra de algodón con volantes delanteros que no hacían sino agrandarlos.

—Hay gente tan idiota —respondí, desplazando la vista involuntariamente hacia las dos chicas con el pelo planchado, que seguían de pie en las escaleras del estrado. Estaban mirando hacia mí, sin mostrar desprecio, sino perplejidad.

Una de ellas, al darse cuenta de que las estaba mirando, levantó una de sus manos con dedos esmaltados, me sonrió y me saludó. A mí.

Por un segundo, no lo entendí. Entonces vi al chico de camisa blanca alejándose de ellas y enseguida supe el porqué.

—Aquí hay idiotas para dar y vender —recalcó mi compañera de asiento, con sarcasmo—. ¿Tú no vas conmigo a economía?

—Sí. Soy Pierce —obvié mi apellido por precaución.

Tenía la sensación de que las chicas del estrado acababan de saber cómo me

apellidaba. A algo se debía ese repentino cambio de actitud respecto a mí.

Mamá me lo había explicado. «Es una isla pequeña. La gente no es tan sofisticada como en Westport. A la gente de Isla Huesos le caerás bien porque conocen a papá. O les caerás muy mal, todo depende. Intenta ir con cuidado».

—Kayla Rivera —dijo la chica, presentándose—. Eres la prima de Alex Cabrero.

Era un hecho. O Alex le había hablado de mí o Kayla se acordaba de mí por otras cosas. ¿No sería porque Tim o Jade habían intentado convencer a los compañeros de Nuevos Horizontes de que fuesen amables conmigo? Esa fue la conclusión más minuciosa que pude encontrar. Qué patético, si llegaba a ser verdad.

Bueno, al menos parecía no conocer a mi padre. Me agarré a la esperanza de no encontrarme con una montaña de comentarios desagradables en internet cuando recuperase mi móvil. No tenía Facebook ni Twitter ni blog ni nada que se le pareciese. Ya tenía a suficientes personas siguiéndome en la vida real. Aunque esperaba que eso hubiese acabado.

—Sí —respondí—. Escucha, ¿te puedo pedir una cosa?

—Son de verdad —continuó Kayla, refiriéndose a sus pechos—. En la mutua de mi madre hacen reducciones de pecho y me voy a operar en cuanto cumpla los dieciocho. No es por estética, y me da igual lo que me llamen. Pero es que estoy harta de que mis tetas choquen contra las rodillas cada vez que me subo a una bici. Y, además, me duele la espalda. Me operaría ahora con los ojos cerrados, pero dice el médico que no he acabado de crecer. ¿Te imaginas? ¡Todavía pueden crecer más!

—Guau —comenté. Y pensaba que yo tenía problemas—. Pero no lo digo por eso. ¿Qué significa cuando te llaman P-Dante?

Antes de que respondiera, notamos un golpe en los respaldos, como si alguien nos hubiese dado una patada. Di un salto y giré la cabeza, dando por seguro que era él.

Pero no era él. Era mi primo Alex, que volvía a la carga.

—Eh —me dijo—. Por fin te veo. Te he llamado durante la comida. ¿Por qué no cogías el móvil?

—Tim me lo ha guardado —respondí—. Dice que es mejor para relacionarse.

Kayla se empezó a reír.

—Tía, cómo se nota que eres nueva. ¿Cómo has podido dejar que te la claven así? Nunca se sacrifica el móvil, nena. Tim ya puede decir misa. Nunca.

Me encogí de hombros.

—Tampoco me llama nadie.

Era triste pero cierto. ¿John tenía móvil? Lo dudaba mucho. ¿Cómo pagaba la factura? ¿Con diamantes grises? Sería una buena opción.

Alex saltó al asiento contiguo y se sentó.

—Gracias —dijo—. Supongo que yo no cuento.

—Ya me entiendes —respondí.

Me sacudió cariñosamente el hombro en señal de compañerismo.

—Todo el mundo en silencio.

Esas fueron las primeras palabras de un hombre de voz cansada —el director— nada más subir al estrado y quedarse allí parado, mientras esperaba a que todo el mundo acabara de sentarse. Empezó a rebuscar entre sus notas y tarjetas preparadas para la ocasión, asegurándose de que estaban en orden. Oí el suspiro de Alex. Tenía toda la razón. Miré a mi alrededor, aburrida nada más empezar. Necesitaba otra soda. Solo me había tomado seis desde el desayuno. El tipo ese ya podía espabilarse y empezar a hablar.

—Bueno —me dijo Alex—. ¿Cómo te ha ido el día? Hazme un resumen.

—¿Un resumen? —Las que me habían llamado P-Dante en tono burlesco habían encontrado sitio a cada lado del chico con camisa blanca que me había aguantado la puerta—. Bien.

—Uy —respondió Alex—. Mientes tan mal como mi padre. En serio. Hoy estoy sembrado.

—Odio este lugar —dijo Kayla, con una mueca retorcida—. Ya sabemos que va mal de pasta el Departamento de Educación de Florida, pero tampoco es para que haya chinches en mi asiento.

—Chicos. —La voz del director Álvarez crepitó en el micrófono—. Como continúe este comportamiento general...

Se oyó un calificativo que tenía que ver con la familia de Álvarez y con la sugerencia de que hiciese algo incestuoso con su madre.

En ese momento, se abrieron las puertas del auditorio y en cada una irrumpió un policía en manga corta —por algo hacía tanto calor dentro. Se fueron reclinando en las paredes.

Me estaba empezando a poner nerviosa. Estaba esperando una pizca de emoción y que la escena no se quedase en el típico sermón «no vayas por mal camino», «cuidado con lo que tomas».

Pero, después de haber tenido que tratar con la policía unos meses antes —aunque yo no había hecho nada y, encima, había tenido que cargar con la culpa—, esto era demasiado.

Los polis estaban poniendo nervioso a todo el mundo, no solo a mí. De repente, se instaló una gran calma en el auditorio.

—Señor Flores —dijo el director, hablando por el micrófono—. No se lo va a creer, pero desde aquí veo perfectamente todo lo que está haciendo. Y se acaba de ganar una ET por su comentario sobre mi madre. Para los que no estén familiarizados con el término, estamos hablando de una expulsión temporal. Por favor, recoja sus cosas y auséntese del colegio. Hasta el lunes.

El auditorio estalló en risotadas mientras un joven con pasamontañas negro se levantaba de su asiento, al fondo de la sala, y se santiguaba delante del personal —no demasiado preocupado por su expulsión. Los policías contemplaron su salida con indiferencia.

No podía estar en un sitio más diferente que la Escuela Femenina Westport, un

colegio que se caracterizaba por cantar el himno de homenaje a su fundadora, la señorita Emily Gordon Portsmouth, en la primera asamblea de inicio de curso.

—Ey.

Para mi sorpresa, el chico de camisa blanca se levantó de su asiento y se encaró al auditorio. Secándose el sudor de las manos sin mucha delicadeza en los pantalones caqui —seguramente, no era sudor de nervios—, exclamó, con tono templado:

—Bienvenidos a bordo, malhechores.

Para mi perplejidad, todo el mundo se quedó callado, escuchándolo. Supuse que era porque estaban los polis cerca.

Pero había algo más. Había una confianza, una complacencia al oírlo hablar —supongo que también ayudaba lo guapo que era— que hacía que todo el mundo quisiese escucharlo.

—Ha sido un verano muy largo —continuó, serio y afable a la vez—. Y me hace mucha ilusión veros. Bueno, no a todos, ¿verdad, Andre?

Su mirada se desplazó hacia un chico del auditorio, al que le hizo una mueca. Andre fingió quedarse agazapado en el asiento y todo el mundo se echó a reír.

—... Pero el señor Álvarez es quien tiene que hablar —continuó el chico de camisa blanca—, así que hay que escucharle. ¿Vale? Que haya paz.

Se volvió y se sentó, coronado por un intenso aplauso. Yo también aplaudí, sin saber muy bien por qué. Como todo el mundo... bueno, menos mi primo Alex.

—¿Por qué no aplaudes? —le susurré mientras me inclinaba hacia él.

Se encogió de hombros. Como su padre, no era la persona más comunicativa del mundo.

—Gracias —respondió el director Álvarez, mientras el aplauso se iba apagando. Se dio prisa por recuperar el control de la situación para evitar volver a oír algo sobre su madre—. Gracias, señor Rector. Y, para todos los principiantes o nuevos de otros estudios que se acaban de incorporar al Instituto Isla Huesos, el que acaba de hablar era el delegado de bachillerato Seth Rector, que este año también es el defensa del equipo y ocupa el cargo de tesorero del Grupo de Español del Instituto Isla Huesos...

¿Rector? Había oído ese apellido por la isla. Pero ¿dónde?

Claro. Como la economía local no estaba para echar cohetes —en parte gracias a la empresa de papá—, muchos negocios de Isla Huesos habían colgado el cartel de «Se alquila». La inmobiliaria Rector aparecía en todas partes. ¿Tenía algo que ver eso con Seth Rector?

—Quería darles la bienvenida a todos, tanto a los nuevos como a los que repiten, antes de ceder la palabra a alguien que creo conocen bien. Antes de nada, sin embargo, debo comentar un tema con ustedes sobre el que hay que prestar atención. El tema son... las fogatas.

El director miró sus notas. ¿Era necesario? Estaba empezando a roncar.

—¿Por qué no permitimos las fogatas en los partidos de fútbol del Instituto Isla Huesos? Les explico. Aquí en Isla Huesos, la temperatura media en septiembre es de

más de treinta grados. Con temperaturas así, una hoguera pequeña puede escapar fácilmente de control...

Pero no solo había visto ese nombre en el cartel de la inmobiliaria. Lo había visto escrito en otro sitio...

Por fin me acordé. Estaba escrito en una de las lápidas brillantes de mármol, en el interior de un mausoleo del cementerio cuando mamá me llevó de visita por la isla.

A diferencia del resto de tumbas del cementerio, el mausoleo de los Rector tenía un espacio propio, acordonado con una cadenita, dos pisos de alto y placas de bronce con sendos nombres inscritos. La familia había hecho una buena inversión en honrar a sus muertos.

—A algunos les sobra el dinero —me acuerdo de haber comentado, notando, sin hacer demasiado caso, que la piedra de mi collar, escondida detrás de la camiseta con cuello en V, se había vuelto de un intenso gris tormenta.

—Sí —respondió mamá, con tono jocoso—, tienes razón.

—¿Qué te pasa, mamá? —Cuando levanté la vista y la miré, vi que se había puesto más blanca que su vestido playero—. ¿Conocías a esta gente?

—Sí —respondió, con voz distante—. Hace mucho tiempo.

Se estremeció, volvió a poner el pie encima del pedal y me sonrió.

—Vaya dos: pasando el día en el cementerio, con el sol que hace. Vamos a tomar una limonada.

—Y por eso este año... —El director Álvarez seguía con su perorata— vamos a tomar medidas proactivas para sofocar esta actividad. Estarán enterados de que los agentes de policía van a trabajar conjuntamente con el equipo de profesionales de Nuevos Horizontes, que ha ganado numerosos reconocimientos por sus programas sociales, de tal modo que va a haber un refuerzo especial de vigilancia en los próximos días (y noches). Así que este año va a haber una vigilancia especial...

La sala explotó en un abucheo. Yo seguía paralizada, pensando en el día aquel con mi madre en el cementerio, a punto de saltar de la silla. No tenía ni idea de qué estaba pasando. ¿Cómo habíamos pasado de las fogatas a la policía —por alguna razón, teniendo algo que ver mis educadores—, y a la imposición de una vigilancia especial para sofocar esa actividad?

Nunca había presenciado tal hostilidad por parte de un público. Era impensable en mi antiguo colegio... sin tener en cuenta el escándalo que sobrevino después, cuando intenté demostrar que mi ex mejor amiga se había suicidado por tener un lío con su entrenador de baloncesto.

—¡Queremos evitar que se hagan daño! —gritó al micrófono el director Álvarez—. ¡A estas alturas, deberían saber que es para garantizar su protección! No vamos a tolerar ningún acto de vandalismo ni delincuencia ni actuación de pirómanos y, en caso de que se produzcan, serán perseguidos por la ley. Y, sobre los detenidos, se extenderán causas penales que también serán castigadas a nivel académico. Se tendrán en cuenta las faltas civiles y también las faltas de lesiones, sin tener en

cuenta, obviamente, la expulsión...

El abucheo se convirtió en griterío. La gente empezó a soltar insultos, y no solo contra la madre del director Álvarez. Los improperios sobre su mujer no se hicieron esperar —aunque no todos en inglés, así que no pude apreciar los detalles.

Alex y Kayla, por su parte, estaban sumidos en el aburrimiento. Bueno, hay que matizar: Kayla tenía pinta de estar aburrída —estaba mirando su muro en el Facebook.

Alex estaba cabreado.

Pero Alex estaba cabreado casi siempre. No tenía la culpa; la vida no le había tratado bien. No solo se veía condenado a vivir con la abuela, sino que su padre había pasado media vida en la cárcel, y a él le costaba mucho hablar de su madre y de sus visitas esporádicas a la isla. Además, ya no habría más visitas porque su padre estaba de vuelta y el tío Chris no podía ni verla —trabajaba para un sitio *online* que solo puedes visitar si eres mayor de edad.

«Reina entre las ruinas».

—Además de ello... —continuó el director Álvarez, elevando la voz como si, incrementando el volumen, la gente le fuese a hacer más caso. Tenía la frente brillante. El ambiente se estaba caldeando bastante (y no precisamente porque hiciese calor)— conviene que sepan que nos hemos puesto en contacto con los carpinteros locales para pedirles que, en el transcurso de la semana que viene, no vendan grandes cantidades de leña a jóvenes ni a padres.

¡Santo Dios! Eso era un gallinero. La gente comenzó a levantarse de los asientos. Los que comían fuera del campus habrían estado dispuestos a vender sus privilegios con tal de evitar ese atropello.

Los polis, que habían permanecido apoyados contra la pared, dieron varios pasos al frente, en estado de alerta. Los que se habían levantado de sus sillas volvieron a sentarse, pero seguían con cara de indignados.

—¿Pero qué está pasando? —Me volví hacia Alex, incapaz de entender nada—. ¿Por qué se enfadan tanto? ¿Porque no pueden hacer una estúpida hoguera?

—No —respondió Alex, sacudiendo la cabeza. Me sonrió amargamente—. No tiene nada que ver con las hogueras; van a usar la leña para otra cosa.

Respondí negativamente con la cabeza.

—¿Qué? No lo pillo.

—No te preocupes. Él tampoco —respondió Alex, señalando con la cabeza al director Álvarez—. Así es Nuevos Horizontes. Siempre salen con estas gilipolleces, pero no consiguen cambiar nada. Al contrario, lo empeoran. Como apelotonarnos a todos en el Pabellón D.

—Espera —contesté, totalmente confundida—. ¿Qué tiene que ver el Pabellón D con todo esto?

Alex me miró de reojo.

—Dice que qué tiene que ver el Pabellón D con todo esto —le dijo a Kayla, con

una sonrisita.

—Ayy —dijo Kayla. Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Qué mona.

—¿Qué? —volví a preguntar, perpleja—. ¿Qué pasa? Solo es un edificio.

—Inocente —le dijo Kayla—. ¿De dónde la has sacado?

—Chica de península —respondió Alex, en un tono que traslucía cierta lástima.

El director Álvarez levantó las manos.

—Silencio. ¡Escuchen, escuchen! Aquí está el jefe de policía Santos para explicarles... Jefe, son todo suyos.

Y, con estas palabras, el director bajó del escenario y huyó despavorido, aliviado después de haber pasado el rol a otro.

El jefe de policía se tomó su tiempo para subir al estrado. A diferencia del director, no necesitaba notas.

Dejaba descansar su mano sobre la culata de la pistola que cargaba en la cadera. Intencionado o no, logró acallar al auditorio de manera fulminante. Y nadie se atrevió a musitar nada en contra de su mujer. De hecho, se instaló en el auditorio un murmullo generalizado de respeto —o quizá miedo.

El jefe de policía Santos daba miedo. Grandote, bigote gris y espesas cejas a juego, tenía una voz profunda, y un aire ceremonioso. Tardó el tiempo que hizo falta, no solo en llegar al micrófono, sino también en escoger las palabras.

—Gracias, director Álvarez —dijo el policía, sin entretenerse a mirar al hombre menudo.

Fijó su mirada de halcón en nosotros. De hecho, parecía que me estuviese mirando a mí.

Sentí cómo me hundía en el asiento. Necesitaba una soda con urgencia.

—Vamos a dejar los juegos para otro momento —dijo el policía, pasándose la lengua por los dientes—. No sois niños. Todos sabéis por qué estoy aquí.

No se oían ni las respiraciones.

Yo no había hecho nada —de momento. Pero me sentía mal igualmente.

Un momento... ¿era por eso? ¿Había leído mi informe? ¿Sabía lo que había hecho en mi antigua escuela?

Tenía que ser eso. Lo sabía.

Pero yo no había hecho nada. Solo lo había pensado. Todo había sido obra de John. No había pruebas ni causas para imputarme. Nunca podrían detenerme: no encontrarían pruebas.

¿Y causas civiles? Bueno, ese era otro tema.

—Llevamos un tiempo con casos de vandalismo en cierta parte de la ciudad y acaban de empezar las clases.

El policía Santos siguió con su tono grandilocuente.

Un momento. ¿Vandalismo?

Quería reírme. ¿Estaba bien de la cabeza? ¿Cómo iba a tener algo que ver todo esto conmigo?

Jade tenía razón: tenía que aprender a calmarme. Solo era un instituto.

—Y creo que ya sabéis de qué zona estoy hablando —siguió el jefe de policía.

El equipo de policías que vigilaban las salidas cambió sutilmente de compostura. Se llevaron las manos a la pistola, como el jefe de policía.

Se tomaban en serio su trabajo.

—Cuando vuestro director me lo propuso —explicaba el jefe de policía, hablando en un tono mucho más cuidadoso—, le dije que estaba encantado de venir a hablar con vosotros. De hecho...

El jefe de policía se reclinó en el estrado y extendió su dedo índice sobre todos nosotros, invitándonos a acercarnos, como si fuese a contarnos un secreto.

Él, a diferencia del director Álvarez, era tan persuasivo que, sin darme cuenta, mi cuerpo le hizo caso antes de caer en la cuenta de la idiotez que estaba haciendo. ¿Tendría algo que decirme el jefe de policía de Isla Huesos? Si ni siquiera me conocía.

Y, si todo seguía como yo esperaba, nunca llegaría a conocerme.

—Ahora quiero que todos y cada uno de vosotros volváis hoy a casa y le expliquéis a vuestros padres —muchos de ellos alumnos veteranos de esta sólida institución— que el jefe de policía Santos ha venido hoy a hablaros de una antigua tradición en Isla Huesos, de la que seguramente guardan muy buenos recuerdos cuando estudiaron aquí. Esto es lo que les vais a decir: «Mamá, papá».

Su voz ascendió en volumen y tono. Ya no hablaba en susurros: arrojaba sus palabras contra el auditorio, haciendo retumbar las paredes.

—«La Noche del Ataúd no se celebra este año».

Se produjo un gruñido inmediato, teñido de una rabia inequívoca y seguido de murmullos de indignación. La gente estaba encolerizada porque no iban a celebrar una fiesta que llamaban La Noche del Ataúd.

¿En qué sitio de locos me había metido?

—Estudiantes —el policía continuó, haciendo bajar las manos para pedir silencio—. Haberlo pensado antes. Lo que está claro es que ayer por la noche asaltasteis el cementerio de Isla Huesos y cometisteis actos vandálicos, no solo en las tumbas, sino también en la entrada.

Lo miré fijamente, sin poder respirar.

El cementerio.

¡Ay, Dios mío!

Y la puerta. La puerta destrozada, retorcida.

—¡El cementerio no es un patio de recreo! —La voz del policía, que se había mantenido en un tono ligeramente alto, ascendió hasta convertirse en un rugido áspero, asustando incluso a Kayla, que dejó caer la mano que sujetaba el móvil mientras lo miraba con ojos muy abiertos—. Es un lugar de descanso para los fallecidos. Las tumbas merecen respeto. No voy a permitir que las profanéis delante de mis ojos solo porque os apetece hacer gamberradas infantiles... ¡Nunca más! ¿He

sido lo bastante claro?

Mi cuello respondió con pinchazos más fuertes que nunca.

—Ahora que veo que me estáis escuchando —dijo el policía Santos, con voz serena—, quiero que sepáis que, hasta nuevo aviso, las puertas del cementerio van a permanecer cerradas las veinticuatro horas del día (después de repararlas, claro). Lo digo por si alguno de vosotros sigue sin tomárselo en serio. Y, en el caso de que alguien persista en su idiotez y quiera escalar la verja... —¡Ay qué miedo!— se encontrará con mis compañeros, que patrullan de noche. Como estoy seguro de que, los que de verdad queréis entrar para visitar a vuestros seres queridos, no os gusta un pelo la situación, podéis hablar antes con el sacristán del cementerio Richard Smith.

El jefe de policía Santos señaló a un hombre mayor y elegante, vestido con chaqueta de lino, corbatín verde hierba y sombrero de paja, que se había sentado en una silla plegable al pie de las escaleras del estrado, equipado con un maletín que colgaba de sus rodillas. Se levantó rápidamente al oír su nombre, saludó con el sombrero y se volvió a sentar.

Era el mismo hombre que me había reprendido tantas veces por usar el cementerio como lugar de ocio.

—El sacristán Smith os abrirá la puerta con mucho gusto y os acompañará a visitar a vuestros seres queridos y esperará a que hayáis acabado —explicó el jefe de policía Santos.

El sacristán Richard Smith se volvió a levantar y anunció, con su voz grave de señor mayor:

—Cumpliendo con el horario de visitas.

Se volvió a sentar.

—Cumpliendo con el horario de visitas, claro que sí —recalcó el jefe de policía Santos, hablando por el micrófono.

Del público ascendieron más quejas —con excepción de Alex, que se limitó a levantar una ceja como si todo le pareciese lejanamente interesante. Empezó a tamborilear con un bolígrafo en el asiento de delante, para fastidio de la chica que estaba sentada.

—¿Puedes parar, por favor?

La chica se volvió rápidamente para imprecarle.

—Lo siento —dijo Alex, y dejó de tamborilear.

—¿A quién le apetece una Bomba de Color después de esto? —dijo Kayla al levantar la mirada del móvil.

—Solo llevo cinco dólares —respondió Alex.

—Pues que pague la niña —dijo Kayla—. ¿No le sobra la pasta a su padre? ¿Te apuntas, bonita?

—Vale —respondí—. Me parece bien.

No sabía qué es lo que me parecía bien. Permanecía allí sentada —paralizada como aquella vez en que tropecé con mi bufanda y me provoqué un hematoma

subdural—, pensando que, de alguna manera, John lo había vuelto a hacer.

Dejar pruebas sustanciales de que él era real, y cometer, de paso, actos criminales para dejarlo bien patente.

Un acto criminal que la policía de Isla Huesos —como la de Connecticut, que no tenía otro remedio, porque cómo iban a perseguir a una sombra de dos metros que, aunque sí había aparecido en el vídeo, no había dejado rastros ni huellas— iba a achacarme a mí.

¿Podía empeorar aún más mi día?

Resulta que mi día aún podía empeorar. Mucho más.

Porque, cuando entré en el despacho de Nuevos Horizontes después de la asamblea para recuperar mi móvil —mientras me perseguían los gruñidos de Alex y Kayla, cotorreando y quejándose de por qué teníamos que pararnos a recoger mi teléfono, si yo misma había dicho que no me llamaba nadie—, ¿a quién me encuentro charlando con Tim y Jade y los demás educadores? A mi madre.

Pero esa no es la peor parte. Ni de lejos. Porque, sentado plácidamente en la silla morada de vinilo, mientras aguardaba en la sala de espera ojeando un número antiguo del *Time* a través de sus gafitas de montura dorada, estaba el sacristán Richard Smith. Su sombrero de paja y maletín ocupaban el asiento contiguo. Encima del maletín, el collar.

Mi collar.

*Por aquí no pasa jamás alma de justo,
y si Carón se irrita contra ti,
ya puedes saber lo que sus palabras significan.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Mi corazón pegó un doble salto mortal en cuanto lo vi. Hasta que no lo vi en manos de otra persona, no me di cuenta de cómo lo había echado de menos.

Pero no estaba en manos de cualquiera. El sacristán del cementerio se había apropiado de mi collar. ¿Qué podía significar eso?

Todo apuntaba a que nada bueno.

—¡Hola, cariño! —gritó mamá. Consiguió reprimirse y no darme un abrazo delante de todo el mundo.

Pero se veía a la legua que lo estaba deseando.

—Espero que no te importe verme aquí —dijo—. Ya sé que la llevabas tú a casa en coche, pero no he podido evitar pasarme por aquí. Quería saber si todo había ido bien. ¡Casi he pasado más nervios que vosotros por vuestro primer día!

«No creo, mamá. Mira, tú no sabes lo que pasó ayer noche en el cementerio. Estabas durmiendo como un tronco después de la tormenta.

»Y no sabes lo que está a punto de hacer ese anciano de allá sentado en la silla de vinilo. Ni yo tampoco, la verdad.

»Pero él no va a poder demostrar nada. Ese colgante lo podría tener cualquiera. Bueno, cualquiera no. Quizá, no del todo...

»Pero no importa, siempre y cuando ese hombre no haga nada que me cabree».

—Todo genial, mamá —le dije, acercándome a ella y dándole un miniabrazo. Esperaba que no notara mi temblor—. Todo ha ido muy bien hoy.

Mentira. Todo había ido mal y cuesta abajo.

—Qué bien —respondió mi madre, mientras me daba un apretujón—. Estoy tan contenta. No esperaba que fuese de otra manera —añadió en voz baja—, pero me he asustado un poco según llegaba en coche, porque estaba esto lleno de coches de policía...

—Ah, no ha sido nada —respondí a mamá, procurando no mirar al sacristán.

—Bueno bueno —dijo Kayla, con risa sarcástica—. *Peccata minuta*. El instituto en pleno se ha levantado y ha estado a punto de matar al director Álvarez por suspender La Noche del Ataúd. Otra vez. Como siempre.

—¿La Noche del Ataúd?

Mamá respondió con una carcajada. Si hubiese entrado alguien de fuera, la habría confundido con una de las educadoras de Nuevos Horizontes. No se diferenciaba mucho; lo único diferente en ella era que no llevaba tatuajes, aparte de vestir una camiseta azul marino con la insignia blanca del Instituto de Ciencias del Mar de Isla Huesos. En este instituto era donde ella trabajaba. Cuando digo trabajar, me refiero a donar buena parte de la pasta que le había dado papá con el divorcio.

Con su trayectoria, estoy segura de que el Instituto de Ciencias del Mar de Isla Huesos la habría contratado igualmente, pero no le habrían podido pagar el sueldo, porque iban fatal de fondos. Ahora —gracias a mamá—, iban sobrados de pasta. Y las espátulas rosadas —cuya población se había visto seriamente afectada, gracias a la empresa de papá— tenían la oportunidad de luchar por recuperarse... no solo las espátulas rosadas, sino tantas otras especies marinas.

A veces era un alivio pensar que no todos los problemas conyugales de mis padres estaban relacionados con mi accidente.

—No me digas que se sigue celebrando La Noche del Ataúd —respondió mamá, entusiasmada como una niña, estrechándole la mano a Kayla, que se acababa de presentar.

Le encantaba presentarse. No sabía por qué estaba en el programa de Nuevos Horizontes, pero la timidez no era su problema.

—La administración está usando su poder para acabar con la tradición —dijo Tim—, pero las viejas tradiciones son difíciles de erradicar.

Se estaba volviendo complicado seguir la conversación y vigilar de reojo al sacristán Smith. ¿Me habría reconocido después de todas esas veces en que me había ordenado que me bajara de la bici y mostrara mi respeto a los muertos? Seguro que no.

Y, si me había reconocido, ¿qué? Él no sabía que el collar era mío o que había estado en el cementerio la noche anterior o que tuviese nada que ver con la puerta.

Aunque ahí estaba mi mechón de pelo agarrado al collar —después de habérmelo arrancado en plan dramático cuando se lo devolví a John—, todavía enganchado en la cadena de oro. Podía ver el reflejo castaño oscuro contra el marrón claro del maletín.

¿Sería capaz de pedir una prueba de ADN? Necesitaba un permiso.

Y, aunque lo hiciese, ¡qué! Había estado en el cementerio cientos de veces —empezando por aquella vez hace ya diez años. No había manera de poder demostrar que había vuelto a acudir la noche anterior. ¡Y yo no había tocado la puerta! ¿Cómo iba a hacerlo? Era una señorita de la Escuela Femenina Westport.

O lo seguiría siendo si no me hubiesen echado por agresión.

—Hablando de tradiciones —añadió Tim—. Muchas felicidades, Pierce. Un día redondo: sin ET ni TA. Sigue así.

Abrió un cajón y sacó mi teléfono, poniéndomelo delante y meneando el brazo.

—Gracias —respondí, recogéndolo de su mano abierta.

En calidad de jefe de estudios de Nuevos Horizontes, Tim era más cercano en

edad a mamá que a Jade, lo que significaba que no decía cosas como «espectacular» ni llevaba tatuajes visibles. En lugar de eso, usaba palabras como «expulsión temporal» o «trabajo de actitud» y llevaba corbata.

—¿Nos podemos ir ya?

Alex se estaba poniendo tan impaciente que Jade, que hasta entonces había permanecido apoyada contra el marco de la puerta con su tarro de regalices enterrado entre sus brazos, se echó a reír.

—¿A qué vienen esas prisas, chico? —preguntó, inclinando el tarro hacia él—. ¿No puedes esperar a llegar a casa y ponerte a hacer deberes?

—Nos vamos al Queen —respondió Kayla, hundiendo su mano en el tarro después de que Jade se lo pasara mientras Alex sacudía la cabeza—. Queremos llegar antes de que esté a rebosar.

—Ahhh —dijo mamá, con una mirada que reconocí al instante. Era la misma mirada de cuando Jade le había hablado sobre La Noche del Ataúd o lo que fuese eso... Dulce nostalgia por los tiempos perdidos que no vuelven—. ¿La gente sigue yendo a ese sitio delante de la playa Higgins a tomarse un helado?

—Sí —respondió Alex—. Y por eso tenemos tanta prisa. No tengo suficiente con el regaliz para mi dosis de azúcar.

Todos se echaron a reír, excepto el sacristán Smith, que dobló la revista y la dejó, levantándose de la silla.

—Yo no haría muchas bromas con eso de las dosis si fuera usted, joven —le dijo a Alex, con seriedad—, más que nada, teniendo en cuenta el tiempo que su padre ha pasado en la cárcel y el porqué.

Las risotadas cesaron bruscamente como si el viento huracanado de la noche anterior las hubiese arrastrado.

—Disculpe —añadió mamá, tensa, dirigiéndose hacia el sacristán Smith—. No nos conocemos. Soy Deborah Cabrero y esta es mi hija, Pierce. Él es mi sobrino, Alex. Christopher Cabrero, su padre, es mi hermano.

—Ya lo sé —respondió el sacristán Smith.

No parecía nada avergonzado. Tenía poco más que hacer que pasearse por el despacho de Nuevos Horizontes, con su chaqueta de lino y corbatín, metiéndose con la gente.

Teniendo en cuenta que trabajaba en un cementerio que a partir de ese momento iba a estar cerrado veinticuatro horas al día, verdaderamente tenía poco que hacer.

—Una lástima lo que le ha pasado a su hermano. ¿Podría evitarse? También. Sería una pena que el joven siguiera sus pasos.

La mirada sórdida del sacristán Smith se posó en mi primo Alex, que se ruborizó de pura rabia, con los ojos rojos de ira.

Pero, antes de dejarle tiempo de responder, el señor Smith recuperó la atención en mi madre y la miró por encima de sus gafitas doradas para decirle:

—Cómo ha cambiado todo desde los tiempos de usted y su hermano, ¿verdad,

Deborah? Su padre y yo jugábamos juntos a la petanca. Estaba muy orgulloso de usted. Qué lástima, que no lo fuese a visitar más a menudo mientras estaba vivo. — No se me pasó por alto el reproche de sus palabras y no podía entender cómo mamá... pero nunca se sabía, con ella. La mayor parte del tiempo, en su cabeza solo cabían las espátulas rosadas—. Pero veo que ha vuelto a Isla Huesos. Espero que preste ahora un poco más de atención a Christopher que en su momento.

Mi madre tenía los ojos abiertos como platos. Estaba claro que en ese momento no estaba pensando en espátulas rosadas. Estaba maquinando un contraataque por la acusación sobre el abuelo. Y la otra perla: lo que había hecho o no por el tío Chris... fuese lo que fuese.

Antes de que bajara la mirada, el cuello empezó a darme pinchazos. Y, cuando miré a los zapatos del sacristán, supe que había llegado el fin.

Borlas.

—Supongo que no ha querido decir lo que creo, señor Smith —respondió mamá, con voz tensa, contenida—, pero en cualquier caso, gracias por preocuparse. Mi hermano está muy bien desde su salida...

—¿Ah, sí? —interrumpió el sacristán Smith, como si estuviese contento de verdad—. Bueno, eso está bien. Era un joven muy popular en el instituto, si hago memoria. Seguro que ahora lo va a visitar todo el mundo.

¡Qué! Eso sí que no. Nadie había ido a visitarlo, al menos las veces en que me había quedado a cenar en casa de la abuela o había salido por ahí con Alex o había pasado la tarde sentada en el sofá con su padre, mirando el Canal del Tiempo. No estaba mal, ese canal. Ofrecía muchos reportajes sobre gente engullida por tornados.

—Vosotros dos —empezaba siempre la abuela en cuanto llegaba a casa después de pasarse el día entero en su tienda Tejemaneje—. ¡Tal para cual! ¿Qué hacéis bebiendo eso? Os va a pudrir el cerebro. Pierce, ¿le has dicho a tu médico cuántas sodas te bebes al día? Me es igual que no engorden, se supone que no podías beber cafeína. Eso es lo que dice tu madre. Cada día te pareces más a tu padre. Christopher, ¿puedes recomendarle tú que deje de beber?

«Reina entre las ruinas».

Lo que estaba diciendo el sacristán era tan real como cierto. El tío Chris, igual que mamá, había sido muy popular en el instituto. Nada más entrar en el Instituto de Secundaria Isla Huesos —lo que hoy era el Pabellón A—, el día que vinimos a entregar el informe de la Escuela Femenina Westport e inscribirnos, Alex me señaló los trofeos de las vitrinas. Casi todos llevaban grabado el nombre del tío Chris. El de mamá también, por disciplinas como el tenis o la natación. Al abuelo le habían dado el premio al mérito en los estudios y la abuela había sido escogida mejor alumna veterana.

La familia Cabrero al completo decoraba el Pabellón A.

Todos excepto Alex. Y yo, por supuesto.

Mi madre permanecía de pie, en el despacho del Pabellón D de Nuevos

Horizontes, mordiéndose el labio mientras miraba hacia el suelo... aunque no estaba dedicando tiempo a las borlas del señor Smith. Yo no podía entenderlo. ¿Cómo podía ser capaz de llevarlas? ¿Qué hacer para evitar mirarlas? Eran horribles.

Miré hacia el collar. No lo tenía puesto y advertía cómo se estaba volviendo del color de un hematoma.

De repente, supe que tenía que salir de ahí antes de que pasara algo terrible.

—Bueno —soltó Tim, con brusca jovialidad, rompiendo el silencio—. Alexander es alumno de Nuevos Horizontes y le está yendo muy bien. Es un máquina.

—Me alegra mucho oír eso. —Richard Smith levantó la cabeza y lo miró por encima de sus gafitas doradas. Mientras su boca pronunciaba el verbo «alegrar», su mirada decía algo bien distinto—. Me he desplazado hacia aquí porque tenía un asunto muy importante que tratar con ustedes.

Se volvió para ocuparse de su maletín, encima del cual reposaba cuidadosamente mi collar, colgando en perfecto equilibrio.

No, por favor. Lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía. Sabía que había sido yo la que había estado en el cementerio la noche anterior, y lo de la puerta. Aunque yo no había sido. En parte, no.

Levantó la mano para enseñar la piedra de color púrpura.

Mi madre reprimió un jadeo: lo noté. Lo acababa de reconocer. Cómo no. Me lo había visto mil veces, después de todo el caos del accidente y el divorcio, y todos y cada uno de los días, aunque había preferido no volver a preguntarme de dónde lo había sacado. Se había hecho a la idea de que era una especie de joya medio estrafalaria con la que me había encariñado.

Al verla en manos de otra persona, su mirada se cruzó rápidamente con la mía, visiblemente desconcertada.

El oído me palpitaba con fuerza. Le rogué, en silencio, que no dijera nada. Las paredes del despacho de Nuevos Horizontes se volvieron rojas de repente, como si hubiesen brotado de ellas hojas de acacia roja.

«No lo digas», pensé. No supe si me lo estaba rogando a mí misma, a mamá o al sacristán Richard Smith. «Por favor, no lo digas. Va a pasar algo terrible si lo dices...».

El sacristán bajó la mano, abrió su maletín y sacó un fajo de papeles.

—Me gustaría que me ayudaran a repartir estos trípticos. —Dio una vuelta sobre sí mismo, se acercó a nosotros y nos dio un montoncito a cada uno—. En ellos se explica la nueva normativa de visitas al cementerio y me urge un poco tenerlos repartidos cuanto antes mejor.

Tim, todavía de pie a mi lado, miró los folletos que el sacristán le acababa de dejar en las manos. Parecía confuso.

No era el único.

—También los podía dejar en recepción —dijo—. Ellos se encargan de divulgar estas cosas, como ya sabrá, Richard.

—Ah, sí. —El sacristán se afanaba en seguir repartiendo a todo el mundo, pasando cada montoncito sin descanso—. Lo sé, pero me parece más correcto el trato personal de Nuevos Horizontes.

Me quedé ahí, tiesa, sosteniendo y observando los papeles en mi mano. El rojo que impregnaba las paredes del despacho empezaba a aclararse; la sangre amontonada en mi tímpano —y mi respiración— empezaba a ralentizarse.

Entonces me di cuenta de que mis folletos eran diferentes al resto. Encima de mi montoncito, una nota escrita a mano, con lo que parecía una pluma estilográfica, con rimbombantes cursivas.

«Venga a verme —había escrito el sacristán—. En caso contrario, tendrá problemas».

Debajo del mensaje, un número de teléfono.

Tener problemas era la última de mis metas.

El problema era, tal y como había apuntado John la noche anterior, que los problemas me perseguían estuviese donde estuviese.

Miré fijamente la nota, intentando comprender el porqué. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo podía saber el señor Richard Smith que era mío? Hasta que me vino la respuesta. Levanté la mirada. El sacristán Smith estaba cerrando su maletín.

Con mi collar dentro.

—Bueno, adiós a todos —dijo el señor Smith, levantando el maletín y despidiéndose graciosamente con la mano—. Que tengan buena tarde.

Entonces salió del despacho silbando dulcemente mientras abandonaba las instalaciones, mirándome directamente a los ojos cuando lo miré a través de los amplios ventanales del despacho.

Más tarde supe que el tono de su silbido era de la canción infantil *Ring Around the Rosie*.

Que tampoco significaba nada.

A no ser que seas una persona que ha muerto y ha resucitado. En ese caso, habrás pasado muchas horas muertas en internet, mirando cosas raras sobre la muerte. Como la creencia según la cual la canción de cuna *Ring Around the Rosie* viene en realidad de la Peste Negra que mató a cientos de miles de personas en la Edad Media.

—Uff —dijo Jade, después de que se fuera—. Un tipo extraño. —Me acercó el tarro de regaliz—. ¿Un regaliz?

Fijé la mirada en las barritas rojas de regaliz.

—Mmm. No, estoy bien —dije—. Gracias igualmente.

Había perdido el apetito.

Creo que mamá se sentía igual que yo. Me sonrió —con demasiada efusividad— para decirme que todo iba bien.

Pero yo ya me había percatado de que tenía la correa del bolso tan agarrada que se le habían puesto blancos los nudillos. Sabía que las cosas no iban tan bien. Lo sabía tan bien como yo.

—¡Bueno! —Miró de Alex a Kayla y de Kayla a mí y volvió a mirar a Alex—.
¡Island Queen! ¡Qué divertido será!
—Sí, sí —respondí—. Será espectacular.

*De aquella tierra de lágrimas se alzó un viento
que despidió un rojizo relámpago;
que trastornaba todos mis sentidos.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Podía pensar en miles de cosas mejores que estar haciendo cola, detrás de veinte personas, en el Island Queen —la versión casera de Isla Huesos de la famosa franquicia de helados y hamburguesas Dairy Queen.

Dormir, por ejemplo. Arrastraba la falta de sueño de la noche anterior y, por supuesto, totalmente por mi culpa. Pero seguía siendo un incordio.

Quedar con Richard Smith y acabar con ese asunto era otro ejemplo. Pero no me había cogido el teléfono cuando lo llamé desde el lavabo de chicas antes de reunirme con Alex y Kayla en la explanada de coches —quizá no había llegado a casa todavía. El número que me había dejado no tenía pinta de móvil. Seguro que nunca había tenido ninguno; a lo mejor ni siquiera sabía lo que era.

—Emmhh... señor... Smith —acerté a decir, tartamudeando—. Soy Pierce Oliviera. Nos acabamos de conocer en el despacho de Nuevos Horizontes. Me dejó una nota para que lo llamara. —Las manos me seguían sudando después de mi encuentro con él, por mucho que el aire acondicionado del instituto estuviese a una temperatura gélida—. Le llamo para concertar esa visita que usted ha propuesto —dije.

Era el mensaje de voz más lamentable que había dejado nunca. ¿Pero qué le iba a decir? «Quiero recuperar el collar que me dejé en el cementerio la noche anterior, cuando se produjo un delito». No pensaba dejar ni un rastro de mi posible intervención. Ya había aprendido después de lo que me había pasado en Westport.

—Si me pudiese llamar —continué—, cuando usted pueda, se lo agradecería. Lo antes posible, porque me gustaría tener el tema resuelto cuanto antes mejor.

Le dejé mi número, en caso de que no tuviese identificador de llamadas, y colgué.

Ahora no podía hacer nada más aparte de matar el tiempo hasta que me llamara. Y prefería hacer cualquier otra cosa antes de hacer cola, con mil personas más, con un sol de justicia para pedir una cosa que llamaban Bomba de Calor.

—De color —me corrigió Kayla, cuando le sugerí que por qué no íbamos a otro sitio a pedir lo mismo—. Bomba de Color. Y solo la hacen aquí. Se parece a la tarrina de helado Blizzard, como las que te hacen en el Dairy Queen, pero a estas aún le ponen más cosas.

—¿Qué cosas? —le pregunté.

Tenía ganas de discutir, y no por estar haciendo cola. ¿Y si al señor Smith se le ocurría preguntarme directamente de dónde había sacado el collar?

No era una posibilidad. Era una certeza.

—Ya sabes —respondió Kayla—. Lo de dentro. A mí me encanta el de chocolate con trocitos de galleta de chocolate. A Alex le gusta el que lleva Kit Kat con M&M. ¿Y a ti, niña?

Pero todavía había una pregunta que me podía hacer el sacristán y que me aterraba aún más. Me sentía paralizada ante la perspectiva de tener que responderle. La imagen de la puerta destrozada —y el porqué— estaba demasiado reciente en mi cabeza. No sería capaz de mentir sin que se me notara.

«Te voy a decir lo que puedes hacer», me había dicho John cuando le pregunté qué más podía hacer por él. «Irte y dejarme en paz».

Y había seguido diciendo: «Te aseguro que ya no tendrás que preocuparte por volverme a ver por aquí como un gilipollas», justo antes de aporrear brutalmente con el pie la puerta del cementerio de Isla Huesos. Se oyó un estruendo como una bomba.

—Niña. Niña. Pierce.

Me volví para mirarla.

—Lo siento —respondí, pestañeando—. ¿Qué?

Kayla puso los ojos en blanco.

—¿Le pasa algo a tu prima, Alex?

—Se está medicando —musitó Alex—. Y toma mucha cafeína, pero no debería.

Lo escruté con la mirada.

—Vaya. Creo que pasas demasiado tiempo con la abuela.

No se molestó en contestar. Estaba mirando a la gente de la cola, como si estuviese buscando a alguien o tuviese miedo de ver a alguien...

¿A quién?

Cuando me animé a salir con ellos a comprarnos unos helados después del instituto no me esperaba eso. Quería parecer normal —con amigos, como una más del grupo— a ojos de mi madre, y así la vi de contenta cuando vino a verme al despacho de Nuevos Horizontes, sin recordar el cruce de palabras con el sacristán Smith sobre el tío Chris.

¿De qué iba todo eso? Nunca me habían acabado de explicar por qué el tío Chris había estado en la cárcel. Algo sobre drogas... posesión con intento de tráfico. Nada violento, en cualquier caso. Yo lo sabía. Era la única en la familia con eso en mi memoria; si no, los abogados de papá no habrían cobrado por hacer lo que hacían.

—Que lo pases muy bien —me siguió diciendo mamá, mientras me decía adiós con la mano en el despacho de Nuevos Horizontes.

Sus ojos me estaban suplicando: «Por favor, no la lées. No la lées como en Westport».

Así que estaba intentando no liarla como en Westport.

Y resulta que lo único interesante de ir al Island Queen fue ver cómo mi primo y Kayla se peleaban.

—Bueno bueno —le dijo Kayla a Alex—, tampoco es que ella sea un angelito.

—Kayla —le advirtió Alex, retándola con la voz.

—Qué —replicó ella—. Es verdad. ¿O no? Todo el mundo lo comenta. Está en Google si escribes su nombre.

—Kayla —repitió Alex—. Deja el tema.

Kayla le lanzó una mirada de despecho.

—Alex, esta semana va a salir todo. Así que es mejor que lo reconozca ahora.

—¿Mm? —dije—. ¿De qué estáis hablando?

—Tú —dijo Kayla—. ¿Es verdad o no que mataste a un profesor en tu antiguo colegio?

Alex escondió la cara entre las manos.

—Uh —respondí—. Si quieres saber la verdad, no.

Kayla parecía decepcionada.

—Pero todo el mundo dice que lo mataste.

—Bueno —contesté—. Pues no.

—Pero acabó herido —insistió Kayla—. ¿No?

Antes de responderle, una de las chicas que me habían mirado mal en el auditorio se acercó a mí —la reconocí por su imposible pelo planchado.

—Madre mía —dijo, deteniéndose y acercándose a mí—. Espera. Tú eres Pierce Oliviera, ¿no?

Nunca había visto a esa chica antes en mi vida excepto cuando me miró con desdén, y ahora parecía otra. Y encima me estaba sonriendo de oreja a oreja como si fuésemos íntimas amigas.

—¿Mm? ¿Sí?

—¡Ala, qué fuerte! —Volvió a chillar, y dio un saltito—. ¡Qué ganas tenía de conocerte! Soy Farah. Farah Endicott. ¿Te suena? La novia de Seth Rector. Seth me ha dicho que te ha conocido hoy y que le has caído superbién.

En un primer momento, no tenía ni idea de qué me estaba hablando. Entonces me acordé del chico que me había ayudado a recuperar mi horario volador y que había calmado más tarde a todo el mundo en la asamblea. Seth Rector, de la agencia inmobiliaria Rector. Y, seguramente, de los Rector del mausoleo del cementerio.

Bueno, algún día formaría parte del mausoleo. De momento, no.

—Oh —respondí, sin saber muy bien qué decir—. Hola.

—¿Qué hacéis aquí, esperando? —exclamó Farah, con expresión horrorizada. Hablaba en un tono tan alto, que la cola entera dejó de mirarme a mí (la chica que había matado presuntamente a un profesor, al menos según Kayla) y pasó a mirarla a ella—. Esto es un infierno.

—Mmm —dije, mirando a Alex y Kayla, a quienes Farah ignoraba descaradamente.

Pero no parecía tan raro, porque ellos también la ignoraban a ella. Alex se quedó absorto mirando el agua. La playa quedaba a tan solo un metro de distancia, delante del aparcamiento y enfrente del rompeolas. Kayla acababa de sacar su móvil y estaba leyendo sus mensajes.

—Es que hemos llegado un poco tarde. Había que hacer una parada obligada después de las clases.

Olvidé añadir que la única parada real había sido la del despacho de Nuevos Horizontes para recoger mi móvil, que me requisaban antes de las clases, en parte debido a mi trastorno de desarrollo neuroconductivo.

—Bueno, pues ven a sentarte con nosotros —dijo Farah, con una enorme sonrisa, acercándose más no para coger mi brazo, sino el de Kayla. El gesto inesperado no solo me cogió por sorpresa a mí, sino también a Kayla. Enseguida vi cómo se ponía tensa e intercambiaba una rápida mirada de pasmo con Alex—. Hemos cogido mesas en la playa (con sombrilla). Y Seth está al principio de la cola. Decidme qué queréis y os lo pedimos. Así nos sentamos todos cerca de la playa. Se está superbién ahí... se está increíble.

—No —respondió Kayla, rápidamente—. Pero gracias, Farah.

—Sí —dijo Alex—. Estamos bien, gracias.

Miré de Alex a Kayla y otra vez a él. Algo muy extraño estaba pasando.

Sí, era verdad que lo que más deseaba en el mundo era coger de una vez mi Bomba de Calor o lo que fuese, comérmela y llegar a casa para esperar a que me llamase el señor Smith y enterarme por fin de qué quería.

No me seducía la idea de que cayera sobre mí otra vez la acusación de otro delito que no había cometido.

Pero, como no iba a poder evitar que ocurriese, al menos sí podía amenizar la espera con aire acondicionado o un poco de sombra.

Por mucho que Alex y Kayla no estuviesen acuciados por el mismo problema que yo, seguía siendo un poco raro que prefiriesen achicharrarse haciendo cola una hora con tal de rechazar la invitación de Farah.

—Hemos cogido una mesa muy buena —dijo Farah, mirando al suelo. Sus labios, pintados con brillo rojo cereza, se arrugaron formando un mohín. Señaló a las mesas azul metálico de la playa, provistas de enormes sombrillas amarillas. Quedaban pocos asientos libres y, al parecer, estaban reservados para nosotros—. Desde aquí no lo notáis, pero allá corre una brisa estupenda. Os lo juro, si me decís lo que queréis, yo se lo digo ahora a Seth y os lo pide en un momento. ¿Qué vais a perder?

Miré a Kayla y a mi primo.

¿Qué íbamos a perder?

Miedo. Lo vi en sus ojos pintados en un tono exótico. Por alguna razón, Kayla tenía miedo de Farah.

O de alguien que iba a compartir mesa con Farah.

¿Y Alex? Bueno, de sus ojos negros poco pude deducir.

Sabía que Alex había tenido un encontronazo con Seth Rector. Sabía que el diamante se había vuelto gris tormenta aquel día en el cementerio con mi madre, delante del mausoleo de la familia Rector, igual que sabía que se había vuelto morado la primera vez que vi a Kayla en el despacho de Nuevos Horizontes.

No sabía por qué estaban ocurriendo esas cosas.

Y la verdad es que me estaba guardando bastantes secretos, así que, ¿quién era yo para juzgar a Alex o a Kayla?

Pero también me daba cuenta, esperando delante del aparcamiento del Island Queen después de la noche —del día— de antes, que ya no lo podía hacer más. Lo único que importaba era que había llegado para empezar de nuevo: no iba a ser la chica que se queda quieta mientras le hacen daño.

Así que, con independencia de lo que tuviesen Alex y Kayla con Seth y Farah —o con quien estuviese sentado a la mesa de la playa—, yo iba a llegar al fondo del asunto. Esta vez iba a proteger a mis amigos del mal.

Y la única manera de protegerlos era conocer al mal.

—Para mí, un batido-cola —me volví hacia Farah—. Vaso grande de Coca-Cola con una cucharada de helado de vainilla. Toma esto. —Le embuté un billete de veinte dólares en su mano de manicura blanca y giré la cabeza hacia Alex y Kayla—. Para ellos, una Bomba de Color de chocolate con trocitos de galleta de chocolate y una Bomba de Color de vainilla con trocitos de Kit Kat y M&M.

Sus labios lustrosos en forma de puchero dibujaron una enorme sonrisa, revelando una cortina perfecta de dientes blancos. Eran esplendorosos, como los de su novio.

—Fantástico —dijo—. Nos vemos en la mesa, chicos.

Me di cuenta de que la mayoría de chicos de la cola se habían quedado absortos por la manera en que Farah meneaba —no movía— los pliegues de su minifalda escocesa verde oscuro (casi dos palmos por encima de las rodillas).

Todos menos Alex, cómo no.

—Ya te vale —saltó Alex.

—No pasa nada —le respondí. Me agarré a los tirantes de la mochila. Pesaba bastante porque había metido todos los libros que necesitaba para hacer los deberes. No sabía por qué no la había dejado en el coche. Nunca pienso en nada. Estaba claro que no iba a hacer los deberes—. Ya haremos cuentas.

—¿Te crees que por comprarme una Bomba de Color —me dijo, mientras su voz se precipitaba sobre mí y me chorreaba como John y su voz de tormenta—, me voy a sentar ahí con todos esos Ases para aprender todos juntos que, a pesar de nuestras diferencias externas, como que todos van etiquetados de marca, con sus cochecitos nuevos, regalo de cumpleaños de papá y yo vestido con ropa del Ejército de Salvación, conduciendo una chatarra de coche, vamos a tener algo en común? ¿Que nos vamos a poner a cantar y a bailar todos juntos y vamos a actuar en el musical del Instituto de Secundaria Isla Huesos como si fuese una asquerosa peli de Disney? Pues

te voy a decir una cosa, Pierce: olvídate de eso. Y, por mucho que diga la abuela, no eres más que un calco de tu padre. No puedes arreglar los problemas con dinero. De hecho, ¿sabes lo que puedes hacer con tu dinero, Pierce? Te lo metes por el...

—Oye —interrumpió Kayla, intentando mantener la paz—. ¿Qué pasa aquí? Pensaba que nos íbamos a tomar unos heladitos.

—Gracias —le respondí a Kayla, de corazón.

Nunca había visto a Alex tan enfadado.

—No me des las gracias todavía —respondió Kayla—. ¿Y quién se ha pedido un batido-cola en lugar de una Bomba de Color? Qué manera de desvariar.

—Mmm. —Mamá me había advertido miles de veces que tuviese cuidado con insultar sin querer a los isleños. Intenté pensar qué haría Jade en mi situación—. Al menos no me he pedido una Coca-Cola *light* —maticé.

Kayla me miró y sacudió la cabeza lentamente.

—¿Estás seguro de que no mató a ese profesor?

Esta iba para Alex.

—Lo digo en serio. —No le respondí. Seguía hablándome a mí. Y no precisamente de lo que me había pedido—. Algunos tenemos que convivir con la gente.

Es lo mismo que dijo aquella mañana cuando íbamos en coche de camino al instituto. Y dolía —tal como se propuso— porque yo sabía que eso era lo que pensaba sobre mí... y sobre mi madre, seguramente. Que estábamos de paso y que no nos preocupábamos de la gente, de sus problemas.

Y tampoco le faltaba razón. ¿Dónde habíamos estado todo ese tiempo, mientras él crecía sin un padre o una madre, con el único referente de la loca de su abuela?

Pues claro que éramos simples turistas para él. Incluso Richard Smith, el sacristán del cementerio, lo había dejado caer. Mi madre no había vuelto a Isla Huesos desde mi nacimiento, ni desde que detuvieron al tío Chris. Nunca llegué a conocer a mi abuelo; la única vez que lo vi fue en su funeral, donde conocí a John.

Quien, como Alex, solo quería que lo dejase en paz.

—Lo siento —le dije a Alex, sintiéndome mal—. Ya sé que nos han invitado solo para mirarme con lupa, pero ¿y qué? Tenemos sitio en la sombra y ya no tendremos que hacer cola...

—Eres tú quien quiere sentarse con ellos —respondió Alex, hirviendo de rabia—, pero el mundo no gira a tu alrededor, Pierce. Algunos tenemos temas pendientes con ellos. Temas importantes. ¿Lo has parado a pensar?

—¿Qué temas? —le pregunté. Por fin estábamos avanzando. Lo había empezado a dudar seriamente—. ¿Qué te ha hecho Seth Rector, Alex?

—No te metas en esto, Pierce —me respondió, frunciendo el ceño—. No sabes de qué va y es mejor que no te metas, en serio.

—¡Chicos! —exclamó Farah, sosteniendo una bandeja repleta de vasos grandes, mientras nos saludaba desde el principio de la cola—. ¿Venís?

—Ah —dije, saludándole—. ¡Sí, un momento!

Me volví para responder a Alex.

—¿Que no sé dónde me estoy metiendo? ¿Te estás riendo de mí? ¿Te tengo que recordar que he estado muerta? Mira, sea lo que sea lo que os ha pasado a ti y a Seth Rector, dudo mucho que sea aún peor.

Kayla lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Que ha estado muerta? Alex, eso no me lo habías contado.

Alex continuó mirándome fijamente. Durante un segundo, pensé que iba a decirme la verdad. La nuez de su cuello subía y bajaba y el sudor le salpicaba la frente y las sienes. Se estaba esforzando por decirme... y sería lo más apropiado, porque, una vez lo supiese, podría empezar a intentar solucionar el problema. A lo mejor no quería mi ayuda...

Lo que acabó diciendo fue bastante decepcionante.

—Paso de ti. ¿Quieres salir con tus nuevos amigos, los Ases? Pues que lo pases muy bien. Que te diviertas muchísimo. Yo me quedo por aquí.

Se dio la vuelta y, sin añadir nada más, empezó a caminar hacia el aparcamiento en dirección a su coche.

—Mierda —dijo Kayla, observándolo mientras se alejaba. Se volvió para mirarme—. He dejado todas las cosas en su coche. Los libros y todo.

—Vale —le respondí—. Ve con él.

Kayla vaciló un instante, me volvió a mirar y desplazó la vista hacia las mesas donde estaban los Ases, tan perfectos y guapos, recogiendo las Bombas de Color que Seth y Farah traían en bandejas.

—No lo entiendo —me dijo.

Levanté una ceja.

—Qué no entiendes.

—Por qué te has empeñado en juntar a tu primo con ellos. Se creen Dios y así tratan a la gente que no es... como ellos.

—Quiero empezar de nuevo —le expliqué—. Y, para eso, tengo que proteger a la gente que quiero.

—Ah —me respondió Kayla. No tenía pinta de haberme entendido, pero ya estaba acostumbrada—. Bueno, espero que lo consigas.

Lo llamó.

—¡Alex, espera!

Y caminó apresuradamente tras él.

Recogí mi pesada mochila y caminé hacia las mesas de la playa; un trayecto largo y caluroso.

*Y, asiéndome de la mano, con alegre semblante
que reanimó mi espíritu,
me introdujo en aquella mansión recóndita.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

«¿Por qué ya no me quieres?».

Por fin me vino a la mente lo que Hannah había escrito al señor Mueller en la nota el mismo día de su muerte —una nota que ya no existía, pues él se había encargado de destruirla.

«¿Por qué ya no me quieres?».

Hannah se había tomado todas esas pastillas para acabar con su vida.

Y yo no había estado ahí, demasiado absorta y traumatizada por todo lo que me había pasado para recordar mi promesa de protegerla.

¿Y el señor Mueller?

Era el único responsable de la muerte de Hannah. Lo sabía; lo sentía, con la misma certeza que sabía que la madre de Hannah había dejado su habitación exactamente igual desde el día de su muerte como única terapia, con el cesto de la ropa sucia intacto en su sitio y así poder cogerlo cuando quisieran y oler el olor de su hija, como si todavía estuviese viva.

Semanas después de la muerte de Hannah, no podía pensar en otra cosa.

¿Cómo podía haber dejado que ocurriese?

Yo misma le dije a Hannah que el mal no habita en los cementerios.

Está por todos lados. En nuestras iglesias. En nuestras casas.

En el colegio.

Y, aunque se lo había prometido, no había hecho nada por ayudarla.

Cuando oí a mi padre decir que los Chang no tenían ninguna oportunidad de ganar el pleito contra la escuela ni destituir al señor Mueller porque era su palabra contra la del profesor —con las hojas del diario de Hannah como única prueba— supe que tenía que hacer algo.

Esta vez, no tocaba salir corriendo como ya había hecho con John —en dos ocasiones.

Por supuesto que las cosas se habían torcido desde un principio. Lo último que me esperaba era que el señor Mueller apagara la luz del aula donde mantuvimos una reunión de tutoría privada que al final acepté. Porque, según él dijo, le dolía la cabeza por toda la tensión.

Nadie en la Escuela Femenina Westport sospechaba que había tenido un romance con una estudiante que se había suicidado por él. Yo era la única. La demanda de los Chang solo consiguió hacer más popular al profesor Mueller. Las madres, preocupadas por su salud con todo el estrés del pleito, viendo cómo bajo su perilla asomaba una piel un poco más pálida de lo normal, le obsequiaban con más postres caseros. Algunas incluso inventaron un nuevo himno dedicado a él: «Mójate por Mueller», lo llamaron. Lo vociferaban en todos los partidos y eventos de la escuela.

Pero eso se quedaba corto en comparación con los apelativos sobre Hannah que empezaron a circular por la red: «Zorra. Mentirosa. Puta».

Así que no era suficiente con que Hannah hubiese muerto. Tenían que cargarse su memoria, también.

La escuela no se molestó en abrirle ningún expediente. Supongo que no podían o era demasiado arriesgado porque significaba que se estaban posicionando o algo así.

Lo veía todo rojo. Literalmente. Cada día, mientras avanzaba por los pasillos de la Escuela Femenina Westport, veía las cosas de rojo, mirase a donde mirase. Rojo como las hojas de acacia rojas. Rojo como las borlas de mi bufanda.

La misma sensación me persiguió antes de que se apagarán las luces aquella tarde en el aula del profesor Mueller. El corazón me latía tan fuerte... apenas podía hablar, y todavía no me había puesto un dedo encima. ¿Cómo iba a poder grabar algo con la cámara que llevaba escondida en la mochila —cuya lente estaba perfectamente ajustada al agujero que había hecho en el bolsillo delantero, tal y como había visto en internet— si estábamos casi a oscuras, gracias a la tormenta de primavera que acechaba afuera del edificio?

No había pensado en ningún momento qué podía hacer cuando empezase a grabarlo comportándose de una manera inapropiada conmigo. Quizá podía estar bien decirle: «¡Ah! Lo siento. Me tengo que ir. Tengo otra reunión, señor Mueller. ¡Hasta luego!».

¿Cómo iba a poder salir de ahí sin tener que hacer —bueno, lo que fuese— nada con él?

No podía dejar que eso ocurriese. Tenía que controlar la situación.

El señor Mueller continuaba proponiéndome un masaje en el cuello. Me decía que notaba lo tensa que debía de estar con todos los problemas de casa y con el divorcio de mis padres (noticia que ya había llegado a la prensa debido a quién era mi padre y la cantidad de dinero que llegaba a amasar). Me dijo que entendía lo estresada que yo debía de estar, pero que no pasaba nada. Los dos éramos adultos.

Se supone que teníamos que convenir que algo nos unía por eso.

En ese preciso instante, supe que no podría dominar la situación. No solo era imposible grabar nada debido a la escasa luz, sino que la idea de provocar la situación ya no serviría de nada —porque me faltaría lo mismo que a los Chang: pruebas—, y ahora estaba sola con él, con ganas de vomitar de tan solo pensar que el señor Mueller iba a tocar cualquier parte de mi cuerpo —aunque fuese el cuello.

Y lo peor de todo era que nadie me iba a creer. ¿Qué iba a ganar?

Por eso me cabréé tanto. Estaba tan furiosa que, por el rabillo del ojo, volví a verlo todo rojo.

¡Oh, no!

Cuando volváis a ver la grabación de lo que pasó ese día en el aula del señor Mueller, veréis que no se aprecia prácticamente nada por el tema de la luz, excepto mi blusa blanca de estudiante y el borrón negro del profesor Mueller, acercando su mano hacia mí.

Podréis oír su voz, tranquilizándome y diciéndome que todo va a ir bien. Solo necesitaba relajarme, como él me decía.

Odio que la gente me diga que tengo que relajarme.

¿Le había dicho a Hannah que tenía que relajarse? Esperaba que sí.

Entonces las imágenes se volvieron magenta.

—La gente no reconoce las cosas, Pierce —me decía siempre papá, en los restaurantes de lujo—. La gente no se hace responsable de lo que hace, y después culpa a los demás. Al final siempre hay una víctima.

«Zorra. Mentirosa. Puta».

Pues yo misma iba a hacerle asumir al señor Mueller toda responsabilidad por lo que le había pasado a Hannah.

Pasó justo cuando el señor Mueller me estaba diciendo que me relajase mientras acercaba su mano —en un gesto, que, pensé, era de masaje, pero enseguida vi que tenía otros intereses. Lo podéis ver en la cinta. Salgo yo, poniéndome recta encima de su mesa, repitiéndome a mí misma que puedo controlar la situación si se sale de madre (una vez, mientras esperábamos a que papá llegara de una reunión en el extranjero, el chófer de papá, expolicía, me enseñó tácticas de autodefensa por si alguna vez las necesitaba), y ahí está el profesor Mueller, levantando su brazo frente a mí. Acerca la mano a mi cara.

En el segundo siguiente, el señor Mueller ya no está.

No se fue físicamente: no aparece en la grabación. En su lugar, hay una sombra negra, bloqueando la grabación durante un par de segundos. Es como si una tercera persona hubiese entrado en la sala. Aunque nadie ha sido capaz de poner su mano en el fuego —por mucho que lo analizaran técnicos especiales en imagen digital o que mi padre se ofreciera a pagarles un dineral por declarar a mi favor—, para mí esa sombra recuerda a la figura de un hombre... un hombre muy alto, con pelo negro largo, de dieciocho o diecinueve años.

Durante unos segundos, no se ve nada. La pantalla está negra. Solo se escucha. Una breve refriega, un crujido espeluznante y voces amortiguadas.

Segundos después, la sombra desaparece.

En la grabación aparezco justamente donde estaba: sentada encima de la mesa. Pero el señor Mueller ya no está delante de mí. Está apoyado contra la pizarra, encogido y llevándose el brazo al pecho.

Está gritando.

Porque tiene rotos todos los huesos de la mano.

Pero hay dos dedos —los mismos que usó para chafar la miga de galleta en mi pierna— que están especialmente destrozados. Están deshechos.

La policía de Westport afirmó: «Es totalmente improbable, por no decir imposible...» que una chica tan menuda como yo pudiese infligirle semejante daño a un hombre adulto.

La lástima era que el señor Marzjak, el conserje, juró y perjuró que no había visto entrar a nadie hasta que llegó el equipo de sanitarios, que él mismo había llamado, y que entraron en el aula mientras el profesor Mueller se retorció de dolor. El señor Marzjak oyó los gritos. En ese momento, estaba barriendo el pasillo. De hecho, el señor Mueller era muy consciente y por eso mismo me tapó la boca con la mano en un primer momento, por miedo a que yo empezase a gritar y alertara al conserje.

La policía no se creyó la versión del profesor Mueller según la cual yo le había atacado —descrita, según el informe policial, «de una manera excesivamente alterada».

Como no le creyeron, rastrearon el colegio entero en busca de una tercera persona implicada, antes de encontrar la cámara digital escondida dentro de mi mochila y ver el vídeo.

No encontraron nada más. Por la tormenta que había descargado, cualquier persona que hubiese subido las escaleras en dirección al pasillo donde estaba el aula del profesor tendría que haber dejado huellas. Y el barro enganchado en las ventanas del aula era más que visible.

No se halló ninguna prueba definitiva. ¿Cómo iba a molestarse John en entrar por la puerta o la ventana, como una persona normal? ¿Iba a perder el tiempo saludando al conserje? De eso nada. *Patapam. ¡Ras!* Adiós.

No se había despedido de nadie.

Aunque sí se detuvo un momento para lanzarme una de sus miradas envenenadas de reproche, con esos ojos plateados, justo antes de desaparecer.

—Espera —fue lo primero que dije al verlo aparecer de la nada, justo antes de que diera un paso al frente, mirara fijamente la mano de Mueller delante de mi cara y la retorciera hasta volcar al suelo a mi entrenador de baloncesto delante de mis ojos.

Todavía quedaba suficiente luz en la sala como para permitirme ver la palidez en la cara del profesor. Habría jurado durante un par de segundos que estaba muerto, si no hubiera sido por el chillido ensordecedor que lanzó. John era el único que lo agarraba, semisuspendido en el aire, para que no se derrumbase en el suelo.

—¿Qué?

John tenía preparado su otro puño para hundirlo en la carne del señor Mueller, y no parecía muy contento de verme.

No tenía motivos para culparle, a juzgar por las circunstancias. Cada vez que aparecía, era para sacarme de un lío.

John permaneció de pie, frente a mí, mirándome mientras su pecho subía y bajaba, exactamente igual que el día que encontré la paloma, posando su mirada sobre mí con la misma mezcla de pesar y confusión. Supongo que derribar a cabezazos las paredes de otra dimensión no debe de ser fácil.

—No —dije, desplazando la mirada rápidamente hacia el pálido rostro del señor Mueller—. Por favor, John. No.

John me miraba de arriba abajo como si no entendiese nada.

Yo tampoco acababa de tenerlo claro. Solo sabía que no podía verlo morir —por mucho que odiase al señor Mueller.

Me acerqué y le sujeté el puño con la mano.

Le habría dicho tantas cosas... Tendría que haberle dicho tantas cosas...

Pero solo una palabra salió de mi boca... el nombre que me había repetido tantas veces en mi mente. La razón por la que estaba ahí; la razón por la que los tres estábamos ahí.

—Hannah —dije—. Dos sílabas repletas de dolor.

Me atormentaba el pensamiento de que ella estuviese allí, a la orilla del lago, pasando frío y esperando a que llegase el barco, el otro barco. Desde que supe de su muerte, no podía pensar en otra cosa —aparte de centrar mis energías en demostrar que el señor Mueller había tenido un romance con ella. Necesitaba saber si ella estaba bien.

Y sabía que John me lo podía decir.

En cuanto lo rocé, vi cómo se suavizaba la brusquedad de su gesto. Su mirada se relajó y me pareció oír una respiración entrecortada. Incluso sacudió la cabeza, como si no se lo creyera, como pensando «¿De verdad? ¿Es lo único importante?».

—Está acompañada de gente que la quiere —me respondió.

Mis hombros se hundieron de alivio. Era lo único que quería oír. John volvió a mirar a Mueller, que seguía gimiendo y chillando de dolor, y me miró a mí otra vez.

—¿Vas a...?

Se interrumpió al oír la puerta del aula. Marzjak entró enseguida, asustado por los gritos de Mueller.

Entonces John desapareció.

Y todo pasó tan rápidamente, que habría jurado que lo había imaginado... y la grabación no captó su imagen.

El señor Mueller negaba que hubiese nadie más en el aula, por supuesto. Declaró que yo me había puesto como una fiera mientras repasábamos los resultados de mi prueba de actitud y que le había atacado sin motivo.

Esa fue la explicación que todo el mundo en la Escuela Femenina Westport decidió creerse. Así que, ocupando el lugar de Hannah Chang, todo el mundo pasó a llamarme zorra, mentirosa y puta por internet.

Tampoco me fue tan mal, porque al señor Mueller lo inhabilitaron de por vida. «El incidente», como lo llamaron, sigue bajo investigación.

Al menos, después de todo eso nadie se atrevió a entonar el himno de «Mójate por Mueller».

Como los abogados de papá nos explicaron, el profesor Mueller tenía muchas razones por las que aferrarse a su versión. Aunque nunca más pudiese dedicarse a dar clases en un centro de enseñanza —que sí podía hacerlo por cuenta propia—, se aseguraba una buena paga del Estado. Después de todo, había sufrido una agresión por parte de la hija lunática de Zachary Oliviera —o eso aclamaba él—. Todos sabemos que la gente que ha estado muerta y que revive está un poco... pasada de vueltas.

En cualquier caso, como nadie pudo concluir qué había pasado realmente durante «el incidente» gracias a la poca visibilidad y al lloriqueo del señor Mueller, la grabación de todo lo que dijo Mueller antes del griterío —obviando lo suyo con los Chang— tuvo muy intrigado al fiscal del distrito.

Y ahí está mi declaración.

—¿Por qué me ha puesto la mano en la boca? —le pregunté a los policías en plena escena.

Estaba temblando (igual que cualquier persona en mi situación, pero me tranquilizaba pensando en lo que me había dicho John: Hannah estaba rodeada de gente que la quería). Si él no me iba a hacer nada malo, ¿por qué quería hacerme callar?

—Muy buena pregunta —me dijeron.

Después de lo sucedido, la señora Keeler sugirió muy finamente a mis padres que buscaran una «opción educativa alternativa» para mí; una escuela que pudiese absorber mejor a una estudiante con mis «particularidades».

Me eché a reír allí mismo en cuanto lo dijo, delante de mis padres.

Particularidades. Estaba bien.

—Está bien que sepas defenderte —me gritó papá en nuestra siguiente comida—, y lo entiendo. ¿Alguna vez te he dicho que no te defiendas? No. ¿Pero hacía falta que lo dejases así? He gastado una millonada en colegios prestigiosos para chicas (y ya no cuento los psicólogos) ¿y cuál es el resultado?

Me encogí de hombros.

—Un pleito de decenas de miles de dólares.

—Y te compré ese caballo de las narices —seguía gritando, sin hacerme caso—, de los Chang, porque querías tenerlo. ¿Y tú qué haces? ¡Resulta que se lo regalas a una especie de albergue para enfermos mentales!

—Es una escuela de niños autistas, papá —le respondí, serena, jugando con la cañita de mi soda—. Y ahora pueden hacer terapia equina con Bárbaro. Seguro que estarán muy contentos y a él no le faltarán caricias, juegos, cuidados cada día. A ti te desgrava y los Chang se han deshecho del animal, que era una carga para ellos porque nadie lo montaba.

—Y ahora que caigo —rugió papá, lo bastante alto como para alertar a todos los

demás hombres de negocios trajeados, que se volvieron para mirarnos—, ¿qué le ha pasado a todos mis zapatos? ¡Han desaparecido los de borlas! ¿Tengo que esconder las cosas por si aparecen la próxima vez? No estamos hablando de la estrella ninja. Son mis zapatos. Por favor, explícame las cosas. Me preocupo por ti, Pierce. En serio. ¿Entiendes ahora las consecuencias de tus acciones?

—No sé, papá —le dije.

La verdad era que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía bien. Aunque me llovieran los gritos de papá encima de una ensalada tibia en un restaurante pijo en el centro de Manhattan.

Sí, me habían expulsado de la escuela. No aguantaba más de una hora sin beber algo con cafeína. Y un chico que había conocido cuando estuve muerta aparecía cuando menos lo esperaba y me metía en pleitos de cientos de miles de dólares.

Pero veía un futuro positivo.

—Algo bueno saldrá de todo esto —le respondí.

—Una cosa —me retó papá, alzando un dedo índice tembloroso—. Dime solo una cosa buena que haya salido de todo esto.

Me encogí de hombros.

—Al menos —conseguí decir— he encontrado intereses fuera de lo académico.

A papá no le hizo ninguna gracia.

Supongo que tenía razón en esto:

A veces no veo, en su conjunto, las consecuencias de mis acciones.

*La diversidad de lenguajes y horribles imprecaciones,
a las que se unía un tumultuoso chocar de manos,
producían un estrépito,
como la arena revuelta a impulso de un torbellino.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

No hubo la más mínima intención de ser sutil.

—¡Buenas! Os presento a Pierce Oliviera —anunció Farah a los cuatro vientos.

Uno de los chicos, rubio con el pelo cortado al rape y una piel rosácea del color de la puesta de sol de Isla Huesos, me miró como impresionado. Su cuello era ancho como una rueda de tractor.

—Ey, ya me han hablado de ti. ¿Tu padre no es ese que lleva una empresa que fabrica armas o algo así? Ese que siempre grita por la tele, ¿no?

—Bryce. —Farah puso los ojos en blanco y me sonrió a modo de disculpa—. Perdónale, anda. Es que no sale mucho de la isla.

—¿Qué he hecho yo ahora? —respondió Bryce, indignado—. Solo he hecho una pregunta. ¿Pasa algo por preguntarle si su padre sale por la tele? Es verdad, ¿no?

—Sí —respondí, sentándome a su lado—. Zack Oliviera es mi padre.

Empezaba lo bueno. Ahí estaba yo.

Pero no solo por quién era mi padre, sino por muchos más motivos.

—¿Adónde se han metido tus amigos? —preguntó Farah con curiosidad, mirando a lo lejos.

—Ah, se tenían que ir —respondí, con rapidez, descartando más preguntas.

Tampoco había motivos para preocuparme. A nadie le importaban mucho Kayla o Alex, así que no hicieron más preguntas (Bryce se ocupó de sus Bombas de Color, dejando escapar un enorme eructo que fue recibido con gritos y protestas de todas las chicas, que le lanzaron un arsenal de cañas).

Querían, a cambio, hablar de un tema bien distinto.

—Bueno, ya tengo los listones. Metro veinte por dos —dijo Seth, alisando un papel que se había sacado del bolsillo y que la brisa intentaba empujar. Fruncí el ceño al mirarlo desde mi sitio. Era un poco difícil adivinar de qué era, pero no imposible.

Sencillamente, no me lo podía creer.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Bryce—. Pensaba que Álvarez había chapado todas las serrerías...

Seth le lanzó una mirada sarcástica.

—Anda tío, por favor.

—Bueno —respondió Bryce, eructando otra vez—. Lo capto.

—Bryce, en serio —añadió, algo molesta, una chica que resultó llamarse Serena—. ¿Lo vas a hacer?

—Creo que tengo colon irritable —se lamentó Bryce.

—No me extraña —dijo ella—. ¿Sabes la de calorías que llevan estas cosas? Y te acabas de zampar tres.

Serena. Tenía que pensar sobre eso más tarde.

Después de llamar al sacristán desde el lavabo de chicas me entretuve un rato mirando el Facebook de Kayla. Solo por curiosidad.

Una de las personas que escribía más tonterías resultaba que se llamaba SerenaSweetie.

¿Era de esta de quien tenía tanto miedo Kayla, y por eso no había aceptado la invitación de Farah?

—A mí me pueden dejar una sierra circular —continuó Seth—. Lo más difícil va a ser ensamblar, pintar y guardar. ¿Os acordáis del año pasado...?

—Ah, sí —dijo Farah, enderezándose en el asiento—. Los pillamos de pleno, ¿os acordáis? Era tan obvio. Todos se metieron en casa de Caleb Tarantino.

—¡Ah, sí! —Nicole, sentada delante de mí, respondió emocionada—. Me despertaron los faros y entonces es cuando te llamé. ¿Te acuerdas, Cody? Porque no paraban de entrar y salir con el coche de casa de sus padres y yo sin poder dormir y pensaba: «¿Pero qué fiesta se está pegando Cal? Y ¿cómo es que no nos ha invitado?».

—Qué bonito fue. —Cody, que jugaba en el equipo de fútbol, aunque ni de lejos tan corpulento como Bryce y, según veía yo, un poco más inteligente, asentía con regocijo—. Nunca sabrán de dónde les vino el golpe.

—Somos unos ninjas —dijo Bryce—. Ninjas camuflados. Así han aprendido a tratar con Rector Malhechor.

Cody y Bryce se levantaron al unísono y chocaron sus pectorales. Farah y Serena los miraron con resignación.

—Sí —continuó Nicole, haciendo crujir el helado con la cañita—. Bueno, chicos, también me habría gustado que no hubiese habido tanto destrozo en mi casa, porque estuvo oliendo a humo durante meses. Y Tarantino sigue con la reconstrucción del garaje cada día a las ocho en punto de la mañana, y todavía no ha acabado, y ya sabéis cómo me pongo si no duermo mis diez horitas diarias.

—Aah, por eso tienes esa cara —respondió Cody—, ya decía yo.

Se rieron por lo bajo mientras Nicole le soltaba un grito, haciéndose la ofendida, y fingía darle un tortazo.

Le di otro sorbo a mi batido-cola. Todo el mundo entendía de qué se estaba hablando, pero yo me había perdido.

—Entonces —inició Seth—, aunque ya ha quedado clarísimo que los de

bachillerato de este año somos muchísimo más listos que los del año pasado y que los de secundaria de este año son unos cagados, igualmente tenemos que encontrar un sitio seguro.

—¿Descartamos el cementerio, entonces? —preguntó Cody, con una sonrisita.

Todo el mundo se rio. Todos menos yo.

—Pues claro —respondió Seth—. Aunque no te creas que no lo he pensado antes de que Santos saliera con su discurso. ¿Quién la ha liado con eso de la puerta? ¿Alguien lo sabe?

Me quedé inmóvil, con la cucharilla medio deshecha camino de mi boca.

—Me han dicho que ha sido una pandilla de Miami —dijo Bryce.

Se oyeron ruidos de mofa.

—En serio —insistió Bryce—. El novio de mi hermana tiene un primo que es del FBI y dice que han detenido a algunos en Myrtle Grove. La CMG... Congregación Myrtle Grove. Creo que usan los cementerios para sus ritos de iniciación. La semana pasada vi a uno de esos tíos acompañado de un policía en el Wendy's, cerca del centro comercial Searstown...

—Bueno, hablando de cosas reales —le interrumpió Seth, poniendo los ojos en blanco—, lo que necesitamos es un sitio que no esté cerrado las veinticuatro horas, y que no sea accesible en coche.

—Como una comunidad privada, quieres decir —concretó Farah, con un fuerte suspiro melancólico—. Si conociésemos a alguien que viviera en El Delfín...

Estaba a punto de atragantarme. ¿De verdad tenía que presenciar eso? ¿Estaban intentando —con toda sutileza— convencerme para que les dejase mi casa para hacer algo no solo ilegal, sino también peligroso?

Resultó que sí. Por lo visto, me tomaban por muy poco inteligente. Me tomé la molestia de deducir que era porque yo era P-Dante y los Ases no tenían mucha estima a los P-Dantes. Cómo obviarlo, con los trocitos de conversación que había oído.

—¿Y qué esperabas de esa? Es tan P-Dante.

Serena seguía hablando, refiriéndose a una chica que había sido madre ese verano.

—Claro, es que la tendrían que haber metido en el Pabellón D desde el principio —decía Cody, en una conversación cruzada, hablando de un jugador de fútbol a quien habían suspendido por exceso de violencia en el campo.

Capté al instante las miradas de alerta que lanzó Seth a todos y lo rápido que cerraron la boca, pero ya era demasiado tarde.

Todos los alumnos de Nuevos Horizontes iban al Pabellón D, pero no todos los del Pabellón D formaban parte de Nuevos Horizontes. Solo había cincuenta alumnos en Nuevos Horizontes, pero en el Pabellón D eran quinientos. Según parecía, el Pabellón D era donde los jefes de departamento enviaban a los «problemáticos» —los de las pandillas, los descarriados; cualquiera con adicciones o problemas de actitud— para no contagiar a los alumnos normales del resto del instituto.

Era la única razón que me venía a la cabeza para entender por qué estaban tan separados unos de otros. Parecía demasiado raro para ser verdad. Tan raro como el hecho de tener a ese grupo de gente atlética y sensacional delante de mí a punto de pedirme que sacrificara mi casa para sus oscuros divertimentos.

—¿Cómo? —respondí, bajando mi taza—. ¿A qué os referís, en concreto?

Farah se echó a reír como si yo fuese el cachorrito más adorable que había visto en la vida.

—¡A La Noche del Ataúd, tonta!

—¿Pero no ha dicho el jefe de policía que este año se suspende La Noche del Ataúd? —pregunté.

Tras mi muestra de inocencia, la mesa entera estalló en risas.

—Lo cancelan todos los años —me explicó Seth, con paciencia, cuando se extinguieron las risas—. Pero cada año se vuelve a celebrar. Tiene que ser así. Es La Noche del Ataúd. Es tradición.

—Ah —respondí, recordando la cara de mi madre cuando preguntó por esa misma tradición. Era uno de los platos fuertes de Isla Huesos—. Pero ¿cuál es la tradición, exactamente?

Cody dejó escapar, entre toses, la palabra P-Dante, pero Seth le frunció el ceño con un mensaje silencioso de «Eh, dale un respiro a la chica» y pasó a explicar:

—Cada año, los alumnos de bachillerato del Instituto de Secundaria Isla Huesos construyen su propio ataúd. Entonces, lo escondemos en alguna parte de la isla y los de secundaria tienen que encontrarlo.

Esperé a oír más.

Pero no oí nada más. Me miraron con expectación, como gaviotas planeando sobre la playa en busca de patatas fritas. En la orilla, un chico descamisado le acababa de lanzar el disco a su perro, que desapareció corriendo y se metió en el agua a buscarlo.

—Oh —dije, por fin—. Vale. Pero... ¿por qué?

Seth miró a su alrededor en busca de ayuda.

—¿Por qué qué? —preguntó.

—¿Por qué tienen que encontrarlo? —No tenía ganas de parecer una lerda. De verdad, no lo entendía—. ¿Qué hay dentro?

Seth me sonrió como si hubiese dicho algo muy gracioso.

—¿Qué quieres decir, dentro? No hay nada dentro.

—Entonces, ¿por qué tanta importancia? —pregunté, patidifusa de verdad—. ¿A quién le hace gracia encontrar un féretro viejo vacío?

La sonrisa de Seth desapareció y se oyeron unos murmullos al otro lado de la mesa. Pude oír las palabras «Madre mía», «De verdad», «P-Dante total».

—Eh —dijo Seth, bruscamente. A todo el mundo menos a mí—. Basta ya. —Me miró, recuperando su voz suave y su perfecta sonrisa—. En primer lugar, no es un ataúd viejo. Es de primera mano, como yo siempre digo, y lo construimos y lo

pintamos nosotros, inscribiendo todos nuestros nombres. El tuyo también. Si los pequeños lo encuentran, lo llevarán al campo de fútbol en el primer partido de la temporada y lo quemarán delante de todo el mundo. Se grabarán y colgarán el vídeo por todas partes. Sería una humillación total. Vamos a evitarlo a toda costa.

Acababa de entender la parte del fuego, después de haber escuchado el sermón —capaz de dormir a las ovejas— del director Álvarez y la historia de Nicole de que su casa había estado oliendo a humo durante meses después de que los «Rectores Malhechores» —Seth y compañía, suponía— hubiesen descubierto el ataúd de los grandes el año pasado en el garaje de su vecino y hubiesen decidido incendiarlo allí mismo.

Lo que seguía sin entender era por qué se tomaban esas molestias.

—Por eso... —introdujo Farah, poniéndome la mano en el hombro—, hemos pensado que sería genial si nos dejases esconder el ataúd en tu casa este año. Será poquito tiempo. Porque tú vives en El Delfín. Para entrar y salir, se necesita el permiso del guardia de la puerta, ¿no? Tú eres la única del instituto que vive allí. Y lo sé porque mi madre es de la asociación de padres y he mirado la base de datos. El Delfín es una comunidad privada de tipo vacaciones. Es superexclusiva. Casi nadie de Isla Huesos se lo puede permitir, lo que significa que nadie del instituto podría tener acceso excepto nosotros, siempre y cuando podamos colarnos contigo. Tú y el ataúd estaréis sanos y salvos. Lo que le pasó a Cal el año pasado no te pasará por nada del mundo.

La miré fijamente. Estaba de broma. Hablaban sin saber. ¿Sana? Era la persona menos sana del mundo.

Sobre todo en esos momentos, sin mi collar.

El mismo collar que me había regalado un chico a quien había conocido mientras estaba muerta. Pues a ese chico yo ya no le caía bien porque habíamos tenido una fuerte discusión. O algo así. Y, si se quedaba así la cosa, mejor que mejor. Porque yo estaba cambiando de aires en Nuevos Horizontes. Necesitaba otra soda.

—Solo es hasta que lo pintemos —añadió Seth, rápidamente.

—Entonces lo trasladaremos a otro sitio. No puede quedarse mucho tiempo en ningún lugar, para evitar que lo localicen. Después de tu casa, lo llevamos a un hangar para aviones en el aeropuerto de Isla Huesos. (Mi padre tiene un avión y esos catetos nunca podrán burlar los controles aeroportuarios). Luego igual lo llevamos a la base naval...

—Mi padre es coronel —dijo Nicole, moviendo sus pestañas.

—... o lo llevamos al norte —remató Seth.

Estaba temiendo que se pasasen así toda la tarde y noche.

—¿Y si no lo encuentran? —interrumpí—. Los pequeños, digo.

—Si no lo encuentran —respondió Serena, mirándome como si hubiese dicho una idiotez—, lo llevamos a la media parte del partido y lo enseñamos delante de todo el mundo. Yo soy directora de la banda musical y siempre tocamos la de MC Hammer

(del 1990), *U Can't Touch This*^[2].

—Hay que hacerle caso a la canción. ¡Son las normas de los malhechores!

Bryce y Cody volvieron a chocar los pectorales.

Los miré a todos, incapaz de creerme que mi madre hubiese evocado La Noche del Ataúd con tanto sentimentalismo.

Pero intenté frenar mis pensamientos. Tenía que encontrar los motivos por los que Alex odiaba tanto a Seth, aparte del hecho de que todos pensarán que los P-Dantes eran una panda de *freaks*.

Freak era muy relativo. Igual que «loco» o «normal». Yo, sin ir más lejos, podía considerar *freak* a cualquier individuo que se dedicara a ir por toda la isla escondiendo un ataúd tallado a mano para después exponerlo delante del público en el descanso de un partido de fútbol con una canción de hace veinte años de MC Hammer como colofón.

Pero eso eran cosas mías. Y estaba más que demostrado que yo estaba un poco majara.

Tenía la lejana sospecha de que, cuando Alex se enterara de que Seth Rector quería guardar el ataúd de los de bachillerato en mi propia casa —y, si yo aceptaba, lo iba a saber de todas todas en cuanto empezase a ver desfilar Ases por el garaje— me iba a decir la razón de carrerilla.

—No sé —respondí—. Tengo que preguntarle primero a mi madre. Ya os imaginaréis que...

—Por supuesto —intervino Seth, con unos ojos azules que me miraban fijamente—. Ningún problema. Lo último que queremos es hacer enfadar a tu madre.

—Estoy segura de que dirá que sí —apostilló Farah—. ¿Tu madre no era también alumna del instituto? Creo que he visto su nombre en algún trof...

—Otra pregunta —le interrumpí—. ¿Y por qué un ataúd?

Farah y Nicole me miraron como si acabara de preguntar por qué el cielo es azul.

—¿Qué?

—¿Por qué un ataúd? —pregunté—. ¿Por qué hay que construir y esconder precisamente un ataúd?

Todo el mundo me miró perplejo. No veía lo extraño de la pregunta.

—¿Por qué no un barco? —insistí—. ¿No somos los malhechores del Instituto Isla Huesos? Los malhechores o expoliadores eran gente que se dedicaba al pillaje de barcos cuando se hundían en el arrecife, ¿verdad? Y vendían todo lo que encontraban. ¿No tendría más sentido construir y esconder un barco? Además, la mascota del instituto es un niño vestido de pirata, no un esqueleto.

En el silencio que siguió, seguía oyendo las olas chocando contra la arena. Isla Huesos normalmente no tenía esas olas típicas tan gigantes de Florida, pues la isla estaba situada dentro de un arrecife de coral —el tercero más grande del mundo.

Pero, por algún motivo, las olas de ese día eran más altas de lo normal. Quizá ellas, como yo, barruntaban algo en el aire.

—Pues oye —rompió el silencio Bryce, arqueando las cejas—. Tiene razón. Sería mucho más lógico que fuese un barco. ¿Por qué es un ataúd?

—¿Sabes qué? —Seth cogió su mochila—. No lo sé. Ni me importa. Lo único que sé es que siempre ha sido un ataúd.

—Seguramente es por la palabra —intervino Bryce, pensativo—. Porque «La Noche del Ataúd» suena mejor que «La Noche del Barco», ¿no?

Todos se echaron a reír.

En ese momento todavía no sabía que estaba a punto de descubrir por qué era un ataúd. Y, si alguno de ellos hubiese sabido de verdad por qué se le llamaba La Noche del Ataúd, se le habrían quitado las ganas de seguir riendo.

*El infernal torbellino, que no se aplaca jamás,
arrebata en su furor los espíritus,
los atormenta revolviéndolos y golpeándolos.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto V

Mientras me sentaba en el interior del F-150 negro de Seth —regalo de cumpleaños de su padre, como él mismo me había comentado como si nada mientras me llevaba de camino a casa— espí al tío Chris en la entrada, cargando una de las tumbonas de madera del jardín.

—¿Quién es ese? —preguntó Farah con curiosidad, mientras se deslizaba hacia el asiento delantero que yo había dejado libre.

—El hermano de mi madre —dije.

El tío Chris dejó lo que estaba haciendo y se paró a contemplarnos, con la boca ligeramente abierta y la enorme silla de madera cogida en brazos, con cojines a rayas azul brillante y verde incluidos.

La camioneta de Seth era digna de ser vista. En mi anterior barrio de Connecticut nunca había visto a nadie conducir una así, ni mucho menos en la Escuela Femenina Westport. Había levantado el coche del suelo a una altura de treinta centímetros sobre las ruedas, con unas llantas que resplandecían con un intenso plateado. Tenía las ventanas tintadas del mismo color que el coche, de tal modo que no se podía ver por dentro a no ser que abrieras la puerta. Seth había puesto la música a un volumen tan alto —parecía que el cantante me estaba gritando a mí— que el coche entero retumbaba.

Pero tenía la sensación de que eso no era lo que llamaba la atención del tío Chris.

—¿El padre de Alex? —preguntó Farah.

—Sí —respondí. Le picaba la curiosidad. ¿Cómo no iba a sentir curiosidad por un hombre que llevaba tanto tiempo en la cárcel como años tenía ella?—. Gracias por acercarme.

—Ya tienes mi número —dijo Seth—. Llámame cuando te diga algo tu madre. — Supongo que lo miré algo confusa, porque añadió—: Ya sabes, lo de antes.

Me lanzó una mirada cómplice.

—Ah, sí —añadí, asintiendo enérgicamente—. Lo de antes, claro.

Cerré la puerta del coche. Sabía que me estaban mirando a través de esos cristales tintados. Psicológicamente, al no verlos, pensé que no podían verme.

Me sentí mejor.

—Eh, tío Chris —le dije, mientras caminaba hacia él cargando mi pesada mochila. Detrás de mí, las enormes ruedas del furgón crujían sobre la gravilla del pavimento. El pálpito de los altavoces empezó a decrecer—. ¿Qué haces?

El padre de Alex no se movió. Seguía contemplando el coche.

—¿Quiénes son?

—Unos del colegio —respondí—. Me han traído ellos.

—Pensaba que Alex era quien te llevaba y te traía.

—Ah, tenía que hacer cosas después del colegio —comenté. Tampoco era del todo mentira—. Y me han traído ellos. ¿Qué estás haciendo con la silla?

—Guardarla en el garaje —comentó—. Acaban de anunciar en el Canal del Tiempo que hay huracán. Estamos en el cono.

—¿En el qué?

No había oído nada de un huracán. Bueno, seguramente sí, pero no había prestado atención porque no venía hacia nosotros. El sol estaba descendiendo, pero no había ninguna nube en el cielo.

—El cono es la trayectoria probable del huracán. Las tormentas suelen ser bastante impredecibles —dijo el tío Chris. Desde su salida de prisión, había escogido el tiempo como terapia—. A lo mejor se queda en bandas nubosas (bandas en forma de espiral con lluvias muy fuertes que rodean el ojo de una tormenta). Pero todavía no se sabe a ciencia cierta. Estamos en un cono de probabilidad de tres días.

Lo miré sin pestañear, alertada de haber estado tan metida en mis propios pensamientos y no habérmelo imaginado antes, sobre todo teniendo en cuenta las olas que había visto en la playa, por no hablar de la violenta tormenta del día anterior. La temporada de huracanes duraba de julio a noviembre y estábamos en septiembre. Temporada alta.

En mi caso, sin embargo, la temporada de tormentas no solo estaba fuera, sino también en mi cabeza y de eso me di cuenta mientras caminaba detrás de Farah y Seth después del Island Queen y mi móvil empezó a sonar. El número que Richard Smith me había garabateado en los panfletos emergió en la pantalla del teléfono.

—¿Sí? —respondí, mientras mi corazón trotaba.

—¿Señorita Oliviera? —me respondió una voz grave que ya había oído antes.

—Ah, señor Smith —dije—. Muchas gracias por devolverme la llamada.

No hubo respuesta.

—Mmm...

Seth y Farah, antes de meterse en el coche, se dedicaron unos momentos íntimos. Aunque muy íntimos no eran, porque les estaban viendo todos en el Island Queen. Se estaban enrollando apoyados contra el coche. Si eso era lo que iba a tener que presenciar a todas horas la semana siguiente, o en el garaje de mi casa mientras construían un ataúd, entonces no merecía la pena —ni siquiera para Alex. Tendría que haber hecho como el tío Chris: aficionarme al tiempo.

—¿Le va bien quedar un día de estos para tener esa reunión que me comentaba en

la nota? —le pregunté.

—Me va muy bien —respondió el sacristán—. ¿Cuándo está usted disponible, señorita Oliviera?

—Mmm —respondí. Volví a mirar a Seth y Farah. Seguían besándose. Desvié la mirada—. Ahora. Ahora me iría bien. ¿Y a usted?

—Ahora no me iría bien —dijo, con su voz gruñona—. Pero estoy libre a las seis, cuando cierro la oficina. Seguro que sabe dónde está.

—Sí —respondí, obviando que me acababa de lanzar un dardo envenenado, pues él ya sabía el tiempo que yo pasaba en el cementerio—. Estaré ahí a las seis.

—No me haga esperar. A las seis en punto me iré si no ha llegado.

Entonces me colgó.

Volví a mirar el móvil y entrecerré los ojos. «Quizá parezco por fuera una inocente colegiala, con su faldita plisada por debajo de la rodilla. Pero le voy a arrancar esas borlas que lleva. Búsqume en Google, abuelito».

Bueno, eran fantasías mías. Pero podía pasar.

—Hay que estar prevenido con estas tormentas —decía el tío Chris mientras caminaba delante de mí—. Dependiendo de la trayectoria que cojan, nos barren a todos. Nos pegan un meneo que nos matan. No nos vamos a alamar, pero no vamos a dejar que los muebles del jardín salgan volando y acaben en tu piscina, con la de dinero que tu madre ha invertido. Seth One.

—¿Perdón?

Tenía que darme mucha prisa si quería llegar a tiempo con el señor Smith. Después del Island Queen, Seth y Farah me llevaron al complejo de Reef Key y me condujeron a través de un soporífero *tour* por el bonito legado especulador de sus padres. Tuve que fingir que era interesantísimo, estrechando las manos del señor Rector y del señor Endicott y demostrando lo mucho que me apasionaba el interminable sermón que tenía que oír y que si bla bla bla construcciones de lujo... bla bla bla derecho a la libertad en la privacidad de una isla... bla bla bla pistas de tenis... bla bla bla... lagos artificiales de agua marina. Todo ello junto con las siete palabras que ya me había acostumbrado a oír: «Quizá a tu padre le interese invertir».

Tuve la suerte de escapar con mi socorrido: «¡Seguro! ¿Por qué no le llamas? Toma su tarjeta». Siempre llevo una encima por si acaso y creo que a papá le gusta recibir llamadas de gente a quien he dado su tarjeta. Le encanta seguir gritando por teléfono lo mismo que grita en la tele.

El tío Chris caminaba hacia la puerta del garaje.

—Seth One. Es lo que pone en la matrícula del coche de tu amigo.

—Ah —respondí—. Sí. Se llama Seth. Tío Chris, no hace falta que te molestes. Mamá paga a un empleado para que venga y lo tape todo cuando hay riesgo de huracán...

—Ya sé que es un poco pronto. Pero, si no vas a usar estos muebles, no hace ningún daño meterlos dentro. ¿No te gustaría tener una camioneta así? —El tío Chris

seguía apilando las sillas dentro del garaje. No me estaba escuchando—. ¿Como la de Seth One? ¿No?

—Mmm —respondí—. No, la verdad, y por varias razones. No sé conducir. Y tampoco es mi estilo.

Estaba siendo muy diplomática.

El tío Chris se paró a mirarme —a mirarme de verdad— por primera vez.

—¿No sabes conducir? —Tenía cara de perplejidad—. ¿Cómo que no sabes conducir?

—Bueno —respondí, mientras entraba en el garaje y dejaba mi mochila en el suelo. ¿Por qué el padre de Alex había escogido ese preciso momento para volverse de repente comunicativo?—, pues porque llevo fatal los test. ¿Te acuerdas?

Vi su cara repleta de algo que hasta el momento no había visto nunca: emoción.

—Yo puedo ayudarte a aprobar, Piercey —dijo.

—¡Ah! —respondí, con una carcajada—. No te preocupes, tío Chris. —Me siguió mientras yo daba la vuelta a la casa y me ponía a desencadenar la bici en el porche—. Estoy bien. ¿Ves? Tengo vehículo.

—Yo te hago preguntas —continuó—. A ver qué te parece. Vas a casa de la abuela (o yo me acerco aquí, me es igual) y yo te hago preguntas sobre conducción. Y cogemos el coche, también. Podríamos ir por el descampado de Searstown, por el Wendy's. Ahí es donde aprendí (entonces no era Searstown, porque no teníamos ninguna tienda Sears). Pero bueno, igualmente. En su momento no pude ayudar a Alex, pero podemos aprobar el examen, Piercey. Tú déjame a mí.

—Me hace mucha ilusión que te ofrezcas, tío Chris —dije, sonriéndole mientras sacaba la bici del porche. No tenía tiempo de quitarme la falda y ponerme otra cosa, lo que significaba que tendría que conducir la bici sujetándomela todo el rato, pero no quería «tenerlo esperando»—. Ya lo han intentado otros y soy bastante desastre. —Intenté apartar de mi memoria aquella vez que choqué por detrás contra una furgoneta familiar mientras intentaba esquivar una ardilla y mi padre se liaba a gritos conmigo por destrozarle el BMW que me había regalado—. Con mi pasado, lo mejor es que no coja ningún vehículo.

—Eso nunca —me respondió el tío Chris—. Eso nunca.

Lo miré con ojos muy abiertos.

—¿Cómo?

—No tengas la autoestima baja —me respondió—. Ya sé lo que te pasó. Aunque yo no estuviese, me lo han explicado. Hablaba a menudo con tu madre y me enviaba fotos de ti. ¿A que no lo sabías? Pues es verdad.

Lo miré fijamente. Tenía razón. Yo no sabía nada.

—Y cuando me explicó lo que te había pasado (y que estabas un poco fastidiada), le dije a tu madre que no se preocupara. —Me sonrió con la misma ternura de siempre—. Le dije: «Esta chica lo va a superar. Estará bien. Se le ve en los ojos». ¿Y Alex? No sé yo... Es triste decirlo de tu propio hijo, pero... —Se encogió de

hombros—. Estoy preocupado por él.

Entendía a mi tío. Yo también me preocupaba por Alex.

—Y no es porque seas chica o seas la hija de Deb. —Sacudió la cabeza—. Deb era muy diferente a ti.

—Ya lo sé —dije. Intenté sacudirme la amargura de la voz. «Reina entre las ruinas». En la escuela están todos los trofeos que ganó; que tú y ella ganasteis. Están expuestos en el Pabellón A.

Me miró perplejo.

—¿Qué es el Pabellón A?

—Es... es igual. —Me imaginaba que Alex no le había explicado nada—. Han renovado el edificio desde que tú... te fuiste.

—Han renovado muchas cosas desde que yo me fui —dijo—. Pero no quería hablar de eso. Deb es... con ella, todo es tan fácil. Como ganar esos trofeos. Todos sabían que Deb era capaz de conseguirlo. No lo pensaron de mí. Y lo conseguí. —Se rio brevemente—. Lo que viene a demostrar que ganar trofeos en la escuela no es un buen indicador para la vida. —Desvió la mirada hacia las nubes rosáceas de la puesta de sol—. Nunca dejes que te llamen idiota. Ya sé que el camino no es fácil, igual que no ha sido fácil para tu madre. Quizá te tendrás que esforzar más que los demás y sé que no es justo. Pero eso no significa que te tengas que rendir. Porque de ser así, ¿dónde acabarás?

Me miró y se encogió de hombros.

—Mmm —dije—. ¿Encima de una bicicleta?

—Sí —respondió—. Encima de una bicicleta.

Estaba claro que la respuesta correcta era: «Viviendo con una señora que lleva una tienda que se llama Tejemanajes después de tirarte dieciséis años en la cárcel».

Ahora empezaba a entender lo que papá quería decir sobre el tío Chris y el reino de terror y venganza en el que se había instalado tras su salida de prisión. Se resumía en el típico «Mala hierba...». El tío Chris tenía muchas cosas que decir. Muchas más de las que me había imaginado.

—Me ha dicho tu madre que te diga que llegará un poco más tarde. Tenía que volver a la oficina para una reunión —dijo.

—Ah —respondí—. Bueno, yo también tengo otra reunión...

—Bueno —dijo—. Pues voy a seguir guardando los muebles detrás. Si quieres que te lleve en coche a la reunión...

—No, no. Estoy bien. Gracias. —Avancé con la bici hacia la entrada. Lo vi cabizbajo y añadí—: Podríamos empezar mañana con las clases de conducir.

Su cara se iluminó y enseguida supe que había hecho muy bien en decírselo.

—Genial —me respondió—. Qué bien. Así nos volvemos a ver mañana, Piercey.

Si hubiese sabido en ese momento cómo iba a acabar la noche, no le habría dicho adiós con la mano; no me habría dado media vuelta para abrir la puerta de la entrada ni habría empezado a pedalear. Habría anulado mi encuentro con el sacristán y no me

habría separado del tío Chris en toda la noche. Para que el mal no le alcanzara. Esa iba a ser mi nueva afición.

Pero en ese momento no sabía hasta qué punto se había acercado el cono de incertidumbre; hasta qué punto apuntaba directamente a Isla Huesos.

*Prosiguió entonces el afable maestro:
—Hijo mío, los que mueren sin aplacar la ira divina
vienen a este lugar desde todos los países de la tierra.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

El despacho del sacristán del cementerio —como él mismo me dijo— cerraba a las seis. Era bastante más tarde cuando llamé a la puerta.

—Llega tarde —gruñó Richard Smith mientras me abría—. Pero no esperaba menos. Pase.

Avancé un paso y me dejé envolver por el ambiente de ese despacho limpio inmaculado. Como el sol había empezado a escurrirse entre los árboles, el sacristán encendió un pequeño flexo de latón, el único elemento a tono con el carácter histórico del Cementerio de Isla Huesos, como rezaba una placa metálica en la puerta, según la cual el cementerio se había inaugurado hacía ciento cincuenta años —en 1847.

Supongo que era bastante sorprendente, porque el despacho formaba parte de una caseta peculiar, pintada de un blanco encalado con su verja, tejado de hojalata, porche y ventanas con postigos azul turquesa, con suelos originarios de pino.

Por dentro, sin embargo, estaba exactamente igual que hacía diez años, aunque Richard Smith no fuese el sacristán por aquel entonces: armarios con archivadores metálicos y estanterías con formularios desordenados y permisos para la venta e instalación de tumbas.

A eso se dedican los sacristanes de los cementerios, se supone. Supervisan los entierros, no se preocupan por la decoración interior.

—Bueno, no se quede ahí —gruñó Richard Smith, cerrando la puerta con llave—. Siéntese.

Señaló hacia una de las sillas de piel sintética enfrente del amplio escritorio de madera. Eran un poco distintas a las de la última vez, pero no mucho. No me había llegado a sentar en ninguna; la abuela me había hecho salir antes rápidamente. Eran cómodas, pero yo no paraba de menearme.

John me había dicho que no volviera al cementerio. «No te conviene pasearte por aquí», habían sido sus palabras exactas. «A no ser que quieras acabar muerta. Esta vez para siempre».

Aquí estaba: otra vez en el cementerio. Al menos, en el despacho del sacristán. ¿Iba a acabar muerta solo por hacerle una visita?

No lo veía nada justo.

El señor Smith debió de oler mi nerviosismo, porque me hizo sentar en una silla chirriante de oficina y regresó a lo que estaba haciendo con una sorprendente celeridad. Sacó mi collar de un cajón alto y lo plantó encima del tapete verde oscuro de su mesa de trabajo.

—¿Le suena? —me preguntó, escudriñándome por encima de la montura de sus gafitas.

Había estado pensando cómo iba a tomarme lo que me dijera y decidí que, como en su día declaré ante la policía después de lo que había pasado con el señor Mueller, la negación era siempre la mejor alternativa.

Pero se volvió muy difícil —el tapete de piel verde oscuro ensalzaba los rasgos de la piedra; su cadena de oro resplandeciente, el gris tormenta del diamante. ¿Estaba más claro en el centro que lo habitual o era efecto de la luz?— no cogerlo y largarme. ¿Qué haría él? No podría seguirme. Era un hombre mayor, más que el joyero. Probablemente había tenido el ataque de corazón sin que John tuviese nada que ver.

Pero no podía hacer eso. A él, no. Y tenía motivos. No había sido nada agradable, ni conmigo ni con mi madre.

Negar lo todo. Era la mejor salida.

—No —dije, desviando la mirada del collar y mirándole a los ojos. No era un efecto de la luz. La piedra estaba más blanca en el centro. Algo raro estaba pasando—. Nunca he visto algo así en mi vida.

—Sabía que lo diría —dijo Richard Smith, sonriendo—. Lo que es interesante es que yo sí lo he visto antes.

El corazón me empezó a latir con fuerza. Qué bien. Otro más. Lo mismo que me había dicho el joyero. ¿Por qué me metía en estos líos? Y yo solita: me embarraba de lleno, con mis propios pies —o ruedas.

—... Aunque no en la realidad, por supuesto —continuó—. Solo en retablos de artistas. Le explico: cuando tengo tiempo libre y no tengo que tramitar formularios de reserva de tumbas o ir detrás de idiotas adolescentes como usted, que faltan el respeto a las tumbas centenarias, normalmente leo. Leo bastante sobre deidades de la muerte... los que conducen a los que acaban de morir al Más Allá —matizó, supongo, para que una adolescente idiota como yo acabase de entender el término.

Pero a él se le escapaba, cómo no, que yo había vivido una experiencia cercana a la muerte y por tanto me sonaba bastante.

—Mi compañero también piensa que estoy un poco loco —dijo, encogiéndose de hombros—. Y a lo mejor es cierto que me llevo el trabajo a casa, pero es que yo no encuentro normal el miedo que tiene nuestra cultura a la muerte, porque forma parte del ciclo de la vida. No digo que no debamos disfrutar de la vida al máximo, desde luego yo lo intento, pero la reacción de la gente en las fiestas es digna de ver. Cuando me preguntan a qué me dedico, salen pitando.

—¿Ah, sí? —respondí, manteniéndome educada.

Entendía la reacción de la gente y, no por ser crítica, pero seguro que a su

compañero le iba esa rareza. Pero vamos, yo tampoco era el mejor ejemplo para hablar de eso.

—Así que ya ve —continuó Richard Smith—, por eso, cuando me he tropezado con esto —le dio unos golpecitos al collar— en el cementerio esta mañana, no solo sabía exactamente qué tenía delante, sino que estaba seguro de que era imposible que lo hubiese dejado tirado cualquier turista que se pasea por ahí haciendo fotos antes de volver al crucero. Y cuando he visto esto enganchado —acarició un mechón de pelo extendido sobre el tapete de su escritorio. Se notaba que lo había separado con cuidado del nudo enredado en la cadena—, pensé: ¿a quién he visto en el cementerio últimamente con un pelo así, que ha llegado a tener un objeto tan singular? No puede ser esa jovencita que veo aquí casi a diario y que no solo hace caso omiso a mi apercibimiento de que, por favor, no use este espacio íntimo como lugar de ocio, sino que además lleva una cadena de oro en el cuello. ¿Será ella?

Me daba cuenta de que lo había tenido en poca consideración durante el rato que habíamos compartido en Nuevos Horizontes. Las borlas y el corbatín eran una mera fachada.

Ese tipo era hábil. Hábil de verdad.

—Nunca he visto este collar en mi vida —dije.

Esta era mi historia y, de momento, no me salía del guion.

Me sonrió y continuó como si no hubiese oído nada.

—Me imaginé que sería lo primero que diría, después de semejante acto de vandalismo, una jovencita como usted, que se mete en este recinto, sin consideración ninguna por el prójimo, como si estuviese completando el Tour de Francia. Así que, como no podía ser de otra manera, me acerqué al lugar donde se había cometido el acto vandálico y fíjese usted por dónde qué me encuentro al lado de la puerta.

Sujetó en el aire otro trozo de mechón negro y largo. Lo extendió al lado de los otros que había separado del nudo de pelo del collar.

—Mismo color, misma longitud. —Lo sostuvo en el aire y cerró un ojo, como si lo estuviese midiendo y comparando con la melena que caía sobre mis hombros—. Yo diría que encajan.

Era imposible saber a ciencia cierta si se lo había encontrado o no al lado de la puerta. No había manera de saber si todo eso era verdad o si estaba montando una película para forzarme a explotar y acabar admitiendo que había estado en el cementerio la noche anterior.

De repente, me sentí frágil, como si me fuese a desmayar en cualquier momento.

«Por favor, no la lées», me había suplicado mamá. No con palabras, sino con su mirada. Y la estaba liando. La estaba liando muy gorda.

¿Por qué?, me pregunté. ¿Por qué no empezaba a ver en rojo, justo cuando más lo necesitaba? ¿Qué me estaba pasando? Ese tío no era de fiar. Era lo que papá llamaría un pirado.

Quizá ahí estaba la clave. Era un pirado. No tuve la sensación de que quisiera

hacerme daño.

Pero ¿qué quería, entonces?

—Eso... no demuestra nada —musité, después de vacilar un rato.

—No —concluyó, recogiendo el pelo, guardándolo en el cajón del escritorio y cerrándolo con llave. «Se guarda pruebas para más tarde», pensé sombríamente—. Es verdad. Solo lo he comentado porque me sorprendió mucho verla. De tanta gente... la nieta de Carlos Cabrero implicada en una travesura tan... turbia. Habría jurado que usted se mantendría alejada de los problemas, también por el bien de su tío.

No, por Dios. Ahora el tío Chris. Era un tío hábil de verdad.

—Yo no —respondí, con ojos empañados—. Yo no me meto en líos.

Para eso me había dado el collar John.

Y mira lo que había pasado. ¿Por qué me lo había tirado?

«No te conviene pasearte por aquí».

—Bueno —dijo Richard Smith con gesto de sorpresa, quizá por mis lágrimas—, pues tiene usted una manera muy peculiar de no meterse en líos. Dígame entonces, ¿quién le ha regalado este collar?

Bajé la vista para mirarlo. No era su luz. No era mi imaginación. El diamante ya no estaba gris; estaba blanco. Blanco.

Fuera del despacho, el día se tornaba de un color justamente contrario. Negro como la noche. Se oyó el retumbar de un trueno. Sonaba lejos, pero nos advertía su presencia. Quizá eran las bandas nubosas que decía el tío Chris. Estaban avanzando a una velocidad de vértigo, teniendo en cuenta que, de momento, estábamos bajo aviso.

Sacudí la cabeza.

—No puedo decírtelo —respondí. Era difícil hablar cuando las lágrimas me salpicaban la nariz—. No puedo. Me gustaría. Pareces un buen hombre. Y... —No dejaba de pensar en lo que le había pasado al joyero. Descartaba que John volviese a aparecer. Nunca más. Pero tenía reservas—. No puedo.

El señor Smith frunció el ceño, claramente frustrado conmigo.

—Señorita Oliviera —insistió—. ¿Se da usted cuenta de que este collar es robado? No solo robado, sino maldito.

Me quedé sin aliento. Tampoco era tan sorprendente. Era muy propio de John regalarme un collar robado y maldito.

—Es bastante conocido en algunos círculos —explicó—. Bueno, el mío, sin ir más lejos. La leyenda dice que fue Hades, el dios griego de los muertos, quien extrajo la piedra de la Tierra y se la dio a Perséfone, su consorte, para protegerla de los Furias...

Se me puso la piel de gallina. Menos mal que el sacristán Smith no estaba tan cerca de mí para darse cuenta.

Los Furias. John me había hablado de ellos.

—En tanto dios de la muerte, Hades se ganaba la antipatía de todas aquellas almas que no estaban de acuerdo con el destino que les había tocado en el Más Allá.

—El señor Smith continuaba hablando, sin hacer caso de mi intranquilidad—. Los Furias (así se llamaban los que se oponían a él. Hay bastante discrepancia entre las diferentes versiones, pero yo apoyo esta) se hacían con todas las triquiñuelas posibles para extender su ofensiva y por eso Hades tuvo que asegurarse una manera de proteger a su consorte, o en teoría... ¿Está usted bien, señorita Oliviera?

Pensé que iba a vomitar el batido-cola. No dejaba de pensar en toda esa gente aguardando para subir al otro barco... al que, según John, yo no quería subir. ¿Se habrían convertido todos en Furias?

Algo me decía que sí.

—No —respondí. A lo lejos, el resplandor de un relámpago irradió tal claridad que me hizo pegar un salto—. Me tengo que ir. He venido en bici. Me tengo que ir antes de que se ponga a llover. Y...

—No se preocupe, ya la acerco yo. —El señor Smith fue a coger un libro muy grande que descansaba en una estantería de detrás—. Personalmente, nunca he sido muy entusiasta del mito de Hades y Perséfone. Tanto drama, cuando él la secuestra de esa manera tan desagradable y la obliga a vivir con él en los infiernos contra su voluntad, y entonces la madre de Perséfone tiene que intervenir... Nunca me han gustado las historias con madres que se meten en medio. Dejen a los niños crecer y espabilarse, eso es lo que yo siempre digo. Pero no me quiero desviar del tema. Por eso lo llaman así a este diamante. El diamante de Perséfone. Aquí lo tienes.

Me mostró la ilustración.

—María Antonieta, en todo su esplendor, llevó tu diamante. Su marido, el rey Luis XVI, se lo regaló. No tengo ni idea de cómo llegó a conseguirlo. Supuestamente, los Furias tienen el poder de poseer a cualquier humano (o sea, cualquier humano lo bastante débil para poder doblegar su carácter), así que a lo mejor un Furia poseyó al rey, o a la reina, o a quien le diese el collar, con la intención de empezar a causar daño. Mala suerte para ellos, fuese cual fuese la circunstancia. Este retrato representa a María Antonieta con la piedra. Fue la única vez que pudo llevarla antes de que el campesinado se sublevara contra ella y su marido y los ejecutaran por traición y crimen contra el Estado. ¿Te han hablado de la Revolución Francesa en clase?

Contemplé la fotografía. Era una reproducción de un retrato de María Antonieta, la reina desgraciada de Francia. Parecía increíble porque llevaba un vestido que recordaba a la toga con la que Perséfone, mujer de Hades a su pesar, aparecía siempre pintada en las tinajas antiguas. También tenía hojas de parra cosidas encima de su enorme peluca empolvada. Eran hojas doradas, o algo así.

De su cuello —ese fino cuello que en breve sería cortado en dos por *Madame Guillotine*— colgaba mi diamante y, en lugar de una cadena de oro, llevaba una gargantilla verde de terciopelo.

John me había dicho que habían muerto hombres por el collar que me había dado. Resultó que no solo hombres.

¿Lo sabía? ¿Conocía su «origen sangriento», como el joyero había dicho?

Claro que sí. Lo tenía que saber.

Y me lo había dado igualmente. Me había dicho que era para protegerme...

Pues había protegido mucho a María Antonieta.

No paraba de temblar. Me había dejado la chaqueta de punto en casa. Me arrepentía de no haberla llevado en la cesta.

Pero ¿cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a imaginarme que acabaría oyendo... bueno, eso?

El sacristán no parecía darse cuenta de lo mal que me estaba sintiendo. Seguía contando su tétrica historia con regocijo.

—Después del arresto de la reina, el diamante desapareció —dijo, cerrando el libro— junto con todas las joyas reales. Hasta que, por pura casualidad, volvió a aparecer cincuenta años más tarde, en el cargamento de un buque mercante que atracó aquí, en el muelle de Isla Huesos, el once de octubre de 1846. Y esa es la última vez que fue visto (el collar y todos los tripulantes). Ese buque se hundió, junto con todos los barcos que estaban atracados en el puerto ese día, como consecuencia de un huracán de categoría cinco que emergió de la nada. Se ahogaron miles de personas y acabaron destrozados todos los barcos y edificios de la isla, incluido el hospital y el faro. No había lugar donde atender a los heridos y se anularon las comunicaciones por mar, así que tampoco se pudo pedir ayuda. Arrastró, además —continuó—, todas las tumbas de este mismo cementerio y las desplazó hacia el mar, con lo que no hubo lugar para enterrar a los muertos. —Sacudió la cabeza—. Debió de ser un caos total, con la plaga de mosquitos y el cólera.

Creo que hice un ruido con la garganta (como si me estuviera asfixiando) que Richard Smith entendió como descrédito.

—Ah, pues sí. Por eso ahora metemos los nichos en pequeños mausoleos, ya sabes. Tendrían que haberlo sabido ya, sobre todo teniendo en cuenta lo que los conquistadores españoles encontraron aquí trescientos años antes cuando llegaron... —Se encogió de hombros, solemne—. Hay gente que prefiere hacer oídos sordos a la historia.

Ya no tenía sensación de mareo. Ya no tenía frío. Estaba sintiendo... nada.

—Interesante, la historia de este huracán —continuó el sacristán—. Fue el más devastador que se recuerda en toda la historia de Isla Huesos. Alguien más supersticioso que yo diría que es como si alguien no quisiera sacar ese diamante del barco (un mal *juju*, como diría mi compañero). Porque no fue posible, ya sabes. Se hundió en el fondo del mar junto con todo el cargamento y nunca lo volvieron a ver... la empresa del barco contrató a unos desvalijadores para intentar salvarlo y buscaron durante meses y meses, incluso años, en aguas poco profundas, de tan solo tres metros. Nunca dieron con él. ¿Es ahí donde lo ha encontrado? —Su mirada se volvió severa por encima de la montura de sus gafas—. ¿Se lo ha conseguido un expoliador? Porque hoy en día a esto no se le llama expolio o búsqueda de tesoros, o lo que sea que te haya dicho la persona que te lo ha dado. Se llama violación del

fondo marino arqueológico y destrucción del patrimonio cultural submarino y eso, como la profanación de tumbas, es ilegal.

Sacudí la cabeza, incapaz de entender. ¿De qué estaba hablando?

—No —contesté. El corazón me latía con más fuerza que los truenos—. No, claro que no. No tiene nada que ver con eso...

«Pensé en ti en cuanto lo vi», dijo John cuando me regaló el collar. «Solo que nunca pensé... nunca pensé que resultarías ser tú, o que querrías venir conmigo».

¿Había tenido que hacer eso para conseguirlo? ¿Provocar un terrible huracán que había matado a tantas personas y había hundido tantos barcos, para luego buscar su recompensa en el fondo del mar?

Era imposible.

Pero nada de lo que él hacía era posible.

—Sea quien sea quien se lo ha dado —gruñó el señor Smith, levantando el collar en el aire y examinándolo de cerca, a la luz—, ha tenido acceso a un objeto que arranca de la época de María Antonieta. Y de una manera que, si quiero ser benevolente, diría que es bastante frívola.

—Ya se lo he dicho —repetí—. Yo no...

—¿No? —respondió, mirando hacia el techo—. ¿No sabe nada de él? Bueno, pues es una pieza única. ¿Ve cómo cada punta forma una pequeña floritura en esta parte de arriba del diamante? Es muy bonito. Poco común. ¿Sabe lo que representan estas cinco puntas? —No quiso esperar a mi respuesta—. Los ríos —dijo—. Cinco en total. Ahora, piense en un lugar que tiene cinco ríos. Venga, piense.

—No lo sé. Soy muy mala con la geografía. —Y con todas las asignaturas que no tuvieran que ver con vengar la muerte de Hannah Chang—. Mire, es que de verdad...

—Es muy fácil. —Cogió un lápiz y señaló la primera punta—. Pena. —Señaló la segunda—. Lamento. —Señaló la tercera—. Fuego. —La cuarta—. Olvido. —La quinta—. Odio.

Estalló otro trueno. Teníamos la tormenta muy cerca, casi encima de nuestras cabezas.

—Los cinco ríos del Inframundo —dijo Richard Smith, contagiado de euforia. Los marcó con los dedos—. Aqueronte, Cocito, Flegetonte, Lete y Estigia. Por Dios santo, chica. —Se reclinó en la silla y me miró—. ¿No enseñan nada hoy en día en el colegio? El Inframundo.

Me sentía como si me hubiese atropellado un coche.

No sabía nada. Tendría que saberlo. Había estado conmigo todo el tiempo, justo ahí, en mi cuello.

No sabía por qué no lo había visto antes. Los psicólogos se habían empeñado en decírmelo: se supone que tenía la cabeza llena de historias que había visto por la tele. ¿Acaso no había estudiado mitología griega en el colegio?

Por supuesto que sí.

Pero, cuando no me interesaba algo, no hacía ni caso, incluso antes del accidente.

Era una cosa que había heredado de mis padres, aunque nunca dije nada, porque sabía que se echarían la culpa uno a otro. Tú tienes la culpa, por las espátulas rosadas. Tú tienes la culpa, por las estrellas ninja. ¿A quién le importaban los mitos? Todos esos nombres raros de gente alcanzada por arcos en el talón de Aquiles y chicas arrastradas al Inframundo. Era raro y complicado y no tenía nada que ver con la realidad.

Igualmente... había algo que seguía sin encajar.

—Pero —pestañee—, no había ríos cuando estuve allí. Solo un lago.

Ahora me estaba mirando él a mí. No me extrañaba, claro.

—¿Cuándo ha estado ahí? —El señor Smith se quitó las gafas—. ¿Qué quiere decir, «cuando estuve allí»?

Estaba tan cansada de tener que fingir. Era agotador, intentar sentirme aceptada, intentar parecer «normal». Me daba lo mismo si la palabra era o no terapéuticamente beneficiosa.

—Este collar... —dije, rozándolo.

La piedra era caliente y suave, como siempre.

Pero ahora que sabía que miles de personas habían muerto por él —que una reina había sido decapitada indirectamente por él—, no lo sentía tan cerca como antes.

—... protege del mal a quien lo lleva —concluí.

—Bueno —dijo Richard Smith, agitando las pestañas. Por primera vez, no parecía tan pagado de sí mismo—. Sí, eso es lo que dice la leyenda. Por eso Hades lo mandó hacer y, si alguien que no sea un consorte escogido por el dios de la muerte se atreve a poseerlo... —Se encogió de hombros, se frotó los ojos y se volvió a poner las gafas—, bien, nada bueno le pasará, obviamente. Pero estamos hablando de una historia. ¿Qué ha querido decir cuando ha dicho...?

—No me explicó esa parte —musité, mirando por encima de mi hombro, hacia la ventana—. No me dijo que me perseguirían los espíritus malignos. No me dijo que era uno de ellos. O quizá sí. Yo no paraba de llorar...

Me levanté de la silla, aturdida, y caminé hacia la ventana. Se podía contemplar la calle desde el despacho del sacristán, pero la ventana también daba a la esquina del cementerio donde se erguía la acacia roja, con sus ramas negras retorcidas extendiéndose por encima del mausoleo de los Hayden.

No sé qué es lo que esperaba ver. ¿A él? Como si tuviese alguna posibilidad, justamente al lado del mausoleo donde él había tirado el collar que él mismo me había regalado (para devolvérmelo, se supone). Como si fuese a aparecer al lado de la puerta que había destrozado, después de decirme que me fuera (porque lo acababa de llamar gilipollas).

No sabía si quería verlo o si tenía miedo de verlo.

No tenía motivos para preocuparme. El cementerio, como la calle, estaba desierto. Todos evitaban la tormenta.

Igual que él intentaba evitarme. O yo ya no le importaba.

—Señorita Oliviera —dijo el sacristán, detrás de mí—. No estoy entendiendo nada. ¿Quién es él? ¿Qué quiere decir cuando dice que estuvo allí?

—No importa. —Me eché a reír. No daba crédito a lo que estaba pasando—. Le tiré una taza de té en la cara.

Oí un crujido y supe que se había levantado de la silla.

—Espere —me dijo—. ¿Me está diciendo que usted...?

—¿Qué quiere? —Me di la vuelta.

No sé por qué me estaba descargando con él. No tenía la culpa, pobre hombre. Creo que fue al acercarme a la ventana y ver que no estaba y darme cuenta de que ya no estaría y que no iba a volver nunca más y que, después de todo por lo que había pasado, después de todo lo que había tenido que escuchar, cuando se supone que debía de sentirme aliviada al comprobar que no estaba allí, lo que en realidad sentí fue decepción.

Nuevos Horizontes ya no era mi sitio. Tenía que regresar a la guardería.

—¿Qué quiere usted de mí al darme todos esos datos misteriosos e intentando intimidarme? —estallé—. ¿Es por dinero, para reparar la puñetera puerta? Pues vale. Le diré a mi padre que la pague. Pero no lo vaya divulgando. Mi madre quiere que las cosas nos vayan bien.

Me dirigí hacia el escritorio y le arranqué el collar de las manos. Nada más hacerlo, me sentí mejor. Aliviada.

Tendría que haber sido la parte más difícil.

—Y le he mentado —añadí—. Es mío, así que me lo llevo. Y me da lo mismo que esté maldito. Pues eso. —Lo miré a los ojos—. ¿Cuánto?

Estaba sorprendido. Más que sorprendido.

Estaba espantado.

—¿Dinero? —se limitó a repetir—. No quiero dinero de usted, señorita. El dinero no tiene nada que ver con esto.

Lo miré llena de confusión.

—Pero si no quiere dinero —contesté—, ¿qué quiere de mí?

—Para empezar, la verdad. —Me miró de soslayo y dirigió la vista hacia la ventana desde donde me había asomado—. ¿Cuánto hace que conoce a John?

¿No oyes su angustioso llanto?
¿No ves la muerte que le amenaza luchando con este torrente,
más formidable que el mismo mar?

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto II

—¿Y o? —Lo miré fijamente—. ¿Y usted? ¿Conoce a John?

Entonces me di cuenta de lo que acababa de hacer. Acababa de admitir ante él la existencia de John.

Pero... ¿no acababa de admitir él mismo la existencia de John ante mí?

—Pues claro que sí —respondió Richard Smith, mirándome como si fuese un poco cortita—. No tan bien como usted, evidentemente. En ese momento, cuando fallecí, no fui al Más Allá.

Las rodillas me empezaron a fallar. Corrí hacia la silla y me dejé caer, apretando el collar contra mi pecho.

—Usted ha...

—Sí, sí —respondió, dándose golpecitos impacientes en el pecho—. Ataque al corazón. Me pusieron un *bypass*. Empecé a ver una luz.

Se volvió a sentar y me lanzó una mirada completamente distinta a las anteriores. Esta vez parecía... un poco impresionado. Como si ya no fuera la «idiota adolescente» de antes.

Por otra parte, también tocaba admitirlo: lo había parecido. Pero había circunstancias atenuantes.

—¿Y usted, señorita Oliviera? ¿Cómo falleció?

Su mirada era afable.

—Me tropecé y me di un golpe en la cabeza —respondí—. Y me ahogué. Pero entré en hipotermia —añadí, porque odiaba tanto la forma en que había muerto... Sonaba tan absurdo. Sobre todo si comentaba el tema del pájaro.

Asintió.

—Claro, así pudieron reanimarla. —Manoseó las gafas, limpiando las lentes con un trapito que había estado encima de la mesa y volviéndoselas a poner. Me observó otra vez—. ¿Ha dicho algo de... tirarle el té a la cara?

Miré al suelo.

—Sí, así es como... bueno, así escapé.

—Ya —respondió, en tono totalmente neutro—. Y de esto hace... ¿un año y medio?

Lo volví a mirar, sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—Ah, solo lo he pensado —dijo, mirando hacia la distancia—. Eso explicaría muchas cosas, nada más.

—Qué cosas.

No lo entendía.

—No importa —respondió, volviéndome a mirar—. Bueno. —Se echó hacia delante, haciendo crujir la silla—. Explíqueme qué ha pasado con el collar. Si no quiere, lo entenderé. Se lo preguntaré yo mismo a él, aunque... últimamente no ha estado muy comunicativo. —De repente, forzó una sonrisa delirante, mirándome con ojos vidriosos detrás de sus lentes—. Ahora ya sé el porqué, claro. Estará usted de acuerdo conmigo en que John tiene sus rachas.

Negué con la cabeza, sin poder creer lo que estaba oyendo. Llevaba tanto tiempo intentando explicarle a la gente que John era real y nadie me había creído. Y ahora, sentado frente a mí, tenía a alguien que no solo creía que era real, sino que además lo había visto —había hablado con él, seguramente.

Y, por lo que parecía, no pensaba que fuese un monstruo. Lo llamaba por su nombre de pila. John. Sencillamente... John. «John tiene sus rachas».

No estaba loca. Nunca había estado loca.

—No lo entiendo —dije—. ¿Usted habla con él? Habla con él. Tienen... conversaciones.

Necesitaba una soda, un café, mis pastillas, bajar una colina con la bici, algo. No podía procesar tanta información. La imagen de John sentado en ese despacho, en esa silla, hablando con ese hombre, no pegaba.

—Bueno —respondió Richard Smith, reclinándose en la silla, pensativo—. No muy a menudo, pero de vez en cuando. Me lo encuentro ahí y charlamos. No es un chico fácil. A veces es un poco... ¿cómo lo llaman ahora los jóvenes? Ah, sí: neuras.

¿Neuras? ¿Apareciendo de la nada e intentando asesinar al primero que me toca? «Neuras» era una manera muy suave de decirlo.

—Pero cuento con la ventaja de haber experimentado antes la muerte, con predecesores en la misma posición que no han corrido la misma suerte, aunque dejaron claras algunas advertencias sobre los cambios de humor de John —explicaba el sacristán—. Así que no le tengo miedo ni a la muerte ni a las cosas que vienen con ella, como John.

Puse los ojos como platos. La revelación de que Richard Smith no tuviese miedo a John, ni al lugar de donde venía, se abalanzó sobre mí con la contundencia de un golpe seco.

—Y tengo que reconocer que algunas advertencias tienen su justificación —continuó—. Y él es, por supuesto, un joven bastante atormentado. ¿Cómo no va a ser así, estando en su posición? Pero los rumores sobre él, la culpa que todo el mundo le echa, se han descontrolado. Lo del vandalismo, por ejemplo...

—¿Se está riendo de mí? —Lo miré, perpleja—. ¿Está hablando de la puerta? Porque fue él. Yo estaba allí. Fue él, clarísimo.

Levantó las cejas.

—Bueno, está claro que él no es responsable de todas las muertes misteriosas de mis antecesores...

Sacudí la cabeza.

—Le voy a hacer una pregunta. Esa gente que murió, ¿eran escoria y merecían morir? Porque si es así, está claro que él es el culpable.

El sacristán estaba negando con la cabeza.

—Pero...

—¿Pero qué le pasa a usted? —estallé—. ¿Es que no oye los truenos? ¡Es él!

Contuvo su respuesta y me miró.

—Él no puede controlar el tiempo.

—Muy bien. —Este hombre vivía en su mundo—. Vale, no puede. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Estaba aquí cuando se produjo lo del gran huracán que me ha explicado, cuando desapareció el collar?

El sacristán abrió los ojos.

—Es una deidad de la muerte, señorita Oliviera. No es un asesino, ni el hombre del tiempo. Ya debería saberlo.

No me pareció que conociera muy bien a John, pero no dije nada para corregirle.

—Por lo que he sabido —continuó—, John apareció por primera vez en esta isla durante el Gran Huracán de 1846... al menos, se le vio por primera vez en esa fecha. —Debí de poner cara de sorprendida, por lo que dijo a continuación—. Sí, otra gente lo ha visto también. No solo los sacristanes. Aunque la mayoría de las visiones han sido por aquí. ¿Por qué cree usted que hemos ahorrado tanto en cámaras de seguridad? Porque en toda Isla Huesos nadie se atreve a venir por aquí de noche, para no encontrárselo. —Su rostro se ensombreció—. Sin tener en cuenta, claro, a las adolescentes que no han aprendido la lección, sobre todo cuando se acerca La Noche del Ataúd.

Sacudí la cabeza.

—¿De qué va eso? ¿Tiene algo que ver con John, también?

—Por supuesto que sí —respondió. El despacho estaba envuelto en la oscuridad y apenas veía la cara del sacristán entre las sombras. Afuera, el viento se había calmado. Era una peligrosa serenidad, la que siempre precedía a las violentas ráfagas—. Pero hace tanto tiempo que pasó, que nadie recuerda la historia o la recuerda solo parcialmente. En la memoria solo ha quedado la anécdota de construir un féretro y esconderlo... Naturalmente el hecho de esconderlo es simbólico. Representa el entierro.

—Pero ¿por qué? No veo el sentido.

—Pues tiene sentido —contestó—. Porque ninguna vida, si la persona ha sido decente, tendría que caer en el olvido. Por ejemplo, en el caso de un soldado que ha

sido traicionado por los que creía sus amigos y tiran su cuerpo por la borda y queda a merced del mar. Su familia siempre se preguntará qué ha pasado con él; nunca sabrá si está vivo, si está bien... ese tipo de infiernos.

Lo miré, pestañeando, transportándome con la mente, sin saber por qué, a aquellos momentos en el fondo de la piscina en el jardín de la casa de Connecticut, cuando yacía ahí abajo mirando las borlas de mi bufanda. Abandonada. Así es cómo me sentía, aunque nadie me hubiese traicionado ni asesinado. Mi muerte había sido culpa mía; de nadie más.

—¿Eso es lo que le pasó a él? —pregunté, sintiendo una súbita congoja en mi voz.

Aunque no me importaba lo que le pasase a John, no me gustaba pensar en lo que le había pasado. Tendría que haber sido espantoso, acabar arrojado al mar. Había sido mucho más agradable caer en mi piscina; al menos mi madre había sabido dónde encontrarme.

«¿Te crees que me gusta hacer esto?», me había preguntado John ese día en su habitación, con voz áspera. «¿Te crees que no me gustaría irme de aquí y ver a mi madre?».

Creo que el corazón se me rompió un poco allí, en el despacho del sacristán.

No sabía nada hasta el momento. No había entendido lo que John me dijo.

Ahora sí.

El sacristán se recostó bruscamente contra la silla, haciéndola crujir con fuerza. Se había acabado el momento —fuese cual fuese. No iba a explicarme nada más sobre la muerte de John, si era eso de lo que había estado hablando.

—Como siempre —dijo, regresando a la formalidad—, las historias se diluyen. Aunque, quizá en este caso, es lo mejor que podría haber pasado. Porque a veces, cuando la gente conoce una historia de verdad, sencillamente no puede aceptarla. Despierta demasiados miedos. Y entonces se convierte en una cosa llamada La Noche del Ataúd, con partidos de fútbol y hogueras que no tienen nada que ver con rendir tributo a una muerte. Pero sigo con la curiosidad de saber —añadió— qué le pasó a usted después de morir, señorita Oliviera. ¿Fue cuando John le dio el collar?

Me ruboricé por alguna razón que desconocía.

—Cuando fallecí... lo que pasó... fue que... —Sacudí la cabeza. No podía. Ahora que por fin había encontrado a alguien con quien hablar, las palabras no me salían. Nunca sería capaz de describirle a ese anciano lo que era el Inframundo, cómo me había sentido allí—. Nada que ver con los libros —acerté a decir, por fin—. Tuve que salir huyendo. No me quedó otra.

El señor Smith arqueó las cejas.

—Ya veo —respondió—. Pero antes de nada, ¿él le dio esto? —Señaló hacia el collar que guardaba en mis manos—. ¿Regresó usted con la piedra?

Seguía demasiado avergonzada por lo que había hecho entonces para mirarle a los ojos. Miré fijamente la piedra, que parecía responder con un parpadeo, blanca como

la camisa del señor Smith.

—Sí —dije—. Le había conocido antes, aquí, el día del funeral de mi abuelo, cuando yo tenía siete años. Fue muy... simpático conmigo ese día. Tenía quince años cuando fallecí, y entonces lo volví a ver. Ese día ya no fue tan simpático, al menos a primera vista. Solo lo he visto un par de veces desde aquella vez. Una de ellas, la pasada noche. —De repente, me di cuenta de que me había destrozado la manicura de regreso al colegio con la manía de arrancármela mientras hablaba con él. Las peladuras de pintura quedaron esparcidas por el suelo de madera. Genial—. John... me asusta —me escuché a mí misma admitir—. Es un poco... bruto. Y no sabía el porqué, pero ahora, gracias a usted, me he formado una imagen mejor. Me gustaría ayudarlo, pero no me dejará...

El señor Smith respondió con un silbido de sorna.

—Ah, no. Su ayuda es lo último que querrá.

Levanté las manos con resignación.

—Entonces, no sé qué hacer. ¿También a usted le asusta?

—Bueno, un poco al principio. Desventajas de trabajar en un cementerio, supongo, que uno ve muchas cosas que dan miedo. Pero... —Richard Smith se encogió de hombros— usted sabe por qué la llaman «isla de los huesos», ¿no? Qué mejor lugar para entrar en el Inframundo que una localidad que es un vertedero de muertos...

Levanté la vista hacia él, sintiendo el incontrolable latido de mi corazón.

—¿Eso es Isla Huesos?

—Pues claro que sí, señorita Oliviera —respondió, con una amplia sonrisa—. ¿Qué se pensaba? Así es normal que se necesite tener un guardián de los muertos. Es normal que dé miedo alguien con un trabajo así.

—¿Y él se dedica a eso? —pregunté, pensando en el nombre que había visto escrito en el mausoleo cuando me lo encontré ahí por segunda vez. No quería preguntárselo, pero ahora, que ya sabía sobre la existencia del collar, no me quedaba otra opción—. ¿Él es... Hades?

Se empezaron a oír las primeras gotas de lluvia, repicando en el tejado de hojalata. Suaves al principio, se volvieron rápidamente virulentas. Como balas.

—Claro que no. —El anciano parecía sorprendido—. Hades fue un dios y John Hayden no es ningún dios. Nació como hombre y vivió como hombre y murió como ser humano y en ese momento fue cuando pasó a convertirse en lo que tú y yo conocemos... amo del Inframundo.

—¿Pasó a ocupar el sitio de Hades cuando él... se retiró? —pregunté, todavía sin entender.

El señor Smith sacudió la cabeza.

—No, no —respondió—. Por lo que he llegado a saber (y, por favor, entiéndame, usted es la única persona que he conocido aparte de John que ha estado allí), John no es el Inframundo. No me creo que solo haya un Inframundo. Sería un gran honor para

nuestra pequeña isla, pero digo yo que, desde los tiempos de Homero, se ha producido una explosión de población bastante interesante, ¿no le parece?

Lo miré fijamente.

—No entiendo nada de lo que usted ha dicho. —Exceptuando que John no era Hades, lo que era un alivio, en principio. Seguía sin entender qué era él, exactamente —. ¿Quién es Homero?

Suspiró como si le hubiese caído la condena de tener que aguantar la ineptitud de semejante colegiala de tres al cuarto y volvió a meter la cabeza entre las páginas del libro sobre deidades de la muerte. Me enseñó una ristra de ilustraciones a todo color, que representaban el infierno en diferentes maneras, según me pareció entender. Supuse que, para él, eran imágenes alegres y placenteras.

—Escuche —prosiguió Richard Smith, obviamente intentando armarse de paciencia—. En realidad es bastante sencillo. Cada cultura, cada religión del mundo elabora su propia mitología sobre lo que cree que es el Inframundo en relación con las almas de los que acaban de morir antes de irse al Más Allá, desde los aztecas a los griegos pasando por los musulmanes o los cristianos. Hay docenas, cientos de concepciones del Inframundo. Son como... la fábrica procesadora de almas de los muertos, que despieza y descarta, antes de que lleguen a su destino final. Y este pequeño cementerio de aquí resulta que es el centro de una de ellas. Su abuelo y yo, que compartíamos el interés por esta materia, estudiamos el tema profusamente...

Desconcertada, le interrumpí.

—¿Mi abuelo conocía a John? Creía que me había dicho que solo jugaban a la petanca juntos.

Pareció un poco avergonzado consigo mismo.

—¿Se refiere a lo que he dicho hoy en el instituto? Bueno, era una pequeña historieta. Y no, su abuelo nunca conoció a John, aunque sí supo de él, por supuesto. La persona que ocupaba mi puesto antes... —se aclaró la voz— digamos que tenía unas visiones sobre el Más Allá un poco estrechas. No se imagina lo rígida que es alguna gente con un joven que es capaz de atravesar un plano astral y estar en la Tierra, y que ha venido haciendo esto de manera muy serena durante siglo y medio...

Entendía «lo rígida» que podía ser toda esa gente. Como mi padre, por ejemplo, motivo por el cual no se me había ocurrido ni mencionárselo.

—Mi abuelo —contesté, intentando guiarle de nuevo hacia el tema de conversación.

—Ah —dijo—. Ah, sí, lo que estaba diciendo. No supimos mucho de John esos días. No tuve oportunidad de conocerlo hasta que no empecé aquí, y en ese momento su abuelo, por desgracia, ya había fallecido. En cuanto a la petanca, su abuelo nunca quiso que su abuela se enterara de que él era miembro de nuestra, ehmm, sociedad. Como le he dicho, algunos creen que el estudio de los dioses de la muerte y el Inframundo es un poco... bueno, morboso. Y su abuela es una de esas personas. No digo que no sea una mujer encantadora —se apresuró a matizar—. E imprescindible

en el barrio. Mi compañero cose y compra hilo en su tienda. Es una mujer muy conservadora y creo que lo de su abuelo lo habría considerado demasiado esotérico, mucho más difícil de aceptar que la petanca.

Negué con la cabeza.

—Qué raro.

El sacristán me miró por encima de sus gafas.

—¿Por qué es raro?

Estuve a punto de decir: «Porque ella fue quien me presentó a John».

Pero no había sido así. Me acordaba perfectamente. Cuando estábamos en la cocina, ella insistió en que me lo había imaginado.

«No te conviene pasearte por aquí».

Inframundo. Dioses de la muerte. Furias. John no estaba de broma: el cementerio no era lugar seguro para nadie. Si la abuela lo hubiese sabido, no me habría dejado salir sola de ese despacho.

—Es raro —dije, finalmente— que mi abuela no supiera nada. Porque usted ha dicho que todo el mundo lo sabía. Todo el mundo conocía la existencia de John y que Isla Huesos se emplaza encima de ese Inframundo.

—Una cosa es saber —respondió el señor Smith— y la otra creer. Su abuela conoce las historias sobre John. Todo el mundo de aquí. Pero, si las cree o no, eso ya es otra historia. Su abuela es bien conocida por tener los pies en el suelo.

Tenía razón. La abuela no creía en nada que no pudiese ver con sus propios ojos, excepto lo que ponía en la Biblia. Eso es lo que le dijo a mamá cuando se supo lo de los residuos tóxicos de la empresa de papá.

—Nunca he visto nada de lo que hablan —había dicho—. Nunca he visto restos de ese petróleo del que la gente se queja tanto.

—Ahí está la cuestión, madre —le respondió mamá—. Que no lo veas no significa que no exista. Todos desconocemos el daño que hará en el ecosistema dentro de unos años.

—Por Dios bendito, Deborah —respondió la abuela—. Que el turismo ha bajado, cierto. Y que esa empresa ha pagado hasta el último céntimo, también es verdad. Pero mira, no siento ninguna lástima por unos pajaritos.

—En cualquier caso —continuó Richard Smith—, su abuelo y yo siempre mantuvimos la teoría de que en el universo había tantos John Hayden (almas que, por la razón que sea, están destinadas a pasar la eternidad seleccionando los espíritus de los muertos y guiándolos hacia el camino para su destino final) como Inframundos.

—Pero entonces, ¿por qué me enviaron al Inframundo de Isla Huesos, si fallecí en Connecticut? —pregunté—. ¿No tendría más sentido haber ido, no sé, al de Bridgeport? —Había estado en Bridgeport. Si había Inframundo en el Área de los tres Estados^[3], tenía que estar debajo de Bridgeport.

Permaneció pensativo.

—Usted me ha dicho que lo conoció cuando tenía siete años. Quizá es por eso.

Sacudí la cabeza. No es que no tuviese sentido lo que estaba diciendo el señor Smith, sino que no podía creer que hubiese estado ciega tanto tiempo. Y seguía teniendo preguntas.

—¿Y se puede hacer algo? —pregunté al sacristán—. Con los Furias. Para ayudar a John.

Me sonrió con tristeza.

—¿Qué propone usted que hagamos, señorita Oliviera? Está usted hablando de una región donde van a parar las almas de los que han fallecido. ¿Vamos a poder entrar con lanzas y antorchas? ¿Cómo vamos a poder llegar, si no es muriendo primero?

Tenía ganas de llorar. Los Furias amenazaban con un desastre aún peor que el de la empresa de papá.

—¿Por qué han escogido a John para un trabajo tan asqueroso? —pregunté—. No es justo. ¿Qué ha hecho para merecérselo?

—Eso es algo que le tendrá que preguntar a él —contestó con firmeza el señor Smith, cerrando el libro.

Me ruboricé.

—No puedo hablar con él —dije, sin aderezos—. Me odia.

—Mmm. —El señor Smith se levantó de la silla. Se estaba preparando para marcharse—. Estoy seguro de que no es así.

—No —insistí—. Usted no lo entiende. He intentado hablar con él. Es lo único que puedo hacer para intentar hacer que me escuche. Le pedí disculpas por lo que pasó... bueno, cuando nos conocimos. Por lo del té. ¿Y sabe lo que hizo? Me tiró el collar al suelo.

—Por fin —dijo el señor Smith, ligeramente animado—, una explicación por lo que me he encontrado esta mañana al lado de la parcela de la familia Wolkowsky.

—Él es terrible —dije. Me sentía bien desahogándome con alguien, por fin. Alguien que fuese capaz de escuchar, que supiese de lo que estaba hablando. Era demasiado sórdido, además, que me estuviese confesando delante de un hombre experto en deidades de la muerte—. No sé qué hacer. Si lo hubiese sabido antes (que Isla Huesos está ubicada encima de una especie de Inframundo), ¿cree usted que habría querido mudarme aquí? Lo único que he hecho ha sido morir. Entonces, reconocí a John porque me acordaba de él de cuando lo conocí aquí en el cementerio a los siete años y pensé que podría ayudarme y de rebote le di un par de consejos para poder coordinar mejor el lugar.

El sacristán empezó a meter papeles en su maletín e hizo un gesto de dolor.

—Uf, jovencita. Seguro que eso no le gustó nada.

—Sí —respondí—. Ya lo sé, ¿vale? Y, cuando me quise dar cuenta, me había encerrado en esa habitación con una cama y me estaba diciendo que íbamos a quedarnos ahí para siempre o algo así porque perdí el barco, que ahora estoy segura de que él lo provocó, por cierto. ¿Y qué iba a hacer yo? Estaba flipando. Usted

también habría flipado.

—Sí, bueno —respondió el señor Smith—, seguramente yo también habría... ehmm, flipado.

De repente, me había levantado de la silla y estaba caminando por el despacho a grandes zancadas, agarrada al collar. Afuera, la lluvia arreciaba con tal fuerza que parecía que todos los ángeles del cielo estuviesen llorando por mí. Pero eso era imposible, porque todos me habían dado la espalda o, si no, no me estaría ocurriendo nada de eso.

—¿Se da cuenta de que, desde que he regresado de ese lugar, cada vez que me despisto —le informé—, él le provoca un ataque de corazón a alguien, o machaca las manos de otro, o destroza una puerta justo delante de mis narices, y yo me llevo toda la culpa? ¡Siempre igual!

Parecía preocupado.

—No estoy del todo de acuerdo con que lo haga a él responsable de tod...

—¡Vi cómo lo hacía! —exclamé—. ¡Y tuve que pararle para que no la hiciera más gorda! ¿Y me está diciendo que hable con él? ¿Cómo voy a hablar con él? Cada vez que hablamos, pasa algo horrible. He venido aquí con mi madre para cambiar de aires, llevar una vida normal, por mucho que la palabra «normal» no sea terapéuticamente beneficiosa. ¿Pero cómo voy a ser normal si usted mismo me dice que tengo que hablar con alguien que está al cargo de un Inframundo y que, por cierto, me ha dado el collar que Hades le regaló a Perséfone y después a no sé cuántos y que mató a millones de personas? —Sacudí el diamante delante de él—. Todo esto es una locura.

—No —respondió el señor Smith, cerrando el maletín con un chasquido certero y volviéndose hacia mí, sobrio y gris como la piedra que sostenía entre mis manos—. No es una locura. Ahora todo tiene la lógica que faltaba. Cuando empecé a trabajar aquí, John imponía bastante respeto, es cierto, pero fui capaz de entenderme con él. Seguramente es porque yo, como usted, ya he visto la muerte y pocas cosas me asustan. Pero, exactamente hace un año y medio, pasó algo que convirtió a John en la, ejem, la terrible persona a la que usted se refiere. No he sabido qué era hasta esta noche, porque él no decía nada. Pero ahora sí lo sé. Era usted.

Dejé caer los brazos en gesto de sorpresa. La lluvia había empezado a amainar.

Pero la tensión en la voz del sacristán no se había aflojado.

—Señorita Oliviera, yo solo me dedico a enterrar a los muertos. John decide adónde van sus almas después de fallecer. Yo no sé qué papel desempeña usted en todo esto... pero lo que sí sé es que usted tiene que asumirlo, cuanto antes mejor. Porque tardé meses, después de que usted viniera por primera vez, en poder tranquilizar a John. Y todo iba bien hasta anoche, cuando lo hizo enfurecer. Por otra parte, tengo la puerta destrozada, el collar de una reina muerta tirado en mi cementerio y un huracán se aproxima hacia aquí. Así que ahora toca sugerirle, por todos los apóstoles, ¿por qué no intenta —sus cejas se doblaron en forma de súplica

— mostrarse un poco más simpática con ese chico?

Abrí la boca. Había tantas cosas que quería decirle a Richard Smith. Una de ellas era que daba lo mismo lo simpática que fuese con John o no, eso no iba a cambiar nada. John era un salvaje y, como todos los salvajes, iba a hacer lo que quisiera, sin que nadie pudiese detenerlo.

Y dos, no importaba lo simpática que fuese con John Hayden. Él iría donde quisiese y haría lo que quisiese.

Me di cuenta, entonces, de que decirle todas esas cosas habría sido lo incorrecto. Sería como desajustar el prisma de romanticismo con el que Richard Smith veía los cinco ríos del lamento y la pena y no sé qué. Gritando la espantosa verdad —sobre los guardias tatuados y los barcos y las colas y el frío en la playa— delante de ese hombre, las cosas no iban a mejorar.

¿Qué bien le haría? Solo serviría para desmontarlo, para hacerle pensar que todas esas cosas que tanto le gustaban en realidad no existían.

También le decepcionaría saber, por mucho que él pensase lo que quisiera, que John no estaba enamorado de mí, por todo aquello que dijo de que él conocía mi naturaleza porque la había visto en mis ojos y por el hecho de que me preocupaba más de los demás que de mí misma.

Si estaba tan enamorado de mí, como el señor Smith estaba dejando caer, ¿por qué no había sido un poco más amable? Tantos momentos sintiéndome mal en mi urna de cristal... ¿por qué no me había dicho que me quería, si es que eso era verdad, en lugar de aparecer de golpe y cargarse a la gente delante de mis ojos?

Claro, siempre quedaba la interpretación de que se había vuelto tan duro —torturado día y noche por los Furias por dejarme escapar— que se había olvidado de lo importante que es un «te quiero». A lo mejor no sabía decir te quiero. Por lo menos, sí que tenía dificultades con la palabra «lo siento».

Dios mío, pero ¿qué estaba haciendo? No podía creerme que me estuviese tomando en serio las sugerencias del señor Smith. Era un pirado de Isla Huesos —no muy distinto a la abuela. ¿A quién se le ocurre poner una tienda de lanas en un lugar con una temperatura media de treinta grados? Y no me extraña que le hubieran dado el trabajo de sacristán a Richard Smith: ¡estaba obsesionado con los dioses de la muerte!

Me di cuenta, también, de que ir a verle había sido un error. ¿Qué había conseguido? Nada bueno, aparte de poder recuperar mi collar. El mismo collar que, según acababa de saber, había matado a todo aquel que lo había tocado.

—Escuche —le dije, poniéndome el collar. Cuando volví a notar el peso de la piedra contra mi corazón, me sentí más relajada, lo que era, desde cualquier perspectiva, bastante deprimente—. No se preocupe. Estoy bien. Lo entiendo.

Me miró a través de la luz de la lámpara.

—¿Está segura, señorita Oliviera? Porque tengo la impresión de que he conseguido hacerme entender mucho mejor con John que con usted.

—Bueno —respondí—, ahora ya sabe por qué no me apasionaba la idea de tener que pasar toda la eternidad con él, porque él es imposible.

El sacristán se quedó pensativo.

—Sí, es imposible —admitió, después de unos segundos—, pero también interesante. Como usted. Y la eternidad es mucho tiempo, así que, si la tiene que pasar con alguien, qué menos que estar al lado de alguien imposible... pero interesante.

*Y, a la manera que pasan las grullas entonando sus gritos
y formando entre sí larga hilera por los aires,
vi que llegaban las almas exhalando sus ayes.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto V

—Cariño, han venido unos chicos a verte. Traían madera.

Es la primera frase que me dijo mamá en cuanto entré en casa. Me costó un minuto saber a qué se estaba refiriendo. Entonces me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Lo siento, mamá —le dije, en cuanto tragué la rabia en mi garganta contra Seth Rector—. No les dije que sí; les dije que tenía que preguntarte a ti primero.

—Eso es lo que me han dicho. —Mamá me hablaba desde nuestra nueva cocina (no tan nueva), mientras cocinaba pasta—. Que no te han localizado. Te has dejado el móvil en la mochila del colegio, en el garaje. Cuando te he llamado, ha empezado a sonar.

Respondí con una mueca de disgusto. No podía creerme que hubiese dejado ese tema para más tarde, pero ya no podía hacer nada. No me extrañaba que la abuela me dedicase tantos comentarios.

—Mamá, lo siento —dije—. No pueden...

—Cariño, no pasa nada —me respondió, dejándome el bol de pasta delante mientras me sentaba a la barra—. Me han explicado que es para La Noche del Ataúd y les he dicho que muy bien, que adelante. Parecen muy majos, aunque me llamen «señora».

Frunció el ceño en tono jocosos mientras se sentaba a mi lado con su bol. Odiaba que la llamaran «señora». Decía que le hacía sentir mayor y se preguntaba cuándo había pasado de ser una señorita a una señora.

No veía nada malo en Seth y sus amigos y tampoco me echó la habitual regañina por dejarme el móvil en cualquier sitio. Su mirada se clavó en mi cuello y poco después supe el porqué.

—Ah —dijo—. Lo llevas. Qué curioso. Me ha parecido ver que lo tenía ese anciano cascarrabias del cementerio... —Hizo una pausa y le dio un trago a su vaso de vino—. Qué fuerte, ¿no? Qué más da. Creo que necesito unas gafas bifocales. Bueno, eso: está bien dejarles pasar, ¿no?

¿Qué le iba a decir? Tenía la idea de decirle a Seth y a sus amigos que, por desgracia, mi madre había dicho que no. Qué tarde, qué mala pata.

¿Cómo se habían adelantado de ese modo? No me extrañaba que a Alex le cayeran tan mal, los muy rastreros.

Dibujé una falsa sonrisa y respondí:

—Vale, mamá. Genial. Me parece superbién.

«Perfecto», me dije a mí misma. Al menos así podía pasar a ejecutar la primera fase de mi plan: robarle el móvil a Serena, encontrar fotos comprometidas (tenía pinta de tenerlas) y amenazarle con publicarlas si no dejaban en paz a Kayla.

—¿Te cuento una cosa? —dijo mamá—. ¿Sabes ese chico de Nuevos Horizontes, Tim? Me ha pedido para salir. —Hizo una mueca de desagrado—. Y luego tus amigos me tratan de señora, es que hay que ver. Tu mamá se sigue conservando muy bien.

—Mamá —le dije, dejando la cuchara—, que estoy comiendo.

—No te preocupes —me respondió, con una gran sonrisa—. Ya he pensado que no te gustaría y le he dicho que no me iba bien salir, pero es muy agradable. Me ha preguntado si quiero ir con él a la feria de barcos este fin de semana. Es mono, ¿verdad? Tienes que reconocerlo.

—Sigo comiendo —respondí—. Y no pienso reconocer nada más allá de que, entre tú y papá, me vais a volver loca. Todavía más, quiero decir.

Quería comentarle que acababa de saber que su ciudad natal estaba emplazada encima del Inframundo —y tampoco sería un dato tan sorprendente para ella, tal y como estaba la situación. Pero no quería chafarle su buen humor, sobre todo después de la cena que había preparado y de haber sido tan atenta con el tema de la leña, muy a mi pesar.

Mamá se echó a reír y volvió a beber un sorbo de vino.

—Bueno, para tenerlo claro: o sea, que tenemos la suerte de que los de bachillerato hayan escogido nuestra casa para construir el ataúd —dijo, cambiando suavemente de tema—. ¿Cómo lo has conseguido el primer día? Si todavía no te has apuntado a ningún equipo.

—Vivimos en una comunidad privada —respondí, pinchando con desgana un trozo de brócoli que me había escondido en la pasta para que comiera algo de verdura—. Aquí solo entran vecinos y desde fuera no se ve nada.

—Ah —respondió mamá, con astucia—. Qué listos. Antes lo construían dentro de los mausoleos por la misma razón.

—Sí —respondí, sintiendo un pequeño escalofrío—. Ahora ya no pueden pisar el cementerio porque tienen a la policía detrás.

Eso explicaba por qué, de vuelta a casa en el coche del señor Smith —aunque ya había parado de llover, pero apetecía más estar sentada en su monovolumen calentito que tener que pedalear—, nos encontramos con Jade, mi educadora de Nuevos Horizontes, haciendo una ronda en bici por el cementerio vestida con el equipo de ciclista y con un chubasquero con el logo del instituto.

—Alma de Dios, ¿qué está haciendo por aquí? —le preguntó el señor Smith

mientras bajaba la ventanilla y esperaba a que ella se acercase—. No me diga que no han anulado la guardia esta noche con el tiempo que hace. ¡Si hay previsión de huracán!

Jade se bajó la capucha y nos sonrió.

—Es una previsión; de momento no hay alerta —respondió, refiriéndose al huracán. Giró el manillar y me iluminó con el faro—. ¡Ah, eres tú, Pierce! ¿Qué haces ahí dentro, con el señor Smith?

—Mmm —respondí, un poco avergonzada por haber preferido el monovolumen a la bici, viendo que a Jade no le importaba mojarse.

Llevaba en el cuello un amuleto que ahuyentaba a los demonios y resulta que le hacía ascos a la llovizna. Tampoco tenía ni idea de qué responderle. Él respondió por mí.

—La he visto en bici cuando empezaba a llover —dijo—, y me he apiadado de ella. La llevo a casa. ¿Está segura de que no la puedo llevar a usted también? Ella la ha dejado aparcada al lado de la puerta. Hay sitio para su bici. Apárquela y suba. Eso es lo que yo haría.

—Noo —respondió Jade, volviéndose a poner la capucha mientras pasaba un coche rozando, levantando agua por doquier e iluminando las tumbas del cementerio, que alzaban sus sombras encendidas detrás de la alta verja negra de pinchos—. Qué va, hombre. Con lo bien que me lo estoy pasando, patrullando por aquí. Me han dado unos *walkie-talkies* y todo. —Se levantó el chubasquero para enseñarnos los intercomunicadores en sus caderas—. Así los gamberros no estropearán la puerta, señor Smith y, si no, tengo espray de pimienta. No se preocupe.

Me eché hacia delante. Era tan absurdo: Jade haciendo guardia de noche por el cementerio, bajo una tormenta, todo por culpa de John. Se iba a empapar.

Mejor no pensar en las palabras de John aquella noche, cuyo eco seguía resonando en mi cabeza.

«No te conviene pasearte por aquí».

—Por qué no... —El señor Smith me interrumpió.

—Como quiera, Jade —respondió—. ¿Está de guardia con los agentes Rodríguez y Poling?

—Hasta la una de la madrugada —respondió, con tono animoso—. Ellos van en el coche brigada, resguardaditos y cómodos, como bebés.

No me hizo ninguna gracia y repetí:

—En serio, por qué no...

—Está la noche muy tranquila hoy con la lluvia —me volvió a interrumpir el sacristán—. Si necesitan cualquier cosa, los agentes tienen las llaves de mi despacho y el jefe de policía tiene mi móvil. Que lo pase bien. Cuídese.

Nos sonrió y nos hizo un gesto de despedida antes de ponerse a pedalear. Miré hacia detrás mientras el señor Smith pulsaba el botón para subir la ventanilla.

—¿Por qué no le ha insistido para que subiera al coche? —quise saber—. Es de

locos; tener que salir con la bici con este tiempo...

—Le ha tocado el turno más tranquilo —me respondió—, con los horarios de risa que tiene su escuela. Juntar a los profesores con la policía... qué tontería. No enseñan nada útil hoy en día en la escuela, de verdad.

—No es profesora —repliqué, contemplándola mientras la luz de sus faros se alejaba en la distancia—. Es educadora y es muy buena persona. Es absurdo.

—Bueno, da lo mismo. No va a salir nadie con este tiempo. ¿Y qué quiere decir, con «insistirle» en que suba al coche? Es usted un poco rara. ¿Cómo hay que decírselo a una mujer así? Ya la ha visto: se lo estaba pasando bien. No le va a pasar nada. Usted misma ha salido cientos de veces en bici por el cementerio. Estará bien. John procurará que así sea.

—John me dijo que el cementerio no era seguro —le contesté—. Me lo dijo ayer por la noche. Me dijo que no se me ocurriese volver más. Me dijo que, si volvía, acabaría muerta y esta vez para siempre. Y entonces le dio una patada a la puerta.

El señor Smith se rio entre dientes.

—Muy propio de John. ¿Eso fue antes o después de que tirara el collar?

—No me hace gracia —dije, frunciendo el ceño—. ¿Por qué lo iba a decir a las bravas?

—Él quiso decir que no era seguro para usted —dijo el sacristán—, porque se sentía agraviado por usted y tenía ganas de matarla. Pero no lo dijo en serio. Estaba exagerando a propósito. John nunca ha matado a ninguna mujer, que yo sepa, y, si se animara, empezaría por usted, no por su educadora. Dios santo, ¿es que no enseñan nada hoy en día en la escuela? ¿Sabe lo que es una hipérbole, señorita Oliviera? Pues le aconsejo que lo busque si le interesa relacionarse con una deidad de la muerte.

Claudiqué después de oír eso. Más tarde, estaba recogiendo los platos y haciendo un intento de ponerme a hacer los deberes —al menos, tenía que intentarlo. Encendí la tele para ver el parte del tiempo de las once de la noche y comprobé que Isla Huesos estaba en pleno centro del cono de incertidumbre a tres días vista. Los meteorólogos lo seguían llamando previsión y todavía no habían puesto en marcha las evacuaciones, pero las autoridades recomendaban a todos los que vivían en «zonas frecuentes de inundación» que tomaran las precauciones necesarias. Como los puentes que unían Isla Huesos a la península se cerrarían en cuanto los vientos superasen los 112 kilómetros por hora, todos los que necesitasen resguardarse tenían que darse prisa, sobre todo porque solo iban a abrir un refugio al norte, en Key Largo.

—Mamá —dije—, ¿has visto esto? ¿Nos tendrán que evacuar?

Mamá estaba mirando su portátil.

—No, cariño —respondió, relajada—. Solo es un aviso. Y primero tiene que pasar por Cuba. Estas tormentas suelen morir siempre abajo, en Cuba, y no han anulado las clases mañana. Si mañana hay colegio, no tienes que preocuparte. Confía en mí, no es nada. Espero que hayas acabado los deberes. —Me dedicó una gran sonrisa—. No tienes escapatoria.

Apagué la televisión. Me sentía frustrada, pero no era porque estuviese deseando que llegase un huracán y barriese la escuela. Eso era de niños.

Cuando bajé al garaje a por mi mochila y me encontré con los listones de madera que Seth había dejado apoyados contra los muebles que había guardado cuidadosamente el tío Chris, empecé a pensar en cómo le explicaría a Alex que estaba metida en el comité de La Noche del Ataúd con todo ese hatajo de gente que él odiaba tanto.

Todo se me vino encima. Era demasiado. Todo. Le estaba dando permiso a gente para que entraran en mi casa, construyeran un ataúd que tenía algo que ver con un tipo que era el Señor de un Inframundo —un desconocido para ellos— y que existía justo debajo de la isla donde siempre habían vivido.

Si venía un huracán y nos arrastraba a todos, al menos no tendría que enfrentarme a este problema.

Pero no había más alternativa, me dije, que encararlo. Tampoco valía llamar a mi padre y pedirle que me apuntara al internado.

Sin embargo, tuve que reconocer que Suiza se me antojó, de repente, una idea tentadora. Destrozaría a mamá, pero ella lo superaría en cuanto le dijese que era por mi bien y por irme a un colegio mejor.

Todo esto era preferible a decirle la verdad... que tenía que escapar de este horrible lugar al que me había traído, del cual había intentado aislarme cada día desde el día en que había muerto.

Llegué, incluso, a marcar el teléfono de papá mientras permanecía sentada en el garaje —después de cerrar con cuidado la puerta para que mi madre no oyera.

—Dime —gritó papá, al primer tono, como siempre hacía cuando yo llamaba.

Estaba en una cena de empresa. Se oían las conversaciones entremezcladas y el ruido metálico de cubiertos. Papá comía siempre fuera. ¿Qué sentido tenía, si siempre había un cliente cerca, deseando invitarlo a comer a alguno de los restaurantes más prestigiosos de Manhattan?

—Hola papá. ¿Te cojo en mal momento?

—Nunca —respondió—. Estoy en el restaurante donde vinimos, ¿te acuerdas? El que tenía esa pared de cristal con una columna de botellas de vino que dijiste que sería una buena idea que pudiera girarse para escoger el que uno quisiese. —De repente, tuvo un acceso de rabia—. ¡Pero no han hecho caso de tu sugerencia!

—Son unos idiotas —dije—. Papá, necesito que me ayudes. Tengo que salir de aquí.

Su voz se tiñó enseguida de gozo, como yo ya había imaginado. Oí un chasquido de dedos.

—Reserva un vuelo —le dijo a alguien—. Isla Huesos. Mañana.

—Es que... —continué— está pasando una cosa. Mamá es fantástica conmigo, ya lo sabes, pero...

—¿Está saliendo con alguien? —preguntó, como de pasada.

—¿Mmm? —respondí—. ¿Cómo? No. Claro que no. Solo que...

—¡Qué es esto! —exclamó papá, de repente—. He pedido el Château La Mission Haut Brion del 2005, no el del 2008. Si hubiese querido el del 2008, habría pedido el del 2008. ¡¿Me quiere volver loco esta gente?!

Bajé la vista, justo donde acababa mi cadena de oro. En los bordes, como siempre, refulgía un gris pálido. En el centro, azul noche.

Pero qué estaba haciendo.

No me podía ir todavía. No en ese momento. Irme sería peor que encerrarme en mi urna de cristal.

—Papá —respondí, rascándome la frente—. Déjalo. No pasa nada, yo...

Papá volvió a ponerse al teléfono.

—Ahora me están diciendo que tenéis un huracán encima. ¿Tú lo sabías? Mira que le dije a tu madre que no te llevara a ese agujero perdido de la mano de Dios.

«Agujero. No lo sabes tú bien, papá».

—Bueno, papá —continué—. Estoy bien, escucha. Que me quedo.

—Pierce —dijo—. No me cuesta nada. Envío un avión. Lástima que el aeropuerto comercial está cerrado. Le digo al piloto que aterrice en la base naval y listos. Y le pido a mi amigo que os recoja a ti y a mamá.

—Escúchame papá —insistí—. He tenido un momento de debilidad. Estoy bien. Me tengo que ir; mamá me está llamando. Olvida esta conversación. Te llamo el domingo a la hora de siempre. —Y colgué.

Mamá se fue a la cama justo después de las noticias, como siempre hacía. Me di una ducha, me lavé el pelo y me puse un camisón viejo con pantalones de pijama. Los bancos de nubes —o lo que fuese— habían empezado a disiparse. La lluvia había cesado. Aparté las cortinas de la ventana de mi habitación y contemplé el cielo, completamente despejado y salpicado de estrellas. En el jardín, las luces de la interiorista-ecologista contratada por mamá se habían encendido a los pies de las palmeras y dejaban iluminados los troncos. Aún y así, mi madre solía sufrir por el «impacto de la luz» y sus consecuencias para las aves migratorias, que podían verse confundidas.

La diseñadora la había mirado y le había dicho:

—Señora, los pájaros estarán bien. Con estas bombillas de baja potencia podrá ver enseguida si entra algún intruso en su jardín sin necesidad de usar luces de seguridad que consumen mucho.

Me había quedado con la palabra «intruso».

—Sí, las cogemos —resolví, decidida.

Mamá se había dejado las luces de la piscina encendidas. El humo del vapor de la tormenta ascendía por la superficie azul turquesa.

Había una cosa pequeña y negra flotando en el centro. Un cuerpo. No flotaba. Se retorció. Fuese lo que fuese (y era pequeño), tenía piernas. Y las estaba moviendo sin parar, esforzándose al máximo por poder llegar a la escalera y evitar ahogarse.

Pero no podía. Porque, aunque hubiese llegado a las escaleras, no habría sido capaz de subir ni el primer escalón. Era demasiado pequeño. Era una evidencia ante cualquiera.

Dejé caer la cortina.

¿Por qué yo? Solo se me ocurría esta pregunta. Por qué yo.

Salí de la habitación suspirando mientras atravesaba la oscuridad del pasillo del piso de arriba. Oí la profunda respiración de mamá mientras pasaba por delante de su habitación. Nunca había conocido a nadie que durmiese tan profundamente; que se quedase frita tan pronto.

Cuando llegué a la puerta acristalada del jardín, pulsé el código de seguridad y abrí.

Salí con la impresión de haberme zambullido en un plato de sopa. La humedad era increíble. Una cigarra chirrió. Por detrás del muro de tres metros, algo trepaba por la buganvilia, seguramente un gato o un ratón mordisqueando algo. No hice caso a los ruidos mientras avanzaba descalza por el camino de piedra en dirección a la piscina, centrada en mi misión. La pared de ladrillo estaba húmeda después de la tormenta, cubierta de caracoles. A los pies de las palmeras, la tenue luz que ascendía me permitía ver los caracoles del suelo e impedir pisarlos.

Mamá se había dejado las luces encendidas y tampoco había apagado la cascada de la piscina. Los chorros salían desde una pared de azulejos verdes y azules al otro extremo de la piscina. Caminé hacia el pequeño cobertizo donde guardábamos las colchonetas y material de limpieza y abrí la puerta. Ya había advertido que la criatura que había caído al agua era una lagartija verde brillante que ahora corría peligro de ser absorbida por el filtro.

—Espera —dije, sacando el recogehojas que usaba el chico para limpiar la piscina—. Ya te tengo.

Segundos después, saqué la lagartija y sacudí la red encima de una hoja de hibisco. La lagartija cayó encima, despistada, y se quedó quieta. Al momento, pareció darse cuenta de que no iba a morir y pegó un salto.

Se oyeron unos aplausos de la nada. Me pegué tal susto que lancé el palo al agua. Oí cómo chocaba contra la superficie y salpicaba agua, antes de empezar a hundirse.

—Qué bien —dijo John, emergiendo de la oscuridad con el último aplauso—. Esta vez no te has dado en la cabeza.

*Los que mueren sin aplacar la ira divina se apresuran
a cruzar el río; porque la Divina justicia de tal modo
los estimula, que su temor se trueca en anhelo.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

—**E**n serio te lo digo —le dije, llevándome la mano al corazón porque creía que me iba a dar un ataque—. Tienes que parar ya.

—Lo siento —respondió, apoyando las manos en la cadera.

De pie frente al agua azul cristalina, alto y amenazador como siempre, vestido de negro como era habitual en él, moviéndose entre las sombras sin ser visto.

Pero había algo distinto en él. Al principio pensaba que eran sus ojos, que quizá reflejaban el azul intenso de la piscina, brillantes como nunca.

Me di cuenta enseguida de que era otra cosa.

Lo supe por mi suspiro.

—Espera —le dije, dando un par de pasos vacilantes por el borde de la piscina. Intentaba acercarme a él para contemplar mejor su rostro—. ¿Acabas de decir lo que creo que acabas de decir?

Se mantuvo inmóvil. Parecía alerta, como la lagartija justo al caer sobre la hoja del hibisco... como pensando «¿Qué ha pasado? ¿Es una trampa?».

—¿Cómo? —respondió, a la defensiva.

—Lo que has dicho —le respondí, incrédula. Me acerqué a él lentamente, dando pequeños pasos desnudos por el margen de la piscina mientras él permanecía muy quieto, sin mover un músculo. Me situé a un paso y pude ver el rastro de sus palabras en su expresión, teñida por el brillo de las luces del jardín, irradiando los reflejos ondulados del agua—. Me has dicho «lo siento».

Cambió de postura, incómodo. Su mirada ya no era la misma. Miró hacia la piscina para esquivar mi mirada.

—Te decía que lo siento —respondió, escuetamente— por asustarte. El aplauso era para reconocer la mejoría en tus técnicas de salvamento desde la última vez...

—No —le corté, levantando una mano, con el dorso hacia fuera—. Basta ya. Déjalo. Tenemos que hablar. Hablar bien. Te prometo que no te llamaré nada si tú no te cargas a nadie.

Volvió a clavar sus ojos en mí. Leí en un segundo una miríada de emociones en sus ojos —rabia, vergüenza, confusión, dolor sobre todo—, antes de bajar la vista hacia mi cuello.

—Lo llevas —me dijo, con una voz nueva para mí.

—Sí —respondí.

El corazón continuaba con su férreo galope. La manera como me miraba tampoco ayudaba.

—He visto a Richard recogiénolo esta mañana —dijo—. He visto que entrabas en su despacho.

Así que había estado allí. Tendría que haberlo advertido. Con razón hacía un tiempo tan horrible. En ese momento, me di cuenta de lo nuevo en su voz... lo que nunca antes había oído.

Miedo. Tenía miedo. Miedo de lo que me pudiese haber dicho Richard Smith.

—Sí —repetí—. Escucha. —Miré a mi alrededor. El jardín se veía despejado después de que el tío Chris hubiese guardado los muebles en el garaje. El intenso calor acababa de secar el charquito de agua de la piscina que se había formado en el suelo de baldosa—. Ven aquí —dije, acercándome para cogerle la mano.

Dio un paso atrás —sin apartar la mano, pero reticente a que le tocara. De momento.

—Bueno —dije con un tono de voz tranquilizador. Era igualito a la lagartija (temeroso de lo que pudieran hacerle los humanos)—. Tengo ganas de sentarme en algún sitio que esté seco. ¿Te acuerdas? Me gusta estar seca.

Creo que no pilló la broma. Siguió mirándome fijamente, con suspicacia, mientras le cogía de la mano y lo conducía a un trozo de suelo seco. Incluso después de soltarle la mano, sentarme al borde de la piscina y remojar los pies en el agua fresca a su lado, quiso permanecer de pie un rato más, mirándome como si no entendiera lo que estaba pasando.

Opté por ignorarlo. Es lo mejor que se puede hacer con los animales —eso es lo que aprendí en mi voluntariado en el centro de recuperación de animales. Funcionaba. Déjales tiempo para que comprueben que no eres una amenaza, que no te interesan en absoluto.

Si tienes suerte, al final se te acercan.

Eso es precisamente lo que hizo John después de un rato. Se sentó a mi lado con las piernas cruzadas, como preparado para saltar ante la más mínima alarma. Resultaba irónico si teníamos en cuenta que él era una deidad de la muerte.

No me molesté en sugerirle que se quitara las botas; lo interpretaría como la llegada del Apocalipsis.

De algún lado del jardín, por detrás de la acacia roja, algo se movió. Por suerte, el borboteo de la cascada y el croar de las ranas amortiguaron el ruido.

—¿Qué te ha dicho Richard? —preguntó, por fin, después de haber permanecido un minuto entero sentado a mi lado en silencio.

Estaba desconcertado y pude entender el porqué: por primera vez en nuestra relación, ni había gritado ni le había insultado ni le había lanzado nada a la cara. Seguramente, estaba pensando qué me había dicho el sacristán del cementerio para

producir ese cambio de actitud en mí.

—Bueno... —respondí, lentamente.

No daba crédito a lo que estaba pasando; no acababa de procesar cómo estaba pasando. Si alguien me lo hubiese dicho, ni que fuese una hora antes, no le habría creído.

Pero de repente y, sin saber por qué, pareció muy natural.

«Sé amable», me había dicho el sacristán del cementerio.

Bueno, ese era un punto de vista totalmente masculino.

—Me ha dicho que este collar ha matado a miles de personas —respondí.

Su cuerpo se puso tenso al momento, como si estuviese a punto de levantarse o irse —o tirarme a la piscina.

—Ey —le dije, esperando sonar lo más suave posible, apoyando mi mano en su rodilla—. Me has preguntado qué me ha dicho y te lo estoy diciendo.

Lo de la mano estaba surtiendo efecto. Se quedó donde estaba y empezó a relajar el cuerpo.

—No por el collar —respondió, frunciendo el ceño—. ¿Crees que te daría una cosa que mata a la gente? ¡Cómo voy a hacer eso! Fueron los Furias. Estaban resentidos porque la piedra no había llegado a parar a manos de la persona a la que estaba destinada.

—¿A quién? —preguntó.

John siguió frunciendo el ceño.

—Lo sabes perfectamente. Richard dijo que te lo había dicho. ¿Estás jugando conmigo?

—Claro que no —respondí enseguida. Esperaba que las luces de la piscina disimularan mi cara colorada—. Intento ceñirme a los hechos. El señor Smith me ha hablado mucho y muy mal de los Furias.

Arrugó la frente.

—Richard está obsesionado con los Furias.

—No es para menos —contesté—. Parecen bastante detestables. Dijo que eran las almas de los muertos descontentas con su destino.

Volvió a fruncir el ceño, pero esta vez estaba mirando hacia la piscina.

—Sí, más o menos.

—Y tú mismo me dijiste —recalqué— que son los que practican los castigos si la gente infringe las normas en tu mundo. ¿Por eso tienes estas marcas?

Deslicé el dedo por la cicatriz de su mano, que yacía al lado de la mía.

Por primera vez, no me apartó la mano. Su mirada se desvió de la piscina y se ensartó en mis dedos.

—Sí —respondió, tranquilamente.

—Y ahora los Furias van a por mí —dije.

Sus brillantes ojos plateados por fin se fijaron en mi rostro.

—Los Furias no van a por ti —respondió. Parecía desconcertado de verdad—.

¿De dónde has sacado eso?

—Hombre —respondí. «Porque tú me has escogido», estuve a punto de decir. Como Hades escogió a Perséfone. Preferí enfrentar el asunto con calma, por si me acusaba de jugar con él, y cambié mi respuesta—. Porque me diste el collar.

—Y tú me tiraste una taza de té a la cara —me recordó ásperamente—. Cuando te fuiste, juraría que incluso los Furias pillaron el mensaje bien clarito. Normalmente no quieren destruir a alguien que me odia tanto, como ellos. De hecho, creo que los Furias te deben de considerar una de sus mejores aliadas.

Aparté mi mano, sintiéndome herida... aunque tenía razón en casi todo. Bueno, al menos en lo del té.

—Ya te lo he dicho, lo hice porque estaba asustada, nada más —dije—. Y no soy una Furia. Igualmente pienso que podrías mirarte por dentro un poco de vez en cuando, antes de creerte el rey de las ruinas. —Aproveché que me estaba mirando, boquiabierto, para seguir hablando—. Y podrías ser un poco más amable con la gente que llega a tu mundo y también podrías evitar ir por ahí cargándote a gente inocente a tu libre antojo, como ese joyero que estuviste a punto de matar.

Estaba indignado.

—No era inocente ni de lejos. Era un payaso acabado que no te tendría que haber tocado. Se merecía todo lo que le pasó.

Levanté la vista hacia las estrellas, que brillaban frías y refulgentes sobre nuestras cabezas, despejadas de nubes. Isla Huesos era una isla tan pequeña, tan alejada de la península y de cualquier ciudad, que desde allí —desde mi jardín— se contemplaba un manto de estrellas que jamás había visto en Westport. A veces incluso captaba destellos de la Vía Láctea.

—John —contesté, luchando contra mi impaciencia—, el señor Smith me dijo que los Furias pueden poseer cualquier humano que se les antoje si tiene el carácter lo bastante manipulable.

—Y es así —respondió John, algo escéptico—. Pero no lo hacen si no es con el objetivo de castigarme de alguna manera. Así que sigo sin entender por qué dices que van a por ti, porque ya has dejado claro que no querías saber nada de mí.

Bajé la vista para mirarlo. Me provocaba tal impotencia...

—¿Y por qué dirías que ese anciano está tan interesado en el collar, si no es un Furia? —quise saber.

—Quizá porque era joyero —respondió.

Escondí la cara entre las manos. ¿Cómo iba a poder acercarme a él?

—¿Y lo de mi profesor, el señor Mueller? —pregunté, hablando entre mis dedos—. ¿Me vas a decir también que él no es un Furia?

—La noche pasada reconociste tú solita que te habías expuesto a ese peligro —me replicó John. Bajé las manos y comprobé que su expresión se había vuelto sombría—. Te metiste tú en esa trampa con él para desenmascararle. Él no fue en un principio detrás de ti.

Quise corregirle. El señor Mueller había ido detrás de mí, yendo detrás de mi amiga.

Pero él no había matado a Hannah. Se había matado a sí misma.

Igualmente...

—Estuvo muy mal lo que le hizo a Hannah —respondí—. Alguien tenía que pararle los pies.

—Pero tampoco querías acabar con su vida —añadió. En las sombras azules caprichosas de la piscina, su rostro pasaba de una expresión seria a otra de chiflado—. Te conoces bien, Pierce. Has salido al jardín para salvar a una lagartija de morir ahogada.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté, perpleja—. A no ser que... —Me interrumpí, lo miré y sentí el peso de la revelación, por fin—. Espera. La has tirado al agua porque querías que saliera hasta aquí y así poder hablar. No digas que no.

No se molestó en negarlo. Incluyó el cuerpo hacia delante hasta que su rostro quedó a centímetros del mío.

—Si Richard Smith te ha contado tantas cosas horribles sobre el collar, como que ha matado a miles de personas y que los Furias persiguen a la chica a quien se lo he dado para hacerme daño a través de ella (que, desde luego, lo crees firmemente, porque si no, no me estarías haciendo todas estas preguntas), ¿por qué sigues llevándolo? Pensaba que me odiabas y que estabas convencida de que soy un gilipollas.

El pulso se le aceleró de golpe. ¿Fue por la pregunta que me lanzaba, alcanzándome de lleno, o por lo cerca que estábamos uno del otro?

—Y tienes razón —respondí, poniéndome rápidamente de pie, esperando parecer lo más molesta posible aunque por dentro estuviera temblando—. De hecho, me vuelvo para dentro. Para otra ocasión, te agradecería que te quedaras en tu lado de la isla, y yo en el mío, por favor; mientras tanto, intenta no matar a gente ni a lagartijas. Buenas noches.

Pero no había dado ni un paso cuando me agarró de la mano. Lo siguiente que hizo fue hacerme girar, igual que cuando yo le había cogido antes. La diferencia es que no se molestó en levantarse del suelo. Me empujó tranquilamente hacia abajo y aterricé en su regazo.

Estaba tan confusa por verme allí sentada que lo único que pude hacer en un primer momento fue contemplarle, intentando entender lo que acababa de pasar.

—John —empecé a decir—, no puede ser que...

Entonces, sus labios se apretaron contra los míos. Y todo lo de fuera —el borboteo del agua, las ranas croando, el chirriar de la cigarra y las luces a los pies de las palmeras— desapareció, y solo existía John y la firmeza de sus brazos y la tensión que me envolvía y su olor a leña tostada y la suavidad de su pelo entre mis dedos y el latido de su corazón contra el mío y la nube entera de que no podía creer lo que estaba pasando, que no entendía cómo no había hecho nada para que no pasara antes,

que no quería que se acabase...

—Espera —dije, recuperando el aliento mientras apartaba mi boca—. John. Espera. —Le puse la mano en el pecho y le empujé—. Espera un momento.

—¿Qué? —Sus brazos seguían agarrados—. ¿Qué pasa?

¿Que qué pasaba? Todo. Nada. No lo sabía. No podía pensar. Me sentía como si la Vía Láctea, planeando sobre nuestras cabezas como un *pitcher* celestial, se hubiese dado la vuelta y hubiese empezado a arrojar soles y planetas sobre mi garganta. Las estrellas salían de mis dedos, de las puntas de mi pelo.

—No podemos hacer esto —dije, mientras me besaba el cuello.

—Sí —respondió, con un brillo en sus ojos que jamás había visto—. Sí podemos.

—No —volví a responder—. No podemos. —El pulso me iba tan rápido que pensaba que el corazón me iba a explotar, de igual forma que cuando arranqué a correr, bajando los escalones mientras huía de él. Esta vez, no tenía nada que ver la epinefrina—. Necesito pensármelo.

Levantó su cabeza y bajó la vista.

—Ya te he dado mucho tiempo para pensar —me respondió—. Dos años, casi. Has llevado el collar todo ese tiempo, incluso te lo volviste a poner cuando te di la oportunidad de tirarlo y ser libre. Ahora ya sabes lo que es y lo sigues llevando. Ya sabes lo que significa, Pierce.

Por fin supe por qué relucían sus ojos. Triunfo.

Con razón el corazón me latía tan fuerte. Él era un fuego que me estaba despertando.

Estaba condenada.

—Lo que significa eso —quise afirmar, moviéndome para liberarme de sus brazos— es que ya no eres tan gilipollas como pensaba.

Para mi alivio, me soltó. No parecía muy satisfecho, igual que cuando le obligué a que dejara al señor Mueller. Pero me hizo caso.

—Significa que piensas en mí —me dijo.

—Pienso en todo el mundo —contesté—. Me lo dijiste una vez, que me preocupo por los demás. Soy muy protectora.

—¿Entonces, nos podemos volver a ver? —exigió.

Leía mis emociones una por una. Mi sarcasmo era una reacción defensiva para poder esconder lo nervioso que estaba mi cuerpo ante el suyo.

Supe, desde la primera vez que acabé con mis pies en el cementerio, que algo me empujaba hacia él.

Pero me había conseguido convencer de que tan solo era el síntoma de no haber podido acabar de hablar, y el hecho de que siguiera por ahí, apareciendo de vez en cuando para matar a gente que me amenazaba. ¿Cómo iba a saber yo lo que oiría en el despacho de Richard Smith? O esto... la unión inmediata de nuestros labios entrelazados. El hormigueo de mis labios no cesaba.

¿Qué significaba todo eso? ¿Adónde conducía? Era un dios de la muerte. Yo era

una estudiante de secundaria.

Eso no podría funcionar nunca.

Pero él no compartía mi pesimismo.

—Mañana —resolvió, levantándose del suelo. Me estaba consumiendo con la mirada—. Mañana te veo. Al amanecer.

—John —respondí, sacudiendo la cabeza. Todo estaba yendo demasiado rápido—. No, al amanecer no. La gente normal duerme al amanecer. Yo tengo clase.

—Cuando se haga de noche, entonces. —Sus ojos plateados emitieron un brillo—. Nos vemos aquí en cuanto anochezca.

—John. Tenemos que hablar usando la lógica. Me lo advertiste la noche anterior —dije—. Que no volviera al cementerio. Que no era un lugar seguro para mí. ¿Era una hipérbole? —Ya había buscado la palabra. Afirmación exagerada que no se puede interpretar literalmente—. ¿O lo decías de verdad?

Avanzó un paso, me envolvió la cintura con los brazos y me apretó contra él, besándome un poco más.

Era imposible pensar en el cementerio, en los Furias o en La Noche del Ataúd cuando me besaba. Era imposible creer que nada malo pudiese pasar cuando me besaba. Solo pensaba en él.

Dejó su boca un rato sobre la mía, sin querer ser tierno ni brusco... como si su boca perteneciera a la mía, sencillamente.

Y tenía razón. Se necesitaban y siempre había sido así.

No podía creer que lo hubiese ignorado. O quizá ya lo sabía.

Quizá ese había sido el verdadero problema.

Cuando me dejó ir por fin, me sentí como si mi piel estuviese lanzando el mismo destello ondulante de la piscina.

—Tendrías que tener mucho cuidado y no acercarte al cementerio —me dijo, con voz suave y rasgada—. No es ninguna hipérbole. Nos vemos aquí mañana por la noche a las siete. No voy a esperar ni un minuto. Estés donde estés, iré a buscarte. —Bajó la vista para contemplar mi pijama y frunció un poco el ceño—. Ponte el vestido que llevabas la otra noche, el de los botones.

Y desapareció.

*Como en las estaciones frías y en largas y espesas bandadas
vienen empujados por sus alas los estorninos,
así impele el huracán a aquellos espíritus perversos...*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto V

Era de día y no me podía despertar del todo; seguía flotando...

—Sí que estás de buen humor —dijo mamá, mientras me echaba los cereales encima de la leche.

—¿Cómo? —le pregunté, distraída.

—Estás canturreando —me respondió con una sonrisa—. Te veo de buen humor.

—Mamá —le dije—. Ese chico, Tim...

Arqueó las cejas.

—¿Sí?

—¿Por qué no sales con él a la feria esa de barcos? Te iría muy bien.

—¿De verdad? —respondió, animada—. ¿Qué te ha pasado para cambiar así de opinión?

—Ah, nada —respondí—. Tienes que ser feliz.

—Bueno, bueno. Gracias, Pierce —me dijo—. Muy generoso por tu parte, darme permiso para ser feliz. —Se quedó pensativa—. A lo mejor lo llamo más tarde. Estaba pensando que se podría organizar una visita para que los alumnos de Nuevos Horizontes fueran a conocer el laboratorio marino. Ya sabes que hemos mejorado un mon...

—Mérito tuyo —le respondí, dándole una palmadita en el hombro.

Tampoco estaba tan eufórica para querer hablar de los avances de su laboratorio marino.

De camino al instituto en coche, Alex no parecía muy contagiado de mi buen humor.

—Sigo cabreado por ayer —me dijo, mientras daba bocinazos a una gallina que se había quedado parada en medio de la carretera. En Isla Huesos circulaban gallos y gallinas por todas partes; corrían libres por la isla—. No tiene nada de guay hacerte amiga de esa gente. Seth y los demás no son de fiar. No tienes ni idea.

—Sí que lo sé —le respondí.

Alex no tenía ni idea de lo que yo sabía, pero me acababa de recordar algo. ¿Cómo iba a encontrarme con John si tenía a esos idiotas Ases en mi casa, construyendo el ataúd? ¿Y el tío Chris? Se suponía que me iba a enseñar a conducir

después de las clases.

Bueno, no hacía falta preocuparse; las cosas se solucionarían por sí mismas, como siempre. ¿Y qué importaba? Por primera vez en mucho tiempo —tanto, que ni recordaba— era feliz. ¿No me merecía ser feliz? Desde luego que sí.

—¿Me estás escuchando? —me dijo Alex.

Estábamos entrando en el aparcamiento del instituto.

—Perdona, ¿qué decías?

—Madre mía. ¿Pero qué te pasa esta mañana? ¿No te has tomado las pastillas?

—Lo siento, Alex —respondí—. Te estoy escuchando... estaba pensando que te tengo que explicar una cosa; que seguro que no te va a gustar.

Aparcó el coche y pisó el freno.

—Te lo juro por Dios, Pierce —espetó—. Como me digas que estás saliendo con Seth Rector, te echo ahora mismo de este coche.

—No —respondí—. ¡Qué! No seas idiota. El grupo se ha autoinvitado a mi casa para construir el ataúd de los mayores este año.

Me miró fijamente durante un largo minuto. Llegué a pensar, durante un par de segundos, que le había dado un derrame cerebral. Parecía que en cualquier momento se le fuesen a ir los ojos.

—Escúchame, Alex —dije, rápidamente—. No te enfades. Les dije que sí que podían si mi madre me daba permiso, porque ya la viste en el despacho de Nuevos Horizontes, supercontenta con lo de La Noche del Ataúd. Y, de repente, va y aparecen con los listones de madera antes de que le pudiese preguntar. Ella les dejó pasar. Ya sabes que ella quiere que conozca a gente nueva aquí. Puedo decirles que recojan la madera si de verdad te molesta...

Alex ya había empezado a sacudir la cabeza.

—Pierce —dijo—. Pierce Pierce Pierce Pierce.

—¡Qué! —pregunté, nerviosa—. Por favor, no me vengas con que quemaron el garaje de la última casa porque ya lo sé, Alex. Sé lo que hago, ¿vale? —Me llevé la mano al cuello—. No va a pasar nada.

Al contrario: todo iba a ir muy bien. Y en eso tenía puestas las esperanzas, pero no se lo podía decir, por supuesto.

Seguía sacudiendo la cabeza, esbozando una sonrisa retorcida.

—¿Sabes qué? —dijo, por fin—. Tienes razón.

Lo miré fijamente, incapaz de creer lo que había oído.

—¿Qué has dicho?

—Que tienes razón. —Se encogió de hombros—. Todo va a ir bien, estupendamente. Superbién. —Levantó la mano derecha—. Choca, primi. Esta es mi chica.

Miré su mano, desconfiada. Encajé mi mano en la suya y le dejé hacer unos complicados movimientos con mis débiles dedos.

—¿De qué me estás hablando? —le pregunté, mientras caminábamos hacia el

instituto junto con la horda de estudiantes—. ¿Qué va a ir superbién? Pensaba que estabas cabreado conmigo.

—Lo único que... —Dio un saltito—. No, no te preocupes, ¿vale? Olvida lo que me has dicho. No hay ningún problema. ¡Eh!

Saludó en plan «Yo, Cabrero» a un chico que le levantaba la mano.

—Pero... —Mi burbuja de felicidad no explotó, aunque empezaba a tener fugas—. No lo entiendo. Pensaba que odiabas a esa gente.

—Claro que los odio —me dijo—. Pero ahí está el tema. —Me rodeó el cuello con el brazo—. Si están en tu casa, así sé al menos dónde están y los tengo controlados. Pero avísame siempre cuando estén, ¿vale?

—Por supuesto —respondí—. Eso haré. Pero ¿por qué necesitas saber dónde están?

—No te preocupes por eso —me respondió—. Como ya te he dicho... —Me volvió a sonreír con descaro. Parecía contento de verdad— estamos bien.

—Y no me lo vas a decir, ¿no? —Todo ese asunto me seguía dando mala espina—. Porque hay algo que te guardas para ti porque traería cosas malas para los dos, creo.

—Que no te preocupes más, primi —me dijo, guiñándome un ojo—. ¿Nos vemos a la hora de comer? No la líes esta vez. Quedamos en la bandera, en medio de El Patio. No es tan difícil, Pierce. De verdad, ayer no sé cómo se te fue tanto.

Ni yo lo sabía. O sí: me daba miedo la cafetería.

Hoy ya no tenía ese problema. Hoy ya no me daba miedo nada.

Con la felicidad restablecida, pasé por la primera clase; la segunda y la tercera. Entré y me senté en la cuarta clase —economía, con Kayla, quien me saludó con un «¡Eh! ¡Cómo te va! Ya veo que habéis hecho las paces con Alex, ¿no? Lo he visto en clase de inglés. ¿Cómo es que está tan contento?». Se oyó un golpe de nudillos en la puerta.

Yo estaba en mi mundo, haciendo el dibujo de una chica subida en un cohete espacial con forma de féretro disparando flores a la gente. Levanté la cabeza al oír los golpes en la puerta. Y mi nombre.

—Nota para ti. —La profesora me dejó un papelito rosa con mi nombre escrito—. Te llaman al despacho.

El despacho de Nuevos Horizontes. Todos en clase empezaron a aullar. Seguramente, me había ganado una ET o una TA. Me resultaba difícil saber qué había hecho, a no ser que...

—Basta ya. —La profesora (cuyo nombre no recordaba porque todavía no llevaba suficiente tiempo) les reprendió—. Coge tus cosas, Pierce. Queda poco para que acabe la clase y luego no tendrás tiempo de volver a recoger tus cosas para salir a comer.

Recogí mis libros y mi mochila. Kayla me miró con ojos interrogadores. Me encogí de hombros. No sabía de qué iba la cosa.

O sí. Solo esperaba que el miedo no se contagiase a mi rostro.

¿Qué había hecho John ahora? Pensaba que lo habíamos arreglado. ¿Arreglarlo? Pensaba que todo iba genial.

Tenía que aceptar que me había engañado a mí misma como una tonta. Quizá era cierto que ninguna chica —con una ECM o no en su haber— podía tener una relación normal con un dios de la muerte.

¿Pero se merecía un castigo por intentarlo?

Porque, a medida que me iba acercando al despacho, percibía a través de las ventanas que las cosas se estaban torciendo mucho más de lo que había imaginado. Los aullidos de los compañeros no alcanzaban a describirlo.

Allí me encontré al jefe de policía Santos acompañado por otros agentes.

Ay, Dios mío.

Aceleré el paso.

—Qué —exclamé nada más pisar el despacho—. ¿Qué ha pasado?

—¿Es ella? —preguntó el jefe de policía Santos. Me apuntó con su taza de café—. ¿Es esta chica?

—Pierce Oliviera, agente. —Tim tenía la cara más pálida de lo habitual. Llevaba una camisa con cuello abotonado arrugada y suelta por detrás—. Es la chica del cementerio...

—Bien. —El jefe de policía señaló con el dedo hacia una sala—. Sígueme, joven.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿El jefe de policía quería verme? ¿Me iban a castigar por lo de la puerta del cementerio?

—¿Tengo que llamar a mi madre? —pregunté, sin dar un paso.

—No lo sé —respondió el jefe de policía, levantando unas gruesas cejas grises inquisitivas—. ¿Hace falta?

—No, Pierce —respondió Tim por mí. Parecía muy cansado—. No hace falta. Los agentes solo quieren hacerte unas preguntas, no pasa nada.

Si no hubiese sido la misma persona a la que había confiado mi móvil el día de antes —esa mañana se me había olvidado dárselo; de hecho, acababa de darme cuenta hacía poco de que me había dejado el móvil en casa, volando en mi nube de amor como estaba— habría vociferado, al estilo Zack Oliviera, que necesitaba un abogado.

Pero, como se trataba de Tim, el proyecto de novio futuro de mamá, me encogí de hombros y seguí al jefe de policía Santos hasta la sala, que apareció ante mis ojos repleta de cajas de cartón y trípticos con la frase de Nuevos Horizontes: «¡Un Nuevo Horizonte para tu nuevo camino!».

Dentro de la sala, una agente de policía estaba sentada a la mesa de conferencias, tomando notas en una libreta. Levantó la vista cuando entramos. No nos sonrió.

—¿Cómo se llama? —me preguntó el jefe de policía mientras le seguía—. ¿Pierce qué?

—Oliviera —respondió Tim.

Nos venía siguiendo con mi expediente (lo acababa de ver) en sus manos. En el último año y medio, me había vuelto una experta en leer mi nombre boca abajo en todo tipo de informes.

—Vamos a ver. —El jefe de policía sacó una silla—. Siéntese, señorita Oliviera. —Lo pronunció mal—. Es un momento.

Atónita —pero sabiendo por experiencia que nada bueno me esperaba—, me senté en la silla que me ofrecía.

—Si es por lo de la puerta del cementerio —dije—, yo no tengo nada que ver.

El jefe de policía recibió mi comentario con un gesto de sorpresa mientras le daba un sorbo a su café.

—La puerta del cementerio... —respondió, bajando el brazo—. ¿Qué sabe usted de la puerta del cementerio?

—Nada —respondí—. Es lo que le estoy diciendo. No sé nada de la puerta y no sé quién lo ha hecho.

—¿Quién ha hecho qué?

Asistí a un cruce de miradas entre el jefe de policía y la agente, quien había dejado de tomar notas y me miraba como si yo fuese una maleante que estuviese deseando esposar.

—Darle una patada y romper la cerradura.

El jefe de policía soltó un resoplido lo bastante fuerte como para esparcir por los aires las gotitas de café que habían quedado adheridas a su bigote. La agente suspiró y continuó escribiendo notas. Tim, que se había sentado al otro extremo de la mesa de conferencias, abrió mi expediente y fingió estar ocupado leyéndolo. No estaba del todo segura, pero me pareció oír a la agente decir las palabras «pedante» por lo bajo. Sacudió la cabeza, con descrédito.

—Señorita... como se llame —dijo el jefe de policía Santos—. La fuerza que se aplicó a una puerta como esa la otra noche es equivalente a la fuerza necesaria para lanzar una granada pequeña. Por tanto, ya hemos concluido que no fue producida por una jovencita como usted.

Me quedé en mi sitio, examinando mis uñas, salpicadas de trozos de esmalte.

—Ah —respondí.

¿Qué autoridad tenía yo para decirles que se equivocaban? Ninguna.

—No hemos venido para hablar de la puerta —dijo, hoscamente—. ¿Agente Hernández?

La agente pasó una página de la libreta y preguntó en un monocorde:

—¿Es usted propietaria de una bicicleta Sun Cruiser con cesta blanca de flores, asiento grande morado, cadena en tonos rojos y matrícula R guion cien guion siete cincuenta uno once setenta?

Los miré a los dos aterrorizada. No podía pensar.

—No lo sé —respondí.

—Pierce —intervino Tim, con amabilidad—. Haz memoria. Tú y tu madre

registrasteis la bici a tu nombre en la policía, por si acaso te la robaban.

Pestañeé, notando el corazón más pesado que nunca.

—Oh, sí —respondí—. Tengo una bicicleta azul con una cesta blanca de flores y asiento morado y cadena roja y eso. Y la matriculé en la policía por si me la robaban. Pero no tengo memorizada la matrícula entera. ¿Quién tiene tiempo de memorizarse la matrícula de su bici? Es que es... Me refiero a que están preguntando cosas que nadie...

—¿Cuándo viste tu bici por última vez? —me preguntó el jefe de policía, dándole un trago al café.

—Ayer por la noche. La cogí para ir a ver a...

Me detuve. Noté cómo se me helaba la sangre en las venas.

Mi bici. La había dejado encadenada en la verja del cementerio.

Cuando fui a ver a Richard Smith.

—Ay, Dios —me levanté de la silla, a punto de tropezar con ella—. ¿Qué le ha pasado?

Estaba muerto. Lo sabía. Era la última persona que había tocado mi collar.

Y ahora estaba muerto.

Tendría que haberlo previsto. Tendría que saber ya que nunca iba a poder ser feliz. Tendría que saber que no podría con él. ¿Cómo iba a poder arreglármelas con un dios de la muerte? El amo flipado del Inframundo. ¿A quién quería engañar? Ni siquiera había podido salvar a mi mejor amiga. ¡Si no sabía dividir con decimales! Nunca aprendería a conducir.

—Tranquila, Pierce —dijo Tim, levantándose y rodeando la mesa para ponerse a mi lado. Estaba hiperventilando—. No pasa nada. No te preocupes, solo estamos intentando aclarar las cosas.

—¡Pero qué ha pasado! —grité. Empezaba a notar la histeria subiendo por mi cuerpo—. Estaba bien la última vez que lo vi. Estaba bien cuando me dejó en casa.

—¿Quién estaba bien? —Tim miró al jefe de policía, que parecía igual de confuso que él—. ¿De quién estás hablando, Pierce?

—El señor Smith —dije. El pánico se empezó a diluir cuando vi en sus rostros que no sabían de qué estaba hablando—. El sacristán del cementerio. Esperad. Un momento. ¿De quién están hablando?

—Jade —dijo Tim, con un deje de ternura en la voz—. Estamos buscando testigos que hayan pasado cerca del cementerio ayer por la noche. No volvió a casa después del trabajo. La han encontrado esta mañana en el cementerio. Muerta.

*Por mí se llega a la ciudad del llanto;
por mí a los reinos de la eterna pena,
y a los que sufren inmortal quebranto.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Emitieron la noticia durante la comida.

No la de que Jade había muerto. ¿Por qué iban a anunciarlo? El Instituto de Secundaria Isla Huesos no tenía motivos para «idealizar» ninguna muerte, tal y como había hecho la Escuela Femenina Westport.

No, la noticia alertaba de que la previsión de huracán había ascendido a estado de alarma, según el Centro Nacional de Huracanes. Todas las actividades extraescolares se habían cancelado, así como las clases del día siguiente. Nos echaban a todos a las dos en vez de a las tres cincuenta.

—¿Y por qué no nos dejan salir ya? —protestó Kayla mientras se comía su ensalada César—. ¿Qué vamos a hacer en una hora más de clase, con todo el mundo paranoico porque se acerca un huracán? Poco vamos a aprender hoy.

—Ya —respondí—. Les va bien, para que no pensemos en ella. Anulan las clases de mañana y así no se habla más sobre ella.

—¿Cómo? —dijo Kayla.

—Nada —respondí, dejando mi burrito en el plato—. Qué pocas ganas de comer.

—¿Te acuerdas de esa vez que no mató a su profesor? —le explicó Alex a Kayla—. Se parece a esto de Jade.

—No, no se parece —le corregí—. Jade no se ha golpeado a sí misma con un objeto romo.

Tim me había explicado que lo máximo que la policía había alcanzado a averiguar —pues hacía poco que habían descubierto su cuerpo y no habían visto testigos por la zona— era que todo apuntaba a que Jade hubiera sido víctima de un atraco. En cuanto llegaron los sanitarios —fue descubierta por Richard Smith detrás de un mausoleo cuando había llegado a trabajar esa mañana—, la evacuaron en helicóptero al Centro de Traumatología Ryder en Miami.

Pero no habían podido hacer nada por salvarla. El impacto en el cráneo (aunque llevase el casco de bici puesto) había sido enorme.

—Lo siento, Pierce —me había dicho Tim, tocándome la espalda mientras yo me derrumbaba en la sala de conferencias y rompía a llorar—. Lo siento mucho.

No tanto como yo.

«Estará bien. John procurará que así sea».

Eso es lo que me había dicho Richard Smith dentro del coche después de que Jade saliera a pedalear entre la lluvia.

Y le había pasado algo muy malo; lo peor que le podía pasar a nadie.

Porque John no había estado allí para protegerla.

Había estado conmigo.

Eso es lo que le dije a él —a Richard Smith— en cuanto salí precipitadamente del despacho de Nuevos Horizontes después de que me soltaran. Lo llamé rápidamente a la oficina desde una cabina.

—Yo tengo la culpa —dije, acongojada.

—No veo la manera —me respondió—, a no ser que usted misma la haya atacado por detrás con una tubería o una pala o lo que sea que hayan usado para matarla y luego le haya quitado la cartera y la bici. Y los *walkies*. No los han encontrado y me parece muy raro. No valen para nada, como para venderlos de segunda man...

—Ya sabe lo que quiero decir. John estaba conmigo cuando ella murió —le grité por teléfono.

Se oyó el timbre de fin de clase y los pasillos se empezaron a abarrotar de estudiantes, que pasaban y me miraban no solo por usar la última cabina que quedaba en Isla Huesos, sino porque, además, estaba llorando.

—Tampoco ha sido culpa de John, señorita Oliviera —respondió, con una pasmosa serenidad—. Aunque él se siente fatal, como usted. ¿Quién se cree usted que me despertó y me llevó hacia ella?

—¡Es peligroso! —chillé—. ¡John dijo que el cementerio es peligroso!

¿Por qué no se me ocurrió decirle la noche anterior que Jade estaba allí? Había estado tan perdida entre sus besos...

—Para usted —precisó Richard Smith—. Él dijo que es peligroso para usted. Son cosas que no se pueden controlar, señorita Oliviera, también para un dios de la muerte. Le ha llegado el momento. Es muy triste, por supuesto, y, cuando encuentren al responsable, espero que le caiga todo el peso de la ley. Y ya vio usted lo bien que estaba ella. John dijo que se ha trasladado a un lugar mejor...

Le habría colgado el teléfono. Estaba tan cabreada. Así había acabado todo después de su fantástica propuesta de ser más «amable». Alguien que me caía bien —a quien apreciaba de verdad— estaba muerto.

«Reina entre las ruinas».

Sí, supongo que, racionalmente, en el fondo de mi conciencia, también pensaba que ni John ni yo teníamos la culpa de la muerte de Jade... pero cuando pasa algo horrible, el mecanismo natural del ser humano es la culpa. Necesitamos hacer a alguien responsable, aunque a veces las cosas, sencillamente, pasan.

El problema radicaba, como siempre decía mi padre, en que siempre hacemos responsable a la persona que menos lo merece. A veces incluso a la propia víctima. Solo de esta manera damos con el alivio que nos permite convencernos de que nunca

más va a ocurrir. «Le ha pasado esa cosa terrible porque hizo esto y lo otro. Lo que tengo que hacer es no hacer esto y lo otro y así nunca me pasará a mí».

Fallecí intentando rescatar a un pájaro. Mi madre todavía se siente culpable por eso, porque no fijó bien la cubierta o porque no se dio cuenta de que me estaba ahogando. Cuando en realidad fue mi culpa por ser tan torpe.

En el caso de Jade, tan pronto como los detalles de su muerte salpicaron a la gente —cosa de la que me enteré en cuanto pisé El Patio—, todo el mundo empezó a decir: «Pero bueno, ¿qué hacía por ahí en bici a esas horas y cerca del cementerio? No me extraña que muriera, a quién se le ocurre».

Como si fuese culpa de Jade.

Esa teoría solo dejaba a la vista un pequeño problema:

Jade había sido víctima de un asesinato. La policía buscaba al autor o, como mínimo, a algún testigo que pudiese haberlo visto.

Ese día, cuando las primeras nubes grises empezaron a cruzar el cielo, todas las piezas encajaron. Más tarde, no pude creerme cómo había tardado tanto tiempo en verlo.

Pero era tan horrible. ¿Cómo podía ni siquiera imaginar que fuese así de horrible?

Y la verdad es que la gente muere. A veces tropiezan y caen. Se dan un golpe en la cabeza y caen a la piscina y se ahogan. Otras veces comienzan un romance con su entrenador de baloncesto y entonces las rechazan repentinamente y vuelven a casa y se tragan un frasco de pastillas. Otras, sufren un atraco mientras conducen su bici y nadie las puede ayudar a tiempo y mueren.

Así son las cosas. No tiene nada que ver con uno mismo, seguramente.

—¿Tía Deb? —dijo Alex, al coger el móvil mientras dejábamos nuestras bandejas vacías en los carros—. Sí, ya lo sé. Pierce se ha vuelto a dejar el móvil, ¿verdad?

En otras ocasiones, sí que tiene que ver con uno mismo.

Alex se quedó pálido mientras escuchaba a mi madre. Estaba claro que ella no quería decírmelo.

Pero otros sí.

—Eh, Pierce —exclamó Farah, mientras pasaba por delante y me sonreía y me saludaba con la mano al lado de Seth, cogidos de la cintura.

—Ah —respondí. No tenía ganas de forzar una sonrisa, pero les saludé con la mano—. Hola.

Las nubes de tormenta empezaron a rugir. Para variar, todo el mundo salió a comer. ¿Qué íbamos a hacer, si llovía, como, por ejemplo, ahora?

—Pierce —me gritó Bryce, mientras pasaba por mi lado en dirección a los contenedores de basura con veinte envoltorios de burritos. Cody estaba con él—. ¡Pierce Pierce Pierce Pierce! —gritaron al unísono, como si estuviesen cantando un himno. Como si se supiesen el «Mójate por Mueller».

—Madre mía —dijo Kayla—. ¿Pero qué hiciste ayer con ellos? ¿Sexo o un helado?

Le hice una mueca.

—Ujj. Calla.

Alex colgó el teléfono.

—Eh —le dije—. ¿Qué quería mi madre?

—Me llamaba desde la comisaría de policía, que se han llevado a mi padre para hacerle unas preguntas —respondió. Tenía mal aspecto, como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago—. Por el asesinato de Jade.

El mundo tembló bajo mis pies. Al principio pensé que era el primer trueno.

Pero no era ningún trueno. Todavía no.

—¿Qué? —dije, ofuscada por mis pensamientos—. Pero cómo es eso...

—Llamó un testigo anónimo —continuó Alex—. Y dijo que había visto a mi padre conducir cerca del cementerio ayer por la noche, con el coche de la abuela. Han llegado a casa y han confiscado el coche para buscar pruebas. —Se le escapó una risa muy lejana a su risa habitual—. El coche de la abuela. Se han llevado el coche de la abuela. A ver qué van a encontrar: hilo de tejer, porque otra cosa...

—Alex —le dije, titubeante.

Eso no podía estar pasando. Tantas cosas horribles al mismo tiempo. ¿Por qué?

Algo iba mal. Algo iba muy mal aparte de que los planetas se hubieran alineado.

«Reina entre las ruinas».

En el momento en que empecé a pensarlo, una oleada de viento entró en la terraza, tan violento que todos los que estábamos sentados a las mesas tuvimos que sujetar nuestra comida para que no saliera volando. Farah y Nicole soltaron sendos grititos de pánico y se agarraron las faldas. Todo el mundo en El Patio —menos Alex — fue testigo.

—Si no salió ayer por la noche —dijo Alex, amargamente—. Tú lo conoces. Nunca sale; solo para las reuniones con su agente de la condicional. Solo se dedica a ver el Canal del Tiempo en el sofá y a beber...

—Mountain Dew —completé su frase—. Ya lo sé.

Miré a mi alrededor. Los relámpagos estaban alcanzando el mar.

No. Eso no podía estar pasando.

Pero, al mismo tiempo, la sensación que empezó a perseguirme desde el momento en que me senté en la sala de Nuevos Horizontes delante de la policía acabó de instalarse y me decía que sí estaba pasando.

No. No fue desde que me senté delante de la policía en la sala de Nuevos Horizontes. Fue desde que había regresado de entre los muertos.

Si quería ser honesta conmigo misma, tenía que admitir que había empezado mucho antes, desde ese:

«¿Te ha caído bien?», me había preguntado la abuela.

«No sé», respondí.

La abuela sonrió.

«Ya lo sabrás», me respondió.

Y me puso una bufanda en el cuello. Una bufanda que había tejido para mí.

Una roja. Con borlas.

Un momento. No fue así como pasó. ¿En qué estaba pensando? La abuela tenía razón: yo tenía una imaginación prodigiosa.

—¿Y si están haciendo una ronda de declaraciones a gente con antecedentes? —propuso Kayla—. Lo vi en una peli. A lo mejor han cogido a tu padre porque ya ha estado en prisión y van preguntando...

—No —le interrumpió Alex con brusquedad. Tenía cara de querer clavar el puño contra algo, pero no había nada lo bastante blando como para darle un puñetazo sin hacerse daño en la mano, excepto algún que otro As que por ahí pululaba antes de que sonase la campana—. Lo acabo de decir. Dicen que lo han visto. Un testigo. Un testigo que resulta que ha visto a mi padre en un sitio en el que no ha estado, conduciendo un coche que nunca ha conducido.

—Ay, Alex —dijo Kayla, poniéndole la mano en el hombro. Tenía la expresión más tierna que le había visto nunca—. Lo siento mucho.

Pensé rápidamente en mi conversación con el tío Chris el día de antes, cuando me dijo con insistencia que nunca dejara que nadie diese por hecho que yo no era válida para hacer algo.

El problema se estaba resolviendo, pensaba yo.

—Dame tu móvil, Alex —dije, tendiendo la mano.

—¿Para qué? —contestó, alerta pese a su amargura.

—Porque... —respondí—. Voy a llamar a mi padre.

Alex negó con la cabeza.

—Pierce, tu padre odia a mi padre. ¿No te acuerdas?

—No, no lo odia —repliqué—. Dame el móvil.

—Pierce —repitió—. Te lo agradezco, de verdad. Pero seguro que no te quieres meter en esta historia. No puedes hacer nada.

Me eché a reír al no tener más opción, aunque lo cierto era que no tenía ningunas ganas.

—Mira, Alex —le respondí—, créeme. Lo que tengo que aguantar en el día a día no es nada comparado con esto.

Mi confesión fue coronada por un rugido de trueno tan fuerte que envió a los pocos estudiantes que quedaban esparcidos por el pasadizo cubierto directamente a sus pabellones.

—Escucha —dijo Alex, levantando la voz por encima de la ventisca—, de verdad que valoro mucho lo que me dices, Pierce. Pero tu padre ya ha sido bastante nocivo aquí. ¿No te parece?

Kayla inspiró profundamente. Los ojos me empezaron a picar y me di cuenta de que eran lágrimas... aunque tampoco era la primera vez que me decían algo así. Mi madre la primera.

—Llegamos tarde a clase —dijo Alex, y se abrió paso entre nosotras con un

empujón—. Nos vemos en el coche a las dos si quieres que te lleve a casa.

Caminó con pasos rápidos por el pasillo cubierto hacia el Pabellón D, con la cabeza baja y los hombros caídos. Se le veía más menudo que nunca, y eso que había crecido cinco centímetros ese verano. El tío Chris me había enseñado con orgullo las marcas en la puerta de la cocina.

Kayla se volvió hacia mí.

—No lo ha dicho con mala intención.

—Pero lo ha dicho —contesté, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, sí —me respondió Kayla—. Te lo ha dicho, pero ya sabes que está muy preocupado. Eh —advirtió, mirando hacia algo por encima de mi hombro—. ¿Tu abuela no es la señora del Tejemanejes?

—Sí —respondí—. ¿Por?

—Porque está aquí.

Pegué un brinco. Kayla tenía razón. Mi abuela estaba caminando por el pasillo hacia nosotras, ataviada con su habitual conjunto estrella de bombachos *beige* estilo gaucho, blusa blanca de campesina y zapatillas blancas victoria sin cordones.

Alrededor de su cuello, una de sus típicas bufandas coloridas, confeccionada por ella misma. Una hilera de borlas caía a cada lado de la bufanda.

La abuela era casi famosa en la isla por esas borlas y algunos las usaban como tiradores para los ventiladores de techo.

—¡Pierce! —La abuela me saludó con la mano. Aunque todavía estaba lejos (dos hileras de taquillas más allá), podía oír perfectamente su pesada respiración. La abuela no estaba en forma; no le gustaba caminar, prefería siempre coger el coche—. Gracias a Dios que te he encontrado. ¿Has oído lo de Christopher? Es horrible.

—Habrà venido para daros permiso para salir —me susurró Kayla—. No nos dejan salir del campus excepto la hora de comer a no ser que sea una emergencia familiar o que venga a firmar un consentimiento alguien mayor de edad.

—Ah —respondí—. ¿No ha dicho Alex que han confiscado su coche?

Kayla se encogió de hombros.

—Habrà cogido el de tu madre.

—¿Y por qué no le ha dicho mi madre a Alex que mi abuela venía de camino?

Kayla me miró.

—Niña, ¿pero qué estás diciendo? ¿Qué estás pensando, que ha venido aquí tu abuela a secuestrarte o algo por el estilo?

«¿Te ha caído bien?».

«No sé».

«Ya lo sabrás».

Dejé mi mochila en el suelo, sin apartar la vista de mi abuela, que estaba llegando al final de las taquillas. Las borlas de su bufanda se movían voluptuosas.

Se movían igual que las de la bufanda que llevaba el día que fallecí, pero alrededor de mi cuello dentro del agua.

Lo había tenido todo el tiempo delante de las narices y me había costado tanto verlo.

Qué tonta había sido.

—¿Tan disfuncional es tu familia? —continuaba hablando Kayla.

—Kayla —le dije, mientras me arremangaba—, ¿me haces un favor? Vete a clase.

—Oh —me respondió, con una risita—. Vale. Supongo que entonces no nos vemos a las dos en el coche de Alex, ¿no?

—Si no he llegado —dije—, llama a la policía.

Kayla se echó a reír. Obviamente, se pensaba que me encantaba gastar bromas.

—No te preocupes, niña —dijo, y se encaminó hacia el Pabellón D—. Eso haré. Nos vemos a la vuelta, con los polis.

Lo que Kayla no sabía —yo sí— era que el diamante escondido debajo de mi camiseta, que hasta el momento tenía el color púrpura alegre que adquiría siempre que Kayla estaba cerca, se había vuelto ónice en el momento en que mi abuela apareció.

Siempre se ponía de ese color cuando mi abuela andaba cerca. Hasta el momento, había pensado que era porque yo me ponía nerviosa porque siempre me sentía rechazada por ella.

Ahora sabía la verdadera razón.

—Por qué... —dijo la abuela, jadeando, cuando por fin se puso delante de mí— no vienes, si ya me has visto. Me voy a ahogar.

—Te ayudaría —murmuré— si te quitases la bufanda.

—¿Qué dices?

La abuela tenía los ojos azules, la única de la familia. Eso era porque ella no era Oliviera ni Cabrero. Acababa de empezar a entender lo que era.

—¿Qué haces aquí, abuela? —pregunté.

—Oh —dijo, dándose aire con la bufanda—. Vengo a buscarte. Tu madre quiere que vuelvas a casa. Ha pasado algo horrible: el tío Chris...

—Ya lo sé —contesté—. Lo han llevado a declarar.

—Ah —respondió, sorprendida—. Lo sabes, ¿y te quedas así, tan tranquila? Venga vámonos.

Me cogió del brazo y, como no me movía, empezó a estirar.

—Pierce —dijo, molesta—. ¿Qué te pasa, ahora? No tenemos tiempo para jueguecitos. Está empezando a llover a cántaros, ¿no lo ves? Va a haber tormenta. No tengo ganas de mojarme. Vámonos.

—¿Y Alex? —pregunté.

—Ya se ha ido —respondió la abuela, sin titubear.

—¿De verdad? ¿Ya se ha ido? ¿Lo has llamado?

—Sí —respondió—. Lo he llamado y dice que no te encontraba. Venga, vámonos. Que no tengo todo el día. Tengo que volver a la tienda. Vamos.

—No —contesté, sacudiendo la cabeza—. No me voy contigo.

—¿De qué estás hablando?

La abuela era un poco más bajita que yo, pero bastante más corpulenta y con un centro de gravedad más bajo. Cuando tiraba, tiraba de verdad.

Pero yo también sabía ser tozuda.

—¡Pierce! ¡Se puede saber qué te pasa! —exclamó. Me estaba agarrando tan fuerte que me iba a cortar la circulación—. Le he dicho mil veces a tu madre que no te deje tomar tanta cafeína...

—¡No! Te encantaría, ¿verdad? —El jardín. El pasillo. Las borlas. Todo se empezó a volver rojo, pero a mí ya no me importaba—. Hacer todo lo que puedas para que no me acuerde, pero ¿sabes qué? Sí que me acuerdo. Mucho más de lo que crees. Me mandaste salir al cementerio ese día en el funeral del abuelo con una clara intención: conocer a John.

La abuela me miró y pestañeó, confundida.

—¿Qué? No sé de qué me estás habl...

—El abuelo no tenía ni idea de lo que estabas planeando, ¿verdad? —continué, ignorándola—. Richard Smith me dijo que tú le dijiste al abuelo que no creías en dioses de la muerte. Pero sí que crees en ellos, ¿verdad? No solo crees en ellos, sino que te encanta torturarlos, ¿a que sí? Porque eso es lo que hacen los Furias.

La abuela se había vuelto del color de sus bombachos. El viento se había condensado en el pasillo y estaba haciendo revolotear sus pequeños rizos grises. Seguía agarrada a mi brazo.

—No sé de dónde sacas todo eso —me dijo—, pero si has estado hablando con Richard Smith, lo entiendo todo. Ese tipo no está bien; está obsesionado con el tema de que la muerte es una parte natural de la vida o no sé qué tonterías, cuando tú deberías saber mejor que nadie lo que ocurre cuando morimos. No te fíes un pelo de nada de lo que te dice. He venido a buscarte y a llevarte con tu madre...

—¿En qué coche? —pregunté—. En el de mi madre no, porque acaba de llamar a Alex desde donde sea que están haciendo declarar al tío Chris y tu coche está confiscado. Así que ahí has metido la pata. ¿Sabes en qué otra cosa te has equivocado, abuela? En matarme.

Entonces asomó un brillo de algo en esos ojos azules. No era miedo. Era demasiado sutil para ser miedo.

Era...

Odio.

—Sí, ya sé que pensabas que nunca llegaría a saberlo —le dije, intentando liberarme de su mano.

Pero seguía agarrándome, con expresión inmutable. Parecía el ser brutal que había visto en John.

Pero los ojos de John, pese a estar llenos de desesperanza, nunca me habían mirado con semejante odio. Ni una vez. Parecían inhóspitos, pero nunca dudé de que seguían vivos de alguna manera. Con la abuela, empecé a dudar.

—Me enviaste a ese cementerio cuando tenía siete años para que conociese a John, ¿verdad? Así, cuando muriese, podría ir al Inframundo de Isla Huesos y no tendría miedo de él y a lo mejor él me encontraba y me escogía para ser su consorte, como Hades escogió a Perséfone, ¿no?

Empezó a llover. Las gotas de lluvia caían pesadamente contra el tejado de metal del pasillo.

Las ignoraba. Tenía toda la atención centrada en la mujer que tenía delante. Si alguna vez había llegado a ser algo, estaba claro que hacía mucho tiempo que no era mi abuela.

—Por eso me preguntaste ese día si me había caído bien y, cuando te dije que no lo sabía, me dijiste que ya lo sabría algún día. Admítelo. —Sacudí la cabeza. Por fin lo entendía todo, pero me resistía a creerlo, porque era tan horrible—. Me cosiste la bufanda para mí; esa con borlas rojas. Me la enviaste unas navidades. Ahora lo recuerdo todo. ¿Cómo hiciste para asegurarte que se enroscaría tan bien en mis piernas y me haría tropezar? ¿Cómo pudiste prever que la llevaría ese día en el jardín y que me tropezaría y caería a la piscina? ¿También dejaste a los pájaros malheridos? El de la cubierta de la piscina, en Westport y el del jardín, en Isla Huesos. ¿Qué tipo de persona eres, capaz de asesinar a su propia nieta?

Por fin me soltó. Se quedó delante de mí, respirando entrecortadamente.

Pero no porque fuese mayor y débil. Estaba muy lejos de eso.

Porque era una Furia. Por fin estaba mostrando su verdadera cara.

Y era mucho más horrenda y espantosa que nada que pudiese imaginar.

—Tú eres la única —respondió, con ojos vidriosos—. Eres la única que lo ha echado todo a perder. Se supone que tendrías que estar muerta, pero eres tan inútil que ni siquiera sabes hacer eso bien, ¿verdad?

Pestañeeé varias veces, aterrorizada. Había tardado tanto tiempo en verlo y ahora no podía creer que fuese cierto.

—Se lo intenté decir a todos —continuó, resollando. Su lengua salía disparada como la de una serpiente mientras se humedecía los labios reseco y rosado—. Intenté advertirles sobre ti. Cuando nació Deborah, era tan guapa, inteligente y perfecta, que parecía el destino. Estaba segura de que nuestra familia conseguiría destruirlo. Tenía fe en que se enamoraría de ella en cuanto la viera. Pero nada. Lo intenté todo. Debo de haberme pasado días en ese cementerio paseándome con ella entre los mausoleos para atraer su atención. Pero él ni la miraba.

La abuela soltó un bufido y me volvió a clavar la mirada.

—¿Y tú? —dijo, despectivamente—. Te dejo cinco minutos sola en el cementerio y, ¿qué haces? No me lo podía creer. —Su cara cambió a algo que se aproximaba a una sonrisa si le hubiese quedado un mínimo de humanidad—. Si hubiese sabido que le gustan feas y torpes, no habría sacrificado tanto tiempo haciendo que tu madre se esforzase o mandándola a hacerse la manicura todas las semanas.

Mis ojos se empañaron de lágrimas. Sabía objetivamente que esa persona ya no

era mi abuela.

Pero que me llamara torpe y fea dolía mucho más de lo que pensaba.

—Matarte fue la parte más fácil —continuó—. El problema vino cuando no seguiste estando muerta. Tienes mucho más de tu padre de lo que nos habíamos imaginado.

—Ah, pues mira —le dije, levantando la cabeza—, me lo tomo como algo bueno. —Aunque sabía que estaba lejos de su intención.

—Se lo dije por eso mismo, porque nunca iba a salir bien —dijo, entre dientes, sin prestarme atención—. Pero ¿me escucharon? No, qué va. Y, ahora, mira lo que ha pasado. Si no estás muerta y te quedas en el bando de John Hayden, él nunca conocerá la verdadera felicidad. Y, si John Hayden no es feliz, entonces no le podemos quitar esa felicidad. Pero yo puedo rectificar perfectamente esa situación...

Entonces se dobló delante de mí... por el puñetazo que le arremetí, hasta el fondo, tal y como me había enseñado el chófer de mi padre, en caso de que me encontrara alguna vez en una situación en la que me tuviera que defender.

Se tambaleó y cayó al suelo, soltando un chillido que no había oído en la vida. Fue tan agudo que hizo añicos la tela roja que se había formado en mis ojos.

En ese momento apareció John.

Allí estaba, salido de la nada, con sus vaqueros negros y camiseta, como si materializarse en El Patio del Instituto de Secundaria Isla Huesos en medio de una tormenta y de una pelea a puñetazo limpio entre una nieta y su abuela fuese lo más normal del mundo.

—Vámonos —me dijo, con voz serena, cogiéndome de la cintura con el brazo y levantándome del suelo para llevarme a cuestras.

Ni «Hola».

Ni «¡Hala! Vaya gancho le has pegado».

Ni «Qué ganas tenía de verte. Lo siento por lo del asesinato de tu educadora. Sí, tu abuela es una Furia aunque yo mismo te dije que ningún Furia iba a por ti. Creo que fue un desliz».

Solo «Vámonos».

—Volveré a por ti —vomité encima de esa cosa que era antes mi abuela.

Creo que estaba rozando la histeria. John me condujo por el pasadizo y doblamos la esquina en dirección al Pabellón B.

—No —imprecó John, con la misma voz que usó ese día en la joyería. Como si dijese que no a un vendedor ambulante de cervezas—. No vas a volver a por ella.

—¿Qué quieres decir? —Me aparté el pelo que caía encima de mi cara para intentar ver adónde nos dirigíamos—. ¿Sabes qué es, John? Es una Furia. Dijiste que los Furias no iban a por mí y mira. ¡Mi propia abuela! Es una Furia. ¡Y me asesinó! Ella misma tejió la bufanda que me hizo tropezar. Lleva intentando hacerme daño desde antes de que naciera.

No me quiso dejar en el suelo, por mucho que yo patalease, hasta que llegamos a

una zona del pasillo lo bastante alejada de mi vociferante abuela y segura para mí —o para ella. Después de detenerse y de dejarme en el suelo, me mantuvo sujeta contra una taquilla mientras me agarraba de los hombros para que no pudiese escapar.

—Lo sé —fue lo único que dijo, con expresión seria.

Levanté la vista hacia él, incrédula.

—¿Lo sabías? ¿Lo de mi abuela? ¿Cómo?

—No lo de tu abuela —dijo, sacudiendo la cabeza—. Aunque ahora se entiende. Tendría que haberlo previsto. Tenías razón con lo de los Furias: van a por ti.

—¡Lo sabía! —exploté—. Mi collar se vuelve negro cuando están cerca. —Levanté la piedra para enseñársela. El diamante seguía negro como el alquitrán—. Pasó lo mismo con el joyero y con el señor Mueller. No me importa lo que opines, John, creo que ellos también han nacido Furias. Esto no se equivoca tantas veces; es que no he sabido interpretarlo. Ya podría venir con manual de instrucciones. Porque no estaría mal saber qué quiere decir cada col...

—Pierce —dijo. Tenía la expresión más sombría que había visto nunca en él—. Los Furias mataron a Jade.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al instante. Dejé caer la piedra, que rebotó contra mi pecho con un golpe pesado.

—Por qué, John. Mi abuela... —No pude acabar la frase.

—No, ella no. Pero, si lo que estás diciendo es verdad, son sus amigos. Fueron tres hombres los que mataron a Jade. Ha dicho que no los reconoció; que llevaban máscaras.

—¿Por qué Jade? —pregunté—. Jade no ha hecho nada a nadie.

Aparte de querer ayudarnos y ofrecer regaliz rojo.

—¿No lo ves? —dijo, con sus ojos grises envueltos en sombras—. Jade ha muerto porque la han confundido contigo, Pierce. Siempre estás cruzando el cementerio en bici...

Angustiada, levanté la vista hacia él.

—John, si el señor Mueller fuese un Furia, entonces no es la primera vez que han herido a alguien por mí. Porque... Hannah. ¿Qué pasa con Hannah?

Me miró fijamente, sin pronunciar palabra. La lluvia se estaba conteniendo. Estaba empezando a diluviar.

—Tendría... —continué, en voz baja—, que haber dejado que lo matases.

—No —me respondió, apretándome los hombros—. Hiciste bien en pararme. Con el joyero, también. No son ellos los que están matando, Pierce. Son los Furias, que los poseen. A veces me olvido.

—Tiene que haber una manera de pararlos antes de que hagan más daño, John —dije—. Tiene que haber una manera.

—Son imparables —contestó—. Puedes romperles los huesos; puedes destrozar sus cuerpos. No conseguirás nada.

—Pero ahora acabo de dar un puñetazo a mi abuela...

—Si se solucionase algo atacándoles, ¿crees que quedaría alguno vivo? —preguntó. Miraba de vez en cuando hacia la esquina, como si temiese que mi abuela fuese a aparecer en cualquier momento—. Créeme, he intentado derribarlos muchas veces. Se habrían extinguido ya. Pero siempre vuelven. Encuentran otro cuerpo donde habitar; una mente débil nueva que corromper.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces? —pregunté, poniendo los brazos alrededor de su cuello, desesperada, buscando algún consuelo.

Escondió su cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro, aferrándose a mi cuerpo tan fuerte como si volviésemos a estar entre las olas, perdidos en la tormenta, y yo fuese la única cosa sólida a la que agarrarse. En lugar de encontrar alivio en su cuerpo, él encontró la tranquilidad en el mío. Lo acababa de saber. Eso fue lo que más me asustó hasta el momento.

—No sé cómo he podido pensar —dijo con la voz amortiguada contra mi pelo— que, al no querer estar conmigo, podrías verte libre de ellos porque en todo este tiempo no estabas a salvo ni con tu propia famil...

—Shhh —dije, incapaz de oír la frase entera. ¿Qué podía haber hecho para que mi abuela lo odiase tanto?—. Vamos a encontrar una salida. Encontraremos la manera...

—No. —Se enderezó de repente. Pero seguía sin soltarme. Se sostenía en mis hombros—. No vamos a encontrar nada. Son Furias. Están en la Tierra. Van a por ti.

—Pero el collar —dije, haciendo un gesto. Quería encontrar la manera de decirle que podía protegerme a mí misma. Sencillamente, no había sabido proteger a los demás—. Con un poco más de práctica, ahora que por fin ya sé lo que está pasando, estoy segura de que...

Negó con la cabeza.

—Pierce —dije—. Llevo pensando en esto desde que encontré el cuerpo de Jade. Y hay una cosa que puedo hacer para protegerte de los Furias.

Levanté la vista hacia él, intentando contener mis pensamientos para que no se abocaran a esa esperanza.

—¿De verdad? ¿Qué?

—Tengo miedo de que no te guste —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué?

Me besó la frente con dulzura, dejando que sus labios prolongaran el beso.

—Cierra los ojos —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, confusa.

—Hazme caso. Te prometo que no te hará daño —contestó.

Cuando supe lo que estaba a punto de pasar, me doblé sobre mis rodillas. Me quiso retener y le di una patada. Me resistí ante sus brazos y se lo imploré. Intenté escapar.

—¡John! —grité—. No. No lo hagas. Así no. Eso es lo que quieren. Mi abuela me lo ha dicho. Te lo suplico...

Pero ya era demasiado tarde. Tenía demasiada fuerza. No pude huir.
Y, por supuesto, al final, cerré los ojos.

Un.

Dos.

Tres.

*Y como no hay en mí fin ni mudanza,
nada fue antes que yo, sino lo eterno...
Renunciad para siempre a la esperanza.*

DANTE ALIGHIERI, *Infierno*, Canto III

Nada había cambiado. Las cortinas blancas de seda colgando de los elegantes arcos, empujadas por una suave brisa. Las tersas paredes de mármol encuadradas con tapices. El fuego de la chimenea. Los fruteros plateados brillantes dispuestos en la larga mesa de banquete. Incluso el cielo era el mismo. Continuaba rosáceo, en perpetuo crepúsculo.

Y la cama. Continuaba en su sitio. Sábanas blancas, dosel. Cama para dos.

Salí despedida de sus brazos en cuanto me liberó —cosa que hizo en el primer segundo en que aterrizamos en ese lugar.

—¡No! —grité, jadeando en cuanto abrí los ojos.

No podía creérmelo. No podía creerme que estuviese allí otra vez: el lugar común de mis pesadillas.

—Pierce —dijo, en una voz tan serena como irritante—. No te pongas nerviosa. Es por tu bien.

«¿No te pongas nerviosa?». «¿Es por tu bien?».

Por llevar, llevaba hasta el mismo vestido.

Bueno, no era del todo igual. Pero, a medida que bajaba la vista, observé que llevaba algo demasiado parecido que él me había puesto —con su mente— la última vez que me había conducido a ese sitio. Era largo, vaporoso y blanco. Cuando levanté una mano defensiva y me la llevé al pelo, me pinché con algo.

—¿Flores? —Me las saqué del pelo y las tiré al suelo—. ¿Estás loco? ¡Y deja de vestirme! Sé vestirme solita.

—Pensé que te gustaría —dijo, algo dolido—. Estás preciosa.

No hubo respuesta. Exploté.

—¡Te quiero matar!

Reflexionó un poco.

—Un poco tarde —convino.

Cruzó la habitación y se acercó a una estantería, sacó un libro y caminó hacia el sofá. Se sentó, abrió el libro y empezó a leer.

Así de fácil. Conversación finiquitada. ¿Qué era lo próximo?, ¿hablar sobre qué íbamos a cenar?

Si se pensaba que ahí acababa todo, estaba muy, pero que muy equivocado.

Salí como una exhalación delante de él, con las piernas temblorosas, directa hacia el arco que conducía hacia el pasillo que me había dado la libertad.

No intentó detenerme. No pronunció palabra alguna.

Tendría que haber sospechado algo, pero, por supuesto, no pude. Guardaba esperanzas. En ese momento.

Seguía allí... la escalera, tal y como la recordaba. Volví la vista atrás y esperé a que dijera algo. «Espera. No. Vamos a hablarlo. Los Furias. ¿Qué has pensado hacer con ellos, si sales?».

Pero no dijo ni una palabra.

Levantando el dobladillo de mi ridículo vestido largo, me precipité escaleras abajo, tal y como había hecho la última vez.

La puerta estaba cerrada con llave. Como era de esperar.

Tendría que haber previsto que él se había adelantado a mis intenciones. No iba a dejar que le volvieran a dejar plantado.

Me abalancé con fuerza hacia la puerta. Empecé a dar empujones y patadas.

Cuando resultó obvio que no iba a poder salir, tomé la segunda escalera de caracol, la que subía. La puerta de arriba también estaba cerrada con llave.

Pero no me quise rendir. Continuaba en medio del pasillo, como un perro policía en la aduana, presionando la puerta con las manos en busca de pasadizos secretos.

Lo único que encontré fue un baño, bien grande y provisto de bañera y vistas a un jardín donde crecían las flores que me había puesto en el pelo.

Salí por la ventana del baño y corrí por el jardín. Me lancé a la verja y me enganché a ella. Cuando llegué arriba, vi...

El lago. El mismo frente al cual había permanecido, hacía año y medio, de pie tiritando con el resto de muertos.

No había barcos, claro. Excepto esos barcos.

Y estaban escogiendo a pasajeros para llevarlos al otro lado del lago, no en el extremo donde yo estaba.

Cuando regresé a la habitación —vencida, con el vestido hecho trizas por haber escalado la verja del jardín—, él seguía exactamente en el mismo sitio, leyendo el mismo libro.

—Espero que no estés pensando en pegarme las mismas patadas —me dijo, sin levantar la vista del libro— que has pegado a las puertas.

—Pues es lo que voy a hacer —contesté—, si lo próximo que vas a decir es «Pierce, tienes que tranquilizarte». ¿Cuánto tiempo llevas preparando esto?

—Sabes que es la única manera —me dijo, volviendo una página. El hecho de que ignorara mi pregunta no me pasó inadvertido—. Si te apetece, podemos ir a visitar el establo más tarde. Seguro que ya no le caes tan mal a Alastor.

Me senté a su lado en el sofá. Empezaba a entender por qué, cada vez que lo había visto en el año y medio pasado, me había parecido tan salvaje. Me sentía igual

que él, como si las paredes del castillo empezasen a constreñirme.

—John —dije, poniéndole la mano en el brazo—. ¿Estoy muerta?

Dejó el libro en el regazo y me miró profundamente. Tenía expresión de cautela.

—No, Pierce —dijo—. Por supuesto que no estás muerta. Te he traído aquí para protegerte de los Furias porque quieren matarte. Pensaba que lo entenderías.

No tenía palabras.

—Y, entonces, en Isla Huesos... ¿he desaparecido?

—Supongo que sí —respondió, después de pensar unos segundos—. No lo sé del todo. Nunca he rescatado de los Furias a alguien a quien amo. —Su rostro se tiñó de alarma al ver que mis ojos estaban llenos de lágrimas—. No llores.

—¿Cómo no voy a llorar? —le repliqué—. Acabas de decir que me quieres.

—Bueno, ¿por qué piensas que está pasando todo esto? —Dejó el libro a un lado y me envolvió con sus brazos—. Los Furias no querían matarte si yo no te amase.

—No lo sabía —respondí. Las lágrimas rociaban mis mejillas; no hice ningún intento por detenerlas. Su camiseta las absorbía—. Nunca me has dicho nada de eso. Cada vez que te veía, eras tan... brusco.

—¿Y cómo querías que actuase? —preguntó—. Si se te ocurrían cosas como lanzarme el té a la cara.

Lo miré con los ojos empañados.

—No tiene ninguna gracia —dije—. ¿Sabías que, si no aparezco hoy a las dos delante del coche de mi primo Alex, mi amiga Kayla va a llamar a la policía? Y lo va a hacer. No me quiero ni imaginar la de mentiras que soltará mi abuela cuando le pregunten. A lo mejor dice que tú me has asesinado y me has lanzado al mar. Mi madre nunca lo superará. —Empecé a sollozar contra su pecho, al pensar en mi madre—. Ella no sabe nada de ti.

—Shhh —dijo, acariciándome el pelo con la mano—. No tiene por qué ser así. Richard sabe quién soy. Se lo puedo decir a Richard. Puedo pedirle que le diga a tu madre, si quieres, que él me conoce y que nos escapamos juntos y nos casamos. Incluso puedo mandarle cartas tuyas, para dárselas a ella...

—John —le interrumpí, levantando la cabeza para mirarle—. ¿En qué siglo vives? Nadie escribe cartas, ni se escapa para casarse a los diecisiete años. Y, si le das cartas a Richard para que se las entregue a mi madre, mi padre se encargará de hacer que lo detengan por colaborar en mi desaparición y lo más seguro es que consiga que lo deporten a algún rincón del mundo y lo torturen metiéndole la cabeza en el agua. ¿Sabes quién es mi padre?

Me estaba besando el pelo.

—No me importa quién es tu padre.

—Pues debería importarte —contesté—. Porque tengo una noticia para ti. No soy el tipo de chica que puede desaparecer y aquí no ha pasado nada. Como ya habrás notado, hay gente que se preocupa por mí. Quizá no tanta como yo pensaba, dado que me acabo de enterar de que mi abuela es una Furia, pero suficiente para mí. No puedo

creerme que hayas sido capaz de seguir adelante con esto, sobre todo viniendo de alguien a quien le dedican una noche entera porque su cuerpo nunca recibió un funeral decente. ¿Me equivoco? ¿La Noche del Ataúd no está dedicada a ti? —No quiso negarlo ni confirmarlo. Continuó besándome—. Reconócelo. No es justo que quieras para mí lo mismo. Qué falta de cortesía.

—Pierce. —Bajó la cabeza y me miró a los ojos débiles, llorosos. Su mirada era de todo menos débil. Era férrea y determinada como nunca. Su voz, inquebrantable —. Sé lo que estás intentando hacer, y la respuesta es no. Puedes estar molesta conmigo, lo entiendo. Ya estabas molesta antes y lo he podido aguantar. Vives molesta conmigo, así que ya estoy acostumbrado. Me siento preparado para quedarme aquí contigo, sentado, y soportar tu enfado durante meses, si hace falta. Pero lo único que sé es que estarás en un sitio en el que puedo protegerte.

Apretó su abrazo. Sus brazos eran tan fuertes como su voz y su mirada.

—No sabes de lo que son capaces. Lo que le hicieron a Jade no es nada. Ya se habrán dado cuenta de que no eres tú. Si hubieses sido tú, habrían... no quiero ni pensarlo, porque habrían traspasado todos los límites de la maldad.

Dejé de llorar. No solo porque me di cuenta de que no conseguiría nada —lo tenía encima de mí— sino porque una brizna de algo en su voz me hizo olvidarme de mi pena durante un momento, y ver otra distinta.

La suya.

—Cuando la he visto tendida en el suelo esta mañana —continuó—, por un segundo pensé que eras tú. Si hubieses sido tú... bueno, no sé lo que habría hecho.

Pensé ver algo —un reflejo de aflicción— en sus ojos. Había estado ahí y se había ido, como los pececitos que saltaban durante un segundo fuera del agua cuando cogía la bici para pasear por el puente de la carretera.

John había pasado por algo —le habían hecho pasar por algo; yo le había hecho pasar por algo— que le había dejado huella. Muy adentro, donde yo no alcanzaba.

Otra cosa que tenía pendiente.

—Así que no puedes irte —dijo, con su voz firme—. ¿Lo entiendes? No importa lo que pase, no puedes irte ahora. No será fácil, pero al menos tendré la oportunidad de protegerte. Fuera, pierdo esa oportunidad.

No sé qué me empujó a hacerlo.

Pero me levanté y deslicé la mano por su rostro. Tendría que haber estado cabreada con él.

Y estaba cabreada.

Pero sabía demasiado bien que, por mucho que hubiese cerrado esas puertas, había otra manera de escapar de allí.

Sabía que la iba a encontrar. Me debía a ello. No por huir de John, sino por recuperar mi vida; hacerle saber a mi madre que estaba bien. Para demostrar que el tío Chris era inocente. Para asegurarme de que mi abuela y el resto de la gente poseída por los Furias serían llevados a la justicia o, como mínimo, no harían daño a

nadie más, incluido John. Nunca más.

Porque, a pesar de lo que hubiesen dicho John o Richard Smith, estaba segura de que había alguna manera de detener a los Furias. Tenía que existir la manera.

De momento, lo que más deseaba en el mundo era decirle lo mucho que lo sentía... por cualquier daño que le hubiese hecho y por la manera de actuar la última vez en esa habitación. Le había dicho que lo sentía en el cementerio. Pero esta vez, cuando acerqué mis dedos al mismo rostro que una vez bañé con una taza de té caliente hacía un año y medio y susurré un «lo siento» para él, lo sentí de verdad.

Me cogió la mano y apretó sus labios contra mi palma.

—¿Por qué no lo miras de otra manera? —dijo, con otra de sus sonrisas que desgarraba mi corazón—. ¿Quién sabe? A lo mejor hasta empieza a gustarte.

Le devolví la sonrisa... y miré, sin proponérmelo, a la cama que asomaba, amenazante, detrás de él.

Y me di cuenta, con una profunda revelación, de que tenía razón. Existía la opción de que me empezase a gustar.

Y quizá eso —no él— era lo que más me había asustado siempre.



MEG CABOT (Bloomington, Indiana, EE. UU., 1967) estudió Bellas Artes en la Universidad de Indiana y, tras graduarse, se trasladó a Nueva York con la intención de convertirse en ilustradora. Sin embargo, pronto pasó a trabajar como directora asistente en la residencia de la Universidad de Nueva York, cargo que ostentó durante 10 años, antes de que sus libros saltaran a la fama.

Ha escrito más de 80 libros para adultos y adolescentes, que han vendido más de 25 millones de copias por todo el mundo. Su serie *El diario de la princesa* se ha publicado en más de 38 países y ha sido adaptada en dos películas por Disney. Sus otros numerosos libros, que han cosechado varios premios, incluyen las series *The Mediator*, *Avalon High* o *Abandonada*.

Actualmente vive en Key West, Florida, con su marido y varios gatos.

Notas

[1] Refresco cítrico fabricado por una conocida marca estadounidense. (*N. de la T.*)

<<

[2] Canción de los años noventa cuyo autor es el conocido cantante y rapero MC Hammer. La traducción del título es «No la puedes tocar». (*N. de la T.*) <<

[3] *Tri-State Area*: Región que abarca los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut con objetivos financieros. (*N. de la T.*) <<